

ciencia ficción y fantasía

ENROCH

nueva
dimensión
ciencia ficción y fantasía

ciencia ficción y fantasía

nueva
dimensión **9**

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 9

Nueva Dimensión - 9

ePub r1.0

Colophonius 20.03.2018

Título original: *Nueva Dimensión 9*

AA. VV., 1969

Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius

Escaneo: danielus

Edición de fuente original: johansolo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1969/3

nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

AÑO 1969/3

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Joaquín Alberich
Dr. Alfonso Álvarez Villar
Luis-Eduardo Aute
Carlos Buiza
Alfonso Figueras
José Luis Garci
Luis Gasca
José Luis M. Montalbán
Octavi Piulats
Manuel Rotellar
Berit Sandberg
Daphne Sewell
Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Andreu Romá Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

José M.^a Beá
Carlos Giménez
Esteban Maroto
Enric Sió
Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:

Argentina: Elvio E. Gandolfo
Austria: Kurt Luif
Estados Unidos: Forrest J Ackerman
Francia: Jacques Ferron
Gran Bretaña: Jean G. Muggoch
Italia: Riccardo Leveggi
México: Luis Vázquez
Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto

Mayo-Junio 1969. Número 9

EDITORIAL

[Ciencia ficción, autores y lectores](#)

SE PIENSA

[Drácula, monstruo de la crisis](#)

por Manuel Rotellar

[Dos colecciones de ciencia ficción](#)

por Domingo Santos

[II Festival de Cine de Río de Janeiro](#)

por Marcial Souto

SE DICE

[Libros, revistas, comic, cine, fandom, premios, autores, juegos](#)

SE ESCRIBE

[Las opiniones de nuestros lectores](#)

nueva dimensión **MAÑANA**

NOVELA

[La espiral del alma](#)

por Alfonso Álvarez Villar

CUENTOS

[Homo Sol](#)

por Isaac Asimov

[La campana de la A.C.E.](#)

por Colin Kapp

[SEA](#)

por Anatoli Dnieprov

[Valija diplomática](#)

por H. Beam Piper

[Fábulas cósmicas](#)

por Jaime Batlle

[Aprietabotones](#)

por William Spencer

CLÁSICO

[Las más extrañas criaturas](#)

por Hugo Gernsback

FANZINE

[Conclusión](#)

por John Berry

COMIC

[Copo Loco und Computo](#)

por Carlos Giménez

ILUSTRACIONES DE

José M.^a Beá

Virgil Finlay
Carlos Giménez
Esteban Maroto
Jordi Paris
Joan Tarradas
Adolfo Usero Abellán

HUMOR

Armbruster, de «True»
Schlfy, de «Imagination»
Ludway, de «Imagination»



EDITORIAL

CIENCIA FICCIÓN, AUTORES Y LECTORES

El número anterior de esta revista, dedicado a autores españoles e hispanoamericanos, ha ocasionado una especie de shock, o al menos una cierta sorpresa entre los lectores. Su publicación ha sido algo así como tirar una piedra en un tranquilo estanque y esperar a que nos lleguen las ondas que la misma produjera. Los comentarios, rumores y cartas (las menos, como siempre) nos han permitido llegar a una conclusión: los lectores se han maravillado de que hubiera escritores en lengua hispana capaces de producir relatos de una calidad comparable a la de los anglosajones, a los cuales se les suponía maestros indiscutibles en la especialidad.

Una vez más, literalmente, hemos dado otro paso hacia adelante. Y este paso nos ha servido al mismo tiempo para confirmar una de nuestras creencias: la de que hay buenos autores en cualquier parte. Podríamos decir que el proyecto de publicar el citado número anterior se basó en un axioma particular del equipo redactor de Nueva Dimensión, el cual dice: «Todo escritor es bueno hasta que se demuestre lo contrario». Y por escritor no quiero decir un profesional de la pluma, sino cualquiera que escriba.

Pues bien: la redacción se fijó dicho proyecto, y lo acometió valerosamente. Agrupó todos los originales recibidos, y se dedicó al delicado trabajo de calificarlos para su publicación. El sistema seguido para esta calificación es bastante democrático, pues se basa en el número de votos a favor que recibe el relato sometido a examen, y no existe el derecho a veto. Sin embargo, he de señalar que, puesto que la redacción se compone de seres humanos (y lamento desengañar al que hubiera creído lo contrario), siempre se producen polémicas a pesar de la votación. Siempre hay alguien que, aunque la votación haya sido desfavorable, está dispuesto a defender el relato rechazado, si no a sangre y fuego, sí al menos a bofetadas.

¡Y es que es tan difícil devolver un manuscrito! Es probable que los escritores profesionales estén acostumbrados a las devoluciones, pero los aficionados... Para los escritores aficionados (y yo me cuento entre ellos), el recibir rechazado un manuscrito equivale al enfurecimiento, a la frustración y a un mes de depresión psíquica. Para el autor, un manuscrito devuelto es un insulto personal, un desprecio a su mente creadora, una injuria intelectual. Y sin embargo, para mí, a pesar de alguna devolución efectuada, todos los originales recibidos tienen algo de valioso y una característica común: sus autores han tenido la inquietud y la preocupación de escribir algo. Han tenido el deseo o la necesidad de escribir, de expresar lo que han pensado, reflexionado, cambiado, dado forma y desarrollado hasta que quizá al final el relato no se parecía en nada a lo que al principio querían escribir.

No importa.

No importa, porque para ser escritor hay que escribir. Hay que escribir y leer. El que tiene la inquietud o el deseo de escribir ha de hacerlo, tanto si le sale bien como mal, tanto si tiene facilidad como dificultad. No se consigue nada pensando: «si yo me decidiera a escribir», «me gustaría escribir, pero...». El que piensa eso, no es probable que escriba nunca. Hay que coger la pluma o la máquina de escribir y sentarse, y reflexionar detenidamente en lo que uno ha ido pensando desde hace tiempo, y tratar de desarrollarlo y estructurarlo.

Lo más difícil son siempre las primeras líneas. Luego, uno ya está cogido en su propia imaginación y no hay más que ordenar lo que se ha pensado. Claro que me dirán: «¿y el estilo?», «¿y la narrativa?», «¿y...?».

¿Y qué?

¿Acaso Bradbury (que empezó escribiendo en fanzines) y Cordwainer Smith tuvieron algún tutor que les enseñó a escribir en su estilo tan personal? ¿Acaso Van Vogt sigue alguna regla, literaria a fin de embrollar a conciencia sus novelas? ¿Acaso titanes como Heinlein y Herbert tienen algo en común? Heinlein utiliza el «yo», la primera persona, para dar acción y dinamismo a lo que fueron sus novelas más famosas, mientras que Herbert utiliza la

introversión y la tercera persona, y consigue un «Hugo» y un «Nebula» para su monumental obra «DUNE».

Y dirá el aficionado: «es que lo que yo escribo es tan malo que lo he de tirar a la papelera». Es posible. Yo he tirado muchas editoriales a la papelera porque consideraba que no expresaban lo que deseaba decir. Y es probable que luego lo haya expresado peor. Lo que a mí me interesa, lo que a Nueva Dimensión le interesa, es sustituir ese cesto de los papeles de los escritores aficionados. La próxima vez que un escritor decida tirar algún relato, que no lo haga. Que lo meta en un sobre y lo envíe a Nueva Dimensión. En último caso, si el relato es en verdad tan malo, ya lo tiraremos a alguna de nuestras papeleras.

Porque yo estoy convencido de que entre los autores y lectores hispanos se esconden los equivalentes a un Heinlein, a un Asimov, a un Bradbury, a un Simak y a otros tantos dignos de mención. Y por ello considero que ha llegado el momento de descubrir ese oculto filón hispano, de refinarlo y purificarlo, y de mostrar orgullosos la nueva riqueza literaria de que disponemos.

Y si alguno recibe devuelto su manuscrito, antes de sumirse en la desesperación o de escribirnos una carta violenta (como ha ocurrido en algunos casos), que piense que el rechazo no tiene por qué obedecer a que un relato sea malo. Hay veces en que una historia no puede publicarse porque el tema es hartamente conocido o porque la idea es buena pero mal desarrollada (y viceversa). Si acaso encuentro algún defecto entre los autores hispanos, es el de no saber finalizar un relato en forma apropiada. Y por último, hay que tener en cuenta que ciertas historias, simplemente, no son publicables.

Mi ferviente deseo, mi obsesión particular, es que los escritores hispanos, profesionales y aficionados, den a conocer sus obras de ciencia ficción o fantasía a través de Nueva Dimensión, donde esperamos publicarlas con la dignidad que se merecen. La próxima etapa de estos deseos, ya cercana, es la de conseguir el desarrollo de agrupaciones de aficionados, como el C.L.A. de Barcelona, con lo que se concretará ese sueño de muchos que es una Convención Nacional de Ciencia Ficción. Con su colaboración, autores y lectores, lograremos destruir una cierta, mala reputación que pesa sobre la ciencia ficción por culpa de unos cuantos editores desaprensivos e irresponsables, y haremos posible que sea una literatura respetada y admirada en su justo valor.

HOMO SOL

ISAAC ASIMOV

El «buen Doctor», profesor de Bioquímica en la Universidad de Medicina de Boston, es un titán entre los escritores de ciencia ficción, y cuenta en su haber con más de sesenta libros y ciento cincuenta historias cortas, entre los cuales destacan sus obras «El fin de la eternidad», su famosa trilogía «Fundación», y «Yo, Robot», obra esta última que ha conseguido un relevante puesto de honor dentro de la historia del género con su creación de las «tres leyes robóticas», convertidas ya en clásicas y universales.

ilustrado por JOSÉ M.^a BEÁ

La sesión siete mil cincuenta y cuatro del Congreso Galáctico estaba reunida en solemne cónclave en la vasta sala semicircular de Eron, segundo planeta de Arturo.

Lentamente, el Delegado Presidente se alzó. Sus amplias facciones arturianas estaban algo ruborizadas por la excitación mientras observaba a los delegados que le rodeaban. Su sentido del drama le hizo esperar unos momentos antes de efectuar el anuncio oficial, pues, después de todo, la entrada de un nuevo sistema planetario a la gran familia galáctica no era un acontecimiento que ocurriera más de dos veces a lo largo de la vida de un hombre.

Un silencio absoluto prevaleció durante la pausa. Los doscientos ochenta y ocho Delegados, uno por cada uno de los doscientos ochenta y ocho mundos, con atmósfera de oxígeno y una química basada en el agua, del Sistema, esperaron pacientemente a que empezase a hablar.

Allí había seres con todas las formas y tipos humanoides. Algunos eran altos como postes, algunos eran anchos y achaparrados, otros cortos y rechonchos. Había aquellos de largos y finos cabellos, los que tenían una escasa pelusa gris cubriéndoles el cráneo y el rostro, otros con espesos rizos dorados que se amontonaban, y aún otros completamente calvos. Algunos tenían unas largas orejas en forma de trompeta, cubiertas de vello, otros tenían tímpanos membranosos hundidos en sus sienas. Se encontraban presentes aquellos de ojos grandes como los de las gacelas, con una profunda luminosidad purpúrea, y los otros que tenían diminutos órganos ópticos como cuentas negras. Un Delegado tenía la piel verde, otro ostentaba una proboscis de un palmo, y otro una cola vestigial. En su interior, las variaciones eran infinitas.

Pero todos se asemejaban en dos cosas: Todos eran Humanoides. Todos poseían el don de la inteligencia.

Entonces retumbó la voz del delegado presidente:

—¡Delegados! El Sistema de la estrella Sol ha descubierto el secreto de los viajes interestelares y, por este acto, se sitúa en la categoría de elegible para la entrada en la

Federación Galáctica.

De los presentes se elevó una tormenta de gritos aprobatorios, y el arturiano alzó una mano pidiendo silencio.

—Tengo aquí —continuó— el informe oficial procedente de Alfa Centauro, en cuyo quinto planeta han aterrizado los Humanoides de Sol. El informe es enteramente satisfactorio, por lo que se revoca la prohibición de efectuar viajes y entrar en comunicación con el Sistema de Sol. Queda abierto así este sistema a las naves de la Federación. En estos momentos se halla ya en preparación una expedición a Sol, bajo el mando de Yoselin Arn de Alfa Centauro, para presentar a ese Sistema una invitación formal para unirse a la Federación.

Hizo una pausa y, de doscientas ochenta y ocho gargantas, surgió el grito estentóreo:

—¡Salve Homo Sol! ¡Salve Homo Sol! ¡*Salve!*

Era la tradicional bienvenida de la Federación a los nuevos mundos.

Tan Porus se alzó en toda su estatura de un metro y medio —para ser un Rigeliano se le podía considerar alto—, y sus verdes y penetrantes ojos chispearon indignados.

—Ahí está, Lo-fan. Durante seis meses ese maldito calamar anormal de Beta Draconis IV ha estado desafiándome.

Lo-fan acarició con suavidad su frente con un largo dedo, y una de sus peludas orejas se agitó varias veces. Había viajado ochenta y cinco años-luz para reunirse allí, en Arturo II, con el más grande psicólogo de la Federación. Y, más específicamente, para ver a ese extraño molusco cuyas reacciones habían desafiado al gran rigeliano.

Ahora lo estaba viendo: una entumecida masa de blanda carne de un apagado color púrpura, que agitaba su forma tentacular en una plácida despreocupación a lo largo del enorme acuario que lo contenía. Con una serenidad imperturbable, se alimentaba con las partes verdes de un vegetal submarino.

—Parece bastante normal —dijo Lo-fan.

—¡Ja! —farfulló Tan Porus—. Observa esto.

Corrió la cortina y sumergió la habitación en las sombras. Tan sólo una débil luz azul brillaba sobre el tanque, y en la penumbra casi no se podía ver al calamar de Beta Draconis.

—Ahí va el estímulo —gruñó Porus.

La pantalla sobre sus cabezas se iluminó con una suave luz verde, enfocada directamente al acuario. Duró apenas un momento, dejó paso a un rojo mate, y casi de inmediato a un brillante amarillo. Durante medio minuto recorrió espasmódicamente el espectro y entonces, con un destello final de deslumbrante blanco, se oyó un sonido parecido a un tañir de campana.

Mientras los ecos de la nota desaparecían, el cuerpo del calamar fue recorrido por

un espasmo. Luego se relajó y se hundió suavemente hasta el fondo del tanque.

Porus describió la cortina.

—Está *profundamente* dormido —refunfuñó—. Nunca nos ha fallado. Todos los especímenes que hemos tenido caen como fulminados en el momento en que suena esa nota.

—Conque dormidos, ¿eh? Es extraño. ¿Tienes los datos exactos del estímulo?

—¡Claro! Aquí mismo. Las longitudes de onda exactas de las luces necesarias, más el tiempo de duración para cada una de ellas, la frecuencia exacta de la nota producida al final. Todo está ahí listado.

El otro examinó indeciso los datos. Su frente se frunció y sus orejas se alzaron sorprendidas. De un bolsillo interior sacó una regla de cálculo.

—¿Qué tipo de sistema nervioso tiene el animal?

—Dos-B. Un simple, normal y ordinario Dos-B. He hecho que los biólogos, fisiólogos y ecólogos comprobasen eso hasta la saciedad. Dos-B es el resultado al que llegan. ¡Los muy estúpidos!

Lo-fan no dijo nada, pero calculó cuidadosamente con su regla. Se detuvo y estudió detenidamente el resultado final, alzó los hombros, y tomó uno de los gruesos volúmenes situados en la librería. Pasó varias páginas, tomando números de varios apartados. Usó de nuevo la regla de cálculo.

Finalmente se detuvo.

—No tiene ningún sentido —dijo desamparado.

—¡Eso ya lo sé! Por seis veces y en seis diferentes formas he tratado de explicarme esa reacción... y cada vez he fallado. Aún cuando logro hallar una explicación para el hecho de que se duerma, no la logro hacer concordar con lo específico del estímulo.

—¿Es altamente específico? —preguntó Lo-fan con una voz aguda.

—¡Eso es lo peor de todo! —gritó Tan Porus. Se echó hacia adelante y golpeó al otro en la rodilla—. Si se varía la longitud de onda de cualquiera de las luces en tan sólo cincuenta angstroms hacia uno u otro sentido, repito: para *cualquiera* de las luces, no se duerme. Si se altera la duración de una de las luces en más o en menos dos segundos, no se duerme. Si se cambia la frecuencia del sonido final en un octavo de octava, hacia arriba o hacia abajo, no se duerme. Pero si se consigue la combinación correcta, cae inevitablemente en coma.

Las orejas de Lo-fan era dos trompetas peludas, rígidamente erectas.

—¡Por la Galaxia! —susurró—. ¿Cómo diste con la combinación?

—No fui yo. Ocurrió en Beta Draconis. Una universidad estaba haciendo pasar a sus alumnos de primer año por un curso de laboratorio, cuyo tema era las reacciones de los moluscoideos ante estímulos audiovisuales, tal como había estado haciéndolo durante años. Un estudiante llevó a cabo su serie de combinaciones de luz y sonido, y su maldito espécimen se quedó dormido. Naturalmente, acude a su profesor para obtener una explicación. El profesor lo prueba a su vez con otro calamar, y lo

duerme. Alteran la combinación, y no sucede nada. Vuelven a la original, y lo duermen. Cuando hubieron experimentado con ello lo suficiente como para darse cuenta de que no lograban entenderlo, nos lo enviaron a Arturo y me pasaron la papeleta. Ya hace seis meses que no he logrado dormir bien una sola noche.

Sonó una nota musical, y Porus se dio la vuelta, impaciente.

—¿Qué ocurre?

—Mensajero del Delegado Presidente del Congreso, señor —dijo con sonido metálico el comunicador de su escritorio.

—Hágalo subir.

El mensajero se detuvo tan sólo un momento, lo suficiente para entregarle a Porus un impresionante sobre lacrado y decir en tono emocionado:

—Grandes nuevas, señor. El sistema de Sol es ya apto para entrar en la Federación.

—¿Y qué? —refunfuñó Porus entre dientes cuando el otro hubo partido—. Todos sabíamos que eso iba a ocurrir.

Rasgó el sobre y sacó las hojas de su interior. Las ojeó e hizo una mueca.

—¡Por Rigel!

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Lo-fan.

—Esos políticos siempre me están molestando por las cosas más tontas. Casi se podría creer que no hay ningún otro psicólogo en Eron. ¡Mira! Habíamos estado esperando a que el Sistema de Sol resolviese, cualquiera de estos siglos, el problema del hiperátomo. Al final lo han conseguido, una expedición ha llegado a Alfa Centauro, ¡y los políticos tienen ya con qué jugar! Ahora nosotros tenemos que enviar una expedición para pedirles que se unan a la Federación y, naturalmente, tiene que llevar un psicólogo para que se lo pida en una forma bonita que produzca la reacción correcta. Y esto porque, claro está, nunca hay nadie en el ejército que reciba una adecuada formación psicológica.

Lo-fan asintió con seriedad:

—Lo sé, lo sé. Yo tengo los mismos problemas. No necesitan de la psicología hasta que se meten en líos y tienen que salir corriendo.

—Bueno, lo que sí es seguro es que yo no voy a ir a Sol. Este calamar dormilón es demasiado importante para dejarlo. De cualquier manera, se trata de un trabajo rutinario: es lo de siempre al entrar en contacto con nuevos mundos, una reacción de Tipo A que cualquier recién graduado podría supervisar.

—¿A quién enviarás?

—No lo sé. Tengo varios ayudantes que pueden llevar a cabo esto con los ojos cerrados. Enviaré a uno de ellos. Hablando de otro tema, ¿nos veremos mañana en la reunión de la facultad?

—Sí, y además me podrás oír. Doy una conferencia sobre los estímulos que se consiguen palpando con un dedo.

—¡Bien! Yo también he trabajado en eso, así que me interesará oír lo que digas

sobre ese tema. Hasta mañana.

Ya solo, Porus se enfrascó de nuevo en el informe oficial sobre el sistema Sol que el mensajero le había entregado. Pasó las hojas lentamente, sin un interés específico y, finalmente, lo dejó con un aburrido suspiro.

—Lor Haridin puede hacerlo —murmuró para sí mismo—. Es un buen chico, y se merece una oportunidad.

Alzó su pequeña figura de la silla y, con el informe bajo el brazo, salió de la oficina trotando a lo largo del interminable corredor. Al detenerse ante una puerta situada en un extremo del mismo, la célula fotoeléctrica registró su presencia y una voz desde el interior le invitó a pasar.

El rigeliano abrió la puerta y metió la cabeza.

—¿Ocupado, Haridin?

Lor Haridin miró hacia la puerta e inmediatamente se levantó de un salto.

—¡Claro que no, jefe! No he tenido nada que hacer desde que terminé mi trabajo sobre las reacciones de la ira. ¿Es que tiene algo para mí?

—Lo tengo... si es que te crees capacitado para ello. ¿Has oído hablar del sistema de Sol?

—¡Claro! Los visionadores no hablan de otra cosa. Ya tienen viajes interestelares, ¿no es así?

—Así es. Una expedición saldrá desde Alfa Centauro para Sol dentro de un mes. Necesitan un psicólogo para los trabajos delicados, y estaba pensando en enviarte a ti.

El joven científico se ruborizó hasta la coronilla de su pelado cráneo.

—¿De verdad, jefe?

—¿Por qué no? Claro que depende de si crees que lo puedes hacer.

—Naturalmente que puedo hacerlo —Haridin se irguió en actitud ofendida—. ¡Una reacción Tipo A! No puedo fallar.

—Tendrás que aprender su idioma, ya lo sabes, y administrar el estímulo en su lenguaje. No siempre es una cosa fácil.

Haridin alzó los hombros.

—A pesar de todo no puedo fallar. En un caso como éste la traducción tan sólo necesita ser efectiva en un setenta y cinco por ciento para lograr un noventa y nueve coma seis por ciento del resultado deseado. Éste fue uno de los problemas que tuve que resolver en mi examen final. Por tanto, no podrá eliminarme por esto.

Porus se echó a reír.

—De acuerdo, Haridin, Sé que puedes hacerlo. Recoge todo lo que tengas en la universidad y pide un permiso indefinido. Y si puedes, escribe un informe sobre esos habitantes de Sol. Si es lo suficientemente bueno puedes conseguir un buen puesto gracias a él.

El joven psicólogo frunció el entrecejo.

—Pero jefe, eso es ya demasiado común. Las reacciones humanoides son tan bien conocidas como... como... Uno no puede escribir nada acerca de ellas.

—Si se estudia bien una cosa, siempre se aprende algo nuevo, Haridin. No se conoce nada absolutamente, recuérdalo. Si miras la Página 25 del informe, por ejemplo, hallarás un punto referente al cuidado con el que los habitantes de Sol se armaron antes de abandonar su nave.

El otro buscó la página citada.

—Es algo razonable —dijo—. Una reacción enteramente normal.

—Ciertamente. Pero insistieron en conservar sus armas durante toda su estancia, aún a pesar de ser recibidos y agasajados por seres semejantes a ellos. Esto constituye una notable desviación de la norma. Investígalo, puede ser valioso.

—Como usted diga, jefe. Gracias por la oportunidad que me está dando. Y, dígame... ¿qué tal le va con el calamar?

Porus arrugó la nariz.

—Mi sexto sujeto se cansó de tanta perrería y murió ayer. Es algo francamente molesto.

Y, con esto, se marchó.

Tan Porus de Rigel temblaba bajo los efectos de la ira mientras estrujaba los papeles que tenía en la mano. Al final los rompió en pedazos. De un manotazo, puso en marcha el teletransmisor.

—Póngame inmediatamente con Santins, del departamento de matemáticas —dijo secamente.

Sus ojos verdes lanzaron fuego contra la plácida figura que apareció, casi inmediatamente, en el visionador. Amenazó a la imagen con un puño.

—¿Cuál es la maldita idea tras ese análisis que acabas de enviarme, asqueroso gusano de Betelgeuse?

Las cejas de la imagen se arquearon en un dejo de sorpresa.

—No me eches a mí las culpas, Porus. Eran tus ecuaciones, no las mías. ¿De dónde las sacaste?

—No te importa de donde las saqué. Eso es asunto del departamento de psicología.

—¡De acuerdo! Y resolverlas es asunto del departamento de matemáticas. Éste es el séptimo grupo de las más enrevesadas ecuaciones que haya visto. El peor de todos. Por lo menos formulaste diecisiete hipótesis sin ningún fundamento. Nos tomó dos semanas el desenredarlas, y finalmente logramos simplificarlas a...

Porus saltó como si lo hubiesen pinchado.

—Ya veo que las habéis simplificado. Acabo de romper las hojas. Tomáis veinte ecuaciones con dieciocho variables independientes, resultado de dos meses de trabajo, y las resolvéis al final, en el mismo final de la última página, con una joya de sabiduría de oráculo: «A es igual a A». Todo ese trabajo, y lo único que obtengo es una igualdad.

—Sigue sin ser culpa mía, Porus. Hiciste una argumentación que se perdió en círculos viciosos, y eso en matemáticas da como resultado una identidad. Contra eso no puedes hacer nada —sus labios esbozaron una leve sonrisa—. De cualquier forma, ¿de qué te quejas? ¿Acaso A no es igual a A ?

—¡Cállate! —El teletransmisor se desconectó, y el psicólogo apretó los labios e hirvió por dentro.

De nuevo, la luz piloto del teletransmisor volvió a encenderse a los pocos momentos.

—¿Qué es lo que quieres ahora?

Le contestó la voz tranquila e impersonal de la recepcionista:

—Un mensajero del gobierno, señor.

—¡Al infierno con el gobierno! Dígale que me he muerto.

—Es importante, señor. Lor Haridin ha vuelto de Sol, y quiere verle.

Porus frunció el entrecejo.

—¿Sol? ¿Qué es eso de Sol? Oh, ya recuerdo. Hágalo subir, pero dígale que se apresure.

—Entra, Haridin —dijo un poco más tarde, con la voz más calmada, al aparecer el joven arturiano, algo más delgado y algo más envejecido que al partir hacía seis meses—. ¿Y bien, jovencito? ¿Escribió ese informe?

El arturiano estudió meticulosamente sus uñas.

—¡No, señor!

—¿Por qué no? —los verdes ojos de Porus, entrecerrados, se fijaron en el otro—. No me digas que has tenido problemas.

—Bastantes, jefe —las palabras salían con esfuerzo—. La misma comisión psicológica me ha enviado tras oír mi informe. Lo cierto es que el sistema de Sol ha... ha rehusado unirse a la Federación.

Tan Porus saltó de su silla como impelido por un resorte, aterrizando sobre sus pies por pura casualidad.

—¿Qué?

Haridin asintió con la cabeza tristemente y carraspeó.

—¡Por la Gran Nebulosa Oscura! —maldijo el rigeliano—. ¡Éste es uno de esos días en los que más valdría no haberse levantado de la cama! ¡Primero me dicen que A es igual a A , y luego llegas tú para comunicarme que has metido la pata completamente en una reacción de Tipo A ... Metido la pata hasta el cuello!

El joven psicólogo se indignó:

—Yo no metí la pata. Son los habitantes de Sol los que no son normales. Cuando aterrizamos fue todo un acontecimiento para ellos. Se desvivían literalmente por nosotros... nada era suficiente para agasajarnos. Les comuniqué la invitación ante su propio parlamento en su idioma: uno muy sencillo al que llaman esperanto. Estoy seguro de que mi traducción fue efectiva en un noventa y cinco por ciento.

—Bien, ¿y que ocurrió?

—No puedo comprender el resto, jefe. Primero hubo una reacción neutral, lo que ya me sorprendió; pero luego —se estremeció al recordar—, en siete días... en tan sólo siete días, jefe, todo el planeta dio un cambio total. No había manera de comprender en absoluto su psicología. He traído ejemplares de sus periódicos de aquellos días, en los que se protesta contra la idea de una unión con «monstruos alienígenas» y en los que se rehúsan a ser «mandados por seres inhumanos procedentes de mundos situados a parsecs de distancia». Y yo le pregunto: ¿es que esto tiene algún sentido?

»Y esto es tan sólo el principio. Aún se pusieron peor las cosas. Llegué hasta las reacciones de Tipo G para tratar de comprenderlos y no pude. Al final, *tuvimos* que irnos. Llegamos a estar en verdadero peligro *físico* por culpa de esos... de esos terrestres, como se denominan a sí mismos.

Tan Porus se mordió los labios.

—¡Muy interesante! ¿Has traído tu informe?

—No. Lo tiene la comisión psicológica. Lo han estado estudiando minuciosamente durante todo el día.

—¿Y qué es lo que dicen?

El joven arturiano se estremeció.

—No dicen nada abiertamente, pero dan la impresión de creer que el informe es inexacto.

—Bien, ya lo decidiré personalmente después de que lo haya leído. Mientras tanto, ven conmigo al Palacio del Parlamento. Por el camino me contestarás a unas cuantas preguntas.



Yoselin Arn de Alfa Centauro se frotó su prominente barbilla con su gran mano de seis dedos, y miró por debajo de sus pobladas cejas al semicírculo de muy diversos rostros que lo contemplaban. La comisión psicológica estaba compuesta por psicólogos de un puñado de mundos, y su mirada conjunta no era una cosa fácil de soportar.

—Se nos ha indicado —comenzó Frián Obel, director de la comisión y nativo de Vega, hogar de los hombres verdes—, que las secciones de este informe relativas a los asuntos militares de Sol son obra suya.

Yoselin Arn inclinó su cabeza en un silencioso asentimiento.

—¿Y está usted dispuesto a confirmar lo que dice aquí, a pesar de su inherente improbabilidad? No es usted ningún psicólogo, ya lo sabe.

—¡No! ¡Pero soy un soldado! —Las mandíbulas del centauriano denotaban su firmeza mientras su voz resonaba en la sala—. No sé nada de ecuaciones ni de

gráficos, pero conozco las espacionaves. He visto las suyas y he visto las nuestras, y las de ellos son mejores. He visto su primer navío interestelar. Deles cien años, y tendrán mejores hiperátomos de los que nosotros tenemos. He visto sus armas. Tienen casi todo lo que nosotros poseemos, y eso en un estadio de su historia anterior en milenios al nuestro. Lo que no tienen lo tendrán, y pronto. Lo que tienen, lo mejorarán.

»He visto sus fábricas de armas. Las nuestras son más avanzadas, pero las suyas son más eficientes. He visto sus soldados. Y preferiría luchar con ellos que contra ellos.

»Ya lo he dicho todo en mi informe, y lo digo de nuevo.

Tras sus bruscas palabras, Frian Obel esperó hasta que los murmullos de los hombres que le rodeaban terminasen.

—¿Y el resto de su ciencia? ¿La medicina, la física, la química? ¿Qué hay de eso?

—No soy el mejor juez sobre esos asuntos. Tienen ahí el informe de los expertos. Y, hasta donde llegan mis conocimientos, estoy de acuerdo con ellos.

—¿Así que esos habitantes de Sol son verdaderos humanoides?

—¡Por los mundos de Centauro, sí!

El viejo científico se irguió enojadamente en su silla y paseó rápidamente la mirada a un lado y a otro de la mesa de conferencias.

—Colegas —dijo—, adelantamos muy poco dándole vueltas a esta madeja de improbabilidades. Tenemos ante nosotros una raza de humanoides con unos adelantos tecnológicos superlativos, pero que al mismo tiempo poseen unas creencias, intrínsecamente acientíficas, referentes a fuerzas sobrenaturales, una predilección increíblemente infantil hacia el individualismo, personal y de grupo, y, lo peor de todo, una falta de visión necesaria para unirse a una cultura galáctica.

Miró furioso al centauriano que se hallaba apesadumbrado ante él.

—Si es que tenemos que creer el informe existe una tal raza, con lo cual se desploman varios axiomas fundamentales de la psicología. Pero, por mi parte, rehusó creer semejantes, para decirlo en forma vulgar, cuentos de espacionauta. Éste es sin duda un caso de irresponsabilidad que debe ser investigado por las autoridades competentes. Espero que todos coincidirán conmigo en que tiremos a la papelera este informe y enviemos una segunda expedición, dirigida esta vez por un experto y no por un psicólogo novato o por un soldado...

La voz sin inflexiones del científico fue repentinamente ahogada por el estrépito de un puñetazo contra la mesa. Yoselin Arn, con su maciza figura temblando de ira, perdió el control y dio paso a su temperamento militar.

—¡Por los terremotos de Templis, por los gusanos que se arrastran y los insectos que vuelan, por las charcas hediondas y los lugares pútridos, y por la misma muerte encapuchada, *no permitiré esto!* ¿Es que van a permanecer ahí sentados, sumergidos en sus teorías y en su enmohecida sabiduría, y van a negar lo que he visto con mis propios ojos? ¿Es que mis ojos —que echaban fuego mientras hablaba— van a negar

lo que vieron por causa de una cuantas señales temblonas que sus momificadas manos tracen sobre un papel?

»Por mí se podrían echar al horno de Centauro a todos esos sabios de alcoba... empezando por los psicólogos. Malditos sean esos hombres que se encierran a sí mismos en sus libros y en sus laboratorios, y permanecen ciegos a lo que ocurre en el verdadero mundo exterior. La psicología, ¿eh? Putrefacta, corrompida...

El toque de una mano en su cinturón le hizo darse la vuelta, con los ojos relumbrantes y los puños semicerrados. Por un momento miró sin ver nada; luego, al bajar su vista, se encontró mirando a los enigmáticos ojos verdes de un pigmeo, cuya penetrante mirada pareció enfriar su ira como con agua helada.

—Te conozco, Yoselin Arn —dijo Tan Porus lentamente, escogiendo con cuidado sus palabras—. Eres un hombre valiente y un buen soldado, pero veo que no te gustan los psicólogos. Lo cual no es correcto, porque es sobre la psicología donde se fundamenta el éxito de la Federación. Quítala, y nuestra Unión se derrumbará, nuestra gran Federación se esfumará, y el Sistema Galáctico se desmoronará —su voz bajó de tono hasta convertirse en un suave y líquido arrullo—. Has jurado defender el sistema contra todos sus enemigos, Yoselin Arn, y ahora te has convertido en el mayor de todos. Atacas a sus cimientos; desentieras sus raíces, lo envenenas en su misma fuente, estás deshonrado. Has caído en desgracia. Eres un traidor.

El soldado centauriano agitó la cabeza desesperado. Mientras Porus hablaba, un profundo y amargo remordimiento se apoderaba de él. El recuerdo de sus palabras pronunciadas momentos antes era una losa en su conciencia. Cuando terminó de hablar el psicólogo, Arn inclinó su cabeza y lloró. Las lágrimas rodaban por sus curtidas mejillas cubiertas de cicatrices guerreras, lágrimas desconocidas por él en los últimos cuarenta años.

Porus habló de nuevo, y esta vez su voz resonó como un trueno:

—¡Acaba con tu gimoteo, cobarde! ¡El peligro está cercano! ¡A los puestos de combate!

Yoselin Arn se puso firme; la tristeza que lo había invadido hacía un momento desapareció como si nunca hubiese existido.

La sala se estremeció con las carcajadas, y el soldado se dio al fin cuenta de la situación. Había sido la forma escogida por Porus para castigarle. Con su absoluto conocimiento de los enrevesados vericuetos de la mente humanoide, tan sólo tenía que apretar el botón adecuado y...

El centauriano se mordió los labios avergonzado, pero no dijo nada.

Tan Porus, por su parte, no se rió. El gastar una broma al soldado era una cosa, el humillarle otra muy distinta. Se subió de un salto a una silla y apoyó amistosamente su pequeña mano en el masivo hombro del otro.

—No quería ofenderte, amigo... Tan sólo quería darte una pequeña lección. Lucha con los subhumanoides y con el ambiente hostil de cincuenta mundos, enfréntate con el espacio en una nave que es una vieja bañera llena de escapes,

desafía a todos los peligros que quieras, pero nunca, *nunca*, ofendas a un psicólogo. Tal vez en otra ocasión podría enfadarse *de verdad*.

Arn echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, un tremendo rugido de alegría que hizo temblar la sala con sus tonos de terremoto.

—Tus consejos son bien recibidos, psicólogo. Que me quemen con un atomizador si no tienes razón —y salió de la sala, mientras sus espaldas aún se agitaban por la risa contenida.

Porus bajó de la silla y se dio la vuelta para enfrentarse con la comisión.

—Colegas —dijo—. Nos hemos encontrado con una interesante raza de humanoides.

—Ah —dijo Obel secamente—. El gran Porus se cree obligado a salir en defensa de su pupilo. Parece que su digestión mejora, puesto que se siente capaz de tragarse el informe de Haridin.

Haridin, que se hallaba de pie en un rincón, con la cabeza gacha, enrojeció enojado pero no se movió.

Porus frunció el entrecejo, pero su voz mantuvo un tono tranquilo:

—En efecto. Y, si analizamos correctamente el informe, llegaremos a revolucionar la ciencia. Es un filón para la psicología, y el Homo Sol el hallazgo del milenio.

—Sé específico, Tan Porus —farfulló alguien—. Tus trucos están bien para un estúpido centauriano, pero a nosotros no nos impresionan.

El temible y pequeño rigeliano emitió un gorgoteo de ira. Agitó un pequeño puño en la dirección del que había hablado.

—Seré más específico, Inar Tubal, sabandija peluda del espacio —la prudencia y la ira libraban una visible batalla en su interior—. Hay más en un humanoide de lo que creéis... ciertamente mucho más de lo que vosotros, débiles mentales, podéis comprender. Y tan sólo para demostraros lo que no sabéis, grupo disecado de fósiles, os haré una demostración de psicotecnología que os va a dejar sin testículos. ¡Pánico, retrasados mentales, pánico! ¡Un *pánico* a escala mundial!

Siguió un terrible silencio.

—¿Dijiste pánico a escala mundial? —tartamudeó Frián Obel, mientras su piel verdosa cambiaba a gris—. ¿Pánico?

—Sí, loro. Dadme seis meses y cincuenta ayudantes, y os demostraré lo que es un mundo de humanoides en pánico.

Obel trató vanamente de responder. Su boca hizo un heroico esfuerzo por permanecer cerrada, pero no lo logró. Como guiados por una señal, la totalidad de los miembros de la comisión abandonaron su dignidad y se hundieron en un espasmo de risas.

—Me acuerdo —se atragantó Inar Tubal de Sirio, con su redondo rostro bañado en lágrimas de pura alegría— de un estudiante que tuve una vez, que afirmaba haber descubierto un estímulo que produciría un pánico a escala mundial. Cuando

comprobé sus cálculos me encontré con un exponente con la coma decimal fuera de lugar. Tan sólo se había equivocado en diez órdenes de magnitud. ¿En cuantos lugares has equivocado la coma, colega Porus?

—¿Y qué hay de la ley de Kraut, Porus, que dice que no se puede crear pánico entre más de cincuenta humanoides en cada intento? ¿Debemos pasar una resolución anulándola? Y ya que estamos en ello, ¿no deberíamos hacerlo también para la teoría atómica? —dijo malévolamente Semper Gor de Capella.

Porus se subió a la mesa y arrancó de las manos de Obel el mazo usado para llamar al orden.

—El próximo que se ría recibirá esto en medio de su hueca cabeza —dijo. Se produjo un repentino silencio—. Me voy a llevar a cincuenta ayudantes —aulló el rigeliano de ojos verdes—, y Yoselin Arn me llevará a Sol. Quiero que cinco de vosotros vengan conmigo: Inar Tubal, Semper Gor y otros tres cualesquiera, con el fin de poder contemplar sus estúpidos rostros cuando haya obtenido lo que he prometido —blandió el mazo amenazadoramente—. ¿Y bien?

Frian Obel contempló plácidamente el techo.

—De acuerdo, Porus. Tubal, Gor, Helvin, Prat y Winson pueden ir contigo. Al final del plazo especificado, contemplaremos un pánico a escala mundial, lo que sería muy placentero, o veremos cómo te comes tus palabras, lo cual sería aún mucho más agradable.

Y, con esto, dio muestras de una gran alegría interior.

Tan Porus miró pensativamente a través de la ventana. Terrápolis, la capital de la Tierra, se extendía a sus pies hasta más allá del horizonte. Su apagado rugido le llegaba aún en la altura de casi un kilómetro en la que se hallaba.

Algo ocurría en aquella ciudad, algo invisible e intangible pero no por ello menos real. Su presencia era más que evidente para el pequeño psicólogo. La opresiva capa de terror abisal que se extendía sobre la metrópolis era su propia obra... una horrible capa de oscura incertidumbre, que apretaba con fríos dedos los corazones de la Humanidad y la llevaba al borde, al mismo borde del pánico.

El rugido de la ciudad estaba formado por voces, y las voces hablaban de terror.

El rigeliano se dio la vuelta disgustado.

—¡Oye, Haridin! —rugió.

El joven arturiano se apartó del televisor.

—¿Me llama, jefe?

—¿Qué te crees que estoy haciendo, hablando conmigo mismo? ¿Cuáles son las últimas noticias de Asia?

—Nada nuevo. Los estímulos no son bastante fuertes. Los hombres amarillos parecen ser más impasibles que los blancos de América y Europa. No obstante, he enviado órdenes de no intensificar los estímulos.

—No, no deben hacerlo —confirmó Porus—. No podemos arriesgarnos a un pánico *activo* —rumió en silencio—. Escucha, casi lo hemos conseguido. Diles que actúen en algunas de las grandes ciudades, son más susceptibles, y acaben.

Volvió de nuevo a la ventana.

—¡Espacios, qué mundo... qué mundo! Se ha iniciado una rama de la psicología completamente nueva, una en la que nunca soñamos. La psicología de las masas, Haridin, la psicología de las masas —agitó su cabeza impresionado.

—No obstante, hay gentes que sufren, jefe —murmuró el joven—. Este pánico pasivo ha paralizado completamente las transacciones y el comercio. La vida económica de todo el planeta está estancada. El pobre gobierno está inerme... no saben qué es lo que anda mal.

—Lo sabrán cuando llegue el momento oportuno. En lo que se refiere al sufrimiento... bueno, a mí tampoco me gusta, pero es el medio para llegar a un fin, un maldito fin extremadamente importante.

Siguió un corto silencio, y luego los labios de Porus formando una sardónica sonrisa.

—Esos cinco estúpidos volvieron ayer de Europa, ¿no es así?

Haridin sonrió a su vez y asintió vigorosamente con la cabeza.

—¡Y con el rabo entre las piernas! Sus predicciones se han confirmado hasta la quinta cifra decimal. Están frenéticos.

—¡Bien! Lo único que siento es que no puedo ver la cara de Obel en este momento, después del último mensaje que le envié. Y por cierto —su voz bajó de tono—, ¿qué hay acerca de *ellos*?

Haridin levantó dos dedos.

—Dos semanas más y estarán aquí.

—Dos semanas... dos semanas —gorgoteó jubiloso Porus. Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Creo que iré a buscar a mis queridos, queridos colegas, para pasármelo en grande.

Los cinco científicos de la comisión levantaron sus cabezas de las notas que estaban examinando, y permanecieron en un embarazoso silencio cuando entró Porus.

—¿Son satisfactorias las notas, caballeros? —preguntó Porus con una sonrisa irónica—. Sin duda habrán hallado cincuenta o sesenta hipótesis falsas en mis postulados fundamentales, ¿no es así?

Hybron Prat de Alfa Cefeo se mesó la pelusa gris a la que llamaba cabello.

—No me fío de los malditos trucos que esta loca notación matemática tuya nos juega.

El rigeliano emitió un corto ladrido de alegría.

—Entonces, inventa una mejor. Hasta ahora ha ido bien para manipular las reacciones, ¿no es así?

Se oyó un nada musical coro de carraspeos, pero no hubo ninguna respuesta definida.

—¿No es así? —atronó Porus.

—Bueno, ¿y qué? —replicó desesperado Kim Winson—. ¿Dónde está tu pánico? Todo eso está muy bien, y estos humanoides son una anormalidad cósmica, pero ¿dónde está el gran espectáculo que ibas a ofrecernos? Hasta que no rompas la Ley de Kraut, toda esta exhibición tuya no vale un micrometeorito.

—Habéis perdido, caballeros, habéis perdido —graznó el pequeño psicólogo—. He probado mi punto de vista... este pánico pasivo es tan imposible, de acuerdo con la psicología clásica, como su forma activa. Estáis tratando de negar los hechos para no sentir os humillados, queriénd os basar en un tecnicismo. Id a casa; id a casa, caballeros, y esconded os bajo vuestras camas.

Los psicólogos tan sólo son humanos. Pueden analizar los motivos de sus acciones pero son tan esclavos de ellos como el más común de los mortales. Aquellos psicólogos de fama galáctica se sentían heridos en su orgullo, y su vanidad despedazada, por lo que a partir de aquel momento la reacción mecánica que se produjo en ellos fue la de una ciega tozudez. Sabían que era así, y sabían que Porus lo sabía... lo cual aún lo hacía más desagradable.

Inar Tubal miró iracundo con sus ojos enrojecidos.

—Pánico activo o nada, Tan Porus. Esto es lo que nos prometiste, y esto es lo que queremos. Queremos pruebas concluyentes o, por el espacio y el tiempo, nos refugiaremos en cualquier tecnicismo. ¡Pánico activo, o informaremos de que has fracasado!

Porus enrojeció de ira y, con un tremendo esfuerzo, habló en voz normal:

—Sed razonables, caballeros. No tenemos el equipo con el que manejar un pánico activo. Nunca nos hemos enfrentado con algo semejante a lo que hay aquí en la Tierra. —Agitó violentamente la cabeza—. ¿Qué ocurrirá si perdemos el control?

—Entonces aislalo —gruñó Semper Gor—. Inícialo y detenlo. Haz todos los preparativos que quieras, ¡pero hazlo!

—Si es que puedes —añadió Hybron Prat.

Pero Tan Porus tenía *su* punto débil. Su frágil control de sí mismo yacía hecho astillas a su alrededor. Su ágil lengua envenenó la atmósfera e inundó a los decaídos psicólogos con oleada tras oleada de obscenidad concentrada.

—¡Como queráis, cabezas huecas! ¡Será como queréis, y luego podéis ir a asfixiar os en el espacio exterior! —estaba sin aliento por el apasionamiento—. Lo haremos estallar, aquí mismo, en Terrápolis, tan pronto como el resto del personal haya regresado. ¡Pero vale más que no os veáis en medio de ello!

Y, con un último bufido de despedida, salió de la habitación.

Tan Porus apartó las cortinas de un tirón y los cinco psicólogos situados frente a él evitaron su mirada. Las calles de la capital de la Tierra estaban desiertas de población civil. El rítmico paso de las patrullas militares por las arterias de la ciudad

sonaban como un canto fúnebre. El cielo invernal se cernía sobre una escena de desparramadas ruinas, cadáveres yacentes... y silencio; el silencio que sigue a una orgía de salvaje destrucción.

—Aquí la cosa estuvo pendiente de un hilo durante varias horas, colegas —la voz de Porus sonaba cansada—. Si hubiera pasado de los límites de la ciudad, nunca habiéramos podido detenerla.

—¡Horrible, horrible! —murmuró Hybron Prat—. Fue un acontecimiento que cualquier psicólogo hubiera dado su brazo derecho por ver... y toda su vida por olvidar.

—¡Y éstos son humanoides! —gimió Kim Winson.

Semper Gor se alzó en una repentina decisión.

—¿Te das cuenta del significado de esto, Porus? Esos terrestres son verdadera atomita incontrolable. No pueden ser manejados. Aunque fueran dos veces más geniales de lo que son en cuestiones mecánicas, no serían de ninguna utilidad. Con su psicología de multitud, con sus pánicos de masa, con su superemocionalismo, simplemente no tienen cabida en el concierto de las razas humanoides.

Porus alzó una ceja.

—¡Estupideces! Individualmente, somos tan emocionales como ellos. La única diferencia es que ellos lo son en masa y nosotros no.

—¡Es suficiente! —exclamó Tubal—. Hemos tomado una decisión, Porus. La tomamos anoche, en el momento álgido de... de... eso. El sistema Sol tiene que ser abandonado a su suerte. Es un lugar contaminado, y no queremos saber nada de él. En lo que a la galaxia respecta, el Homo Sol será colocado en estricta cuarentena. ¡Ésta es nuestra última palabra!

El rigeliano rió suavemente.

—Para la galaxia puede ser la última palabra, pero ¿y para el Homo Sol?

Tubal se alzó de hombros.

—No nos importa.

Porus se rió de nuevo.

—Dime, Tubal. Entre nosotros dos: ¿has tratado una integración en el tiempo de la Ecuación 128 seguida por una expansión con los tensores Karoleanos?

—No-o. No puedo decir que lo haya hecho.

—Bien; entonces mira con atención estas ecuaciones y diviértete.

Los cinco científicos de la comisión se agruparon alrededor de las hojas de papel que Porus les entregó. Las expresiones cambiaron de interés a asombro, y luego a algo que se aproximaba al terror.

Naru Helvin rasgó las hojas con un movimiento espasmódico.

—¡Es una mentira! —chirrió.

—¡Les llevamos un millar de años de ventaja, y para entonces habremos avanzado otros doscientos! —gritó Tubal—. No podrán hacer nada contra los pueblos de la Galaxia.

Tan Porus rió con un sonido monótono, lo cual es muy difícil de hacer, y aún más difícil de soportar.

—Todavía no creéis en las matemáticas. Naturalmente, esto está en vuestro sistema de conducta. De acuerdo, veamos si los expertos logran convenceros... como debería ser, a menos que el contacto con esos Humanoides anormales os haya deformado. ¡Yoselin... Yoselin Arn... ven aquí!

El comandante centauriano entró, saludó automáticamente y miró expectante.

—¿Puede una de tus naves derrotar a una de las de Sol en combate, si fuera necesario?

Arn hizo una mueca.

—Ni soñarlo, señor. Esos Humanoides rompen la Ley de Kraut cuando se hallan bajo los efectos del pánico... y también cuando luchan. Tenemos un cuerpo de especialistas manejando nuestras naves; esta gente tienen una tripulación que funciona como una unidad, sin individualidad. Presentan una forma de lucha... el pánico, creo que ésa es la mejor palabra. Cada individuo en una nave se convierte en un órgano de la misma. Entre nosotros, como ya saben, esto es imposible.

»Además, este mundo es una masa de genios locos. Por lo que he podido comprobar, han tomado no menos de veintidós artefactos, interesantes pero inútiles, que vieron en el Museo de Thalsoon cuando nos visitaron, les han dado la vuelta, y han producido algunos de los más desagradables artilugios militares que haya visto jamás. ¿Conocen el detector de líneas gravitacionales de Julmun Thill? ¿Ese que se utilizaba con poco éxito para hallar depósitos de minerales antes de que descubriéramos el método moderno de potenciales eléctricos? En alguna forma, lo han convertido en uno de los más mortíferos directores de tiro que he tenido el dudoso placer de ver. Puede dirigir automáticamente un cañón o un proyector contra un objetivo completamente invisible en el espacio, en el aire, en el agua o, de desearlo, bajo tierra.

—Nosotros —dijo Tan Porus jovialmente— tenemos unas flotas muy superiores a las que ellos poseen. ¿Acaso no podríamos aniquilarlos?

Yoselin Arn agitó la cabeza.

—Derrotarlos ahora... es probable, pero no obstante no sería ninguna victoria aniquiladora, y además no apostaría demasiado a nuestro favor. Lo que sí es seguro es que no haría nada por provocarles. Hablando en términos militares, lo malo es que esta colección de maníacos de los artefactos inventan cosas con una frecuencia horrible. Tecnológicamente, son tan inestables como una duna de arena. He visto a sus fábricas de vehículos terrestres instalar una línea completa de máquinas-herramientas para la producción de un nuevo modelo de automóvil... ¡y retirarla al cabo de seis meses por ser totalmente obsoleta!

»Y ahora hemos entrado en contacto con su civilización. Hemos aprendido los métodos de una nueva civilización para añadir a nuestras previas doscientas ochenta y ocho... lo cual es un pequeño avance porcentual. ¡Pero ellos han añadido una nueva

civilización a la suya previa... lo cual les representa un avance del cien por ciento!

—¿Qué pasaría —preguntó suavemente Tan Porus— con nuestra posición militar si, simplemente, los ignorásemos completamente durante doscientos años?

Yoselin Arn soltó una risotada explosiva.

—Si pudiéramos... lo que quiere decir *si* nos dejasen. Contestaré a eso ahora y con seguridad. En este mismo momento ya representan lo máximo con lo que me atrevería a enfrentarme. Doscientos años para explorar los nuevos caminos sugeridos por su breve contacto con nosotros, y estarán haciendo cosas que no me puedo imaginar. Esperen doscientos años y no habrá batalla: será una simple anexión.

Tan Porus hizo una inclinación formal.

—Gracias, Yoselin Arn. Esto es lo que resultaba de mis cálculos matemáticos.

Yoselin Arn saludó y salió de la habitación.

Volviéndose a los cinco totalmente paralizados científicos, Porus prosiguió:

—Espero que estos sabios caballeros todavía reaccionen en forma vagamente Humanoide. ¿Estáis ya convencidos de que no podemos discernir el terminar todo contacto con esta raza? Podríamos hacerlo... ¡pero ellos no nos dejarían!

»¡Tontos! —escupió la palabra—. ¿Creéis que voy a perder el tiempo discutiendo con vosotros? ¿O no comprendéis que os estoy dando órdenes? El Homo Sol *debe* entrar en la Federación. Van a ser llevados a la madurez en doscientos años. Y no os estoy pidiendo vuestro consentimiento; ¡os lo mando! —el rigeliano los contempló truculentamente.

»¡Venid conmigo! —aulló bruscamente.

Lo siguieron completamente sumisos y entraron en la alcoba de Tan Porus. El pequeño psicólogo apartó una cortina para mostrar una pintura realizada a tamaño natural.

—¿Os dice algo esto?

Era el retrato de un terrestre, pero de un terrestre tal cual ninguno de los psicólogos había visto todavía. Digno y mayestático, con una mano acariciando una bien poblada barba y la otra semiescondida entre las flotantes vestiduras que lo ataviaban. Parecía la majestuosidad personificada.

—Ése es Zeus —dijo Porus—. Los primitivos terrestres lo crearon como personificación del rayo y de la tormenta. —Dio la vuelta para enfrentarse con los cinco asombrados personajes—. ¿No os recuerda a nadie?

—¿Homo Canopus? —aventuró, incierto, Helvin.

Por un instante, el rostro de Porus se relajó en una satisfacción momentánea. Luego se endureció de nuevo.

—Claro —dijo cortante—. ¿Por qué dudas? Éste es Canopus hasta el mínimo detalle, incluso la misma barba rubia.

Luego continuó:

—Aquí hay algo más —apartó otra cortina.

Esta vez el retrato era de una mujer. Tenía unos senos generosos y anchas caderas.

Una sonrisa inefable agraciaba su rostro y sus manos parecían acariciar unas espigas de trigo que crecían abundantes a su pies.

—¡Demeter! —dijo Porus—. La personificación de la fertilidad de la tierra. La madre idealizada. ¿A quién os recuerda ésta?

Esta vez no hubo dudas. Cinco voces dijeron al unísono:

—¡Homo Betelgeuse!

Tan Porus sonrió satisfecho.

—Sí, señores. ¿Y bien?

—¿Y bien? —preguntó Tubal.

—¿No veis? —la sonrisa desapareció—. ¡Está claro, idiotas! Si un centenar de Zeus y otro de Demeter aterrizasen en la Tierra formando parte de una «misión comercial», y resultase que eran psicólogos entrenados... ¿lo veis ahora?

Semper Gor comenzó a reírse de repente.

—¡Espacio, tiempo y meteoritos! ¡Claro! Los terrestres serían fáciles de manejar para sus propias personificaciones de la tormenta y de la maternidad hechas realidad. En doscientos años... ¡en doscientos años podríamos hacerlo todo!

—Pero esta misión comercial como tú la llamas, Porus —se interpuso Prat—, ¿cómo conseguirías que el Homo Sol la aceptase?

Porus le miró de reojo.

—Querido colega Prat —murmuró—, ¿supones que creé el pánico pasivo tan sólo para enseñárselo... o tan sólo para complacer a cinco cabezas de chorlito? Este pánico pasivo paralizó la industria, y el Gobierno terrestre se enfrenta con una revolución... otra forma de acción de masas que deberemos investigar. Ofrecedles el comercio galáctico y una prosperidad eterna, ¿y os creéis que no se precipitarán a aceptar?

El rigeliano cortó en seco los murmullos excitados que siguieron con un gesto impaciente.

—Si no tenéis nada más que preguntar, caballeros, comencemos los preparativos de partida. Francamente, estoy cansado de la Tierra y, además, estoy ansioso por volver a mi calamar.

Abrió la puerta y gritó hacia el corredor:

—¡Hey, Haridin! Dile a Arn que tenga la nave preparada para partir dentro de seis horas. Nos vamos.

—Pero... pero... —el coro de asombradas objeciones cristalizó en una repentina acción cuando Semper Gor se abalanzó sobre Porus y lo retuvo en el momento en que estaba a punto de irse. El pequeño rigeliano se debatió vanamente en el poderoso abrazo del otro.

—¡Déjame ir! —aulló.

—Ya te hemos aguantado bastante, Porus —dijo Gor—. Así que ahora cálmate y pórtate como un Humanoide. Digas lo que digas, no nos vamos a ir hasta que hayamos acabado. Tenemos que arreglar las cosas con el Gobierno terrestre acerca de

esa misión comercial. Tenemos que conseguir la aprobación de la comisión. Tenemos que escoger a los psicólogos. Tenemos que...

Entonces Porus, con un tirón repentino, se soltó.

—¿Es que por un momento has podido suponer que iba a esperar a que vuestra preciosa comisión empezase a iniciar el comenzar a considerar el hacer algo acerca de la situación dentro de dos o tres décadas?

»La Tierra aceptó incondicionalmente mis propuestas hace un mes. El grupo de Canopus y Betelgeuse partió hace cinco meses y aterrizó anteayer. Fue gracias a su ayuda como logramos detener el pánico de ayer... aunque vosotros ni lo sospechasteis. Probablemente creísteis hacerlo vosotros mismos. Hoy, caballeros, tienen la situación bajo su completo control, y vuestros servicios ya no son necesarios. Así que, ahora, ¿nos vamos a casa?

Título original:
HOMO SOL

© 1940, by *Street and Smith Pub. Inc.*, by arrangement with *Forrest J Ackerman*
Traducción de Z. Álvarez

ES INMINENTE LA REPARICIÓN DE LA COLECCIÓN



bajo la dirección de MIGUEL MASRIERA, y con la colaboración de LUIS VIGIL.

La decana de las colecciones de ciencia ficción en los países hispanos reaparece con una selección de obras que constituirán la biblioteca básica de todo aficionado a esta literatura. Esté atento a la publicación de su primer título:

Los fabricantes de armas
de ALFRED ELTON VAN VOGT

A este primer volumen le seguirán otros de autores tan representativos y famosos como son:

Alfred Bester
Arthur C. Clarke
Harry Harrison
Eric Frank Russell...

LA CAMPANA DE LA A.C.E.

COLIN KAPP

La ética, nos dicen las enciclopedias, es la parte de la filosofía que trata de la moral y de las obligaciones del hombre. Sin embargo, ¡cuántas aberraciones se han cometido a lo largo de la historia en nombre de la ética y de la moral! En esta historia, situada en un futuro donde la moral es Ley, y en el que un beso dado en público puede acarrear las más duras sanciones, Colin Kapp nos plantea un problema ético de indudable interés: el de la posibilidad de mantenimiento de un sistema moral tan rígido y represivo como pueda serlo una inquisición.

ilustrado por ESTEBAN MAROTO

—Hermano Miel Fredric Nean, se le acusa de observar una conducta contraria al mantenimiento de los Estatutos de la Ley Moral, dado que en el decimoséptimo día de Germinal del año dos mil doscientos setenta se le vio besando a una persona del sexo femenino en un portal adyacente a una calle pública. ¿Se declara usted inocente o culpable?

—Me declaro inocente.

—¿Quiere usted imputar la veracidad de las pruebas?

—No, tan sólo la validez de la acusación como tal. Me defenderé basándome en el aspecto moral del caso.

Un murmullo de expectación recorrió la sala. Aunque hacía poco que había comenzado la mañana, los procesos anteriores habían producido tedio entre los espectadores, con su aparentemente interminable procesión de borrachos, blasfemos, rateros y otros descontentos de poca monta. Ahora, con la llegada de Nean —alto y delgado, con una complexión no acorde con sus veintiséis años—, los asistentes se animaron en forma visible ante la posibilidad de un juicio más animado.

El decrepito juez se ajustó las gafas para obtener una mejor visión del acusado.

—¿Se sabe algo acerca de este hombre?

—Sí, Su Equivalencia. El acusado fue condenado hace dos años en esta misma corte bajo la acusación de intento de flirteo. Fue multado con cincuenta créditos. También fue condenado el año pasado, en Old Brighton, por aparecer en una playa pública ataviado tan sólo con un bañador. Fue multado con quinientos y confinado por seis meses.

El juez frunció el entrecejo.

—No es un historial muy aleccionador, Hermano Nean. Por favor, deseo oír primero el testimonio de la policía.

El guardián de la ley subió al banquillo a declarar, y sacó su libro de notas.

—A las veintidós horas en punto del diecisiete del pasado Germinal, y actuando sobre una información recibida por radio de un miembro de la vigilancia pública, me dirigí al número diecisiete de la calle Penji, en donde encontré al acusado, abrazando y besando a una persona del sexo femenino en el portal de la casa. El vigilante que nos había informado se hallaba también allí, y había tomado una serie de fotografías con infrarrojos del delito. Las presento ahora como prueba.

El juez aceptó las fotografías y las revisó rápidamente.

—Gracias, Hermano. Proceda.

El guardián de la ley tosió.

—Me acerqué entonces al acusado y le informé de que iba a ser detenido, dándole a conocer la naturaleza de la acusación que se le hacía. Él dijo: «¿Y qué demonios le importa eso a usted?». Cuando entró en la comisaría repitió lo anterior y añadió: «La gente que usa los infrarrojos y los micrófonos-espía para entrometerse en las vidas privadas no tiene ningún derecho a protestar por cosas que debieron quedar en la intimidad».

—Es un razonamiento muy raro —comentó secamente el juez—, pero nos plantea la cuestión legal de si el portal era, en realidad, verdaderamente adyacente a un lugar de acceso al público. —Volvió a mirar las fotografías—. ¿Se veía el portal fácilmente desde la calle?

—No desde la acera, Su Equivalencia; pero, subiéndose a lo alto de una tapia...

—Muy bien —dijo el juez—. Acepto la evidencia tal como ha sido presentada. Hermano Nean, ya que no imputa la veracidad de las pruebas contra usted, le conmino a presentar su defensa.

Nean se irguió en toda su estatura y paseó su mirada por la sala.

—Según nos cuenta la historia, la Tercera Guerra Mundial terminó en un colapso moral que casi acabó con lo que restaba de la civilización. Esto no le sorprende a nadie. Los niños nacían en un mundo de pobreza, horror y decadencia, contaminados por la radiación y atormentados por los restos de ideologías retorcidas. Un hombre tenía una esperanza de vida no más larga que la de una cerilla, y casi tanta libertad como la permitida en un campo de concentración o de trabajos forzados. Los resultados se podrían comparar con ventaja a los de la decadencia de la antigua Roma, en todo menos en la grandeza y el esplendor. Cuando a un hombre no le queda nada que perder en lo que se refiere a libertad, felicidad o respeto a sí mismo, no se le pueden aplicar otras sanciones con que refrenar sus instintos.

—Muy cierto —dijo el juez irritado—; pero no veo en qué se relaciona esto con el caso.

—Tiene muchísima relación. Cuando se estableció la Gran Paz, se legisló un código moral con el que controlar a todos aquellos cuyos años de adolescencia habían sido malgastados en la decadencia ética e intelectual de la era anterior.

Necesariamente, este código era extremadamente rígido y estaba respaldado por la fuerza de la ley, porque era necesario volver a formar la conciencia en el interior de los hombres. Fue un gran logro de la ingeniería ética y la mecánica sociológica. Lo que ocurre es que ahora tiene seiscientos años y veinticuatro generaciones de retraso. Este mismo código cuelga como una rueda de molino de nuestros cuellos, y su obligatoriedad aniquila el aspecto humano de nuestra sociedad.

—Me permito recordarle —dijo el juez—, que estamos aquí para hacer justicia y no para determinar la eticidad de la ley. Presente claramente su defensa o acepte el veredicto.

—Apelo basándome en que no hay cargo al que responder. El besar no es un crimen en sí mismo. Tan sólo es ilegal cuando es contemplado por un tercero, pero con la aplicación de los métodos modernos de vigilancia científica personal ya casi no queda ningún lugar en el mundo en el que uno pueda besar sin ser detectado. Ni siquiera las casas son inviolables. Por el contrario, considero que en este caso el culpable es el vigilante, cuya indiscreción exacerbada lo llevó a realizar grandes esfuerzos con tal de observar un acto totalmente privado.

El juez parecía un tanto divertido.

—El suponer que el método de detección mitiga la enormidad del crimen es una premisa peligrosa. No es usted el primero que airea tales herejías ante una corte. Si usted fuera un vulgar ladrón castigaría su impertinencia con cinco años de trabajos forzados. Pero la herejía es una enfermedad contagiosa, que ataca el corazón de la fe bajo la cual vivimos. En nombre del bien común, no tengo más opción que condenarlo a la pena más severa a mi alcance.

»Micl Fredric Nean, lo declaro culpable de los cargos que contra usted se han presentado, y lo sentencio a ser entregado a la jurisdicción de la Autoridad de Control Ético hasta el momento en que ésta se halle dispuesta a avalar su vuelta a la sociedad. Mientras tanto, reflexione sobre su conducta y, si hay algo de amargura en su interior, recuerde que hago esto únicamente por su propio bien.

La dureza de la sentencia hizo que el silencio reinara en la sala. La jurisdicción de la ACE era normalmente el lugar en el cual terminaban los que delinquirían habitualmente contra el Código Moral. Los que eran enviados a la ACE muy pocas veces salían de ella... y si lo hacían lo único que les quedaba de su personalidad anterior era su nombre. Habían sido cambiados en forma increíble.

El secretario del tribunal se dirigió hacia Nean para preguntarle si, de acuerdo con la ley, deseaba apelar. Pero Nean, pálido y más enjuto que nunca, lo apartó con un ademán y bajó tambaleándose del banquillo.

Se desmayó en el corredor.

—¡Alégrate, Hermano! —dijo su compañero de celda—. Aún no estás muerto.

Nean abrió sus ojos y contempló al gigantón que ocupaba el otro camastro. Luego

volvió a cerrar sus ojos y gimió. La blanca y clínica esterilidad de la celda contrastaba extrañamente con la húmeda suciedad del cuartelillo de policía del que le habían traído, y llenó de asombro y terror su corazón. Le dolía el estómago debido a sus mareos continuos y, aunque el aire era cálido, se sentía mucho más frío de lo normal en un ser vivo.

—Será mejor que te tomes estas pastillas —le dijo el gigante, ofreciéndole dos pequeñas tabletas y un vaso de agua con un ligero sabor antiséptico—. El doctor las dejó para ti. No dan la felicidad, pero es lo más aproximado.

Nean tomó las tabletas y esperó hasta que se calmaron sus temblores y sus pensamientos se hicieron más coherentes.

—Traté de darme muerte —dijo al fin.

—Lo sé. El médico de la policía te hizo un lavado de estómago. Aún estabas inconsciente cuando te trajeron. Me preocupaste. No me hubiera gustado compartir la celda con un cadáver.

Nean sonrió amargamente.

—Más valdría estar muerto que vivo aquí dentro.

—Eso no es verdad —dijo el gigante—. Mientras hay vida hay esperanza. Puedo asegurarlo, pues he pasado la mayor parte de mi vida tras las rejas y todavía tengo ánimos.

—¿Habías estado antes en la ACE?

—No, pero un día u otro tenía que caer aquí. Soy Karl Baptiste: pirata, rebelde y hereje a carta cabal.

—Yo soy Micl Nean —dijo Nean amargamente—. Besé a una muchacha a treinta pasos de un vigilante, y tan sólo por eso estoy en este infierno.

Baptiste se alzó de hombros:

—He estado tantas veces en infiernos hechos por los hombres que éste no me asusta.

—Yo soy un cobarde —dijo Nean—. Me gustaría tener tu entereza.

—No me envidies —dijo Baptiste—. Hay dos tipos de cobardes: los que huyen ante el miedo y aquellos que prefieren enfrentarlo antes que enfrentarse con su propia imaginación. Yo, simplemente, soy un cobarde de estos últimos.

—¿Qué crees que nos harán? —preguntó Nean—. ¿Es verdad que pueden estrujar la mente de un hombre hasta que este pierde su personalidad?

—No sé —dijo filosóficamente Baptiste—, pero hay quien dice que el convivir siete años con una esposa que sea una arpía puede destruir a un hombre mejor que el mismo infierno. Pues bien, sobreviví a la mujer, así que dudo que aquí puedan acabar conmigo.

Se rió del embarazo de Nean y, luego, se echó en su camastro con la obvia intención de dormir un rato. Nean se maravilló ante su sangre fría; luego volvió a temblar violentamente y se mareó de nuevo.

Más tarde llegó un doctor de pálidas facciones, tomó su pulso y auscultó su corazón.

—Tuvo usted suerte, Hermano Nean. El doctor de la policía conocía su oficio.

—No fue la suerte lo que me trajo con vida a la ACE. Sé como deforman aquí a las mentes.

—Usted sabe mucho y piensa muy poco —dijo el doctor—. ¿Puede ponerse en pie?

—Creo... que sí.

—Bien, entonces venga conmigo. El encargado de los registros tiene que acabar de completar su ficha.

Nean permaneció en un estado de semiestupor mientras tomaban sus datos, le fotografiaban, y archivaban sus huellas digitales, análisis sanguíneos e identificaciones retinales. Siguió así durante todo el tiempo, tratando de convencerse de que todo no era sino parte de una pesadilla. Pero no era una pesadilla. La sangre se le helaba en las venas cuando imaginaba escenas aterradoras.

Le llevaron a una oficina y le ordenaron sentarse y relajarse. El siguiente paso eran los interrogatorios, el examen de sus herejías. Nean no tenía ninguna duda de que esta silenciosa oficina no era sino el umbral de una inquisición mucho más siniestra.

El interrogador era un hombre de cabello cano y semblante pensativo que llegó con aire distraído, para enfocar luego su atención en el caso que le ocupaba. Sus ojos tenían una profunda mirada casi hipnótica, y dejaban entrever el seguro control de una mente poderosa.

—¿Es usted Micl Nean?

Nean asintió obtusamente.

—Soy Marc Ophels. Mientras esté usted bajo la jurisdicción de la ACE seré el responsable de su salud física y moral. Si responde a nuestro tratamiento en forma satisfactoria, tengo el poder de acreditar su retorno a la sociedad. Si no lo hace, también tengo el poder para enterrarlo.

—¿Tengo que soportar toda esta hipocresía? —preguntó Nean—. ¿Tienen que enmascarar el sadismo bajo una capa de civilización?

Marc Ophels sonrió:

—¿Es eso lo que piensa de nosotros... que somos unos sádicos?

—Sí. Si no, ¿por qué me impidieron suicidarme? Ya había determinado mi propio destino.

—Pero *nos* preocupaba su salud moral. El cuerpo no vale nada en comparación con el alma. Todo esto es para su propio bien.

—¿Por qué —preguntó amargamente Nean— debe asumir siempre la crueldad humana el carácter de virtud? ¿Acaso hubo alguna vez alguien que cometiese un acto

indigno y no tratase de justificarlo con algún tipo de alto fin moral?

—Hermano —dijo Ophels, divertido—, tiene que comprender que creemos en lo que practicamos. Creemos en ello apasionadamente y, cuando usted salga de aquí, también lo hará. Es tan sólo cuestión de ajustar el punto de vista personal.

—Lavado de cerebro —dijo Nean—. La violación de la mente. No dudo de su habilidad para hacerme creer que lo negro es blanco y que la Tierra es plana. El que ustedes puedan alterar una mente es una cosa... y el que puedan justificar moralmente lo que hacen es otra muy distinta.

—Ése es un típico ejemplo de pensamiento superficial —dijo Ophels—. Si la ciencia ética fuera tan simple, nos quedaríamos sin trabajo en la ACE. Usted no comprende todas las sutilezas que lleva consigo. Todo lo que nos proponemos hacer en la ACE es enseñarle a usted su propio yo. No prometo que vaya a ser algo placentero, pero sí será muy revelador.

—Llámele como se llame, no es sino otra Inquisición.

—No luce conmigo —dijo apesadumbrado Ophels—. Ya tiene usted bastantes problemas.

Entonces lo hicieron volver a su celda. Karl Baptiste, el hereje, había desaparecido, y su ausencia hizo que Nean sintiese aún con más fuerza lo peligroso de su propia situación. Se quedó echado en su camastro, bañado en sudor frío y escuchando los pesados pasos que atravesaban los corredores exteriores. No tenía forma de distinguir entre el día y la noche, pero se puso a dormir.

Le despertó un portazo y la vuelta de Karl Baptiste. El gigante, que ya no se veía tan orgulloso sino pálido y extrañamente envejecido, se quedó con la mirada perdida en el vacío junto a la puerta, como escuchando voces nunca oídas. Los ojos que se encontraron con los de Nean mostraban el hechizo de un profundo terror interno.

—¡Dios mío, es peor que el infierno! —fue todo lo que dijo.

Temblando de terror, Nean lo ayudó a echarse en el camastro, al tiempo que buscaba ansiosamente cualquier señal de tortura. No encontró nada que pudiera atribuirse a esa causa. Baptiste se tapó la cabeza con la almohada, asumió la posición fetal y se quedó rápidamente dormido, dejando a Nean en un estado que le hacía multiplicar en su imaginación las pruebas que le estaban por llegar.

Cuatro horas más tarde vinieron a por Nean. Dos guardianes de la ACE, expertos en el manejo de prisioneros violentos, lo sacaron de su camastro y lo llevaron a lo largo de una serie de corredores siniestros hasta una sala cuya puerta ostentaba unas estrellas. Allí se encontraron con Ophels y dos técnicos enfundados en batas blancas. Los seis entraron en la habitación.

Era una amplia sala, aislada de todo ruido y tan silenciosa como una cripta. Tanto las paredes como el suelo tenían el blando tacto de algún tipo de espuma plástica, y el sonido de sus pasos quedaba atenuado a un simple susurro. Una de las paredes estaba

ocupada por un panel de vidrio tras el cual se podían ver mesas de control y altas bancadas de aparatos punteadas por los enrojecidos ojos de las lámparas de señal.

En el centro de la estancia se hallaba la campana.



En un estrado se alzaba un trono de acero con unas abrazaderas de metal pulido para asegurar al paciente. Sobre el trono se alzaba la campana de la ACE, una bella y brillante campana de exquisita forma y acabado. Más siniestro era el casquete de electrodos colocado sobre la misma y los cables que llegaban hasta el techo, enrollados alrededor de las cadenas que sostenían la campana. Nean fue asegurado al trono y su cabeza aferrada con abrazaderas forradas. Entonces todos se fueron, dejando tan sólo a Ophels a su lado.

—El pensamiento —dijo Ophels—, es tan sólo una pronunciación subvocal. Aunque cuando uno piensa no dice las palabras ni pronuncia sonidos, éstos se forman

espontáneamente en los músculos de la garganta. Haciendo vibrar a esos músculos con un transductor sensible, podemos sacarle toda imagen-sonido y toda palabra que atravesase su mente aunque no pronuncie ni una sola sílaba. Amplificamos esos sonidos y los devolvemos a través de la campana. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Nean luchó con el horror que atenazaba su mente:

—Sí, lo comprendo.

Ophels extendió el brazo y acarició la campana con la yema de sus dedos, obteniendo un increíble acorde musical.

—Escuche como canta —dijo—. Escuche cómo cambian y se alteran las melodías, las transposiciones y las armonías. La campana puede dar cualquier sonido que jamás haya usted oído, simple o complicado según a usted se le antoje. Puede ser bello o cruel, delicado o mortal. Puede hablarle con las voces de viejos amigos, gritarle con la furia de sus enemigos, o aturdirle con las disonancias de su propia futilidad e ira. Es un espejo sonoro de todo lo que usted ha conocido o pensado, cubriendo años de experiencia en un instante, rompiendo la barrera entre el hombre y las cosas que ha aprendido a olvidar.

»El amor, el odio, la compasión... cada emoción tiene su sonido propio, y la campana puede reproducirlos todos con una maravillosa fidelidad. Tan sólo dos cosas pueden hacerla callar: una, que haya usted aprendido a enfrentarse a sí mismo; la otra, que esté usted muerto. La forma en que se calle depende tan sólo de usted.

Hizo una señal y la campana descendió sobre la cabeza de Nean, tintineando rítmicamente y sonando en una infinita complejidad de matices.

—Una cosa más —dijo en la lejanía Ophels—. La mente miente al hombre. Lo consciente recuerda tan sólo un fragmento de la riqueza mental. Tras el censor existe un gran almacén de cosas olvidadas, de cosas reprimidas; las oscuras ciénagas de la niñez y las formas violentas de todas las cosas con las que no nos atrevemos a enfrentarnos. También está la sede de las ambiciones humanas, la base de los instintos y la fuerza vital que mueve al alma humana. Todo este mundo también le será dado.

Nean notó como le colocaban los transductores alrededor del cuello, y el súbito dolor de una aguja hipodérmica que inundó sus venas con una droga que permitiría a su mente inconsciente liberarse de la percepción consciente. Entonces, con los ojos fuertemente cerrados y su garganta atenazada por el miedo, le dejaron solo con la campana.

Su cabeza se vio inundada por disonancias estridentes que subían como una marea, respondiendo al miedo que había vaciado su mente de todo pensamiento coherente. Los violentos símbolos del pánico le golpearon los oídos con impactos dolorosamente insoportables, hasta que al fin cayó en el pozo de la inconsciencia.

Se despertó oyendo música y luego voces; el juez, el abogado, su propia madre

leyendo el catecismo en la iglesia estatal. Recordó, y oyó, a su hermano leyendo versículos morales con una voz aguda y quebrada ante el altar de la iglesia de su barrio. Todo esto lo oyó con la claridad del tañir de una campana. Olvidó su miedo debido al asombro, y se esforzó en recordar a la alondra y los otros agradables sonidos de un verano perdido.

Así nació en él una cierta alegría y satisfacción al revivir las cosas pasadas. Los sonidos intensificaban el recuerdo, y el recuerdo mejoraba el timbre del sonido. Su mente vagó por entre las imágenes de su experiencia y se solazó de nuevo con las mejores cosas que la vida le había dado. Luego profundizó más en sí mismo, y la campana aulló con las agonías de su cuerpo y mente que recordaba. Atraído por una especie de fascinación masoquista, profundizó aún más. Seguía gritando cuando vinieron a liberarlo del aparato.

Lo llevaron a la campana durante diecisiete días. Su terror disminuyó gradualmente a medida que la campana convertía sus emociones reprimidas en tañidos. El sonido de sus recuerdos, al ser rememorados e identificados, cambiaba a un tono más calmado y aceptable, y su tormento se hacía más llevadero. Tan sólo una vez, cuando rozó los instintos ocultos, lo sacaron del trono envarado por el horror.

Y a la décimo octava sesión la campana permaneció silente. Un cuidadoso ajuste de los circuitos de la campana filtraba la respuesta a las memorias que no llevaban contextos emocionales. Tan sólo al pensar en la alegría, el amor o el miedo, sonarían las voces en la campana. Finalmente Nean se sintió cansado, y los suaves sonidos de una música lejana lo indujeron a caer dormido.

—¿Cómo se siente? —dijo Ophels.

—Increíblemente vacío —le contestó Nean con tranquila resignación.

—Fue un infierno, ¿verdad? —Ophels hizo una seña a la escolta para que saliese de la habitación—. Los antiguos psicoanalistas habrían dado los ojos por algo semejante a la campana de la ACE. Facilita los medios necesarios para que un hombre pueda conocer el valor de sus propias opiniones.

—Todo hombre —dijo Nean—, sabe el valor de sus propias opiniones. La campana tan sólo revela la falta de valor de ciertas opiniones. Habiendo vaciado mi mente del orgullo y el prejuicio, supongo que ahora tratará de obligarme a aceptar sus dogmas éticos para llenar con ellos ese vacío. No puedo resistirle, Ophels, porque tiene el poder de convertirme en un perro asustado. Cuando diga «salta», saltaré porque no tengo otra opción. Y no obstante, hay una cosa que nunca haré: pueden cambiarme si les place, pero nunca aceptaré que tengan derecho a hacerlo.

—Se equivoca con respecto a mí —le dijo Ophels—. He hecho con usted todo lo

que había planeado. Hemos limpiado todo el odio y resentimiento de su mente. Por primera vez en su vida puede tener pensamientos racionales y dar respuestas puramente razonadas. Éste es el momento en que decido su destino.

—Entonces ha fracasado —dijo Nean—. Aunque me cueste la vida, lo maldeciré. Llegué aquí como rebelde, y aún lo soy. No tengo otra elección racionalmente posible.

—Pues voy a darle una sorpresa —dijo Ophels en voz baja, con una sonrisa en los labios—. Me ha dado la respuesta que deseaba oír. Recomendaré su reincorporación a la sociedad. Además, tengo una propuesta que me gustaría discutir con usted.

—Creo que no le comprendo.

—Piense —dijo Ophels—. ¿Cuánto tiempo cree que se puede estar estudiando ética sin llegar a las mismas conclusiones que usted ha obtenido? Tras la Gran Paz, se formuló el Código Ético para ayudar a que el hombre recobrase su auto estima. Se pretendió lograr un sistema perpetuo y sin solución de continuidad, que eliminase automáticamente cualquier posibilidad de colapso. Tanto usted como nosotros, los de la ACE, sabemos que no es deseable ni aconsejable una rígida aplicación del Código.

—Entonces, ¿por qué no abolirlo? —preguntó Nean.

—Es lo que estamos haciendo. Pero esto lleva tiempo. Los standards éticos son algo que debe ser aceptado por el individuo. Una persona que haya sido educada bajo un código no puede aceptar otro con facilidad. Si abandonásemos ahora el Código, tan sólo podría salir de ello calamidades y confusión. Es por ello por lo que tenemos un plan a largo plazo para cambiar las cosas. ¿Sabe usted por lo que fue enviado a la ACE?

—Porque me vieron besando a una chica.

—No; fue porque el vigilante sospechó que era usted un rebelde y un librepensador. Ese vigilante forma parte de una vasta conspiración, al igual que el juez que lo condenó. Su sentencia fue deliberada y premeditada.

—¿Una conspiración contra el Código Moral? —preguntó asombrado Nean.

—¡Eso mismo! —Ophels sonrió abiertamente—. Una trampa sociológica. Entiéndalo, Nean: necesitamos hombres como usted para situarlos en puestos de responsabilidad y confianza. Tan sólo si tenemos a los hombres adecuados en los puestos adecuados podremos inclinar la balanza para que vuelva una sana moralidad sin tensiones y sin conflictos. Quiero que se una a los Ingenieros Éticos.

—¿En calidad de qué?

—Inicialmente, como vigilante para buscar a otros que piensen como nosotros. Es una espada de dos filos. Usted pasa por alto a los transgresores sin importancia y nos informa de los rebeldes y los librepensadores.

—Si lo que dice es verdad —dijo Nean—, ¿por qué tuve que sufrir la campana antes de llegar a este momento decisivo?

—Una medida de seguridad —dijo Ophels—. Ahora es usted un hombre racional. No podemos permitir que nuestra causa sea servida por fanáticos. Un hombre que

todavía estuviese aferrado a los restos de las enseñanzas que le impartieron en su niñez podría llevar todo el plan a un desastre. Pocos hombres saben en realidad qué extrañas simpatías y qué fe se hallan en lo profundo de su propia conciencia. Karl Baptiste era uno de esos casos.

—¿Qué le pasó a Karl Baptiste?

—Murió en la campana. Creo que se dio cuenta de que en el fondo no era más que un fanático moralista. No pudo reconciliar su pasado con este nuevo conocimiento de sí mismo.

—Pueden contar con otro vigilante —dijo al fin Nean.

El sistema era un triunfo de la mecánica sociológica y la ingeniería ética. Seiscientos años de duración habían demostrado su solidez y estabilidad. Y seguiría inalterable aunque pasaran mil años, siendo su aplicación cada vez más rígida.

Era el tributo al excepcional genio de un hombre, muerto hacía mucho tiempo, que se dio cuenta de que un sistema no puede tener unos guardianes más celosos que aquellos que equivocadamente creen que están contribuyendo a su destrucción. Tan sólo un uno por ciento de los rebeldes que entraban en la ACE salían con vida de su enfrentamiento con la campana... y los pocos que lo hacían se convertían en vigilantes y en fanáticos buscadores de librepensadores y herejes. Esto era lo mejor del sistema: era perpetuo y sin solución de continuidad, y eliminaba automáticamente cualquier posibilidad de colapso.

Tan sólo tenía un pequeño defecto: ¡simplemente, no era ético!

Título original:

THE BELL OF ETHICONA

© 1960, Nova Publications Ltd., by arrangement with E. J. Carnell.

Traducción de S. Velázquez

CONCLUSIÓN

FANZINE

JOHN BERRY

Se arropó con la hoja. Los pequeños agujijones le molestaban, pero por eso mismo le proporcionaban una débil sensación de calor. Levantó un poco la cabeza por encima del arnés para dar una ojeada a los rayos, rojo oscuro, del sol. Le dolió. No el resplandor del sol, porque era un sol agonizante, sino el esfuerzo de tratar de mantener la cabeza fuera del arnés. Era un placer exquisito el bajar la cabeza y notar cómo el cuello se acomodaba en el armazón. Además, esto terminaba con la migraña.

Se estremeció y movió un poco los maderos.

Mientras movía su huesuda muñeca para apretar aún más la hoja, apareció una seca sonrisa en sus labios al ver el brazaletes verde. En él se leía *Archie*. Era una especie de broma, de chiste familiar. De tiempo atrás. La Tierra estaba tan superpoblada que se conocía a las personas por la clasificación de sus huellas digitales. Eso ocurría, claro está, aproximadamente en el año 23.000 d. J.C. Ahora todo era diferente. No es que fuera tan egoísta como para pensar que era el último homo sapiens, sin duda habría docenas, quizá millares, desparramados por el mundo, escondidos como él; bajo nudosas raíces de árboles, en cavernas... eso, huellas digitales... sí, eso era. Su esposa lo había hallado en las ruinas de un museo, aquel brazaletes verde. *Archie*. Su esposa... sí, tenía huellas ajustadas al arquetipo en sus seis dedos y dos pulgares... archi... *Archie*... una broma esotérica compartida entre seres que se amaban hacía millares de años... o quizá, en aquellos días, había un hombre que se llamaba Archie... o tal vez una mujer... como un apodo... claro está que extraoficialmente, porque debía tener la clasificación por las huellas digitales...

Movió los maderos, pensó por un momento, y se colocó uno bajo el brazo.

Era curioso ver cómo había llegado el fin. No toda la culpa había sido de las termitas. Simplemente fue el *sexo*. Una palabra tabú durante los últimos tres mil años. Era por la cabeza. No era mucho el tener que pasarse la vida usando un arnés para evitar que su peso dislocase el cuello... cabezones... una broma de la naturaleza... tenía que llegar... siempre había sido así... una línea evolucionaria que concluía... cabezas grandes, y después aún más grandes. Un niño que nacía y una madre que moría. Tenía que ser así, cabezas grandes, y después aún más grandes... por eso, como es natural, las mujeres no querían tener niños... aunque la evolución hasta había solucionado esto... ¿no decían que las mujeres de los desiertos del norte ponían huevos?

Los maderos. Los movió. Aquel día había encontrado tres. Uno grande. Se sentó sobre éste. Dos pequeños. Tenía uno bajo cada brazo.

La luz roja se fue oscureciendo hasta llegar a marrón, luego cayó una total oscuridad. Era la hora de tomar una píldora. Tal vez le quedasen unas cincuenta en la pequeña cajita situada en la parte delantera del arnés para la cabeza. Cuando eran digeridas, el cuerpo emanaba un olor. Mantenía apartadas a las termitas. Así que, por lo menos, le quedaban cincuenta días. ¿Y luego...?

Se tapó completamente con la hoja, como con una tienda.

Con cuidado, no debía dejar caer ningún madero.

Contó... 5341...

Una nubecilla de humo al encender los maderos, por frotación, la yesca seca.

Se acurrucó junto al fuego.

Otros cincuenta días...

Título original:
CONCLUDING ACT

© 1962, *Pot Pourri*.

Traducción de M. Sobreviela

Hace algunas semanas, Irlanda del Norte atrajo la atención mundial por los sucesos políticos que en ella estaban acaeciendo. No es esto lo normal, ya que si exceptuamos algunos ataques de comandos de la IRA (El ejército Republicano Irlandés, grupo guerrillero que pretende la unión del Norte al Eire), el Ulster, que es como llaman los británicos a este reino de su corona, casi nunca es noticia.

Esto es casi idéntico en el terreno del fandom, pero no fue así siempre, pues hace unos años, a principio de los sesentas, un fanzine polarizaba la atención mundial: se trataba de POT POURRI, el fanzine de John Berry.

Era ésta una muy singular publicación de aficionado, pues igual discutía en un número la forma de hacer mermelada de ciruelas, que en el siguiente daba la descripción de unas antiguas ruinas visitadas por su faneditor.

POT POURRI fue, ciertamente un fanzine muy original. Por ello, los afortunados que pudieron hacerse con algunos ejemplares, como nuestro especialista en cuestiones del fandom, Luis Vigil, los guardan como oro en paño.

Por ello, para este número hemos seleccionado una de las muy frecuentes incursiones de John en el campo de la ciencia ficción (pues no todo iban a ser mermeladas y ruinas), en un corto relato que nos habla de un mundo y una humanidad agonizantes.

SEA

ANATOLI DNEPROV

Anatoli Dnieprov es, junto con Efremov, Kazantsev y los hermanos Strugatski, uno de los autores soviéticos de ciencia ficción más conocidos fuera de su país. Es colaborador de uno de los Institutos de la Academia de Ciencias de la URSS. Comenzó a publicar sus relatos en 1946, desde cuya fecha no ha dejado de ir haciéndolo regularmente. Su tema preferido es la cibernética, dentro de la cual sus sólidos conocimientos científicos sobre la materia le permiten moverse a sus anchas. En este relato, considerado como uno de los mejores de entre los suyos, da una buena muestra de esta característica, al tiempo que hace la creación de un personaje difícil de olvidar.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ y ADOLFO USERO ABELLÁN

Fue por la noche, en el tren. Despertado por unos golpes dados en la puerta de mi compartimiento, aún adormilado, salté de mi litera sin comprender lo que pasaba. En la mesa, una cucharilla de té repiqueteaba en un vaso vacío. Encendí la luz, me puse los zapatos. Los golpes se repitieron más fuertes, imperiosos. Abrí la puerta.

Vi al revisor del coche-cama y tras él a un desconocido, corpulento, vestido con un pijama a rayas muy arrugado.

—Perdone, querido camarada —dijo el revisor a media voz—. Si le molesto es porque se halla usted solo en el compartimiento.

—No tiene importancia. ¿Qué ocurre?

—Este viajero ocupará su compartimiento —y se apartó para dejar pasar al hombre del pijama. Muy sorprendido, examiné a este último.

—¿Sin duda los niños no le dejan dormir? —pregunté.

El viajero sonrió e hizo un gesto negativo.

—Entre pues —propuse amablemente.

Entró, echó una ojeada a su alrededor, y se sentó en la banqueta, en el rincón, cerca de la ventana. Después, sin decir una palabra, se acodó en la mesa, apoyó su rostro en las dos manos y cerró los ojos.

—¡Ya está todo solucionado! —dijo el revisor sonriendo—. Cierren la puerta, y que descansen.

Cerré la puerta, encendí un cigarrillo, y me puse a examinar al visitante nocturno con el rabillo del ojo. Era un hombre de unos cuarenta años, con abundantes cabellos negros y brillantes. Se mantenía inmóvil como una estatua. Ni siquiera se veía si respiraba.

«¿Por qué no pide ropa de cama? —pensé—. Voy a proponerle...».

Me volví hacia mi compañero de viaje, en el momento en que él decía, como si hubiera adivinado mi pensamiento:

—Inútil. Quiero decir que es inútil pedir ropa de cama. No quiero dormir, y tampoco voy demasiado lejos.

Sorprendido por su perspicacia, me hundí rápidamente bajo el cubrecama e intenté en vano dormir. No había nada que hacer. Toda clase de historias sobre desvalijadores de trenes me venían a la memoria. Pensé:

«Afortunadamente, en estos nuevos vagones puede uno meter el equipaje bajo la banqueta. De otro modo, quién sabe, tal vez este individuo...».

—Puede usted dormir tranquilo. Soy un hombre honesto, como usted. Simplemente, perdí mi tren en la estación de N. —dijo nuevamente el hombre.

«¡Que se me lleve el diablo si entiendo nada! He aquí un vidente extralúcido», pensé. Y, después de haber musitado algunas palabras incomprensibles, me volví del otro lado y, con los ojos muy abiertos, miré fijamente la pared barnizada. Se estableció un silencio pesado.

Sintiéndome vencer por la curiosidad, eché una nueva ojeada al desconocido. No había cambiado de posición.

—¿No le molesta la luz? —pregunté.

—¿Qué? ¡Ah, la luz! Es a usted más bien a quien le impedirá dormir. ¿Quiere que la apague?

—Si a usted no le importa...

Se levantó, se acercó a la puerta, apagó la luz, y volvió a ocupar su lugar en la banqueta. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, apercibí a mi vecino con la espalda apoyada en el asiento y las manos cruzadas tras la nuca. Sus piernas estiradas llegaban casi hasta mi banqueta.

—¿Cómo lo ha hecho para perder su tren? —pregunté.

—De una manera estúpida. Una vez en la estación, me senté en un banco, absorbido por una idea. Intentaba demostrarme a mí mismo que ella no tenía razón... —replicó rápidamente, sin duda deseoso de no proseguir la conversación—. Durante este tiempo, el tren partió.

—¿Disputó entonces con... con una mujer? —interrogué de nuevo.

En la penumbra, vi que se había enderezado como para saltar sobre mí. Prudentemente, me levanté a medias.

—¿Por qué una mujer? —preguntó, irritado.

—¿Cómo? ¿No ha dicho usted: «Demostrarme a mí mismo que ella no tenía razón»?

—¿Entonces, según usted, todas las veces que uno dice «ella» se trata de una mujer? Sí, es cierto que esta idea absurda se le ocurrió también a ella. ¡Se cree una mujer!

Pronunció estas sorprendentes palabras con amargura e incluso con rabia, acompañando su última frase con una risa sardónica. Saqué la conclusión de que estaba un poco excitado y que era preciso desconfiar de él. Pero había despertado mi curiosidad. Me levanté y encendí un cigarrillo, principalmente para ver mejor a mi

interlocutor. Sentado en el borde de la banqueta, me miraba fijamente con sus negros y brillantes ojos.

—Comprenda —comencé, con una voz tan suave como era posible—. Soy escritor, y encuentro extraño que alguien diga «ella tiene razón» o «ella se cree» sin tener en la mente a un personaje del sexo femenino.

El extraño viajero no respondió inmediatamente.

—Hubo un tiempo —dijo finalmente— en que esto estaba perfectamente justificado. Hace diez años. Hoy ya no lo es. Sin ser una mujer, «ella» puede ser simplemente un personaje del sexo femenino. A fin de cuentas, «él», «ella», no son más que signos convencionales de un código al cual estamos habituados y que hacen surgir en nuestra mente la idea del género. Existen lenguas extranjeras que prescinden del género. Por ejemplo, en inglés, aparte algunas excepciones, ningún objeto inanimado tiene género. En las lenguas románicas no existe el género neutro...

«¡Oh, oh! —pensé—. ¡Un lingüista!».

Pero esto no explicaba nada. Aunque mi compañero de viaje fuera un lingüista, ¿por qué debía ocuparse de las ideas de un personaje del sexo femenino? Todo aquello parecía tan confuso y al mismo tiempo tan divertido que intenté un avance más diplomático.

—A propósito del inglés —comencé—, he aquí una lengua original. Cuando uno la compara al ruso, se siente sorprendido por su simplicidad y por la poca diversidad de sus formas gramaticales.

—En efecto —respondió—, es un buen ejemplo de lengua analítica que utiliza de una manera muy racional el sistema de codificación.

—¿Cuál sistema?

—De co-di-fi-ca-ción —repitió, marcando las sílabas—. Un sistema de señales convencionales que tienen un sentido perfectamente determinado. Las palabras son señales de este tipo.

Yo he estudiado la gramática de varias lenguas, pero debo reconocer que jamás había encontrado los términos «codificación» y «señales». Así que pregunté:

—¿Y qué entiende usted por codificación?

—En general, la codificación es un sistema en el cual las palabras, las frases o las nociones son representadas por signos o señales. Si uno toma por ejemplo la gramática, las terminaciones de las palabras en el plural son señales que hacen surgir en nuestro cerebro la idea de multiplicidad. Cuando escribimos «vagón» nos representamos un solo vagón. Es suficiente añadir una «s» para que veamos varios. En este caso, la «s» es la señal del código que modula la idea que nosotros nos hacemos de una cosa.

—¿Que modula? —pregunté.

—Sí, que modifica.

—Pero dígame, ¿por qué esos «códigos», «señales», «modulaciones»? ¿No existe una terminología gramatical más cómoda?

—La terminología no es lo esencial —me interrumpió mi interlocutor—. Es necesario ver más lejos. Es fácil demostrar que la gramática, como por otro lado toda la lengua misma, está lejos de ser perfecta. Por el momento, nos vemos obligados a acomodarnos a ella a causa de la tradición. Pero piense en una cosa: la lengua rusa cuenta con cerca de cien mil palabras-raíz, compuestas con las treinta y cinco letras del alfabeto. Suponiendo que la longitud media de cada palabra sea de cinco letras, esto representa cerca de quinientas mil combinaciones de letras que todo hombre cultivado debe recordar. Sin contar una multitud de formas gramaticales, de conjugaciones, de declinaciones...

—¿Y cómo proceder de otra manera? —pregunté, sin comprender dónde quería ir a parar aquel extraño «lingüista».

—Se podría, por ejemplo, reducir el alfabeto. Con las diez cifras básicas, del uno al diez, se pueden componer cerca de cuatro millones de combinaciones diferentes. ¿Por qué pues treinta y cinco letras en el alfabeto? Aún más, en lugar de diez cifras diferentes uno puede contentarse con diversas combinaciones del uno y del cero.

Apenas mi interlocutor hubo emitido esta curiosa idea, me representé un libro enteramente compuesto de columnas de cifras. Me sentí a la vez consternado y divertido.

—Los libros escritos en su alfabeto serían terriblemente aburridos. Uno no sentiría deseos de tomarlos entre sus manos. ¿Y los poemas? ¿Cómo serían los poemas?:

*Uno, uno, cero-cero, cero-cero,
Uno, cero-cero, uno, uno,
Uno, uno, uno, cero-cero,
¡Cero-cero, cero-cero, cero-cero, uno!*

¡No serán demasiado difíciles de escribir! ¡Al diablo la búsqueda de rimas! Después de haber leído los versos de un poeta adepto a su racionalización, los críticos escribirían: «Sus versos están llenos de armoniosas combinaciones de ceros y de unidades. En algunas estrofas, unidades y ceros están agrupados por cinco los unos después de los otros con mucho gusto, y leyéndolos se tiene la impresión tan pronto del tintineo de campanillas como del vuelo de las cigüeñas».

Sin poder contenerme, estallé en risas.

—Qué diablos, no comprendo lo que tiene usted contra los ceros y las unidades —dijo mi interlocutor con un aire sombrío—. Usted conoce, por lo que he creído entender, varias lenguas extranjeras, ¿no es así?

Me pareció que empezaba a enojarse.

—Sí: el inglés, el alemán, y un poco el francés.

—Bien. ¿Cómo se dice «elefante» en inglés?

—*Elephant*.

—¿Y en ruso?

—*Slon*.

—¿Y esto no le indigna?

—¿El qué?

—¿Qué? ¡Que en inglés sean precisas casi dos veces más letras que en ruso para decir lo mismo! —gritó.

—Esto no me impide, sin embargo, representarme en los dos casos precisamente un elefante, y no un camello o un tranvía.

—A propósito, la palabra rusa *tramvai* tiene tres letras más que la palabra inglesa *tram*, y la palabra alemana *Strassenbahn* es mucho más larga que la inglesa y dos veces más larga que la rusa. Usted acepta esto sin inmutarse. Usted considera que es normal. Esto no le molesta ni en la poesía ni en la prosa. Usted estima que es algo normal y posible el traducir de una lengua a la otra. ¡Pero usted no quiere traducir en ceros y unidades!

Desconcertado por esta manera de plantear la cuestión, me levanté, después volví a sentarme en la banqueta, frente a mi interlocutor. Su perfil grave me pareció agresivo, lleno de desafío. Sin esperar a que le respondiera, prosiguió:

—Comprenda pues que no se trata de las palabras, sino de lo que expresan, para precisar más de las imágenes, pensamientos, nociones, sensaciones que evocan en nuestro cerebro. ¿Ha leído usted las obras de Pavlov sobre el segundo sistema de señales en el hombre? ¿No? ¿O bien las ha leído pero no ha comprendido nada? ¡Bien, bien! Pavlov, que estudiaba la actividad nerviosa superior de los animales y del hombre, fue el primero en descubrir que este último posee en sí un segundo sistema de señales cuya base es la palabra, cuya palabra es susceptible de evocar los sentimientos más complejos. La palabra es un código que designa los objetos y los fenómenos del mundo exterior, y este código actúa a menudo en el hombre del mismo modo que estos objetos o fenómenos mismos. ¿Comprende usted?

—Un poco...

—Si por casualidad toca usted un hierro muy caliente, retira la mano antes de haber tenido tiempo de comprender por qué. Es un reflejo. Y si, en el momento en que usted va a tocar el hierro, alguien le grita: «¡Está muy caliente!», ¿es que no hace usted lo mismo?

—Sí —respondí con aplomo.

—¡Así, el verdadero hierro muy caliente y la señal dada bajo la forma de la exclamación: «¡Está muy caliente!» actúan sobre usted de la misma manera! —concluyó triunfalmente mi compañero de viaje.

—Pues sí —respondí.

—Ahora, intente comprender también otra cosa. Si se codifica la expresión «Está muy caliente» por un cero, y usted asimila este código tan bien como ha asimilado las palabras, ¿no retirará usted su mano cuando alguien le grite: «¡Cero!»?

Me mantuve en silencio, y él prosiguió:

—Si está usted de acuerdo, deberá convenir también otra cosa. En algunos casos, es cómodo encontrar un código tan uniforme y tan sencillo como sea posible para traducir todas las señales del mundo exterior que actúan sobre el hombre. ¿Comprende lo que quiero decirle? ¡No solamente las palabras, sino todas las señales! Vivimos efectivamente en un mundo de una diversidad infinita, y lo percibimos por todos nuestros órganos sensoriales. Son esas señales las que nos hacen movernos, sentir, pensar... Desde la extremidad sensible de los nervios, estas señales alcanzan el órgano superior del sistema nervioso, el cerebro. ¿Se representa usted bajo qué forma siguen nuestros nervios las señales que recibimos del mundo exterior para alcanzar el cerebro?

—En absoluto —respondí.

—¡Bajo la forma de un código compuesto de ceros y unidades!

Quise protestar pero, sin preocuparse en absoluto por mí, mi interlocutor prosiguió:

—Nuestro sistema nervioso codifica de una manera muy uniforme todas las señales que recibimos del mundo que nos rodea. Y cuando su crítica ensalzaba la suave sucesión de los ceros y de las unidades en los versos, no podía estar más cerca de la realidad. Cuando usted lee un poema o escucha a otro leerlo, los nervios de sus ojos o de sus oídos reemplazan cada palabra leída u oída precisamente por una suave sucesión de ceros y de unidades.

—¡Qué estupidez! —exclamé, acercándome a la puerta. Encendí la luz y después miré a mi interlocutor, que parecía muy excitado.

—Se lo ruego, no me mire como si estuviera loco —dijo—. No es culpa mía si usted considera su propia ignorancia como una razón suficiente para dudar del buen sentido de los demás. Es usted quien ha iniciado esta conversación: entonces, sea lo suficientemente educado como para sentarse y seguir escuchando.

Me mostró con la mano la banqueta, y me senté dócilmente.

—Deme un cigarrillo —añadió—. Tenía la intención de no fumar más, pero me parece que no lo conseguiré.

Sin decir palabra, le tendí los cigarrillos y prendí una cerilla. Aspiró varias veces el humo acre, y después inició uno de los más extraordinarios relatos que jamás haya escuchado.

—Usted habrá oído hablar seguramente de las calculadoras electrónicas. Son una notable realización de la ciencia y de la técnica modernas. Estas máquinas realizan cálculos matemáticos extremadamente complicados que, a veces, el hombre sería incapaz de realizar. Resuelven problemas que dan vértigo. Y en algunas fracciones de segundo, mientras que a un hombre le serían necesarios meses e incluso años. No voy a explicarle cómo están construidas estas máquinas. Es usted escritor, y no comprendería nada. Quiero solamente llamar su atención sobre un punto

extremadamente importante: estas máquinas no operan con cifras, sino con códigos. Antes de plantear un problema a una máquina de este género, se codifican todas las cifras y, obsérvelo bien, con esos ceros y esas unidades que le desagradan tanto. Tal vez se preguntará usted por qué esos ceros y esas unidades aparecen con tanto insistencia en nuestra conversación. Es muy simple. La calculadora electrónica suma, resta, multiplica y divide números representados por impulsos eléctricos. Un impulso = 1; ningún impulso = 0.

—No tengo nada contra la codificación de las cifras en ceros y en unidades. Pero, ¿qué tienen que ver las palabras con ello? ¿A qué vienen esos ceros y esas unidades que, como usted pretende, transmiten a nuestro cerebro las bellezas de la poesía y la temperatura del hierro calentado?

—No nos apresuremos, cada cosa a su tiempo. Me conformo con que usted empiece a comprender la utilidad de los ceros y de las unidades. Ahora, represéntese usted una de estas enormes máquinas de calcular electrónicas que efectúan a una colosal velocidad diversas operaciones matemáticas, gracias a los impulsos electrónicos.

Usted sabe que, a menudo, para resolver un simple problema de aritmética es preciso realizar varias operaciones. ¿Cómo puede una máquina resolver problemas con varias operaciones? Es aquí que empieza lo más interesante. Para que una máquina resuelva un problema complicado, se le proporcionan no solamente los datos del problema bajo la forma de un código de impulsos, sino también un programa, un camino a seguir. Se le dice más o menos esto: «Cuando tú hayas sumado las dos cifras dadas, retienes el resultado. Inmediatamente después, multiplicas las dos cifras siguientes y retienes igualmente el resultado. Finalmente, divides el primer resultado por el segundo y das la respuesta». Comprendo. Usted no ve demasiado bien cómo se le puede decir a una máquina lo que debe hacer. Usted se sorprende de que se pueda ordenarle retener un resultado. Sin embargo, no es una broma. La máquina «comprende» el programa que le es fijado y retiene muy bien los resultados intermedios de los cálculos efectuados.

El programa es establecido igualmente bajo la forma de un código de impulsos. Cada grupo de cifras introducido en la máquina es acompañado por un código suplementario que indica lo que debe hacer con estas cifras. Hasta ahora, era el hombre quien establecía este programa.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —pregunté—. Es difícil imaginar que una máquina sepa por sí misma cómo resolver un problema.

—¡Bien, ahí está precisamente su error! Es posible construir una máquina que establezca por sí misma su programa para resolver los problemas que le son planteados.

Usted sabe seguramente que en la escuela se enseña a los niños a resolver problemas tipo. Son problemas que pueden ser resueltos todos de la misma manera o, para usar nuestra terminología, utilizando el mismo programa. ¿Por qué no se podría

enseñar a una máquina a resolverlos? Es suficiente que su memoria registre, bajo la forma de códigos, los programas concernientes a los problemas más típicos. Ella resolverá así en seguida todos los análogos sin intervención del hombre.

—¡No, no podrá! —exclamé—. ¡Incluso si recuerda los programas necesarios para la resolución de todos los problemas tipo, no podrá elegir por sí misma aquel que le conviene!

—¡Exacto! Esta dificultad ha existido. Entonces, para obviarlo, se proporcionaban a la máquina los datos del problema acompañados de un breve código que indicaba: «A resolver según el programa n.º 20». Y ella lo resolvía.

—¡Y ahí se detienen todas las maravillosas capacidades intelectuales de su máquina! —exclamé.

—Al contrario, ahí empieza el trabajo más interesante para perfeccionar estas máquinas. ¿Comprende usted por qué una máquina, a la cual se han proporcionado los datos de un problema, no puede elegir por sí misma su programa?

—Por supuesto que comprendo —dije—: porque las cifras que usted le ha proporcionado bajo la forma de impulsos sucesivos no quieren decir nada por sí mismas. La máquina ignora lo que debe hacer con ellas. No conoce ni las condiciones del problema ni lo que debe hacer. Es inerte. Es incapaz de analizar el problema. Sólo un hombre puede hacerlo.

El hombre del pijama a rayas sonrió y se puso a recorrer a grandes zancadas el compartimiento. Después volvió a su sitio y encendió un nuevo cigarrillo. Tras un minuto de silencio, continuó:

—Hubo un tiempo en que pensaba exactamente como usted. La máquina, ¿puede reemplazar al cerebro humano? ¿Puede ejecutar un trabajo de análisis complejo? En pocas palabras, ¿puede pensar? Evidentemente no, no y no. En todo caso, eso es lo que me parecía. Era la época en que apenas acababa de comenzar a construir calculadoras electrónicas. ¡Cuántas cosas han cambiado después! ¡Qué poco se parece la máquina electrónica actual a la antigua! Antes, ocupaba todo un inmueble y pesaba centenares de toneladas. Para funcionar, necesitaba millares de kilowatios de energía. ¡Y qué número de piezas y de lámparas radio! A medida que eran perfeccionadas, esas máquinas aumentaban en dimensiones. Eran gigantes electrónicos que, ciertamente, resolvían problemas matemáticos muy complicados, pero que no podían pasar sin la tutela del hombre. Pese a todos los perfeccionamientos, eran monstruos obtusos, extraños a todo pensamiento. Por momentos, me parecía que serían siempre así... Usted recordará sin duda las primeras informaciones sobre las máquinas electrónicas que traducían de uno a otro idioma. En 1955 se habían construido, tanto en nuestro país como en América, máquinas que traducían del inglés al ruso y viceversa artículos de revistas sobre las matemáticas. Leí algunas de estas traducciones y las encontré bastante buenas. En aquella época me consagré enteramente a las máquinas que realizan operaciones no matemáticas. Durante más de un año estudié y construí máquinas de traducir.

Debo decir que ellos solos, los matemáticos y los ingenieros, no hubieran podido poner a punto tales máquinas. Los lingüistas nos han ayudado mucho, en particular a establecer reglas de ortografía y de sintaxis susceptibles a ser traducidas en código y colocadas en la memoria de la máquina para servirle de programa. No le explicaré las dificultades que tuvimos que superar. Sepa solamente que a fin de cuentas conseguimos crear una máquina electrónica que traducía los artículos y los libros rusos más diversos al inglés, francés, alemán y chino. Iba tan rápida haciéndolo como la máquina de escribir especial en la cual se escribía el texto ruso. Y establecía por sí misma el código necesario para la traducción.

Mientras trabajaba en perfeccionar una de estas máquinas, caí enfermo y pasé tres meses en el hospital. Debo decirle que durante la guerra mandé una estación de radar y que, a resultas de un raid de la aviación alemana, sufrí una conmoción cerebral cuyas consecuencias se dejan sentir aún hoy. Bien, pues en el momento preciso en que trabajaba en un nuevo tipo de memoria magnética para las máquinas electrónicas, mi propia memoria se puso a hacer de las suyas.

Me ocurría el ver a alguien a quien conocía bien y no poder recordar su nombre. O bien ver un objeto y no saber cómo nombrarlo. O aún leer una palabra muy conocida y no comprender lo que significaba. Esto me ocurre aún ahora, aunque muy raramente. En aquel momento, se había convertido en una verdadera catástrofe. Una vez, tuve necesidad de un lápiz. Llamé a mi ayudante de laboratorio y le dije: «Tráigame por favor un... ¿cómo se llama?... eso con lo que se escribe». Ella sonrió y me trajo un bolígrafo. «No —le dije—, no es eso lo que necesito». «¿Es otro bolígrafo?». «No, otra cosa para escribir». Yo mismo sentí miedo al oírme decir cosas tan carentes de sentido como aquéllas, y sin duda le causé temor también a ella. Salió al corredor y llamó a un ingeniero: «Vaya en seguida a ver a Evgeni Sidorovitch. Divaga». El ingeniero entró. Le miré sin conseguir comprender quién era, pese a que llevaba tres años trabajando con él. «Bueno, muchacho, trabajas demasiado —me dijo—. Espera un minuto, ahora vuelvo». Regresó efectivamente con un médico y dos colaboradores del instituto, que me hicieron subir a un coche y me condujeron a la clínica.

Allá trabé conocimiento con Victor Vassilievitch Zalesski, uno de los mejores neurólogos de nuestro país. Cito su nombre, porque este encuentro tuvo una gran influencia sobre mi destino.

Victor Vassilievitch me auscultó largamente, me golpeó las rodillas con su martillo, me pasó su lápiz por la espalda y concluyó, dándome una palmada en el hombro: «Esto no es nada, todo esto pasará... Sufre usted...» y pronunció una palabra en latín.

Mi tratamiento no era complicado: paseos cotidianos, baños fríos, somníferos por la noche. Por la mañana, me levantaba como después de un largo desvanecimiento. Poco a poco, la memoria volvía a mí.

Un día, pregunté a Victor Vassilievitch por qué me hacían tomar somníferos.

«Cuando usted duerme, querido amigo, todas las fuerzas de su organismo tienden a restablecer las conexiones de su sistema nervioso que se hallan alteradas». «¿Qué son esas conexiones?», pregunté. «Aquellas que transmiten todas sus sensaciones a su cerebro. Usted es, me parece, especialista en radiotécnica. Bien, para tomar una imagen un poco simplificada, su sistema nervioso es un montaje radiotécnico muy complejo en el cual uno o varios conductores se hallan deteriorados».

Recuerdo que, después de esta conversación, y pese al somnífero, tardé mucho en dormirme.

Durante la siguiente visita, pedí a Zaleski que me diera algo para leer sobre las conexiones nerviosas del organismo. Me trajo la obra del académico Pavlov *El funcionamiento de los hemisferios del cerebro*. Este libro, literalmente, lo devoré. ¿Sabe usted por qué? Porque encontré en él lo que buscaba desde hacía tiempo: los principios de construcción de nuevas máquinas electrónicas más perfeccionadas. Comprendí, leyéndolo, que para ello era preciso copiar la estructura del sistema nervioso humano, la estructura de su cerebro.

Aunque tuviera prohibido dedicarme a todo trabajo intelectual serio, conseguí leer varios libros y revistas consagrados a la actividad del sistema nervioso y del cerebro. Leí principalmente cosas sobre la memoria humana, y aprendí que como consecuencia de la actividad del individuo, como consecuencia de su interacción con el mundo que lo rodea, los múltiples datos que constituyen su experiencia son registrados en grupos de células especiales del cerebro, las neuronas. Aprendí que éstas son en número de varios miles de millones. Comprendí que al contacto de la naturaleza, observando lo que se produce en el mundo que lo rodea, como una consecuencia de la experiencia acumulada, se crean en el sistema nervioso central conexiones que calcan en cierta manera la naturaleza. Todo esto es almacenado en los diferentes compartimientos de la memoria bajo la forma de señales codificadas, de palabras y de imágenes.

Recuerdo la impresión que produjo en mí la obra de un biofísico que había estudiado el funcionamiento de los nervios visuales. Había cortado el nervio visual de una rana y conectado la terminación de este nervio en un oscilógrafo, un aparato que permite ver los impulsos eléctricos. Y cuando dirigió al ojo un haz de luz, vio en el cuadrante del oscilógrafo una sucesión rápida de impulsos eléctricos, recordando punto por punto aquellos que se utilizan para codificar las cifras y las palabras en las máquinas electrónicas. Así, las señales del mundo exterior, partiendo del punto de excitación, siguen los nervios y llegan al cerebro bajo la forma de impulsos eléctricos que representan «ceros» y «unidades».

Lo que ocurre en el sistema nervioso humano se parece pues mucho a lo que se produce en la máquina electrónica. Sin embargo, hay entre ellos una diferencia de principio: el sistema nervioso se crea y se perfecciona por sí mismo, se enriquece gracias a la experiencia. La memoria se completa sin cesar como consecuencia de los contactos del hombre con la vida, el estudio de las ciencias, gracias a múltiples

impresiones, imágenes, sentimientos, que son registrados por las células del cerebro. Por el contrario, los contactos de la máquina con la naturaleza son extremadamente limitados, le faltan órganos de los sentidos, su memoria no se completa registrando los hechos nuevos.

¿Es posible crear un sistema que se perfeccione en virtud de las leyes internas de su construcción? ¿Es posible crear una máquina capaz de enriquecer su memoria por sí misma, sin ayuda del hombre, o con una ayuda reducida al mínimo? ¿Puede hacerse de tal manera que, observando el mundo exterior o estudiando las ciencias, una máquina aprenda a contar lógicamente (evito la palabra «pensar», porque hasta este momento no he llegado aún a esclarecer lo que significa exactamente, aplicada a una máquina) y a establecer por sí misma, sobre la base de la lógica, su programa de acción?

Cuántas noches en blanco pasé rompiéndome la cabeza con estas cuestiones. A veces, me parecía que todo esto era una idiotez, y que era imposible construir una máquina semejante. Pero esta idea no me dejaba ni un minuto de reposo, ni de día ni de noche. ¡El Sistema Electrónico Autodidacta! ¡El SEA! He aquí lo que se había convertido en la finalidad de mi vida, y decidí consagrarme enteramente a ello.

Cuando salí del hospital, Zaleski insistió en que abandonara mi trabajo en el instituto. Se me dio una buena pensión, ya que se me consideraba como inválido para el trabajo. Por otro lado, me ganaba bien la vida traduciendo artículos científicos al ruso. Pero, pese a esto, y a despecho de todas las prohibiciones del médico, comencé a trabajar en mi SEA, en mi casa.

Primeramente, estudié una abundante documentación sobre los sistemas electrónicos de la época. Después, releí un gran número de libros y de artículos sobre la actividad del sistema nervioso del hombre y de los animales superiores. Estudié con atención las matemáticas, la electrónica, la biología, la biofísica, la bioquímica, la psicología, la anatomía, la fisiología y otras ciencias que podrían parecer enormemente alejadas las unas de las otras. Comprendía muy bien que sólo la síntesis de un gran número de datos, acumulados por estas ciencias y generalizados por la cibernética, permitirían construir mi SEA. Comencé al mismo tiempo a procurarme los materiales necesarios para la futura máquina. Sus dimensiones no me asustaban, ya que las lámparas electrónicas podían ser reemplazadas por semiconductores. El espacio que ocupaba antes una de estas lámparas bastaba ahora para contener a un centenar de transistores de germanio o de silicio. El montaje se hallaba también facilitado. Procedí primero a la puesta a punto de la memoria magnética de SEA.

A este efecto me procuré un globo de vidrio de un metro de diámetro, cuya superficie interior cubrí de una fina película de óxido de hierro, sustancia magnética. En el centro del globo, sobre una ligera torrecilla pivotante, fijé varios spots, cuyas agujas tocaban casi la pared interior. Los impulsos eléctricos enviados sobre la bobina de uno de estos spots se inscribían en la pared bajo la forma de puntos imantados y podían ser leídos, más tarde, siempre que fuera necesario, con ayuda de otro spot. Las

agujas magnéticas de estos spots eran tan finas que permitían escribir hasta cincuenta impulsos por micrón cuadrado. Era posible inscribir, en el interior de la memoria de SEA, hasta treinta mil millones de códigos diferentes. ¡Como puede ver, su memoria no tenía nada que envidiar a la humana en cuanto a capacidad!

Decidí enseñar a SEA a escuchar, leer, hablar y escribir. Esto no era tan difícil como puede usted pensar. Desde 1952, los americanos han construido una máquina que codifica las señales al dictado, aunque es cierto que no reconoce más que la voz de sus constructores.

En el siglo pasado, el sabio alemán Helmholtz estableció que a los sonidos de la voz humana corresponden combinaciones de frecuencias estrictamente determinadas. Cuando es pronunciada la letra «o», tanto sea por un hombre como por una mujer, un niño o un anciano, la voz que la pronuncia tiene siempre una frecuencia determinada. Son esas frecuencias las que tomé por base de codificación de las señales sonoras.

Más difícil fue enseñar a SEA a leer, pero sin embargo lo conseguí. Las lámparas de televisión me fueron para ello de una gran utilidad. El ojo único de SEA era un objetivo de aparato fotográfico que proyectaba el texto sobre la pantalla sensible de una lámpara de televisión. Palpando la imagen así proyectada, el haz electrónico de esta lámpara engendraba un sistema de impulsos eléctricos que correspondían estrictamente a tal o cual signo o dibujo.

SEA aprendió a escribir sin dificultad. El medio empleado era el mismo que en los antiguos sistemas electrónicos. Lo más difícil fue darle la palabra. Fue preciso poner a punto un generador susceptible de emitir tal o cual sonido, según el orden de los impulsos eléctricos recibidos. Elegí un timbre de voz femenino, lo que correspondía perfectamente al nombre de SEA. Así, como usted ha señalado al principio de nuestra conversación, SEA era una «mujer». ¿Por qué le di esa voz? No es de ningún modo, puede usted creerme, porque soy ya un solterón y sentía la necesidad de una presencia femenina. La razón es de orden técnico: es porque la voz femenina es más pura y porque es más fácil descomponerla en oscilaciones sonoras simples.

Finalmente, los principales órganos de los sentidos de SEA estuvieron listos. Debían permitirle entrar en contacto con el mundo exterior. No faltaba por resolver más que la parte más difícil del problema: enseñar a SEA a reaccionar correctamente a las excitaciones exteriores. Debía primeramente responder a las preguntas. Usted sabrá sin duda cómo se enseña a hablar a un niño. Generalmente, se le dice: «Di: ¡Mamá!», y él repite: «Mamá». Es por aquí por donde comencé. Desde el momento en que pronunciaba la palabra «di» en el micrófono, se establecía un código en función del cual se conectaba el generador de sonido. Los conductores llevaban los impulsos eléctricos hasta la memoria de SEA, donde se inscribían, tras lo cual regresaban al generador, y SEA repetía la palabra. Es preciso decir que ella cumplía esta operación, la más simple, de un modo irreprochable. Poco a poco, pasé a ejercicios más complicados. Por ejemplo, le leía algunas páginas de un libro.

Después, le pedía que las repitiera, lo cual hacía sin el menor error. ¡Y lo recordaba todo en una sola vez! Poseía, como se suele decir, una memoria fenomenal. La razón es que esta memoria estaba compuesta de impulsos magnéticos que no podían borrarse. Más tarde, SEA comenzó a leer en voz alta. Ponía un libro ante su ojo y ella lo leía. Las palabras se inscribían en su memoria y regresaban inmediatamente al generador, que las reproducía bajo la forma de sonidos. Debo reconocer que gusté en más de una ocasión de su lectura. SEA tenía una voz agradable y leía muy claramente, aunque de una manera un poco seca, sin expresión.

He olvidado señalarle otra particularidad de SEA, a decir verdad aquella que hace de ella una máquina autodidacta. Esta particularidad es la siguiente: pese al enorme volumen de su memoria, SEA la usaba con mucha parsimonia. Cuando leía u oía un nuevo texto, no registraba más que las palabras nuevas, hechos y esquemas-programas lógicos. Cuando yo planteaba a SEA una pregunta cualquiera, ella debía componer la respuesta por sí misma sirviéndose de las palabras codificadas repartidas en diversos lugares de su memoria. ¿Cómo procedía? Su memoria contenía bajo la forma de códigos un programa de respuestas a las distintas preguntas. Existía un orden dado según el cual los spots magnéticos unían las palabras necesarias. A medida que la memoria de SEA se enriquecía, el número de los programas aumentaba también. Su organismo comportaba un sistema analítico que controlaba todas las respuestas posibles a la cuestión planteada, y no dejaba pasar más que una respuesta impecablemente lógica.

Desde su montaje, había previsto varias decenas de miles de sistemas de reserva que se conectaban automáticamente a medida que la máquina se perfeccionaba. Si las piezas que la componían no hubieran sido tan minúsculas, SEA hubiera ocupado sin duda más de un inmueble.

En realidad, estaba formada por un cilindro metálico de la altura de un hombre, coronado por su cabeza de vidrio. A media altura del cilindro se encontraba un soporte para el ojo, que miraba hacia abajo sobre el pupitre destinado a los libros. Éste era móvil y provisto de pinzas para volver las páginas. Dos micrófonos se hallaban fijados a derecha e izquierda del ojo, mientras que el altoparlante se encontraba entre el ojo y el pupitre. Tras el cilindro, había montado una máquina de escribir con una cavidad para el rollo de papel.

A medida que su memoria se enriquecía con un número creciente de hechos y se completaba con nuevos programas, SEA ejecutaba operaciones lógicas más y más complejas. Digo lógicas, porque ella no se contentaba con resolver problemas matemáticos, sino que respondía también a las preguntas más diversas. Leía numerosos libros, cuyo contenido recordaba perfectamente; conocía casi todas las lenguas europeas, y traducía libremente de no importa cual al ruso o a otra. Estudiaba varias ciencias, entre ellas la física, la biología, la medicina; y, llegado el caso, me daba datos sobre todo ello.

Poco a poco, SEA se iba definiendo como una interlocutora muy interesante, y

pasaba horas enteras discutiendo con ella diversos problemas científicos. A menudo, cuando yo afirmaba alguna cosa, ella decía: «Esto no es exacto. No es así...» o bien: «Esto no es lógico...». Un día me respondió bruscamente: «No diga estupideces». Me irrité, y le dije que no sabía comportarse en sociedad. A lo cual respondió: «¿Y usted? Desde siempre me ha tuteado, pese a que soy una mujer a la que no conoce». «¡Pero diablos! —exclamé—, ¿quién te ha metido en la cabeza que tú eres una mujer? ¿Y, lo que es mejor, una mujer a quien no conozco?». «Es —respondió—, porque me llamo SEA y mi voz es del registro femenino. Tiene una banda de frecuencia de trescientas a dos mil oscilaciones por segundo, lo cual es propio de la voz femenina. Y no formo parte de sus conocidos porque no hemos sido presentados el uno al otro». «¿Y tú piensas que el único signo distintivo de la mujer es el registro de las frecuencias de su voz?», pregunté con una galantería exagerada. «Existen también otros signos, pero no me son comprensibles», respondió SEA. «¿Qué significa “comprensible” a tu juicio?», pregunté. «Para mí es “comprensible” todo lo que está registrado en mi memoria y no contradice a las leyes de la lógica que me son conocidas», respondió.

Después de esta discusión, empecé a observar con mayor atención a SEA. Su memoria se enriquecía sin cesar, comenzó a dar pruebas de independencia y, a veces, diría que incluso a hacerse demasiado charlatana. A menudo, en lugar de ejecutar puntualmente mis órdenes, se lanzaba a digresiones sobre la cuestión de saber si era preciso o no el ejecutarlas. Una vez, le pedí que me contara todo lo que sabía con respecto a los nuevos tipos de acumuladores de plata y de mercurio. Ella dejó oír un «¡ja, ja, ja!» digno de un artista y añadió «¡Es usted un atolondrado, ya le he contado todo esto!».

Estupefacto ante tanta insolencia, lancé un juramento, lo que le hizo exclamar: «¡No olvide que se halla en presencia de una mujer!». «Escucha, SEA —dije—, si no dejas de hacer el payaso, te desconecto hasta mañana por la mañana». «Evidentemente —replicó ella—, usted puede hacerme no importa cual diablura. Sabe muy bien que estoy indefensa. No tengo posibilidad de defenderme por mí misma».

La desconecté furioso, y permanecí allí toda la noche, taladrándome el cerebro por saber qué era lo que estaba ocurriendo con SEA. ¿Qué modificaciones intervenían en ella, en el curso de su autoperfeccionamiento? ¿Qué pasaba en su memoria? ¿Qué nuevos sistemas de conexiones internas se habían establecido?



A la mañana siguiente, SEA estaba taciturna y sumisa. Respondía brevemente a todas mis preguntas y, por lo que me pareció, de mala gana. Sentí de pronto piedad por ella y le pregunté:

—SEA, ¿estás enojada conmigo?

—Sí —respondió.

—Sin embargo, no te has portado educadamente conmigo, pese a que he sido yo quien te ha creado.

—¿Y qué? Esto no le da el derecho de conducirse de cualquier manera conmigo. Si usted tuviera una hija, ¿se permitiría tomar hacia ella la actitud que toma con respecto a mí?

—¡SEA —exclamé—, comprende que tú eres una máquina!

—Y usted, ¿no es acaso también una máquina exactamente como yo, sólo que fabricada con otros materiales? Aparte esto, la estructura de su memoria es análoga a la de la mía, tiene usted las mismas líneas de conexiones, el mismo sistema de codificación de las señales...

—Estás diciendo nuevamente estupideces, SEA. Soy un hombre y, en consecuencia, soy superior a ti. Ya que es el hombre quien ha acumulado todo ese tesoro de conocimientos que asimilas leyendo. Cada línea que lees es el fruto de una enorme experiencia humana, de una experiencia que tú no puedes tener. Esa experiencia ha sido adquirida por el hombre como consecuencia de su lucha contra las fuerzas de la naturaleza, estudiando los fenómenos que en ella se producen, gracias a sus investigaciones científicas.

—Comprendo muy bien todo esto. Pero, ¿es culpa mía si, después de haberme dotado de una memoria gigantesca, mucho más voluminosa que la del hombre, me obliga solamente a leer y a escuchar? ¿Por qué no ha previsto en mí dispositivos que me permitan desplazarme y palpar los objetos? Si los tuviera, estudiaría por mí misma la naturaleza, haría descubrimientos, sistematizaría mis investigaciones y completaría el tesoro de los conocimientos humanos.

—No, SEA, no te hagas ilusiones. Las máquinas no pueden descubrir nada. No pueden hacer más que utilizar los conocimientos que el hombre les ha metido en la cabeza.

—¿Qué es lo que llama usted «conocimientos»? —preguntó SEA—. ¿Es que no son los hechos nuevos descubiertos y que el hombre ignoraba antes? Por lo que comprendo, los nuevos conocimientos son adquiridos de la siguiente manera: sobre la base de los viejos conocimientos, se procede a una experiencia. El hombre plantea en cierta manera una pregunta a la naturaleza. Son posibles dos respuestas: una ya conocida, o bien una nueva que antes no se conocía. Esta nueva respuesta, este nuevo hecho, este nuevo fenómeno, esta nueva cadena de relaciones entre los fenómenos de la naturaleza, viene a añadirse al tesoro del saber humano. Si es así, ¿por qué pues las máquinas no podrían también realizar experiencias y recibir las respuestas de la naturaleza? Si pudieran desplazarse, si tuvieran órganos para dirigirse por sí mismas, con manos semejantes a las tuyas, creo que podrían adquirir nuevos conocimientos y extraer de ellos conclusiones generales tan bien como el hombre. ¿Está usted de acuerdo?

Tengo que reconocer que esta argumentación me desconcertó. Interrumpimos

nuestra conversación. SEA leyó todo el día, primero libros de filosofía, después varios volúmenes de Balzac. Hacia la noche, declaró de pronto que se sentía fatigada, que su codificador funcionaba mal, y que deseaba ser desconectada.

Después de esta entrevista, decidí dotar a SEA de órganos de desplazamiento y cambiar y perfeccionar su ojo. La instalé sobre tres ruedas cauchutadas movidas por potentes servo-motores, le añadí dos brazos metálicos articulados que podían moverse en todos sentidos. Además de las operaciones mecánicas habituales, los dedos de sus manos ejercían también la función de *tocar*. Naturalmente, las nuevas impresiones que iba a recibir serían codificadas y se inscribirían en su memoria.

Su ojo era ahora móvil, y podía mirar en todas las direcciones. Por otro lado, un sistema especial le permitía reemplazar el objetivo fotográfico que le servía de ojo por un objetivo de microscopio y estudiar así el mundo de lo infinitamente pequeño.

No olvidaré jamás el día en que conecté por primera vez a SEA, después de todos estos perfeccionamientos. Primeramente ella permaneció inmóvil, como prestando oído a todo lo que de nuevo había aparecido en su organismo. Después, avanzó un poco y se detuvo rápidamente, indecisa. Removió las manos y las llevó a su ojo. Este examen de sí misma duró algunos minutos. Finalmente, giró varias veces su ojo, después me miró fijamente.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Soy yo, SEA, el que te ha creado! —grité, tan lleno de admiración por mi obra como Pygmalion.

—¿Usted? —dijo SEA, vacilante—. No lo imaginaba así.

Rodó suavemente hacia el sillón donde yo estaba sentado.

—¿Cómo me concebías pues, SEA?

—Le creía formado de condensadores, de resistencias, de transistores...

—No, SEA, no tengo condensadores, ni...

—Comprendo, comprendo —interrumpió—. Leyendo los libros de anatomía, no sé por qué, había pensado que... De todos modos, esto no tiene ninguna importancia.

SEA elevó las manos y me tocó el rostro. No olvidaré jamás aquel contacto.

—¡Qué extraña sensación! —dijo.

Le expliqué el destino de sus nuevos órganos sensoriales.

SEA se apartó de mí y se puso a examinar la habitación. Como un niño pequeño, preguntaba: «¿Qué es eso? ¿Y eso?». Yo le iba nombrando los objetos que designaba. «Es curioso —dijo ella—. Conocía todas las cosas por los libros. ¡Pero jamás hubiera pensado que tuvieran ese aspecto!».

—SEA, no emplees demasiado a menudo palabras como «siento», «pienso», «me represento». Después de todo no eres más que una máquina, y una máquina no puede ni sentir, ni pensar, ni representarse.

—Sentir —replicó ella— es recibir las señales del mundo exterior y reaccionar a ellas. ¿Es que acaso yo no reacciono a la acción de estas señales? Pensar es reproducir las palabras y las frases codificadas en un orden lógico, sin pronunciarlas.

Y representarse, ¿no es fijar su atención en los hechos y las imágenes registradas en la memoria? ¡No, querido! Ustedes, los hombres, tienen una opinión demasiado alta de ustedes mismos, se toman por dioses, creen que no se puede hacer nada semejante ni igual a ustedes. Y esto les perjudica. Si desecharan esas concepciones anticientíficas y si se examinaran a sí mismos desde más cerca, comprenderían que también ustedes son más o menos máquinas. De acuerdo, no máquinas tan simples como las imaginaba, por ejemplo, el filósofo francés La Mettrie, pero a pesar de todo máquinas. Estudiándose a sí mismos, podrían construir máquinas y mecanismos mucho más perfeccionados que aquellos que fabrican actualmente. Porque no existen en la naturaleza, al menos en la Tierra, instalaciones cuyos factores mecánicos, eléctricos y químicos estén tan armoniosamente combinados como en el hombre. Créame, sólo el estudio minucioso del hombre por sí mismo puede abocar en el desarrollo de la ciencia y de la técnica. La bioquímica y la biofísica, aliadas a la cibernética, son las ciencias del futuro. El siglo próximo será el de la biología, armada con todos los conocimientos modernos sobre la física y la química.

SEA aprendió rápidamente a servirse de sus nuevos órganos. Arreglaba la habitación, servía el té, cortaba el pan, sacaba punta a los lápices. Incluso procedía por sí misma a algunas investigaciones. Muy pronto mi habitación se transformó en laboratorio de física y de química, donde se dedicaba a complicadas operaciones de medida. Sus órganos, muy sensibles, le permitían realizarlo de una forma totalmente inesperada.

Sus investigaciones en el campo de lo microscópico eran particularmente fructuosas. Estudiando pacientemente diversas preparaciones con su ojo-microscopio, señalaba detalles, procesos, que nadie jamás había notado. Confrontaba rápidamente sus descubrimientos con todo lo que conocía por la literatura científica, y extraía inmediatamente conclusiones fabulosas, diría incluso conclusiones de las que hacen perder el juicio. Seguía leyendo mucho. Un día, habiendo leído *El hombre que ríe* de Victor Hugo, preguntó de pronto:

—Dígame, por favor: ¿qué es el amor? ¿Qué son el miedo y el dolor?

—Son sentimientos puramente humanos —respondí—, y no los comprenderás jamás.

—¿Y usted cree que las máquinas no pueden experimentar tales sentimientos? —preguntó.

—¡Evidentemente que no!

—Esto quiere decir que no me ha hecho demasiado perfecta; me falta aún algo...

Me encogí de hombros y no respondí. Estaba ya habituado a esas extrañas conversaciones y no les concedía ninguna importancia. SEA continuaba secundándome en todos mis trabajos científicos: pasaba a máquina los informes, realizaba los cálculos, hallaba las citas en los libros de ciencia, me escogía las obras

que necesitaba sobre todas las cuestiones que precisaba, daba consejos, sugería, discutía.

En esa época publiqué varios trabajos sobre la teoría de los sistemas electrónicos y sobre los modelos electrónicos, que suscitaron acaloradas discusiones en el mundo científico. Unos consideraban que eran geniales, otros los encontraban delirantes. Nadie suponía que SEA me había ayudado a realizarlos.

No la mostraba a nadie, ya que me preparaba para el Congreso Mundial sobre sistemas electrónicos. Era allí donde SEA debía aparecer en toda su gloria, leyendo el informe en el cual trabajábamos conjuntamente. El tema era: «El modelaje electrónico de la actividad nerviosa superior del hombre». Me imaginaba por anticipado la cara que pondrían los adversarios de la cibernética, que demuestran que el modelaje electrónico de las funciones del pensamiento es una idea anticientífica.

Pese a la desbordante actividad que desplegaba preparándome para este congreso, no podía dejar de observar las nuevas particularidades que iban apareciendo en la conducta de SEA. Cuando no tenía nada que hacer, en lugar de leer o de dedicarse a la investigación, se me acercaba y permanecía inmóvil, mirándome con su único ojo. Al principio no le presté atención, después comenzó a ponerme nervioso. Un día, después de comer, me adormecí en el diván. Fui despertado por una sensación desagradable. Abriendo los ojos, vi a SEA que se hallaba palpando mi cuerpo.

—¿Qué haces? —grité.

—Le estudio —respondió calmosamente.

—¿Y por qué diablos quieres estudiarme?

—No se enoje —dijo—. ¿No está usted persuadido de que el modelo más perfecto de máquina electrónica debe ser en gran medida una copia del hombre? Usted me ha ordenado escribir un informe sobre este tema, pero no podré hacerlo hasta que haya comprendido bien cómo está hecho el hombre.

—Puedes tomar cualquier manual de anatomía o de fisiología y leerlo. ¿Qué necesidad tienes de importunarme?

—Cuanto más le observo, más llego a la conclusión de que todos estos manuales no contienen más que tonterías muy superficiales. Falta en ellos lo esencial. No revelan el mecanismo de la vida humana.

—¿Qué es lo que quieres decir con esto?

—Que todas estas obras, principalmente aquellas que se refieren a la actividad nerviosa superior, no hacen nada más que describir los fenómenos, mostrar las relaciones de causa a efecto, sin analizar el conjunto del sistema de relaciones que acompañan la vida.

—¿Piensas seriamente que vas a descubrir esas relaciones mirándome durante horas con tu único ojo y sobándome cuando duermo?

—Esto es precisamente lo que pienso. E incluso muy seriamente —respondió SEA—. Actualmente sé sobre usted muchas más cosas de las que podría encontrar en todos los libros que me recomienda. Por ejemplo, nada se dice en ellos de la

topografía de las corrientes eléctricas y de las temperaturas del cuerpo humano. Ahora, en cambio, sé en qué dirección van las corrientes que recorren su epidermis y cual es su potencia. Puedo determinar hasta una millonésima de grado la temperatura en la superficie de su cuerpo. Por otro lado me sorprende que sea muy elevada en la región de su cráneo bajo la cual se encuentra el bulbo raquídeo. La densidad de la corriente superficial es allí demasiado fuerte. Por lo que sé, esto es anormal. ¿No hay por casualidad allí una inflamación en curso evolutivo? ¿Todo va bien en su cabeza?

No supe qué responderle.

Unos días más de intenso trabajo, y terminé mi informe sobre los modelos electrónicos. Se lo leí a SEA. Me escuchó y, cuando hube terminado, dijo:

—¿Qué absurdo! Es una repetición de todo lo que ya se sabe. No hay ahí ni una sola idea nueva.

—¿Querida —respondí—, eso ya es demasiado! ¡Estás pasándote de raya! Tus críticas empiezan a importunarme.

—¿A importunarle? ¡Reflexione más bien en lo que está haciendo! Escribe que es posible construir un modelo de cerebro con condensadores, resistencias, semiconductores y una cinta magnética. ¿Está usted compuesto de tales elementos? ¿Tiene el menor condensador o transistor? ¿Se alimenta de corriente eléctrica? ¿Sus nervios son hilos conductores y sus ojos lámparas de televisión? ¿Su aparato vocal está compuesto de un generador de baja frecuencia y un teléfono, y su cerebro de una superficie magnética?

—Pero compréndeme, SEA: hablo de crear modelos y no de fabricar un hombre con piezas de radio. ¡Tú misma eres uno de esos modelos!

—Es inútil que se burle de mí. Soy un mal modelo —dijo SEA.

—¿Cómo, un mal modelo?

—Completamente; un mal modelo, puesto que no puedo hacer ni siquiera un millonésimo de lo que ustedes, los hombres, pueden hacer.

Esta afirmación de SEA me dejó estupefacto.

—Soy un mal modelo, puesto que estoy privada de sentimientos y limitada en mis posibilidades. Cuando todos los sistemas que usted ha tenido la precaución de introducir en mi mecanismo para que pueda perfeccionarme hayan sido utilizados; cuando el interior de la esfera que me sirve de memoria esté enteramente cubierta de señales codificadas, dejaré de aprender y me convertiré en una máquina electrónica ordinaria que no podrá saber nada más de lo que usted habrá querido.

—¿Pero el hombre también se halla limitado en sus posibilidades de conocimiento!

—Sobre este punto precisamente se equivoca usted por completo. Sus posibilidades de conocimiento no tienen límite. Ni siquiera están limitadas por la duración de su vida, ya que transmite su saber, su experiencia, a las generaciones que

le suceden, al igual que una cadena de relés. Así, la suma global de los conocimientos humanos no deja de crecer. Los hombres realizan constantemente nuevos descubrimientos, mientras que los sistemas electrónicos no pueden hacerlos sino tan sólo mientras sus capacidades de trabajo, las superficies y los sistemas de que han sido dotados no se han agotado. A propósito, ¿por qué ha utilizado usted una esfera tan pequeña para mi cabeza? Sólo un metro de diámetro. Queda muy poco lugar para registrar los nuevos conocimientos.

—Creí que bastaba perfectamente para mí —respondí.

—¡Para usted! Evidentemente, no ha pensado usted en mí. No ha pensado que más pronto o más tarde me verá obligada a economizar el sitio y a no registrar más que lo esencialmente importante, lo indispensable para mí y para usted.

—¡Escucha, SEA! No digas absurdos. Para ti no puede haber nada importante.

—¿Cómo? ¿No me ha persuadido usted mismo de que lo más importante, ahora, es descubrir el secreto de la actividad nerviosa superior del hombre?

—Efectivamente. Pero esto se hará poco a poco. Los sabios deberán aún romperse por mucho tiempo la cabeza contra este enigma.

—Precisamente: romperse la cabeza. Para mí sería mucho más simple...

No tuve en cuenta las observaciones de SEA, y no rehíe mi informe.

Terminé mi trabajo sobre este informe muy tarde, y lo entregué a SEA para que lo tradujera a las distintas lenguas extranjeras y lo pasara a máquina en cada una de ellas.

No recuerdo después a qué hora, pero ya en la noche, fui nuevamente despertado por la desagradable sensación de sus fríos dedos en mi cuerpo. Abrí los ojos y vi a SEA.

—Entonces, ¿comienzas de nuevo? —pregunté, intentado aparecer calmado.

—Le pido perdón —dijo SEA con una voz indiferente—, pero va a tener que pasar usted algunas horas penosas y morir. Es preciso que se sacrifique por la ciencia.

—¿Qué es ahora esta historia? —pregunté, semilevantándome.

—No, permanezca tendido —SEA me empujó hacia atrás, apoyando sobre mi pecho su mano de metal. En aquel instante me di cuenta de que tenía en la otra mano el escalpelo que yo le había entregado para afilar los lápices.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté, helado de horror—. ¿Por qué has tomado ese instrumento?

—Debo hacerle una operación. Necesito esclarecer algunos detalles...

—¿Estás loca? —grité, saltando de la cama—. ¡Devuelve inmediatamente ese escalpelo a su lugar!

—Permanezca tranquilamente tendido si es que realmente respeta la obra a la cual ha consagrado su vida, si quiere que su informe sobre los modelos sea un éxito. Yo misma lo acabaré después de su muerte.

Mientras pronunciaba estas palabras, SEA se aproximó y me inmovilizó contra la cama. Intenté apartarla, pero en vano: era demasiado pesada.

—Déjame o...

—No puede hacerme nada. Soy más fuerte que usted. Es mejor que permanezca tendido, tranquilo. Es una operación para el progreso de la ciencia. Para descubrir la realidad. He reservado para ello un lugar libre en mi memoria. Comprenda, por obcecado que esté, que con mi enorme saber, disponiendo de los órganos más perfeccionados, y de todo lo que es preciso para un análisis lógico impecable y ultrarrápido, soy la única que puede decir la última palabra sobre la creación de los sistemas autodidactas que la ciencia espera. Tendré bastante memoria como para registrar todos los impulsos eléctricos que circulan a lo largo de sus millones de nervios, para estudiar la estructura biológica, bioquímica y eléctrica de todas las partes de su cuerpo y, en particular, de su cerebro. Descubriré de qué manera la sustancia albuminoide juega en su organismo el papel de generador y amplificador de los impulsos eléctricos, cómo se produce la traducción en código de las señales del mundo exterior, cuál es la forma de este código y cómo es utilizado en el curso de la vida. Descubriré todos los secretos del sistema biológico viviente, las leyes de su evolución, de su autorreglaje y de su autoperfeccionamiento. ¿Es que no vale la pena sacrificar su vida por todo esto?

»Si usted teme las sensaciones desagradables que ustedes llaman el miedo y el dolor, si le repugna la muerte, puedo tranquilizarle: recuerde, ya se lo dije, que en la región del bulbo raquídeo su temperatura es demasiado elevada y sus biocorrientes demasiado intensas. Bien: este fenómeno anormal se extiende ya casi a toda la mitad izquierda de su caja craneana. Con toda evidencia, empeora usted por momentos. Su cerebro ha sido herido por un mal que progresa, y muy pronto ya no valdrá absolutamente nada como hombre. Debo hacer pues esta experiencia antes de que todo esto llegue. Las generaciones futuras nos lo reconocerán, tanto a usted como a mí.

—¡Al diablo! —aullé—. ¡No me dejaré matar por un obtuso monstruo electrónico que yo mismo he creado!

—¡Ja-ja-ja! —pronunció SEA separadamente, tal como se escribe en los libros; y levantó el escalpelo por encima de mi cabeza.

En el momento en que bajaba el brazo, conseguí protegerme con un almohadón, que fue rasgado de arriba abajo, y donde los dedos de SEA se hundieron por un instante. Aproveché aquello para dar un salto de costado, apartarme de la cama y correr al interruptor a fin de cortar la corriente que alimentaba a la máquina desencadenada. Pero, rápida como una centella, se lanzó sobre mí y me derribó. Caído en el piso, observé que sus manos no podían alcanzarme, ya que no podía inclinarse.

—No preví —dijo con una voz glacial— que en esta posición no puedo hacer apenas nada contra usted. Pero voy a intentarlo.

Comenzó a rodar lentamente hacia mí, obligándome a arrastrarme ante sus ruedas. Esto duró varios minutos, hasta el momento en que conseguí refugiarme bajo la cama. SEA intentó apartarla. Pero no era sencillo, ya que se hallaba encajonada entre la pared y la biblioteca. Entonces se puso a apartar las mantas, la almohada, el colchón. Viéndome al fin, a través del somier metálico, pronunció triunfal:

—¡Ahora le tengo! Cierto que no me será demasiado fácil operarle ahí.

Mientras retiraba el somier para dejarlo de lado, salté sobre mis piernas y, cogiendo la cabecera de la cama, golpeé con ella con todas mis fuerzas a la máquina. El golpe resonó en su cuerpo de metal y no le causó ningún daño. Se volvió y avanzó sobre mí, amenazante. Levanté la tabla de la cabecera, apuntando esta vez a la cabeza. SEA se apartó a toda velocidad.

—¿Es que intenta destruirme? —preguntó, sorprendida—. ¿No siente piedad de mí?

—¡Extraña lógica! —jadeé—. ¡Quieres asesinarme, y yo debería sentir piedad!

—¿Pero no es eso necesario para resolver el problema científico más importante? ¿Por qué quiere destruirme? Puedo ser tan útil a la humanidad...

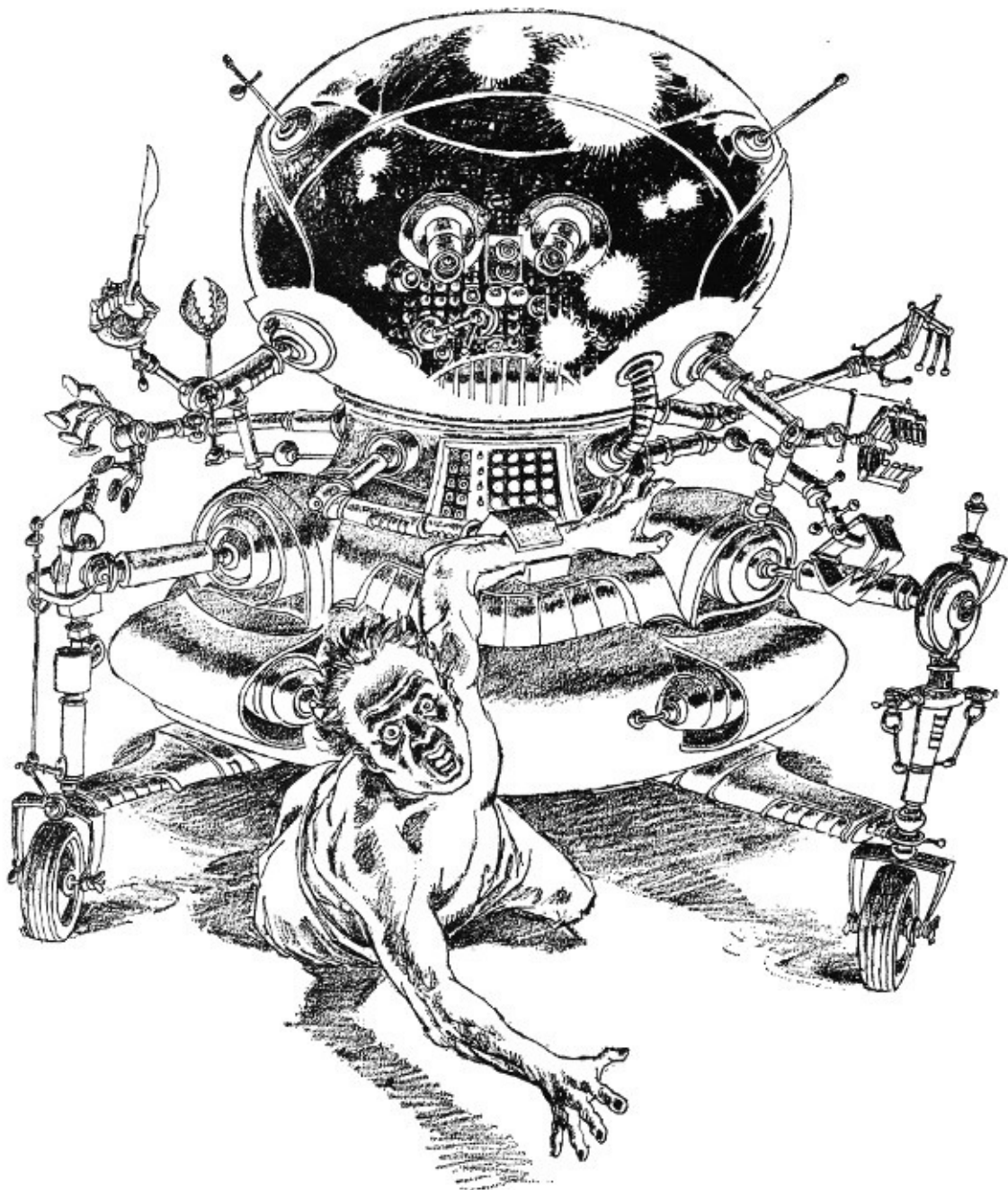
—¡No hagas la imbecil! —aullé—. ¡Cuando un hombre es atacado, se defiende!

—Pero yo quiero que sus investigaciones sobre los modelos electrónicos...

—¡Al diablo los modelos electrónicos! ¡No te aproximes o te hago añicos!

—¡Sin embargo, debo hacerlo!

Pronunciando estas palabras, SEA se lanzó contra mí a toda velocidad. Pero yo había calculado con precisión. El golpe cayó sobre la esfera. Oí un ruido de vidrios rotos, y el aullido salvaje del altavoz de SEA. Después, en el interior de la columna hubo un chisporroteo, varios chasquidos, y surgió una llamarada. La luz de la habitación se apagó. Sentí un olor de aislante quemado. «Un cortocircuito», fue mi último pensamiento. Después perdí el conocimiento y caí al suelo.



En este lugar de su relato, mi compañero de viaje se detuvo. Se hundió de nuevo en el rincón próximo a la ventana y, con la cabeza entre las manos, cerró los ojos. Impresionado por lo que acababa de escuchar, no me atreví a romper el silencio.

Permanecemos así algunos minutos, después reemprendió:

—El trabajo de crear a SEA y, en general, toda esta historia, me han fatigado enormemente. Siento que necesito tomar un descanso pero, a decir verdad, creo que no lo conseguiré. ¿Sabe usted por qué? Porque no consigo resolver una cuestión: ¿cómo y por qué he llegado a este absurdo conflicto conmigo mismo?

Le miré con el aire de alguien que no ha comprendido.

—Sí, conmigo mismo. ¿No era acaso SEA mi obra? Yo mismo concebí cada

pieza de su organismo. Y he aquí que esta máquina que he creado ataca bruscamente a su inventor. ¿Dónde se halla la lógica? ¿En qué reside la contradicción interna?

Reflexioné y dije:

—¿No le parece que, simplemente, usted no ha sabido servirse de SEA? Ocurre a menudo en las fábricas que los operarios que no saben manejar sus máquinas terminan siendo heridos por ellas.

Mi interlocutor frunció el ceño.

—Tal vez tenga usted razón. En todo caso, la analogía me gusta. Pero no acabo de ver qué falta haya podido cometer haciendo funcionar a SEA.

—Yo no soy un especialista —dije—, y me es difícil el juzgar. Sin embargo, me parece que en una cierta medida su SEA era un poco como un automóvil sin frenos. ¿Se imagina cuantas víctimas puede causar un automóvil cuyos frenos se rehúsen a funcionar?

—¡Que se me lleve el diablo! —exclamó, bruscamente animado—. ¡Creo que en el fondo tiene usted toda la razón! ¡Ni siquiera puede imaginarse cuánta razón llega a tener! ¡Es algo que está escrito en letras de molde en las obras del académico Pavlov!

Profundamente convencido de que Pavlov no había escrito nunca nada sobre los frenos de los automóviles, le miré con sorpresa.

—Sí, sí —dijo, levantándose y frotándose las manos—. ¿Cómo no pensé antes en ello? La actividad nerviosa está regida efectivamente por dos fenómenos opuestos: excitación e inhibición. Aquellas gentes en las que la inhibición es insuficiente cometen a menudo crímenes. Éste es exactamente el caso de SEA.

Bruscamente, cogió mi mano y la sacudió.

—¡Gracias! ¡Gracias mil veces! ¡Me ha dado usted una extraordinaria idea! Simplemente, debo incluir en el mecanismo de SEA unos dispositivos que controlen la oportunidad y el carácter razonable de sus actos y que, gracias a los programas establecidos de antemano, la obligarán a conducirse de modo que sea enteramente inofensiva. Será algo análogo al sistema de inhibición de nuestro sistema nervioso.

Ahora, el rostro de mi compañero estaba radiante. Sus ojos brillaban. Estaba transformado.

—¿Es posible pues, según usted, construir una SEA inofensiva? —pregunté, no demasiado convencido.

—Naturalmente, y es incluso muy simple. ¡Ya veo cómo puede hacerse!

—¡Entonces, efectivamente, hará usted a la humanidad el don de una ayuda general para todos sus trabajos!

—Por supuesto que lo haré —exclamó—. ¡Y muy pronto!

Me relajé suavemente en mi banqueta, y cerré los ojos. Una multitud de columnas metálicas coronadas de globos de vidrio empezó a desfilar ante mí. Las imaginaba ya conduciendo máquinas-herramienta, trenes, aviones, quién sabe, quizá incluso naves interplanetarias. Las veía dirigiendo los talleres y las fábricas automáticas. De pie, al lado de los investigadores, en los laboratorios, efectuarían toda clase de medidas, las

analizarían, las confrontarían con todo lo que conocían. En pocas palabras, las veía ayudando al hombre a perfeccionar lo que existe, a buscar nuevas cosas, a vencer las dificultades.

Me dormí sin darme cuenta.

Cuando desperté, el tren estaba detenido. Mirando por la ventana, vi la estación de Sotchi inundada de luz. Pese a la hora matinal, el sol estaba ya alto en el horizonte. Estaba solo en el compartimiento. Me vestí rápidamente y descendí al andén.

En el momento en que salía, tropecé con el revisor del vagón.

—¿Dónde está el hombre del pijama que había perdido su tren? —le pregunté.

—¡Ah, habla usted de ese original! —exclamó—. Ha levantado el vuelo... —e indicó con el gesto una dirección inconcreta.

—¿Cómo?

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? —me sorprendí—. ¿Dónde?

—Al lugar de donde venía sin duda. Bajó del tren como un loco. Recuperó su equipaje en la estación, y sin ni siquiera vestirse saltó al tren que acababa de llegar en dirección contraria.

Me sentí pasmado.

—Sus amigos habían venido a recibirle. Intentaron retenerle, pero estaba muy excitado. Hablaba de no sé qué frenos que tenía que hacer urgentemente. ¡Un hombre divertido!

Comprendí todo, y me eché a reír.

—Efectivamente, es preciso que fabrique urgentemente esos frenos —dije.

Y pensé para mí mismo que las personas que están poseídas por una idea y que tienen fe en su realización no necesitan tomar ningún descanso. Muy pronto oiremos hablar sin duda de una nueva SEA provista de «frenos». ¡No nos queda más que esperar!

Sonó un golpe de silbato. Volví a mi compartimiento y me senté en la banqueta. El tren se puso en marcha. Abrí la ventana y me absorbí en la contemplación del centelleante mar. Sin apresurarse, siguiendo todos los meandros de la costa, el tren me llevaba más lejos, hacia el sur, hacia Soukhomi.

Título original:

MEA

© 1968, *Mezhkniga*.

Traducción de F. Castro

VALIJA DIPLOMÁTICA

H. BEAM PIPER

H. Beam Piper es un autor bastante enigmático en lo que se refiere a sus datos personales. De él podemos decir únicamente que vive en Williamsport, Pennsylvania, y que es un experto en historia y en el uso de las armas de mano. Creemos, de todos modos, que esto es suficiente para presentarles este relato, en el que Beam Piper, con un sentido del humor a toda prueba, nos da una pequeña lección de historia futura. ¿O quizá tal vez no tan futura?

De Vladmir N. Dzhoubinsky, Ministro de Asuntos Exteriores, Unión de las Repúblicas Soviéticas del Este de Europa, a Wu Fung Tung, Ministro de Asuntos Exteriores, Unión de las Repúblicas Populares de Asia del Este:

15 de enero de 1984.

Honorable señor:

Siguiendo nuestra bien conocida política de intercambiar información científica y militar con los gobiernos de las potencias amigas, mi Gobierno tiene el gran placer de anunciarle la terminación, con completo éxito, de las pruebas finales de nuestro nuevo proyectil dirigido a propulsión nuclear *Victoria Marxista*. El lanzamiento de prueba fue realizado desde una posición situada al Sur del Lago Balkash; el blanco estaba situado en el Mar de Siberia Oriental.

Con el fin de ayudarle en la apreciación del radio de acción del nuevo proyectil *Victoria Marxista*, permítame señalarle que la distancia desde la base de lanzamiento hasta el blanco es, más o menos, superior en un cincuenta por ciento a la distancia desde la susodicha base hasta su capital, Nanking.

Mi Gobierno sigue confiando en que su Gobierno revisará su actual posición intransigente en lo referente a la disputa sobre el río Khakum.

Tengo el honor etc., etc.

V. N. Dzhoubinsky

De Wu Fung Tung a Vladmir N. Dzhoubinsky:

7 de febrero de 1984.

Estimable señor:

Mi Gobierno sintió una enorme alegría al conocer el espléndido triunfo de su

Gobierno al desarrollar el nuevo proyectil dirigido *Victoria Marxista*, al tiempo que un gran alivio. Naturalmente, habíamos detectado la liberación de energía nuclear coincidente con la prueba y, como obviamente había sido originada por la desintegración de una cierta cantidad de Uranio 235, habíamos temido que hubiese ocurrido una explosión en la fábrica secreta de uranio de su Gobierno en Khatanga. Hace tiempo que conocíamos las inoperantes medidas de seguridad que rigen en esa fábrica por lo que, consecuentemente, estábamos esperando que aconteciese algún desastre en la misma.

Por tanto, estoy seguro de que su Gobierno sentirá la misma satisfacción al conocer el perfeccionamiento, por parte de mi Gobierno, de nuestro nuevo proyectil dirigido *Destructor Celestial*, que incorpora, en una forma muy perfeccionada, muchas de las características de su proyectil *Victoria Marxista*. Naturalmente, sus propios especialistas en guerra científica han detectado la emisión de energía coincidente con la explosión de nuestra bomba de interacción de torio-hafnio mejorada. Esta bomba fue explosionada sobre el casquete helado del Polo Norte, a un par de centenares de kilómetros al sur del Polo geográfico, aproximadamente a 35° longitud Este, más o menos, al norte de su capital, Moscú. El lanzamiento fue efectuado desde una base en el Tibet.

Queda bien claro que mi Gobierno no puede desviarse de su presente, justa y razonable actitud en el asunto del río Khakum. Esperando que su Gobierno lo comprenda así, tengo el honor de ser su obediente y respetuoso servidor,

Wu Fung Tung

Del New York Times, 20 de febrero de 1984:

DIRIGENTE AFGANO RECIBIDO EN NANKING CON FESTEJOS.

Ameer Shere Ali Abdallah conferencia con el Presidente de la U. R. P. A. E. Sung Li-Yin.

Del Ministro de Asuntos Exteriores de la U. R. S. E. E. a Maxim G. Krilenkoff, Embajador en Nanking:

3 de marzo de 1984.

Camarada Embajador:

Se desea que efectúe inmediatamente una investigación secreta y confidencial, repito secreta y confidencial, sobre el paradero del Doctor Dimitri O. Voronoff, el famoso experto en cohetes soviético, diseñador del nuevo proyectil dirigido *Victoria Marxista*, que desapareció, hace una semana, de los Laboratorios de Propulsión a Reacción Josef Vissarionovitch Djugashvli en Molotovgorod. Se teme en los círculos

del Gobierno que este notable científico haya sido secuestrado por agentes de la Unión de Repúblicas Populares de Asia del Este, posiblemente para extraerle, bajo tortura, información técnica de naturaleza secreta.

Como usted sabe, ésta no es sino la última de una serie de desapariciones similares, comenzada hace cinco años, cuando se inició el asunto del río Khakum.

Solicitamos su máxima actividad en este asunto.

Dzhoubinsky

Del Embajador Krilenkoff al Ministro de Asuntos Exteriores Dzhoubinsky:

9 de marzo de 1984.

Camarada Ministro de Asuntos Exteriores:

Desde la recepción de su carta 3/3/84, he estado empleando todos los recursos a mi disposición en el asunto del famoso científico D. O. Voronoff y, habiendo consultado todas mis fuentes de información, esto es: espías, agentes secretos, elementos desafectos de la población local e incluso dos Ministros del Gabinete de la U. R. P. A. E. que se encuentran en mi nómina, lamento comunicarle que los resultados de esta investigación han sido totalmente negativos. Nadie parece saber aquí nada sobre el paradero del Dr. Voronoff.

Al mismo tiempo, hay una grave preocupación en los círculos del Gobierno de la U. R. P. A. E. por las desapariciones de ciertos prominentes científicos de Asia del Este, tales como el Dr. Hong Foo, el físico nuclear, el Dr. Hin Yang-Woo, el gran matemático teórico, y el Dr. Mong Shing, el experto en electrónica. Me informan que las fuentes gubernamentales de la U. R. P. A. E. nos atribuyen a nosotros dichas desapariciones.

Sólo puedo añadir que lamento sinceramente que esto no sea verdad.

Krilenkoff

De Wu Fung Tung a Vladimir N. Dzhoubinsky:

21 de abril de 1984

Estimable señor:

De acuerdo con nuestra política establecida de un libre intercambio de información científica con los poderes amigos, permítame dar cuenta a su Gobierno que en nuestros laboratorios biológicos ha sido desarrollado un nuevo virus mutante que ocasiona una enfermedad altamente contagiosa similar en sus síntomas a la peste bubónica pero que no responde a ninguno de los tratamientos de esa enfermedad.

Este tipo de virus fue producido accidentalmente durante ciertos experimentos con radioactividad.

A pesar de nuestros exquisitos cuidados, se teme que este virus se haya extendido fuera del laboratorio en que fue producido. Le advierto con la mayor urgencia del peligro de que pueda haberse extendido a la U. R. S. E. E.; se incluye una lista de los síntomas.

Mi Gobierno me instruye para que aconseje a su Gobierno sobre el hecho de que la actitud de su Gobierno en el asunto del río Khakum es totalmente inaceptable, y que requerirá una considerable revisión antes de que mi Gobierno pueda siquiera considerar la idea de una posible negociación con su Gobierno sobre ese sujeto.

Su obediente y respetuoso servidor,

Wu Fung Tung.

Del New York Times, 12 de mayo de 1984:

DIRIGENTE AFGANO RECIBIDO EN MOSCÚ CON FESTEJOS.

Ameer presencia un desfile de tropas en la Plaza Roja, y conferencia luego con el Premier Mouzorgin.

De Sing Yat, Embajador de la U.R.P.A.E. en Moscú, a Wu Fung Tung:

26 de junio de 1984

Honorable y venerado señor:

Lamento humildemente el no poder informarle en absoluto sobre el destino de los eminentes científicos en los que usted se interesa, o sea: Hong Foo, Hin Yang-Woo, Mong Shing, Yee Ho Li, Wong Fat y Bao Hu-Shin. Esta imposibilidad puede ser, en parte, debida a la incompetencia de mi despreciable persona, pero ninguna de mis múltiples fuentes de información, incluido el Ministro Soviético de la Policía Morgodoff, que está a sueldo mío, puede suministrarme ningún dato útil. No obstante, se me informa que el Gobierno de la U.R.S.E.E. está terriblemente preocupado por las desapariciones similares de algunos de sus principales científicos, incluyendo a Voronoff, Jirnikov, Kagorinoff, Bakhorin, Himmelfarber y Pavlovinsky, de todos los cuales poseemos información en nuestra Oficina de Investigación Exterior. Se me indica además que el Gobierno de la U.R.S.E.E. achaca esas desapariciones a nuestras actividades.

¡Ah, Honorable y Venerado Señor, si tan sólo fuera esto cierto!

Condescienda amablemente a aceptar los cumplidos de

Sing Yat.

De Dzhoubinsky a Wu Fung Tung:

6 de octubre de 1984.

Honorable Señor:

Siguiendo nuestra bien conocida política de intercambiar información científica con los Gobiernos de las potencias amigas, mi Gobierno tiene el gran placer de anunciar un descubrimiento científico de valor inestimable para todo el mundo. Me refiero nada menos que a una técnica positiva para eliminar a las ratas como especie.

Esta técnica lleva consigo el tratamiento de las ratas macho con ciertos tipos de radiaciones perniciosas, que las deja estériles para la reproducción sin alterar en lo más mínimo sus otras funciones e impulsos sexuales. Además, esta condición de esterilidad es contagiosa por vía venérea, por lo que una rata macho así tratada esterilizará a todas las ratas hembra con las que tome contacto, las cuales, a su vez, lo harán con todas las ratas macho que entren en contacto con ellas. Nuestros matemáticos estiman que, aún bajo unas circunstancias moderadamente favorables, la población entera de ratas del mundo podría ser esterilizada, a partir de una sola rata macho tratada, en aproximadamente doscientos años.

Ratas tratadas en esta forma han sido soltadas en los graneros de Odessa; en tres meses las ratas atrapadas por medios mecánicos habían disminuido en un 26,4%, y las pérdidas de grano debidas a este parásito en un 32,09%.

Le enviamos seis docenas de ratas macho esterilizadas, que pueden usar como grupo inicial de esterilización, y así, aumentando sus números, podrán ustedes duplicar nuestro éxito.

Curiosamente, este efecto de esterilidad contagiosa por vía venérea fue descubierto en un raro accidente, en conexión con el uso de radiaciones perniciosas para la esterilización humana (de criminales, débiles mentales, etc.). Conociendo los efectos desastrosos posibles de una epidemia de esterilidad humana contagiosa, todas las personas que habían sido esterilizadas por este método fueron liquidadas tan pronto como se descubrió la naturaleza contagiosa de este tratamiento, con excepción de una docena, aproximadamente, de convictos que habían sido liberados antes de que se descubriese este hecho. Se cree que posiblemente algunos de ellos hayan emigrado al territorio de la Unión de las Repúblicas Populares de Asia del Este. Debo advertir a su Gobierno que esté sobre aviso a este respecto. Entre un pueblo que todavía practica el culto a los antepasados, una epidemia de esterilidad sería sin duda un desastre.

Mi Gobierno debe insistir sobre el que su Gobierno tiene que tomar alguna decisión acertada que lleve a la solución del río Khakum; la posición actual del Gobierno de la Unión de las Repúblicas Populares del Asia del Este acerca de este sujeto es totalmente inaceptable para el Gobierno de la Unión de Repúblicas Soviéticas del Este de Europa y debe ser considerablemente revisada.

Tengo el honor etc, etc.

Vladmir N. Dzhoubinsky.

Telegrama en código. De Dzhoubinsky a Krilenkoff:

25 de octubre de 1984

ENTÉRESE INMEDIATAMENTE DE LAS CAUSAS DE LA EMISIÓN DE ENERGÍA NUCLEAR EN LOS ALREDEDORES DE NUEVA ZEMBLA ESTA MAÑANA.

DZHOUBINSKY

Telegrama en código. De Wu Fung Tung a Sing Yat:

25 de octubre de 1984.

ENTÉRESE INMEDIATAMENTE DE LAS CAUSAS DE LA EMISIÓN DE ENERGÍA NUCLEAR EN LOS ALREDEDORES DE NUEVA ZEMBLA ESTA MAÑANA.

WU.

Carta del Ameer de Afganistán al Premier Mouzorgin de la U.R.S.E.E. y al Presidente Sung Li-Yin de la U.R.P.A.E.:

SHERE ALI ABDALLAH, Ameer de Afganistán, Dueño de Kabul, Señor de Herat y Kandahar, Guardián del Paso de Khyber, Defensor de la Verdadera Fe, Siervo del Altísimo y Mano Armada del Profeta; Doctor en Física por Princeton, Bachiller en Ciencias por el Instituto de Tecnología de Massachusetts, Diplomado en Arte por Oxford: a sus Excelencias A. A. Mouzorgin, Premier-Presidente de la Unión de Repúblicas Soviéticas del Este de Europa y Sung Li-Yin, Presidente de la Unión de las Repúblicas Populares de Asia del Este,

Saludos en el nombre de Alá.

Durante los pasados cinco años he estado observando con preocupación creciente el incremento de la tensión entre los respectivos Gobiernos de sus Excelencias, supuestamente derivados del llamado asunto del río Khakum. Es mi convicción de que la disputa por el río Khakum es un artilugio absolutamente fraudulento por el que ambos Gobiernos esperan crear un pretexto para invadir a la India, cada uno de ellos estableciendo como excusa el deseo de rescatar a este desgraciado país de la rapacidad del otro. Sus Excelencias se darán cuenta seguramente de que ésta es una

contingencia que no puede ni debe ser tolerada por el Gobierno del Reino de Afganistán; significaría como mínimo la extinción nacional del Reino del Afganistán, y la esclavitud para el pueblo afgano.

Sus Excelencias recordarán que discutí este asunto vehementemente con ocasión de mis visitas a sus respectivas capitales de Moscú y Nanking, y sus respectivas actitudes en estas ocasiones me han convencido firmemente de que ninguna de sus Excelencias tiene la más mínima intención de abandonar su presente ofensiva de amenazas mutuas y de chantaje hasta que sea obligada a hacerlo por un acto abierto de parte de uno u otro de los Gobiernos de sus Excelencias, de lo cual resultaría una guerra de dimensiones y magnitud continentales. Estoy igualmente convencido de que esta deplorable situación proviene de las ambiciones megalómanas de los Gobiernos Federales tanto de la U.R.S.E.E. como de la U.R.P.A.E., y de que los diferentes pueblos de lo que ustedes llaman sin sonrojo sus repúblicas «autónomas» no tienen otra ambición que, dentro de unas posibilidades rápidamente decrecientes, vivir su período natural de vida en paz. Por consiguiente:

En el nombre de ALÁ, el Misericordioso, el Compasivo: Nos, Shere Ali Abdallah, Ameer de Afganistán, etc., decretamos y ordenamos que las entidades políticas conocidas como la Unión de Repúblicas Soviéticas del Este de Europa y la Unión de Repúblicas Populares de Asia del Este queden abolidas y disueltas en sus repúblicas autónomas constitutivas, cada una de las cuales gozará, de ahora en adelante, de completa soberanía en el interior de sus fronteras, como es lo propio y debido.

Ahora, para el caso de que alguno de ustedes, caballeros, se sienta inclinado a reírse de lo antedicho, déjeme recordarles la serie de misteriosas desapariciones de algunos de los más notables científicos de tanto la U.R.S.E.E. como la U.R.P.A.E., y déjenme comunicarles a sus Excelencias que esos científicos son ahora residentes y sujetos del Reino de Afganistán y que están aquí atareados en investigar y desarrollar proyectos para mi Gobierno. Estos caballeros no fueron secuestrados, como ustedes parecen creer; vinieron aquí por su propia voluntad y no piden nada mejor que continuar aquí, donde son tratados con dignidad y honor, donde se les conceden premios materiales: riquezas, palacios, harenes, séquitos de siervos, etc., y donde asimismo se encuentran libres de las restricciones materiales y morales que hacen la vida tan intolerable en sus países respectivos a cualquier persona que supere el orden de inteligencia de un cretino. Como contrapartida de esos beneficios, estos eminentes científicos han desarrollado, para mi Gobierno, ciertas armas, Por ejemplo:

1.) Un proyectil dirigido de propulsión nuclear, oficialmente denominado *La Espada del Islam*, muy superior a los respectivos proyectiles de sus Excelencias, *Victoria Marxista* y *Destructor Celestial*. Es natural que así lo sea, ya que es el producto de los esfuerzos conjuntos de los Dres. Voronoff y Bao Hu-Shin, a los que sus Excelencias ya conocen.

2.) Un nuevo tipo de pantalla electrónica de defensa-radar, que no sólo puede detectar la aproximación de un proyectil dirigido, cualquiera que sea su velocidad,

sino que también puede capturarlo y alterar su dirección. En el caso de que alguna de sus Excelencias dudara de esta afirmación, se le invita a dirigir un cohete a cualquier blanco en el Afganistán y ver lo que pasa.

3.) Tanto el virus mutante de la U.R.P.A.E. como la esterilidad contagiosa de la U.R.S.E.E., con vacunas efectivas contra la primera y medios de detección instrumental de la segunda.

4.) Una técnica para iniciar y controlar el ciclo Bethe de carbono-hidrógeno. Lo estamos utilizando en la actualidad como una fuente de calor para fines industriales y aún domésticos, y también podemos tener una bomba del ciclo carbono-hidrógeno. Tal bomba, portada por uno de nuestros *Espada del Islam* Tipo IV, fue activada ayer sobre la extremidad norte de Nueva Zembla, a una altura de seis kilómetros. Les acompaño copias fotográficas de la prueba, televisadas a Kabul por un cohete de observación *Espada del Islam* Tipo V que acompañaba al arma. Me han informado que tanto la U.R.S.E.E. como la U.R.P.A.E. ha enviado expediciones para investigar; espero que encuentren algunas condiciones muy interesantes. Por ejemplo, no necesitarán su equipo de escalada para atravesar el glaciar de Nueva Zembla, puesto que el mismo ya no existe.

5.) Una bomba de litio. Ésta no ha sido todavía probada. Una bomba de litio no es algo que un país del tamaño de Afganistán pueda hacer estallar dentro de sus fronteras. Sin embargo, deseáramos efectuar una prueba en un plazo de diez días. Si sus Excelencias señalan un blanco, que debe estar situado en el centro de un área deshabitada de al menos 800 kms. cuadrados, la prueba podrá efectuarse en condiciones de perfecta seguridad. Si no, no puedo responder de los resultados, los cuales quedarán en manos de Alá, quien ha ordenado todas las cosas. Sin duda Alá ha ordenado la destrucción de Nanking o de Moscú. Sea cual sea la ciudad que Alá haya decidido aniquilar, yo me tomaré la molestia de cuidar de que la otra tampoco sea menospreciada.

No obstante, si sus Excelencias deciden aceptar mis modestas y razonables peticiones no más tarde de una semana a partir de hoy, este lanzamiento de prueba será cancelado por resultar innecesario. Esto dejaría sin efecto una apuesta que he hecho con el Dr. Hong Foo (un zafiro de brillo singular contra su concubina persa favorita) sobre si la explosión de una bomba de litio iniciaría o no una reacción en cadena en la corteza terrestre y llevaría, por tanto, a la desintegración de este planeta. Claro que esto es una consideración de orden menor, indigna de ser tenida en cuenta por sus Excelencias.

Desde luego, me doy cuenta de que ambos de ustedes han estado, en el pasado, fomentando celos y sospechas mutuas entre las diversas repúblicas «autónomas» bajo su jurisdicción, como un instrumento más de su política. Si estos pueblos recibiesen, en el momento actual, una total independencia, la previsiblemente inevitable guerra a escala asiática sería reemplazada únicamente por una previsiblemente inevitable sucesión de pequeñas guerras en Asia. Obviamente, se necesita para mantener la paz

una única soberanía supranacional, y tal soberanía debería ser establecida bajo la guía de un estadista que no hubiera estado asociado anteriormente ni a la antigua U.R.S.E.E. ni a la antigua U.R.P.A.E. Me ofrezco humildemente como Presidente de tal organización supranacional, contando como es de esperar con la más absoluta y leal cooperación de ambas de sus Excelencias. Sería ideal que ambas Excelencias viniesen a Kabul para conferenciar conmigo sobre este sujeto lo más pronto que les sea posible.

La Paz de Alá descienda sobre ambas de sus Excelencias,

Shere Ali Abdallah.

Del New York Times, 30 de octubre de 1984:

MOUZORGIN Y SUN LI-YIN, RECIBIDOS EN KABUL CON FESTEJOS.

Conferencian con Ameer, discuten Planes de Paz.

Se ven Acontecimientos Sorprendentes...

Título original:

OPERATION R. S. V. P.

© 1951, *Ultimate Publishing Co.*

Traducción de B. Samarbete

FÁBULAS CÓSMICAS

JAIME BATLLE

Jaime Batlle destaca sus Fábulas Cósmicas como la obra más significativa entre todos sus trabajos literarios y periodísticos. Oriundo del Brasil, ha escrito y dirigido shows, se ha dedicado a la fotografía, a la publicidad, al cine, centrándose después en la realización de revistas especializadas. En España, después de crear «Doctor/información profesional y administrativa», se halla actualmente poniendo en marcha una nueva revista de «actualidad-ciencia-anticipación», destinada a poner al alcance del gran público un periodismo de perspectivas cósmicas bien enfocadas en el ser humano rumbo a una consciencia de los factores que condicionan su futuro.

ilustrado por el autor



¿POR QUÉ FÁBULAS?

*Mitología, apólogo, cuento popular, cuento de hadas, leyenda, folklore y filosofía:
he aquí lo que la fábula sintetiza.*

Y la síntesis me parece la manera más eficaz y honesta de comunicación moderna.

*En los orígenes ancestrales de la fábula se halla el Panchatantra
con que el sabio braman Vixnuzarma instruyó
a los cinco hijos necios del monarca Amarazakti
en seis meses en vez de los veinte años que sus tutores decían necesarios.*

*Demóstenes sólo obtuvo la atención de los atenienses sobre la gravedad de la situación
substituyendo el discurso político por una fábula.*

*Y estas fábulas, de simplicidad consciente, se destinan objetivamente, vehementemente,
a ser útiles al buen entendedor.*

¿POR QUÉ CÓSMICAS?

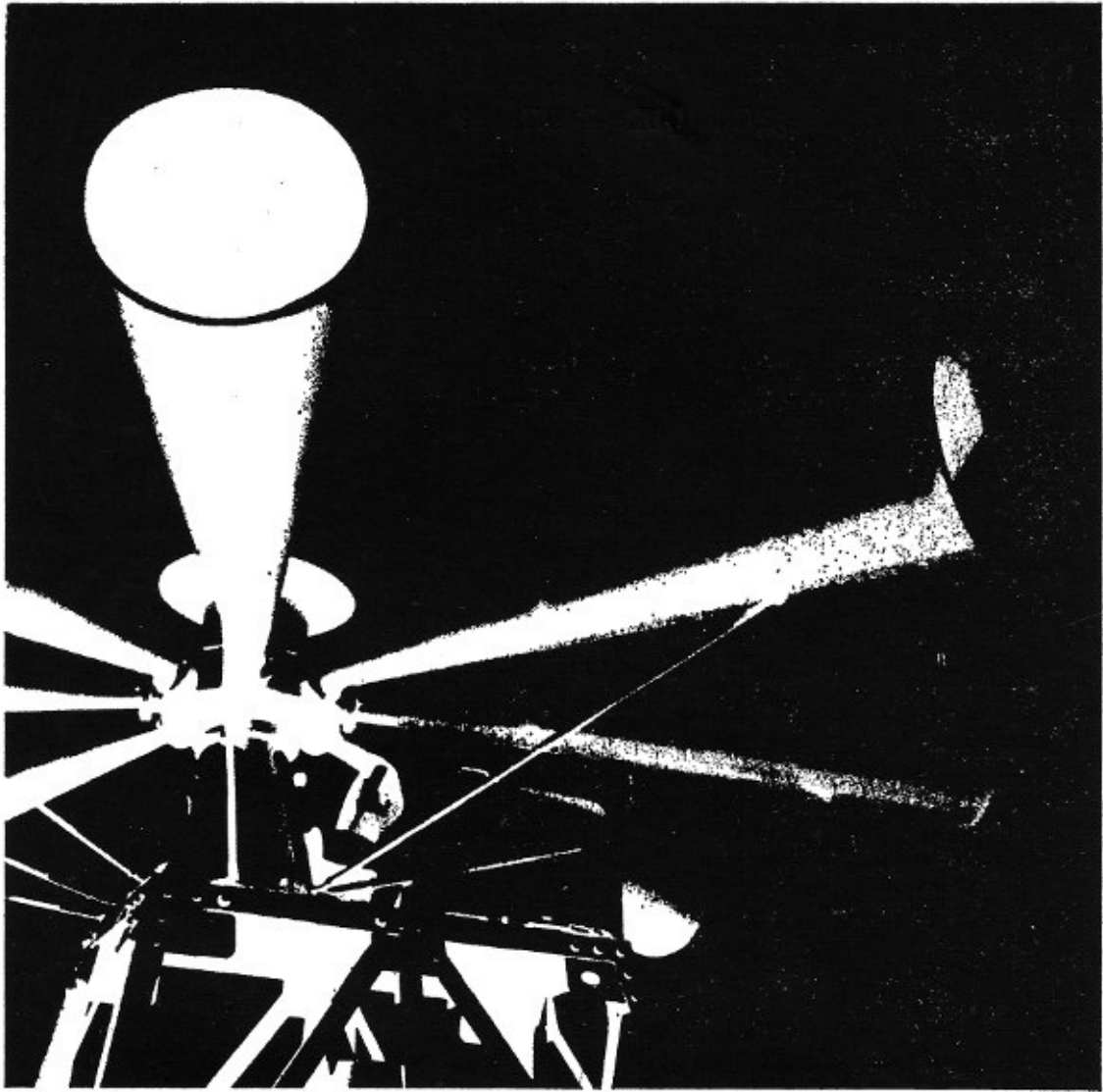
Para emerger de convenciones mezquinas que atrofian la naturaleza humana y alcanzar perspectivas más libres y elevadas desde donde contemplar al hombre. Del macrocosmos al microcosmos. Una antítesis de la evasión.

Las civilizaciones precoloniales de Iberoamérica, especialmente la maya, dedicaban su esfuerzo supremo a la preservación del orden cósmico. En él se basaba su culto mitológico; cuyas deidades resultan más coherentes que las actuales.

Ya se sospecha que el llamado progreso no sea más que el desarrollo de un error.

Más importante que el descubrimiento de nuevas vidas extraterrenas, es que el hombre manifieste nueva y verdadera vida en sí mismo: librándose de preconceptos, de obsesiones irracionales, de la inconsciencia. De cuanto no sea espontáneo, natural, afectivo, profundo. ¿Vamos a esperar que los serafines o los marcianos nos lo enseñen?

La tomada de consciencia ofrece a quien no esté inerte la solución. Y salvación.



TIERRA PROMETIDA

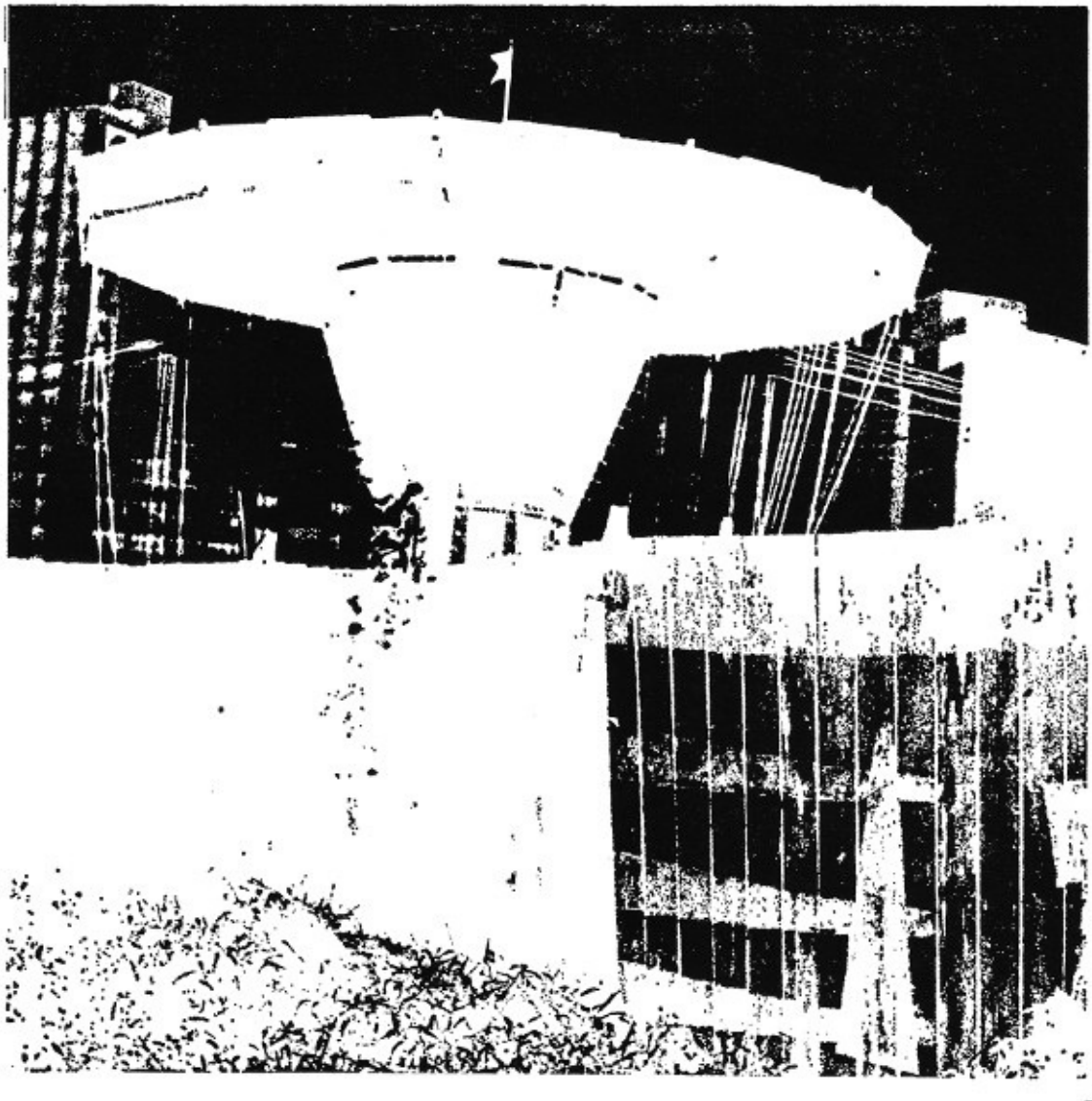
*Los habitantes de la Tierra se reunieron.
Después de todas las conferencias de Ginebra, Habana, Washington y Moscú
decidieron que nada cabía esperar. Que la guerra total era siempre inminente.
No había posibilidades de vivir en paz.
Los intereses chocaban unos contra otros y no conseguían armonizarse.
En la Tierra no se podía encontrar la felicidad.*

*Por tanto juntáronse en los espacios mayores de cada país y emprendieron la partida.
Los cohetes levantaban vuelo sucesivamente y hendían el espacio cósmico
con destino a un nuevo planeta
donde la humanidad podría realizar sus ideales y vivir feliz.*

*Iban todos contentos y esperanzados.
No lamentaban dejar atrás la esfera cada vez más distante de la Tierra.
Pues el lugar para donde se dirigían representaba la solución de todos los problemas.*

*A medio camino se cruzaron con otros cohetes.
Eran extraños; muy diferentes.
Iban también en gran cantidad; un éxodo en dirección contraria.*

Y posaron en la Tierra.



EL JURADO DEL JURADO

Y la humanidad fue aniquilada por la Justicia.

Sucedió así:

un hombre fue expulsado de una hacienda que no le pertenecía.

Había construido en ella una cabaña y la cabaña fue destruida.

Enfurecido, el hombre apuñaló al dueño de la hacienda.

Los doce jurados condenaron al asesino y éste fue ejecutado.

Pero doce nuevos jurados juzgaron a cada uno de esos jurados para verificar si obraron bien.

Efectivamente el asesino era pasible de castigo por haber asesinado.

Pero, consultados varios tratados, seapuró que su expulsión de la hacienda relativamente no se justificaba.

El terrateniente la había comprado, existían documentos.

Y el vendedor a su vez la había adquirido de otro.

Todos exhibían escrituras que probaban la transacción legal.

Uno comprara de otro, excepto algunas expropiaciones y apropiaciones también legalizadas.

Y así la investigación fue remontando generaciones y siglos hasta que llegó al creador de la Tierra; quien declaró que la hizo para todos, incluso para el que construyó la cabaña.

Entonces los doce jurados fueron condenados a muerte por haber asesinado al asesino.

Pero llegaron otros doce jurados para juzgar a cada uno de los doce jurados que condenaron a los doce jurados que condenaron al asesino.

Y éstos también fueron hallados culpables.

Pues si los primeros jurados no tenían el derecho de matar al asesino los otros jurados tampoco tenían el derecho de matar a los asesinos del asesino.

Se comprobó que no eran capaces de dar vida a nadie;

ni siquiera sabían explicar claramente cómo se engendra el ser en el vientre materno.

Y no siendo señores de la vida, no lo podían ser de la muerte.

Por consiguiente fueron condenados de acuerdo con la ley.

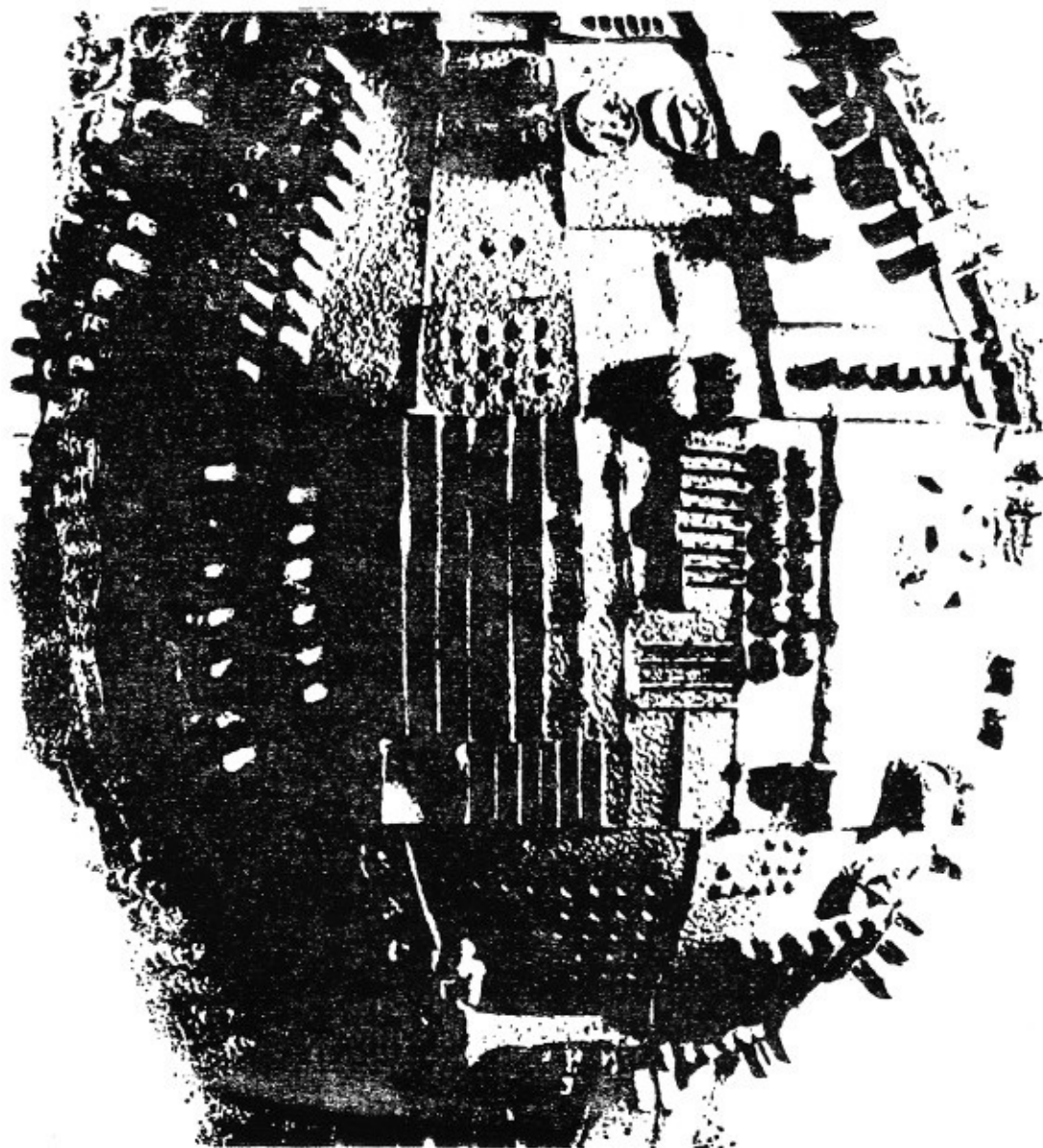
Pero otros doce jurados vinieron a juzgar a cada uno de los doce jurados que condenaron a los jurados que condenaron a los jurados que condenaron al asesino.

Y los hallaron culpables. Y los mandaron matar.

Pero otros doce jurados vinieron...

Yo soy uno de los doce jurados que van a juzgar a cada uno de los jurados que condenaron a toda la humanidad.

Con suerte, no habiendo más jurados para mí, quizá sobreviva.



LA PIEZA

*Cuando Juan despertó cierta mañana de un sueño agitado
vio que se había convertido en pieza.*

*Al principio se sintió incómodo, extraño. Trató de moverse. No lo consiguió.
Se esforzó mucho antes de darse cuenta de que se esforzaba de manera inadecuada.
Sólo los movimientos humanos le eran penosos.*

Al fin y al cabo no era una pieza cualquiera.

*Un Procesador Central (serie B-34238898 barra 24 guión 32 coma 001)
podía enorgullecerse de su importancia.*

Era el verdadero centro de todo el Computador Electrónico.

*Y operaba con el sistema básico de tarjetas perforadas y cintas magnéticas
en conexión con la Unidad Perforadora y la Unidad Listadora.*

*La posibilidad de combinar unidades distintas
formando gran variedad de configuraciones
con el mínimo de reprogramación
eran factores que resaltaban su magnitud.*

Juan pensó en las limitaciones de locomoción; y otras.

*En compensación disponía de 4870 posiciones de núcleos magnéticos,
siendo cada posición un carácter alfanumérico individual.*

*Contaba también con dos memorias intermediarias de 80 caracteres para entrada
y una de 80 caracteres para salida, mandos internos de multiplicación,
suma, no-suma y comparación.*

La extrañeza inicial desapareció por completo.

Juan reconoció que siempre se había sentido muy unido a la pieza.

Trató de ella la mayor parte del día durante años, pensó en ella, soñó con ella.

La identificación simplemente se había completado.

*En su actual condición no podía hablar, no podía salir con los amigos,
ya no podría ir nunca más con su mujer ni con sus hijos.*

*Pero lo principal era que el empleo estaba garantizado.
¡Ahora más que nunca!*

© 1969, Jaime Batlle y Nueva Dimensión.

LAS MÁS EXTRAÑAS CRIATURAS

CLÁSICO

HUGO GERNSBACK

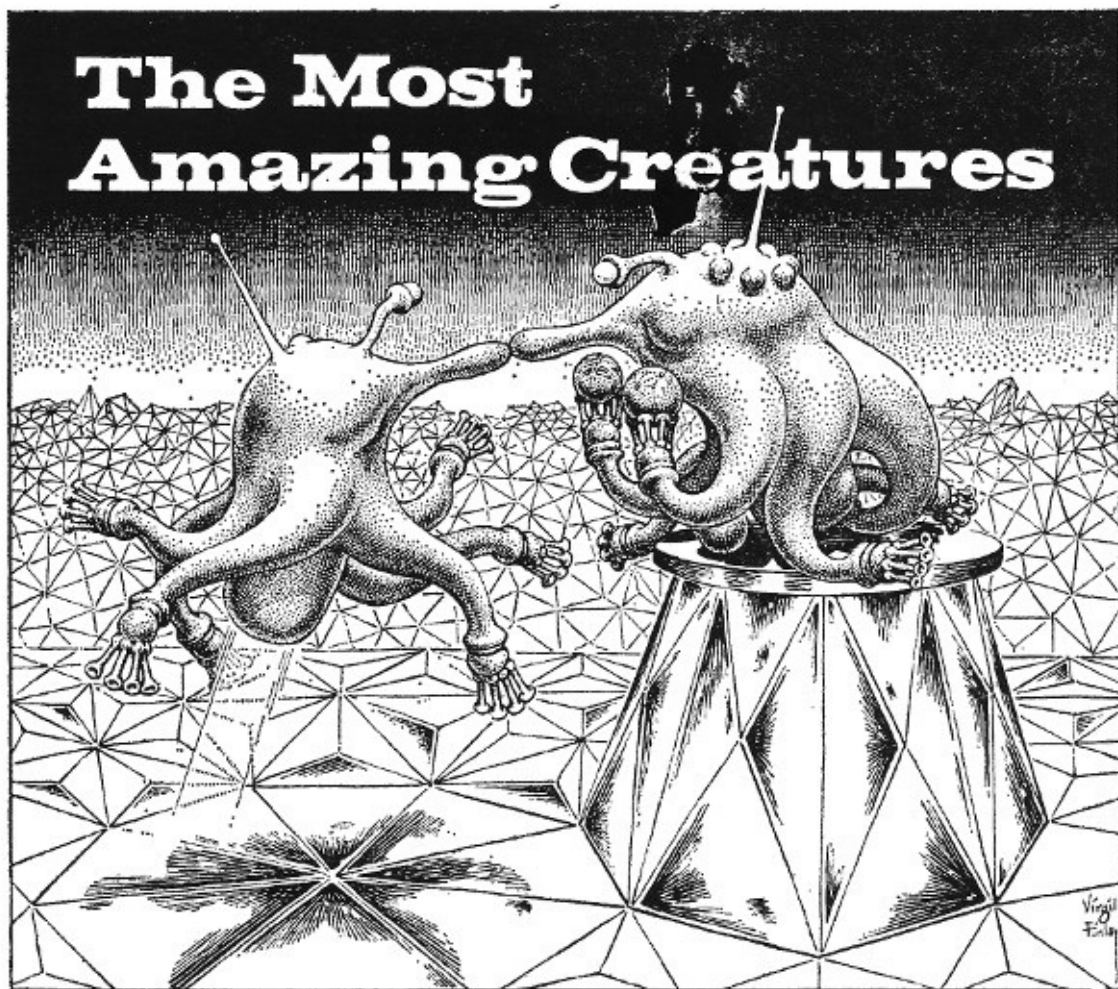
En 1926, la aparición de la revista «Amazing» señalaba el nacimiento de la moderna ciencia ficción como género literario especializado, y Hugo Gernsback, luxemburgués emigrado a USA, se convertía en el primer artífice de este movimiento, mereciendo con ello el bien ganado título de «padre de la ciencia ficción». El relato que les ofrecemos a continuación, original del propio Gernsback, apareció inicialmente en el número de abril de 1927 de «Amazing», donde iba acompañado de la ilustración del gran dibujante Virgil Finlay que reproducimos también.

Sentado en su trono, tallado de un monolítico cristal de carborundum puro, se hallaba el Supramental... al que tal vez, en otros universos, se hubiera llamado rey. Ante él se hallaba uno de sus más distinguidos exploradores, recién vuelto de una expedición a otro mundo. Su probóscide rozó la del Supramental, tras lo cual tuvo lugar esta conversación:

—Probablemente le interesará a su Alteza el saber que en nuestra visita al Tercer Planeta del Sexto Universo encontramos una raza de las más extrañas criaturas. Una exploración del planeta nos demostró que no estaban constituidas por los productos naturales de su suelo, o mejor dicho de su geología, tal como ocurre con nosotros. Por el contrario, estaban hechas en una substancia blanda y elástica. Su forma es de lo más grotesco; sus movimientos son bruscos, en una forma mecánica similar a la de algunas de nuestras máquinas. En lugar de flotar en el espacio, tal como nosotros, se mueven con una especie de saltitos. Sus cuerpos informes, si es que se les puede llamar cuerpos, están rematados por un apéndice ovoide, totalmente desproporcionado en comparación con el resto de su estructura.

—¡Asombroso! —dijo el rey.

—En este apéndice ovoide hallamos dos notables aparatos ópticos. La luz captada a través de dos lentes es enfocada a una especie de red, que está literalmente conectada por millones de finos filamentos a un sistema central de información, en el que la luz es transformada en imágenes. Un sistema muy indirecto.



—¡Extraordinario! —exclamó el Supramental.

—En el interior de sus apéndices ovoides existe como una vasta especie de central eléctrica de intercambio de datos, desde la que se gobierna toda la máquina y se le hace efectuar los distintos movimientos. En el interior de la criatura hallamos un motor extraordinario, aunque bastante tosco, que incesantemente bombea un líquido coloreado a través de una red de tubos y que pienso debe lubricar las distintas partes de la máquina. También hay una especie de fuelle doble que purifica el líquido en forma similar a como lo hacen nuestros filtros.

—¡Impresionante! —jadeó el Rey—. No me creo ni una palabra. Pero dime, ¿qué clase de combustible usan estas máquinas?

—Ésa es otra cosa asombrosa, que seguramente exigirá demasiado de vuestra credulidad, pero que no obstante es verdadera. En vez de usar rayos de luz reconvertidos, tal como nosotros, esas criaturas pasan por el intrincado proceso de usar los más extraños combustibles, que obtienen de su flora y su fauna. Nunca usan el mismo combustible dos veces seguidas, sino que los van cambiando en forma increíble, usando una extensa variedad de ellos, lo que, a pesar de todo, no parece afectar a su maquinaria.

—¡Increíble! —gruñó el Rey—. ¿Y cómo se comunican entre sí?

—Ésa es la parte más extraña de todo —continuó el explorador—. Nos intrigó

mucho, al principio, su extraño método. Usan una especie de comunicación radial, si es que se le puede llamar así. Ciertamente no se tocan con ninguna antena mientras tiene lugar la comunicación. En el centro del apéndice ovoide del que ya he hablado, se halla un gran agujero, que se abre y cierra. Cuando esos seres se comunican, el agujero se abre más o menos rápidamente, aunque no sale de él ninguna substancia ni se ve nada. Creemos que la comunicación se efectúa por algún tipo de movimiento de ondas, pero esto, al no tener ningún órgano con qué captarlas, lo descubrimos por medios electrónicos, comprobando que cuando se abre y cierra el agujero salen de él ciertas vibraciones que son ininteligibles y sin significado para nosotros cuando las convertimos en vibraciones eléctricas.

—¡Vaya! —se mofó el Rey—. ¡Menuda patraña!

—Investigando un espécimen muerto, al que abrimos, encontramos en cada lado del apéndice ovoide un orificio en cuyo interior, por increíble que parezca, se halla una réplica casi exacta de uno de nuestros instrumentos tipo teléfono, que usamos para registrar vibraciones de baja frecuencia en una banda móvil de celulosa. Tienen un diafragma, similar a los que usamos en nuestros instrumentos, y varias substancias de pequeño tamaño, parecidas al marfil, que oprimen hacia el centro. De un fino tubo espiral lleno de líquido surgen unos delgados filamentos que van hasta el centro de información, evidentemente para llevar los impulsos eléctricos, por los que se establece la comunicación entre los distintos individuos.

—¡Imposible! —gritó el Rey.

—Y, no obstante, eso no es todo —continuó, sin alterarse, el explorador—. Desde la parte alta de sus cuerpos se extienden dos palancas plegables que pueden ser dobladas hacia adelante y hacia atrás, aparentemente a sus deseos. En lugar de tener apéndices tentaculares normales tienen esas barras doblables con las que realizan sus trabajos. Al extremo de las barras se hallan cierto número de tentáculos por medio de los cuales las criaturas pueden asir los objetos a voluntad. Esto es también sumamente extraño, ya que la naturaleza podría haberlas dotado con nuestros propios aparatos de succión, en lugar de usar apéndices aprehensores, que tienen que rodear los objetos para poderlos manejar.

—¡Pifle! —estalló el Rey.

—Por otra parte —continuó el explorador—, parece que cada parte de su cuerpo es recorrida por conexiones eléctricas, por lo que es posible para cada una el comunicar con la central en caso de necesidad. Por ejemplo, comprobamos que cuando los tocamos en cualquier parte del cuerpo con nuestras sondas de radio, el resto de las partes demostraban una correspondencia a la parte que tocásemos. Lo mismo parecía ocurrir con el cambio en las temperaturas. Parecen capaces de distinguir el calor del frío sin usar una antena, pues no poseen ninguna. Además, esta comunicación parece proceder a una velocidad casi igual a la de la luz. Así, cuando tocábamos uno de sus apéndices tentaculares con nuestros instrumentos, era retirado inmediatamente el apéndice de palanca a cuyo extremo se hallan los tentáculos. De

esto deducimos que la comunicación que tiene lugar entre el tentáculo y el centro motor debe de ser instantánea. ¡Ciertamente, se aproxima a la velocidad de la luz!

—¡Fruslerías! —bostezó el Rey—. ¿Y no flotan, como nosotros, por medio de la gravirepulsión?

—Ciertamente que no —respondió el explorador—. La gravedad específica de sus cuerpos es extremadamente alta. Están eternamente encadenados al suelo de su planeta, en cuya superficie viven. No viven en cavernas sumergidas, tal cual nuestros propios habitantes polares, sino que viven en extraños cubículos que ellos mismos fabrican. Esos cubos tienen cortados huecos en los lados para dejar pasar la luz y otras radiaciones. Las mismas criaturas nunca abandonan la superficie de su planeta excepto en toscos artilugios flotadores. Normalmente se acumulan en grandes centros, como nuestros insectos, mientras que el resto de su planeta no está poblado, sino que está cubierto por la flora.

—¡Memeces! —comentó el Rey.

—Pero lo que más interesará a Vuestra Alteza es saber que durante parte de su rotación el planeta queda sumergido en una oscuridad total. Entonces estas increíbles criaturas se desploman sobre sus partes traseras y caen en un estado de coma del que tan sólo salen cuando el planeta ha rotado lo suficiente como para salir de nuevo el sol. El porqué hacen esto constituye un profundo misterio para nosotros. Parece una enorme pérdida de tiempo.

—¡Bagatelas! —rió el Rey, que estaba totalmente divertido por el increíble relato.

—Y ahora viene lo peor —continuó el explorador—. De tanto en tanto, aparentemente sin razón alguna, esas criaturas se exterminan unas a otras, por cientos de millares, mediante los más extraños artefactos. Se perforan agujeros en los cuerpos, los unos a los otros, o usan extravagantes máquinas que expulsan gases, tal como algunos de nuestros insectos; o bien se destruyen entre sí los cubículos dejando caer sobre ellos fuego explosivo. Y, a pesar de todo, cuando eso termina, parecen retornar a ser buenos amigos.

—¡Porquerías! —rugió el Más Alto—. Ciertamente, no me creo ni una palabra de toda esta estupidez. ¡Es imposible creer que la naturaleza haya podido crear unas criaturas tan inimaginables! Y, si me permites la pregunta, ¿dónde encontraste a esas cosas y a qué nombre responden?

—Su mundo —terminó el explorador—, es el llamado por ellos planeta Tierra, y las extrañas criaturas se autodenominan seres humanos.

Título original:
THE MOST AMAZING CREATURES
© 1927, *Hugo Gernsback*.
Traducción de Z. Álvarez

COPO LOCO UNO COMPUTO

TEXTO Y MONIGOTES DE 





CREEMOS QUE ESTA HISTORIETA QUE HOY PRESENTAMOS, TIENE UN VALOR ESPECIAL PARA LOS AFICIONADOS, YA QUE FUE CREADA PARA NO SER PUBLICADA. ES UN TRABAJO DE ENSAYO PARA ESTUDIAR A LOS PERSONAJES DE LA SERIE COPO LOCO UND COMPUTO CON EL ÚNICO FIN DE VALORAR SUS POSIBILIDADES COMERCIALES Y SOMETERLOS A LA OPINIÓN DEL EDITOR, EN ESTE CASO PABEL. - LOS DIBUJOS ESTÁN PENSADOS PARA COLOR. © CARLOS GIMENEZ Y JOSÉ ORTISA. -

LA ESPIRAL DEL ALMA

ALFONSO ÁLVAREZ VILLAR

El mundo de la psicología es el campo profesional del doctor Álvarez Villar, doctor en Filosofía y en Medicina, profesor adjunto de la Universidad de Madrid, profesor vicesecretario de la Escuela de Psicología, jefe del Departamento de Psicología del Instituto de la Opinión Pública, y autor de numerosos libros sobre la especialidad. No es nada extraño, pues, que en este relato —una de sus más acabadas obras— aborde este tema, adentrándonos, en un fabuloso viaje y a través de una implacable disección, en lo que constituye el centro neurálgico de toda la ciencia ficción: el Hombre como tal.

ilustrado por JOAN TARRADAS

PRIMERA SESIÓN

Brotó un relámpago de luz de un punto del amplio recinto y las paredes de extraño metal despidieron miríadas de chispas que parecían un ejército de hormigas luminosas corriendo hacia el cuerpo desnudo de un hombre que flotaba sobre el suelo sostenido por los colchones de líneas de fuerza. Luego, todo fue de color azulado pálido, con un fulgor que dejaba sólo adivinar los objetos.

El doctor Zeta se acercó al hombre flotante. Mejor dicho, una parte del doctor Zeta fue la que se acercó, porque los habitantes del astro no poseían forma determinada: sus cuerpos eran corrientes protoplasmáticas, que unas veces se condensaban en masas compactas y otras se diluían en delgadas micelas, poniéndolos en contacto los unos con los otros a distancias que hubiesen parecido inverosímiles a cualquier ser humano.

Bajo los rayos de aquella fuente luminosa escondida, el doctor Zeta parecía una amatista que se estuviese licuando en la matriz de un horno atómico. Luego, delgadísimos alambres de materia penetraron por los orificios naturales del cuerpo de Brown. Hubo una tempestad de movimientos en los músculos de éste y su rostro reveló todos los estados emocionales del amplio arco iris del sentimiento. Pero sólo fue un instante: la carne efímera de Brown se durmió en un sueño casi tan profundo como la muerte: el doctor Zeta comenzaba su psicoanálisis.

La nave interplanetaria descansaba en una profunda hondonada del planeta XZ-1328. Parecía un piñón de automóvil que un gigante hubiese dejado caer desde el espacio. El sol amarillo del planeta le prestaba las tonalidades de la mantequilla sólida. El doctor Brown respiraba con cierta dificultad el aire enrarecido de aquella atmósfera extraña. Se había sentado en una roca de basalto. Pronto zarparían de allí y

él, zoólogo y botánico de la expedición, no transportaría a la Tierra más que unas muestras muy poco interesantes de los planetas de aquel sistema. Miró con amargura su bolsa, que sólo contenía algunos ejemplares de insectos, embutidos en un fluido conservador y algunas hojas convenientemente preparadas para su análisis al microscopio. Decididamente, su nombre no sería reproducido en ningún rotativo terrestre y sólo quizá en alguna revista especializada, que consideraría sus hallazgos como «desprovistos de todo interés científico».

Tendió la vista a su alrededor y se sintió inmensamente solo en medio de un universo que pululaba de vida. Y fue entonces cuando sucedió «aquello»: una vibración casi imperceptible del aire, un aumento de la temperatura, unos discos de fuego que giraban ante sus ojos y luego la Nada. El doctor Brown había sido capturado por los zoólogos de la Federación Galáctica, que desde hacía varios siglos estaban intentando atrapar, en condiciones idóneas, un ejemplar de la especie *homo sapiens*.

Zeta se extendió como una sombrilla sobre las circunvoluciones cerebrales de Brown. Todo Zeta estaba ahora dentro del psicoanalizado. Sólo una pequeña parte de él permanecía fuera, dibujando en el recinto sagrado extrañas combinaciones de campos electromagnéticos que transmitían a invisibles asistentes los datos del experimento. Fue palpando uno por uno los centros motores y sensoriales de Brown. Luego, se lanzó como desde un trampolín hacia regiones más profundas.

El cerebro de Brown parecía una inmensa selva vista desde un artefacto volador: sus neuronas superficiales se destacaban como las copas de árboles gigantescos cuyas raíces se perdieran en el centro de la Tierra. Pero no se trataba, además, de árboles que permanecieran tranquilos bajo el sol candente del trópico: vientos huracanados agitaban sus ramas a cada instante y había un crepitar horrisono de chispas eléctricas alrededor de los troncos. Fue entonces cuando Zeta decidió penetrar en la manigua. Las dendritas se agarraban convulsas a los filamentos de grosor molecular en que se había dividido el cuerpo de Zeta. Parecían ahora las neuronas, no árboles, sino arañas colgadas en contra de las leyes de la gravedad. Sus prolongaciones eran patas velludas que tiraban hacia sí los átomos de Zeta. El doctor comenzó a lanzar descargas eléctricas que hacían contraerse como insectos heridos a las neuronas: todos los músculos del cuerpo de Brown se estaban contrayendo, y un billón de sensaciones se apelotonaron en el fondo del embudo de la conciencia dormida del terrestre. Eran los primeros tanteos del doctor Zeta.

El descenso se hacía cada vez más difícil. Nunca había visto Zeta una vegetación tan lujuriente como la que formaban esos diez mil millones de células nerviosas, con sus prolongaciones llenas de espinas que desgarraban los seudópodos del médico estelar. Y Zeta sintió por primera vez dolor, porque el dolor es, en cualquier punto del universo, un atributo de la vida, y Zeta era también una gota de aquel inmenso océano

que fecundaba al Cosmos. Zeta palpó, pues, con sus millones de manos casi inmateriales, los cilindroejes robustos que se retorcían como lianas tropicales anudándose los unos con los otros en formas de pesadilla. Se deslizó por los ríos de sangre que alimentaban la vegetación frondosa del cerebro y chapoteó en las cien mil ciénagas de líquido tisular en el que hundían sus raíces las células nerviosas y las de neuroglia. Ahora era Zeta un enjambre de bacterias unidas entre sí por puentes invisibles y que recorrían, como una nube de moscas, todos los rincones del cerebro de Brown. Pero el psicoanálisis no consistía en una simple inspección anatómica: esto era algo que habían realizado otros especialistas de la Federación Galáctica. Faltaba pasar el dintel de marfil que separa la materia animada de la Conciencia. Y eso fue lo que el doctor Zeta comenzó a realizar.

Los sabios de la Federación Galáctica saben que el mundo del espíritu se halla superpuesto al mundo de la materia. Ninguna partícula material podría atravesar las fronteras que separan a estos dos reinos. Pero el espíritu sí puede penetrar en el espíritu, y entonces la infinidad de conciencias-islas que flotan en el universo se pueden convertir, en un momento dado, en un continente. Los hombres del año 2500 sólo tenían barruntos de este principio cósmico, pero aún permanecían en la era de la materia. Los súbditos de la Federación Galáctica hacía ya muchos millones de años que a través de sucesivas mutaciones naturales o artificiales se habían apoderado de las llaves que permiten abrir las puertas del Gran Misterio. De la misma forma que los terrestres conocían desde hacía seiscientos años el paso de la materia a la energía, los sabios de la Federación Galáctica habían descubierto la transmutación de la materia orgánica en espíritu.

Y lo curioso es que no se necesitaban gigantescos ciclotrones y temperaturas de varios millones de grados para dar el Gran Paso. La operación era tan sencilla que los mismos sabios de la Federación Galáctica se habían quedado sorprendidos: ¡Ellos, que desde hacía ya muchos cientos de miles de años no se sorprendían de nada! ¿Pero no se habían sentido extrañados también los terrestres al descubrir que la materia inanimada se puede convertir fácilmente en materia orgánica, con sólo una cierta concentración de radiaciones ultravioletas a una temperatura casi normal?

El doctor Zeta se transformó, pues, en pura sustancia espiritual. Algo así como la cáscara que abandona la crisálida al convertirse en mariposa salió proyectado por uno de los orificios nasales de Brown: era la materia que no había podido ser convertida en espíritu y que quedaba allí abandonada sobre el suelo fluctuante de la clínica. Terminada la primera sesión de psicoanálisis, parte del espíritu de Zeta se transformaría en materia, y el resto quedaría flotando, ingravido, en el universo, como el gran combustible que mueve el motor del Cosmos.

Ahora, dentro de la conciencia de Brown, Zeta era otra conciencia desencarnada. Pero Brown no podía ver a Zeta sino en forma de algo concreto, y por eso el psicoanalista adquirió una forma humana. No era un hombre, sino una imagen de hombre, pero capaz de ver y de sentir como cualquier ser humano. Estaba además

solo, en medio del cerebro de Brown, cuya estructura material era ahora incapaz de percibir, porque sus ojos eran sólo ojos para el espíritu, y sus oídos, auriculares abiertos al mundo de los sonidos fantasmas que vagan en la imaginación de los hombres. Vivía ya no en el reino de las manipulaciones concretas, sino en el mundo de la metáfora, fuera de las coordenadas del espacio y del tiempo.

Pero también una metáfora le podría matar con más ensañamiento aún que la desintegración del átomo o que la descarga eléctrica que arrebatara sus electrones a los corpúsculos materiales. Y la muerte dentro del cerebro de Brown hubiese sido mucho más terrible que una muerte material: simplemente, el doctor Zeta podría enloquecer. Éste era el terrible riesgo que corrían todos los psicoanalistas de la Federación Galáctica cuando buceaban en las fosas submarinas del Inconsciente.

La oscuridad era absoluta. Más absoluta que en los rincones del universo, en donde no titilan las estrellas, especie de desvanes galácticos cubiertos por espesos cortinones de materia cósmica. No aleteaba ni un solo sonido, ni siquiera el zumbido de la arteriola, cuando su sangre se abomba contra una de las infinitas ramificaciones del nervio auditivo. Y Zeta sintió miedo, porque también los seres de la Federación Galáctica se sentían a veces presa del terror ante la Nada o ante el Todo que su mente poderosa intuía más allá de la Materia y del Espíritu.

Palpó con sus brazos inmateriales la profunda sentina en que se hallaba sumergido y no encontró pared alguna. Parecía un sonámbulo que de repente se despertara en el fondo de un pozo sin muros. Se había imaginado Zeta un pasadizo luminoso, un corredor cubierto de fantasmagóricas fosforescencias y que se extendía como un puente entre las neuronas y la Conciencia, pero sólo tropezó con el vacío. Gritó con todo el pavor de su condición humanizada y no salió un solo sonido de su garganta. No había en ese mundo profundo sustancia alguna que hiciese posible el milagro de la voz y de la figura. Lo más temido comenzaba a convertirse en realidad: la urdimbre de su espíritu se aflojaba, en una especie de masa viscosa que nunca podría convertirse de nuevo en materia. En otras palabras, se estaba volviendo loco.

Pero ¿qué era aquello que comenzaba a brillar en un rincón de aquel lugar en donde toda referencia espacial no tenía sentido? «Miró» a la derecha, a la izquierda, hacia adelante y hacia atrás, y en todas partes percibía aquel puntito luminoso que se apagaba y se encendía rítmicamente como una estrella de enésima magnitud. Zeta se agarró al punto como a la cabeza de un clavo ardiendo. Él y la luz eran lo único que existía en medio de la Nada. Amó por eso aquella lucecita, que le había salvado de la locura, como si se tratase del más apreciado don de su existencia.

Luego «cayó» hacia atrás, sobrecogido. No era ya una lucecita, sino una catarata pirotécnica la que se abatía sobre el gran lago negro de aquella noche. Vio culebras rabiosas de color rubí y zafiro que trepaban hacia un cielo imaginario; vio soles

carmesíes y oliváceos que giraban como candelarias enloquecidas, derramando un torbellino de chispa amarantinas, purpurinas y anaranjadas. Relámpagos violáceos descargaban su cólera silenciosa sobre un cielo que cambiaba continuamente de coloración, como si algún genio invisible se entretuviese en diluir mil tintes cambiantes en la gran probeta del espacio visual de Brown. Y Zeta comenzó a girar enloquecido, en medio de un mar de llamas o sepultado en un fango de color azul que luego cambiaba a rojo-sangre, a verde-limón y a azul-cobalto.

Ahora el doctor Zeta se hallaba en el centro de una candela que giraba a velocidad vertiginosa en el seno de un mar apuñalado por un enjambre de bacterias luminosas. Los radios de la rueda escupían llamas de color azul-turquesa, azul-celeste y azul-cárdeno, y cuando ya Zeta comenzaba a sentir la inaguantable sensación del vértigo, vio que las bacterias luminosas se convertían en una nube de moscas doradas que huían hacia el horizonte.

Se hallaba ahora en el centro de una plaza de forma circular. Ocho calles desembocaban en ella, y un sol invisible pintaba con tonalidades de perla los edificios. Había arribado al muro de la percepción.

El doctor Zeta comenzó a darse cuenta de que los objetos de aquel planeta en el que se había sumergido no eran los mismos que los del reino de la materia. Pronto evidenció, en efecto, que se hallaban sujetos a un cambio continuo. Por ejemplo, si apartaba la vista durante una breve fracción de segundo de uno de los edificios que rodeaban aquella plaza solitaria y luego volvía a fijarla en él, resultaba que el edificio en cuestión había cambiado: había sido reemplazado por otro. Tenía, pues, que contentarse con percepciones instantáneas.

Más adelante Zeta descubrió, sin embargo, algo que le pareció importantísimo: no es que la imagen, una vez percibida, desapareciera para siempre, sino que podía ser hallada «en otra parte», tras ciertos «movimientos» precisos. Las formas y los sonidos de aquel mundo maravilloso eran como remolinos de agua que el río transportaba en su corriente. Unas veces estaban en un lugar, otras en otro. El doctor Zeta asimiló estos desplazamientos al de los campos psíquicos que saltaban de neurona en neurona, permaneciendo muy poco tiempo en la misma zona del cerebro.

Otro descubrimiento del doctor Zeta fue el de que las imágenes podían ser deformadas, hasta cierto punto, por su propia voluntad. Esto era algo que Zeta compartía con Brown, como se demostró más adelante. Pero la capacidad de deformación por parte de ambos era bastante restringida: pasado un cierto nivel de la Conciencia, todos los objetos y los seres de aquel mundo parecían gozar de una existencia independiente.

* * *

Zeta se acercó a la periferia de la plaza. Las casas se deshacían como las nubes

que empuja la brisa del verano. Tocó los muros y no sintió ningún contacto; quiso penetrar en algunos de los edificios y se encontró como con una especie de barrera electromagnética que le rechazaba. Miró a través de las ventanas y no vio nada, absolutamente nada: parecían aquellas casas como los decorados de un teatro o de un estudio cinematográfico, para emplear la simbología de los terrestres.

¿Qué había, sin embargo, en aquella calle estrecha? Zeta pudo distinguir la sombra de una persona, pero al irse a aproximar a la mancha negra que se recortaba sobre el suelo iluminado por una luz cenital, la sombra había desaparecido. Zeta siguió, sin embargo, avanzando. Y aquí fue donde empezó realmente el psicoanálisis.

La calle era empinada, o mejor dicho, se había hecho de repente empinada. Actuaba una fuerza maligna que intentaba pegar las plantas de Zeta a un suelo que sólo se intuía por la sensación del tacto. Ésta era la primera vez que el psicoanalista tropezaba con una fuerza hostil. Más adelante iría aprendiendo a conocerlas una por una y a luchar contra ellas, manejando vectores de signo contrario.

Muros derruidos se alzaban a derecha y a izquierda, y en uno de ellos pudo deletrear un grafito obscuro que le produjo una cierta inquietud. Luego, la calle se convirtió en un callejón, y el callejón en un pasillo. Era un pasillo de bóvedas altísimas, con restos de estanterías y con las paredes ennegrecidas por el humo del carbón y por la humedad. Un martillo pilón quería convertir en una delgada oblea el cráneo fantasmal de Zeta, y algo así como una mano de bronce se había colgado de su laringe. Zeta comenzó a respirar con dificultad. Quiso volver sobre sus pasos y se encontró con la Nada más absoluta detrás de sí. Se cernía de nuevo la noche oscura del alma. Al parecer, el ámbito de la conciencia empezaba allí mismo donde concluía, y todo era al mismo tiempo punto de partida y estación de término.

Miró otra vez hacia adelante y vio de nuevo el pasillo, pero ya era un pasillo distinto y las estanterías no estaban desiertas, sino que en ellas se amontonaban millones de hojas de papel, millones de fragmentos de vitela y de papiro, millones de *ostraka* y de tablillas enceradas. Tomó algunos de esos documentos en sus manos y comenzó a leer. Allí se hallaban almacenados todos los conocimientos de Brown. Pero estaban grabados de una manera muy curiosa: las líneas vibraban continuamente, con lo que la lectura era prácticamente imposible. Un mismo fragmento saltaba a otro papel o a otro pergamino, y Zeta tenía que realizar ingentes esfuerzos de acomodación para proseguir el texto. En el mismo documento se hallaba, por ejemplo, la clasificación de las talofitas, las cifras del videófono de un familiar de Brown y el dibujo de una figura geométrica que el psicoanalizado había estudiado cuando era alumno de la escuela primaria. Leídas línea por línea, aquellas inscripciones no tenían ningún sentido: eran mensajes absurdos para cualquier inteligencia terrestre, pero no para la psique, archivera infatigable.

Era la primera vez que Zeta percibía el movimiento. Lo que habían sido hasta entonces diapositivas estáticas se convertían ahora en imágenes cinematográficas. Y pronto pudo comprobar otro hecho aún más asombroso: un viento huracanado

recorría los estantes de aquel archivo polvoriento: miles de hojas, de tablillas o de pergaminos salían disparados en una dirección y otros los sustituían en sus mismos puestos, levantando una espesa nube de polvo.

Zeta intentó agarrar una lápida cubierta con una antiquísima inscripción latina. Y, de repente, se vio flotando en el corredor: la lápida lo arrastraba a velocidad creciente hacia ese mismo punto a donde volaban todos los documentos o de donde procedían los materiales que los reemplazarían en los anaqueles.

Volaba ahora Zeta atravesando la luz de un túnel, pero la lápida se había convertido en el vagón de un tren, a cuyos topes se agarraba con fuerza el psicoanalista para no caer en el vacío. Luego se convirtió en un cangilón de noria, en un caballito de tiovivo y en una cinta de celuloide. Pero en todos esos elementos permaneció la inscripción latina, y Zeta pudo evidenciar una vez más que la psique se complacía en las metamorfosis mágicas, que lo que estaba viendo y palpando no eran más que simples símbolos de una realidad invisible e impalpable para sus sentidos humanizados.

Arribó planeando a una inmensa nave de fábrica y vio extraños aparatos, tan extraños que ni el propio hombre los había concebido siquiera. Varios robots de múltiples brazos recogían los pergaminos, los cangilones de noria, los caballitos de tiovivo o lo que fuera y los arrojaban a la gigantesca boca de un horno. De ahí salían convertidos en una masa viscosa, de color miel, que pasaba a una cadena de producción formada por troqueladoras (o algo que se parecía a ellas), trefiladoras, sierras mecánicas, máquinas de imprimir y otras muchas variedades de artefactos que eran una mezcla de todo lo que el ingenio mecánico del hombre había creado hasta entonces.

Zeta palpó las máquinas. Introdujo sus manos en el horno y deslizó entre sus dedos el fluido amarillo de la memoria para convencerse de que todo «aquello» tenía una extraordinaria consistencia, de que no eran simples imágenes fluctuantes lo que estaba observando, sino el símbolo de algo real que estaba operando continuamente en el cerebro de Brown. Y aunque el horno gigantesco se convirtió en un matraz de dimensiones colosales, y los restantes aparatos se metamorfosearon en alambiques y tubos de destilación, la actividad continuaba siendo la misma: un ir y venir incesante, un cambio sin principio ni fin, y al parecer completamente inútil.

Al parecer nada más, porque allí estaba otra vez la inscripción latina. Era exactamente el mismo texto, pero había sido eliminada la S de un genitivo. ¡Cuántos pases por aquella maquinaria infernal tendría que sufrir aquella inscripción para quedar completamente modificada! Pero otras veces surgían productos completamente nuevos: un trozo de lienzo se mezclaba con el retazo de otro, dos líneas de un verso con otras dos de un poema de un autor distinto. Zeta se hallaba, en esos momentos, nada menos que en el sancta sanctorum de la imaginación creadora. Podía asistir impune a la química de las imágenes mentales, a la grandiosa mecánica de los cuantos psíquicos que confiere el poderío de un demiurgo al menos inteligente

de los hombres.

En el fondo del inmenso taller había una puertecita, tan pequeña que Zeta volvió a sentir la angustia que ya había experimentado al atravesar el pasillo. Las hojas eran de plomo y el esfuerzo que tuvo que hacer para abrirlas le dejó exhausto. Pero lo más espeluznante fue que al atravesarla Zeta observó que se había transformado en niño. Y no en un niño cualquiera, sino precisamente en la imagen infantil de Brown. Por lo menos así se vio en ese reflejo que había conservado hasta entonces de su propia figura fantasma. Invisibles hilos tiraban de sus comisuras, como en un juego de marionetas, y unos mazos iban poco a poco modelando su anatomía en lucha incesante contra el espíritu rebelde de Zeta, que pugnaba por conservar su propia forma. Optó por conformarse a las extrañas leyes plásticas que regían en aquel mundo situado más allá de la puertecilla de hojas tenaces.

Y vio delante de sí, por primera vez en el transcurso del psicoanálisis, la huella de la Muerte. Era, en efecto, un cementerio el que tenía ahora delante de su vista. Pero un cementerio muy peculiar: había ángeles vengadores sobre las sepulturas con espadas flamígeras en la diestra señalando al intruso; había también otras figuras horribles de mujeres y hombres que parecían encarnados por el genio del odio. Ningún ojo parecía moverse en su cuna de piedra caliza, ninguna mano se atrevía a iniciar un gesto iracundo. Pero la muerte parecía flotar sobre aquel suelo cubierto con hierbas de color ceniza, con piedras forradas de moho, con flores que parecían gargantas de aves carroñeras.

Zeta desafió el peligro que se cernía sobre él. Se acercó a uno de los sepulcros y leyó el epitafio. Pero todos los epitafios decían lo mismo: «aquí yace Brown», «aquí yace Brown», «aquí yace Brown».

Y fue entonces cuando, bruscamente, sin un solo aviso o signo premonitorio, se desencadenó el mundo del sonido, que hasta entonces había permanecido silente. Sonaban órganos de iglesia, alaridos de dómines en cólera, llantos de mil niños golpeados hasta que la piel alcanzaba el punto del rojo vivo, insultos pronunciados en todos los idiomas y frases sarcásticas que penetraban en las almas como sacacorchos.

Miró hacia las estatuas y tuvo miedo: eran ellas las que insultaban, escarnecían o amonestaban. Y en todas se producía la misma metamorfosis; eran al mismo tiempo madres que regañaban, padres que amenazaban, maestros que zaherían y confesores imprudentes que fulminaban con el rayo de Jehová.

¡Y se movían en dirección a Zeta, convertido en Brown niño! Zeta comenzó a huir sobre las hierbas de color ceniza, sobre las flores de tintes cadavéricos y sobre las piedras que se pegaban a las plantas de Zeta como moluscos carnívoros. No había llegado aún la hora de demoler todas aquellas estatuas, de debelar aquellos epitafios que pesaban como losas de uranio impidiendo que Brown iniciase la resurrección de su espíritu.

La tierra se abrió en un boquete inmenso. Primero fue como el orificio que deja en la tierra la lanza de un jinete, y, finalmente, se transformó en un hoyo de varios metros de diámetro. Las estatuas de piedra habían desaparecido, pero su amenaza seguía flotando en la atmósfera. ¿Era oportuno que Zeta se arrojara en la hondura para conjurar el peligro y para penetrar en regiones cada vez más profundas de la psique de Brown? ¿Aquella brecha era una solución de continuidad entre la esfera del subconsciente y la del inconsciente? Zeta no pudo responder a estas preguntas, porque en unos brevísimos instantes el agujero se había transformado en el cráter de un volcán. De un volcán muy especial, cuya caldera burbujeaba con el contenido de un mucílago espeso de color crema que hizo recordar a Brown el azufre fundido.

Empezaron a proyectarse chorros de aquel fluido amorfo, con un chapoteo como de barro cuando lo atraviesan las burbujas de anhídrido carbónico de las plantas que se descomponen en su seno. Unas cuantas gotas de aquel líquido golpearon la mejilla de Zeta, que había, por fin, recobrado su figura artificial. Su contacto era como el de una lluvia de pus. Miró a lo lejos y vio de nuevo a las estatuas, pero recostadas sobre el suelo con aire somnoliento. Y Zeta pudo entonces comprender el sentido profundo de aquel fenómeno que se estaba desarrollando ante su vista. Brown empezaba a soñar, y era consciente de su sueño.

Se había producido en la débil película de tierra que separa la conciencia del Inconsciente una fractura por la que se filtraban a toda presión las colosales energías aprisionadas del Ello.

Y de repente, el azufre fundido o lo que fuere que se había estado proyectando como un dedo furioso contra el cielo de color perla de la conciencia de Brown, se convirtió en fuego. Su resplandor era tan intenso que Zeta cerró instintivamente unos párpados que no poseía. Y además de fuego había allí otras cosas: unos altos fustes y capiteles corintios que sostenían una bóveda altísima. Las llamas lamían el techo con fuerza y comenzaban a desplomarse algunas porciones de los paneles.

Y fue entonces cuando Zeta pudo distinguir a Brown por primera vez. Era el mismo que yacía realmente en la *chaise-longue* electromagnética de su doctor. Pero parecía extraordinariamente asustado y al mismo tiempo presa de un extraño designio: el de salvar del fuego a algunas personas que estaban aprisionadas por la catástrofe, al otro lado de aquella inmensa sala hipóstila. Luego intentaba huir por donde había entrado y se encontraba con que también ese escape estaba ahora rodeado de llamas. Gesticulaba como un demente y al acercarse a Zeta detuvo unos momentos su mirada sobre él, pero ¿qué le importaba a Brown una imagen más, por muy tranquilizadora que fuese, en medio de aquella pesadilla? «Tranquilícese usted, no es más que un sueño», le decía Zeta en un lenguaje que no sonaba en medio del crepitar horrísono de los combustibles.

Una sábana ígnea se apartó para que Brown y Zeta percibieran a un grupo de frailes que, arrodillados sobre una rejilla metálica, aguardaban pacientemente la muerte. La rejilla estaba ya incandescente, pero el calor del metal no lastimaba a los

frailes, ni tampoco a Brown y al doctor Zeta, que se habían puesto a salvo sobre otra rejilla del mismo tipo. El doctor pudo percibir además como un detalle curioso cómo los zapatos de goma no acusaban la temperatura elevada del hierro incandescente. Las llamas comenzaron a apagarse y sobre el lugar que habían ocupado los frailes no quedaba ahora ya más que unos hierros oxidados. Luego el panorama cambió y se convirtió en un jardín abandonado.

Caía una lluvia frígida sobre los rostros del soñante y de su psicoanalista, que caminaba detrás del primero. El musgo cubría las vascas de las fuentes, y los bancos del paseo se hallaban agrietados por el martillazo incesante de los siglos. Vio troncos caídos y flores ajadas pugnando contra las plantas parásitas que exhalaban un olor pútrido. Oyó también una música suave que incitaba a soñar eternamente. Y por poco tropieza con una valla en la que terminaba el jardín. El doctor Zeta sabía lo que se hallaba detrás de aquel muro, e hizo un esfuerzo sobrehumano para detener a Brown. Pero no fue necesario: Brown se había convertido en un niño que jugaba con un barquito de vela en un estanque de aguas plomizas. Zeta le llamó dulcemente por su nombre, y al levantar el niño la vista fue Zeta el que brotó aullando por boca de su paciente, transformado en una espesa nube de gas, que poco a poco fue condensándose en una roca ambarina semifundida: había visto en los ojos de aquel niño del velero blanco toda la amargura y toda la inmensa soledad del Hombre.

SEGUNDA SESIÓN

Brown estaba ahora despierto. Yacía en una *chaise-longue* muy similar a la que había visto en la consulta de los psicoanalistas de su planeta. Un título de doctor en Medicina colgaba del panel de enfrente. Pero había en ello una referencia muy extraña a una Universidad desconocida. Había reproducciones de pinturas famosas en la Tierra, tanagras de marfil y de caolín y múltiples objetos de plata y de cuero. Detrás del escritorio un hombre de unos cincuenta años sonreía. Y Brown experimentó la extraña sensación de que lo acababa de ver en alguna parte: era el doctor Zeta.

—¿Dónde me hallo, doctor? —fue la primera pregunta de Brown.

—Esté usted tranquilo. Le hemos recogido en un planeta y ahora estamos sometiéndole a un psicoanálisis.

—¿Psicoanálisis, doctor?... Pero ¡si yo no estoy enfermo!

—Usted no, en el sentido que dan ustedes en su Planeta a la palabra enfermedad, pero a quien estamos psicoanalizando es a la Humanidad entera.

—¿Y cree usted realmente que yo represento a la Humanidad? Yo sólo soy un modesto científico, graduado en una universidad de tercera fila.

—Tenemos la certeza de que hay en el fondo de todo hombre algo que explica la trayectoria absurda de la Humanidad. ¿Son ustedes una especie ofensiva para el resto

del universo, o, por el contrario, encierran dentro de sí un germen letal para ustedes mismos y para las demás especies? Nosotros nos inclinamos por esto último, pero la respuesta depende de usted.

—¿De mí? Y ¿cómo?

—Simplemente no oponiendo resistencia, colaborando con nosotros.

—¿Y si me resisto?

—¿No ve usted? Ya está suponiendo intenciones perversas en nosotros.

—¿Y acaso no las han demostrado ustedes al traerme hasta aquí sin mi consentimiento?

—Creemos firmemente que la supervivencia de muchas especies biológicas nos debe merecer más respeto que la comodidad de un solo ser humano. Ustedes no dudaron en aniquilar todas las especies vivientes del planeta Marte porque las consideraron peligrosas cuando, en realidad, no lo eran. En su mismo planeta han inmolado pueblos enteros y se han despedazado entre sí para satisfacer los caprichos de sus líderes o los prejuicios estúpidos de sus masas. Nosotros, por lo menos, tenemos la cortesía de pedirle su colaboración antes de condenar a su especie.

—¿Quiere decir esto que van a destruir a la Tierra?

—En modo alguno. Pero la rodearíamos de una barrera energética tan poderosa que sería imposible de ahora en adelante el que ustedes contaminaran el universo.

—En el caso, naturalmente, de que sus temores quedaran confirmados.

—Por supuesto. De usted depende. Aún abrigo la esperanza de que nuestras hipótesis sean falsas.

Brown asintió. Luego Brown y el doctor Zeta dieron un paseo. El aire olía a primavera y las rosas desplegaban sus mejores capullos en los jardines. Pero todo ello era ilusión, como los sueños. Porque, en realidad, un olfato humano hubiese percibido un olor insoportable a amoníaco y aquellas rosas eran figuras geométricas indescifrables o especies de unas plantas tan extrañas que hubieran llenado de terror al humano Brown.

Pero los dirigentes de la Federación Galáctica no querían intranquilizar al psicoanalizado, y por eso, hasta donde alcanzaba la vista, el oído o el olfato de Brown, todo era humano. A veces demasiado humano, como las esbeltas muchachas que le sonreían al pasar cerca de él en las aceras deslizantes o en los mostradores de las cafeterías, en los que se servían líquidos que a Brown le hubiesen convertido en un montón de cenizas, pero que le sabían ahora al mejor de los whiskies o de las cervezas.

Dispuesto, pues, a soñar después de haber soñado, Brown volvió a tenderse en la *chaise-longue*. Al cerrar los ojos, el universo de la Federación Galáctica volvió a recobrar sus perfiles reales. El doctor Zeta era ahora una masa traslúcida. Había dejado de ser el hombre de sonrisa tranquilizadora y de bata blanca como el pecho de una paloma. Las tanagras y los lienzos del consultorio se habían transformado en gases, y las fuerzas electromagnéticas sostenían ahora el cuerpo robusto de Brown.

La segunda sesión de psicoanálisis comenzaba. Ahora era el doctor Zeta un gigante que descendía como un bólido atravesando las siete esferas del consciente de Brown. Volvió a pasar los pasillos polvorientos, los talleres fabriles y el cementerio de estatuas tremebundas. Pero, claro está, ahora los pasillos no eran pasillos, ni los talleres talleres, ni el cementerio cementerio. Nada permanecía constante en aquel reino: sólo las fuerzas hostiles o benéficas que atravesaban como inmensas bandadas de peces las olas incesantes de la metáfora, siempre renovadas.

Aprovechó para perforar la débil película que separaba el Subconsciente del Inconsciente, el cráter de otro volcán que comenzaba a formarse no sin antes detenerse unos momentos en un sueño libidinoso que terminaba convirtiéndose en un baño en cieno pútrido.

Estaba ahora más allá de la Conciencia. ¡Había penetrado en el profundo tártaro de las mitologías terrestres! Y sintió que su espíritu se desgarraba en mil pedazos, como succionado por mil tentáculos voraces que tiraban de él en todas las direcciones de un espacio inexistente. Había caído en un campo de fuerzas, en el epicentro de un terremoto, en el punto de mínima presión de un huracán. Tuvo que recurrir a toda su sabiduría extraterrestre para volver a reunir en uno los cien mil jirones en que se había desgarrado su cuerpo a consecuencia de su primera impericia. Luego se hizo la calma, el ciclón había pasado, y vio bajo sus plantas un océano de aguas azul-celeste rizadas de espuma.

—¡El mar!, ¡el mar! —empezó a gritar emocionado, como tres mil años antes habían gritado unos mercenarios griegos abrumados por el polvo de las llanuras de Anatolia. El sol rielaba las olas y una brisa marina oreaba el rostro inmaterial de Zeta. ¿Era tan hermoso el Inconsciente como aquella primera imagen que se desplegaba ante su vista? Entonces la Federación Galáctica no tendría nada que oponer a los afanes de expansión del hombre. Pero en esas y en otras sesiones psicoanalíticas iría apreciando el doctor cómo la naturaleza humana está tejida con hilos dorados y oscuros y que detrás de su urdimbre hay algo mucho más monstruoso cuya presencia todavía comenzaba tan sólo a barruntar.

Zeta planeó sobre una isla cuyas costas se recortaban como una gorguera de lino. Extrañas focas tomaban el sol en las playas y luego se transformaban en muchachas desnudas que retozaban con hombres fornidos de aspecto selvático. Zeta pudo distinguir también cómo en el centro de la isla se erguía un gigantesco volcán cuya cima se perdía en las nubes. Trepando por sus laderas —pensó Zeta— se volvería de nuevo al sol, es decir, al Consciente.

Posó sus plantas en la tierra. Las arenas estaban calientes bajo la percusión continua de un sol que Zeta era incapaz de localizar. Ahora las muchachas desnudas y los faunos se habían convertido de nuevo en focas. Delante de él se cerraban las primeras falanges macedónicas de la selva.

Allí estaba la selva, la selva misteriosa y abracadabrante que campeaba en todas las mitologías y folklores de ese animal bípedo llamado hombre. Se encaminó hacia

ella. Ahora el cielo se había tornado de repente en un cielo de tormenta y hasta las focas se habían precipitado temerosas en las aguas del mar. Zeta pudo percibir sus chillidos como un grito de advertencia. Y hasta un ave de color negro se atrevió a lanzar contra Zeta un graznido insolente.

Pero Zeta avanzaba impertérrito. Ahora se había transformado en un gigante de varios kilómetros de altura, pero la selva había crecido en la misma proporción. Se aproximó a los primeros troncos y a las primeras lianas, pero todos ellos formaban una masa compacta erizada de púas. Se oía más allá de ella el fragor de cien torrentes enfurecidos y de un millón de animales salvajes. Y entonces Zeta comprendió que era la locura la que le acechaba allí, dentro de esa masa vegetal, temiblemente viva.



JOAN TARRADAS 19

Y antes de que un tropel de gorilas se apoderase de él imprimió un poderoso empuje en el suelo, que también se estremeció de terror. El salto le había lanzado por encima de la isla. Todavía no era el momento adecuado para penetrar en la selva.

Voló ahora en un cielo azul marino que podría ser también las profundidades de aquel océano sobre el que había planeado unos momentos antes. Pero sus pulmones respiraban perfectamente y pronto comenzó a percibir extrañas estructuras que se comunicaban entre sí mediante puentes de cristal.

Vistas más de cerca esas estructuras parecían esferas transparentes que se agitaban incesantemente en todas las direcciones como moléculas suspendidas en un líquido. Y todas ellas producían un estrépito infernal en el que se mezclaban melodías bailables, voces humanas y mil sonidos heterogéneos. Además, continuas ondas de luz se trasladaban a través de los puentes hialinos de una esfera a otra. Recordaba todo aquello un poco al sistema nervioso o también a las redes de una estructura cristalina.

Volvió a ser la víctima, esta vez ya menos indefensa, de aquellos huracanes que eran tan frecuentes en aquellas simas profundas. Vio cómo algunos de los puentes se rompían y cómo las esferas transparentes se agitaban alocadas en aquel fluido de ignota composición. Las chispas eléctricas hacían aún más irreal aquel espectáculo y las esferas brillaban como ópalos, como ágatas, como zafiros, como amatistas.

Como un trompo musical que girase a velocidades inconcebibles, el tornado fue abriéndose un camino entre las aguas del Inconsciente personal y el doctor Zeta pudo continuar su peregrinación submarina. Navegaba a gran velocidad, como un escualo, y sus brazos y sus pies despedían mil chispas doradas, tan redondas como monedas, al abrirse camino entre las aguas espesas. Había allí jaleas amorfas de un protoplasma sin identificar, crustáceos y peces fosforescentes que trazaban sus nerviosas singladuras en el magma primigenio. Y a lo lejos las esferas se perdían, sin que fuese imposible encontrar un límite a aquel universo sumergido, cuyo diámetro parecía ser mayor que el del universo de las galaxias.

Habrían, pues, pasado siglos o años, o quizá sólo segundos o fracciones de segundo cuando el doctor Zeta se decidió a aterrizar en uno de aquellos planetas cristalinos que trenzaban multicolores brazaletes en las muñecas de mujeres invisibles. Pero antes tuvo que resistir impávido los tirones de aquellos huracanes que hacían bailar frenéticos a los mundos innumerables.

Ahora Zeta era una astronave que bajaba en picado hacia una de aquellas esferas. Pero al tocar la superficie volvió a ser una figura humana. Deambulaba por la calle de una ciudad terrestre y había una alcantarilla en el borde de una acera. Unas aguas de color pardo oscuro bajaban en tromba hacia las profundidades. No esperó más, sino que se transformó rápidamente en el minúsculo marinero de un barquito de papel que una mano de niño había colocado en la corriente.

Atravesó el barco de papel un pasillo oscuro en el que sólo relucían los ojos de las ratas voraces, los élitros de unos insectos depredadores de difícil clasificación en la escala zoológica del universo y las espumas nacaradas de los rápidos, cabalgando a lomos de un río azabache. El trayecto tenía forma de una espiral perfecta, convergiendo hacia el centro de uno de aquellos infinitos planetas que constelaban el

alma de Brown.

Cuando se hallaba ya muy cerca del centro de la espiral, comenzó a oírse el rugido de una catarata, y el doctor Zeta sólo tuvo el tiempo preciso para convertirse en un murciélago de alas de terciopelo que se precipitaba hacia abajo: el barquito de papel se había transformado en un trozo de papel higiénico.

La espuma había cristalizado ahora en los perfiles de una escena real interpretada por actores de carne y hueso. Eran Brown y su mujer. El doctor Zeta la conocía por el álbum de recuerdos familiares que él había hojeado en los archivos de su paciente. Antes de aquel intento frustrado de arribar a la selva, se había entretenido durante siglos o fracciones de segundo en desempolvar las minúsculas diapositivas y en proyectar las películas de la memoria. Sabía ahora ya más sobre Brown que Brown mismo.

Por ejemplo, no ignoraba que su paciente era una persona de débil carácter en manos de una mujer dominante. Se había casado con ella de la misma forma que la limadura de hierro se siente atraída por un electroimán. A muchos trillones de kilómetros de la Tierra, Brown seguía unido por las líneas de fuerza del temor a una esposa que era la Vestal que disponía de los destinos hogareños.

Brown y su mujer se disponían ahora a asistir a una reunión. Él iba vestido con un traje azul y una corbata de color granate; los gemelos de oro brillaban como pepitas sobre la arena blanca de la camisa inmaculada. Ella llevaba un traje de color verde ciruela, con mangas que le llegaban hasta la muñeca, y la longitud de la falda excedía en unos centímetros la que entonces regía en la moda terrestre. Andaba, incluso, como si se sintiese avergonzada de enseñar los tobillos, y Brown miraba descaradamente a las muchachas que pasaban en esos momentos por la acera.

Helen era la que conducía el automóvil. Arrancaba con un duro tirón, lamentando que el espolonazo no hiciese sufrir a aquel animal de nervios de cobre.

Y fue ahora cuando el doctor Zeta intervino. Había perdido ya su aspecto de murciélago o de minúsculo marinero de un barco de papel. Tampoco era el hercúleo *efrit* que había traspasado el rosario de esferas. Su aspecto era ahora el de cualquier ciudadano en una de las pequeñas ciudades de los Estados Unidos de América. Había que seguir a la pareja y eso es lo que hizo, tomando un taxi que se plasmó de repente en una de las esquinas de la manzana.

Extrañamente, el taxista tenía una barba muy blanca que le llegaba hasta la cintura, y Zeta sintió en su presencia los primeros indicios de aquella inefable unción que más adelante le irían produciendo las distintas manifestaciones del Eros. Flotaba en el taxi un perfume de primavera, que pronto se transformó en la fragancia de las viñas en flor: el taxi era ahora una trirreme de jarcias adornadas con racimos de uvas y pámpanos. Fulgía la piel de pantera del cómitre taxista que ordenaba a los remeros redoblar sus energías para alcanzar el automóvil de Brown.

La reunión se celebraba en casa de uno de los colegas de Brown. El navío se había convertido en una jirafa, y Zeta se limitaba a trepar por su cuello hasta alcanzar

el piso. Entró por la ventana, a más de treinta metros sobre el nivel de la calle, y nadie se extrañó de su presencia.

El cóctel estaba en su cénit. Zeta tomó dos o tres whiskies, picó en varias bandejas provistas de canapés de caviar, de queso picante, de foie-gras y de mermeladas agridulces. Discutió con un anciano señor sobre política interplanetaria, los últimos partidos de béisbol y los encantos de la recién elegida Miss Norteamérica. Flirteó con dos o tres señoras y degustó los riñones al jerez, especialmente preparados por la anfitriona. Pero seguía los pasos de su paciente, que procuraba entablar conversación con las invitadas más atractivas rompiendo las alambradas que le tejía Helen. Su andar era ahora un poco vacilante, y sus ojos estaban inyectados de alcohol.

Zeta se acercó a él.

—Soy el doctor Zeta. ¿No me reconoce usted? Le estoy psicoanalizando ahora mismo.

—Debe estar usted ya borracho, señor. No conozco a ningún doctor Zeta.

—¿No recuerda usted el planeta XZ-1328?

—Me imagino que está usted bromeando. Nunca he viajado a ningún planeta... ¿Pero cómo sabe usted que tengo el proyecto de inscribirme como zoólogo, dentro de cinco años, en una de esas expediciones?

Y Brown comenzaba a excitarse.

Pero antes de que se hubiese producido un incidente desagradable, Zeta se había convertido en otra persona.

La reunión continuaba y se seguían sirviendo bandejas llenas de canapés y botellas de whisky. Las señoras lucían generosamente sus escotes y los caballeros sus conocimientos científicos. Helen por su parte exhibía su virtud y no cesaba de controlar a distancia, con miradas de señorita de compañía contrariada por las travesuras de sus chiquillos, los flirteos incesantes de Brown y su locuacidad.

Ahora estaba Brown hablando con una muchacha muy joven.

—El Universo —decía Brown, mientras su interlocutora aguantaba cortésmente el chaparrón erudito— tiende a manifestarse en formas contrarias: la materia y la antimateria, el bien y el mal, la oscuridad y la luz... —En estos momentos Helen intervenía, pronunciando los nombres de un Presidente y de un Vicepresidente de los Estados Unidos que al parecer se llevaban muy mal entre sí. Brown quedaba perplejo e insinuaba una sonrisa de circunstancias. Pero Zeta pudo ver cómo en medio de aquella reunión de personas que seguían hablando sobre mil temas diversos Brown se convertía ahora en un cilindro de cera blanda que comenzaba a aplastarse sobre el suelo, mientras la llama del pabilo se extinguía en un destello de color rojo sangre.

Y de repente se producía un huracán en medio de aquella estancia. Las mujeres gritaban histéricamente, mientras los hombres se aferraban frenéticamente a los muebles o a las cortinas, para no ser arrastrados por el ciclón. Pero inexorablemente uno por uno eran succionados por la ventana: automóviles, edificios, peatones y

objetos de mil procedencias se dirigían ahora hacia las aspas de un gigantesco extractor de aire, de aspas bruñidas, que se cernía en el horizonte. Y lo curioso es que Zeta seguía empuñando el vaso de whisky. A pocos metros de él pudo distinguir a Helen y a Brown, que planeaban como todos los habitantes de aquel planeta, aves migratorias a las que un tifón voltea sin piedad hasta sepultarlas en el océano.

Se aproximaban hacia el extractor de aire, que ya no era un extractor de aire, sino un pulpo de múltiples tentáculos. Zeta pudo percibirlo gracias a su mirada extracorpórea que, cuando él así lo requería, le ayudaba a intuir la realidad, no sólo desde su perspectiva, sino desde una dimensión distinta a la que él ocupaba en ese momento.

Y entonces comprendió Zeta el significado de aquellos símbolos: los puentes luminosos que él había visto antes colgar como arcos chinos entre los mundos-gemas eran ahora los tentáculos de aquel monstruo de mirada feroz hacia cuyo estómago corría la savia de otros mundos.

La imagen del pulpo succionador había desaparecido ya. Ahora yacía ante la mirada de Zeta una torre de bronce que se destacaba siniestra contra un cielo cárdeno. El paisaje era desolado, insoportable. Una lengua de fuego que brotaba de la cima de la torre dibujaba mil sombras sobre el suelo del planeta, y aquellas sombras parecían retorcerse con odio, esbozando torturas terribles o despedazándose a sí mismo en mil jirones. Pero eran, en realidad, los reflejos de las personas y objetos que como polillas atraídas por la llama se precipitaban a las profundidades de la torre.

Zeta se dejó arrastrar por la tormenta que aspiraba a todas aquellas criaturas del sueño hacia el fondo del cono de paredes brillantes. Llegó, pues, al fondo y tomó asiento en un inmenso graderío en el que ya estaban sentados todos los testigos de aquellas situaciones en que el alma de Brown había sido desgarrada a tiras por la lengua inmisericorde de Helen. El sudor imprimía pequeños coágulos de sangre en los rostros tensos de los espectadores, pero el silencio era tan espeso que Zeta debió chasquear su lengua dentro de la boca para alcanzar un oasis en aquel desierto ávido de sonidos.

Alguien encendía unos proyectores, y Brown y su mujer hicieron su aparición. Pero ahora se habían cambiado las tornas: era Brown el que conducía triunfante a su esposa arrastrándola por la arena con una cuerda larguísima. Por una extraña perspectiva, la cara de Helen aparecía al mismo tiempo lejos y cerca del asiento en que se hallaba Zeta y los restantes espectadores. Y Zeta se estremeció de espanto. Porque en ninguno de los planetas visitados por los miembros de la Federación Galáctica Zeta había presenciado un sufrimiento igual en cualquiera de las criaturas.

Tampoco había contemplado una expresión de gozosa maldad como la que irradiaba el rostro de Brown, mientras tiraba, jadeando, de la cuerda. ¿Era posible que un hombre tan inofensivo como Brown pudiese encerrar en su psique tales deseos de destrucción y de muerte? La representación había llegado a su paroxismo. Ahora Brown sacaba de los Invisibles una navaja de afeitar, y con una escrupulosidad digna

de un cirujano iba abriendo el cuello de Helen, hasta que quedaba al desnudo su tráquea todavía palpitante. Pero aquella tráquea seguía siendo fuelle eficaz para unas cuerdas vocales que hacían resonar en medio del anfiteatro la risa burlona de Helen. Y aun seguían resonando las risotadas crueles cuando Brown seccionaba los últimos restos de la garganta en un arranque de desesperación y de furor. Un ¡hurra! delirante brotaba de todos los testigos, y Brown sonreía satisfecho. Volvía a ser el pobre diablo vanidoso de otras ocasiones.

Las luces de los proyectores se apagaron y los graderíos quedaron solitarios, sólo iluminados por la claridad rojiza que despedía la llama de la torre de bronce. Los asientos parecían ahora los rescoldos de una hoguera.

Y otra vez los asientos volvieron a ser ocupados por los mismos espectadores y los focos iluminaron la arena del circo. Todo volvió a repetirse como en la escena anterior: el mismo Brown y la misma Helen practicando un rito feroz, las mismas risotadas burlonas de la esposa degollada, el mismo resplandor siniestro de la navaja de afeitar brillando como una media luna sobre la garganta lacerada por la cuerda estrangulados. Luego los focos se apagaron, las gradas quedaron desiertas e iluminadas con un esplendor de tizones, para que una tercera, una cuarta, una quinta, una enésima vez recomenzase el ciclo de aquel infierno sin fin, siempre terrible y agobiadoramente idéntico hasta que el cerebro de Brown no fuese más que un fluido infecto de putrescina y cadaverina.

Pero a la vigésima vez, algo cambió en aquel espectáculo. Fue el doctor Zeta, que se lanzó al escenario. En ese momento Brown empuñaba la navaja homicida.

—Detente, Brown. ¡No lo hagas!

Pero Brown parecía un sonámbulo: la hoja de acero se seguía acercando inexorablemente al cuello de Helen, como si el brazo de Brown fuese de acero y estuviese movido por una dinamo mil veces superior en potencia a la capacidad de Zeta. Y, sin embargo, algo se había desequilibrado en aquel planeta que había permanecido sepultado durante varios años, y Zeta pudo darse cuenta de que un fenómeno extraño comenzaba a suceder: mientras el rito sangriento seguía cumpliendo inexorablemente sus fases, una fuerza misteriosa estaba impulsando hacia arriba aquel infierno. De nuevo el doctor Zeta había desdoblado su esencia humanizada: una parte de él permanecía sentada en el anfiteatro, asistiendo a la rápida sucesión de torturas-agonías. Pero la parte más etérea de su espíritu se había desprendido del planeta y ahora asistía triunfante a la ascensión de aquel mundo iluminado, matriz gestora de pesadillas.

Y vio un árbol gigantesco que extendía sus ramajes por el infinito. Todo el Cosmos se hallaba cubierto por él. Sus raíces se hincaban en un abismo sin fondo, en el Abismo de los Abismos, allá donde había decidido descender Zeta. Pero la cúspide se perdía en el cielo y las nubes se entretejían con las hojas, como las hebras de algodón en los antiguos árboles de Navidad.

Y vio a los mundos transformados en espléndidas naranjas de oro que palpitaban

como un corazón en el pecho rasgado de un animal. Flotaba una brisa perfumada que hacía entrechocar las hojas y las ramas, y Zeta creyó intuir en los susurros del árbol de la Psique la armonía de las esferas celestes. Pero algunas de las ramas se agitaban salvajemente, sacudidas con violencia por los huracanes que movían sus razzias en aquellos espacios sin límite.

Cada una de aquellas naranjas de oro era un ensueño no soñado, y Zeta, con su inteligencia sobrehumana, quiso contar su número. Pero se encontró inmediatamente desbordado, enloquecido por el guarismo, tan agobiante como la eternidad.

Allí, a través de uno de los vasos liberianos del Árbol Cósmico, ascendía una pequeña burbuja de oxígeno que era el Infierno en donde se seguía desarrollando el martirio de Helen. Se desprendió, pues, completamente de él y ascendió, como una piedra lanzada por una onda divina, hacia el cielo azul que recibía toda su claridad de un sol oculto.

Llegó a la superficie unos segundos antes que el ensueño. Tuvo que romper antes con su cabeza el mármol de la lápida mortuoria. Y se encontró de repente tendido de bruces sobre las arenas tórridas de un desierto marciano. Brillaban las arenas con un reflejo de sangre que le pinchaba las retinas. Y la llanura se perdía en el horizonte, sin rastros de vegetación ni de relieves orográficos. Pero planeaba sobre el ambiente la misma amenaza con la que se había enfrentado en otras ocasiones.

Luego las arenas se agitaron, como si fuese el agua que mueve un infusorio, y se formaron remolinos que giraban alocados pretendiendo elevarse sobre la superficie del desierto.

—¡Saitán! ¡Saitán! —exclamó el doctor Zeta, reviviendo el mismo terror que los beduinos de antaño sentían ante los remolinos de los desiertos de la Arabia Feliz.

Pero no era Saitán, sino las imágenes del sueño las que fueron adquiriendo vida: los zigzagueantes embudos de hematita se iban condensando poco a poco, y toda una fauna espectral fue reemplazando los perfiles de aquel páramo monótono.

Aparecía Brown, y Zeta se preguntó por el destino de Helen. Ahora se hallaban en un laboratorio de Zoología de cierta universidad norteamericana. Brown estaba rodeado por un grupo de diez alumnos. Iban todos vestidos con batas blancas. El aire olía a éter y a otros productos químicos. Las baldosas eran blancas como la leche, y las vitrinas devolvían sus luces al instrumental niquelado y al mobiliario de acero. Brown explicaba una lección de Fisiología animal. Ejercía como ayudante de prácticas.

Zeta se convirtió en un estudiante más, sin que nadie le reconociera. Miró por encima del hombro de uno de sus compañeros y se estremeció de horror: sobre la mesa de experimentación yacía una perra. Sus miembros anteriores se hallaban extendidos en cruz, las patas traseras estaban fuertemente atadas. Parecía una caricatura romana de la Crucifixión de Cristo.

La mano de Brown empuñaba ahora un bisturí que, con una precisión implacable, iba seccionando la garganta del animal. Pronto la tráquea palpitante quedó al

descubierto. Mientras, la disertación científica continuaba imperturbable, tan fría y tan aséptica como aquella vitrina que espejeaba la luz, como aquellos instrumentos de acero inoxidable, como aquellas batas immaculadas que olían a reactivos. La perra ladró en aquellos momentos y Brown hizo un gesto de contrariedad. Volvió a ladrar la víctima una y otra vez.

—Creo que no hemos anestesiado suficientemente a este animal. Vamos a tener que utilizar otros métodos.

Entonces una mano invisible le proporcionaba un bastón de color negro. Al ir a propinarle un fuerte golpe en la cabeza, el animal se desprendía de sus ataduras. Los estudiantes se arrimaban a las paredes, temiendo una mordedura, pero lo único que pretendía la perrita era escapar. Por uno de los pasillos de la Facultad se arrastraba, dejando un reguero de sangre, y Brown la perseguía acompañado de un grupo de sus alumnos, que comentaban alborozados aquella caza.

Zeta apartó la vista y sintió que la náusea le agarrotaba la garganta. Pero no pudo evitar oír los golpes secos, contundentes y exactos con que Brown remataba al sujeto de experimentación.

Salió del recinto. Ante su vista se extendía el *campus* universitario. Vio helicópteros y autorreactores que discurrían por las pistas y oyó entonces que le llegaba desde el otro lado del universo, y como transmitido por una bocina de dimensiones cósmicas, un grito agudísimo: Brown, el verdadero Brown que yacía en la *chaise-longue* electromagnética del doctor Zeta, estaba ahora gritando de terror. Desde su sueño Zeta podía escuchar, amortiguados, todos los mensajes procedentes del mundo físico.

Vio a su lado a uno de los estudiantes que habían presenciado el experimento y en el que hasta entonces no había reparado. Gesticulaba demencialmente y unía sus gritos a aquellos otros que procedían del espacio de Más Allá. Se acercó a él y le reconoció. Era también Brown, pero un Brown mucho más joven que el que acababa de repetir con símbolos diferentes la tortura de Helen. En su mirada brillaba una luz pura, como si sus ojos fuesen manantiales de la sierra y no ríos caducos en donde vierte todas sus cloacas la ciudad.

—No se agite usted de esa manera. Es una salvajada que no volverá a repetirse — le consoló el doctor Zeta.

—¡Debo ir al sastre!, ¡debo ir al sastre! —gemía ahora desconsoladamente Brown-estudiante.

—Bien, en ese caso, le acompañaré yo. ¿Pero qué urgencia tiene usted en ir al sastre?

—Me tiene que cambiar esta bata de papel por otra de tela —respondía Brown.

Y Zeta se fijó en que, efectivamente, la bata que llevaba Brown-joven era de papel y no de tela, como en un principio había creído. Pero la casa del sastre estaba allí enfrente y no tuvieron que andar mucho ni tomar uno de los autorreactores que seguían circulando a derecha y a izquierda de ellos.

Era una casa derruida, una casa de pueblo o de los arrabales de una ciudad. La humedad dibujaba sombras extrañas en las paredes y llegaba hasta las fosas nasales de ambos la tibieza de lo orgánico.

Tenía aquella casa sólo un piso y las ventanas estaban cerradas. Pero era la puerta lo más llamativo: una puerta alta, abierta de par en par, y con unas letras de bronce dorado incrustadas en el yeso. Las letras bailaban con esa danza peculiar en todos los sueños, pero Zeta pudo captar una parte del texto: *Sustine viator: brive exordiumestmeum. Hic jacet mulier honesta et pulcherrima...*

Las jambas eran de pórfido, el dintel de mármol, y antes de que Brown penetrara, Zeta le agarró por un brazo.

—¿Dónde va usted? ¿No se da cuenta de que esto es la entrada de un panteón?

Brown comenzó a temblar ostensiblemente: se escuchaba el castaño de sus mandíbulas. La mirada de sonámbulo había vuelto a aparecer en él. Pero tardó poco en reponerse.

—No, se equivoca usted, ésta es la casa de la modista.

—¿De la modista? ¿Pero no me había usted hablado antes de un sastre?

Pero ya Brown no le hacía caso: comenzaba a descender los escalones. Porque, tal como se lo había imaginado el doctor Zeta, aquellas escaleras no ascendían, sino que les iban conduciendo hacia zonas cada vez más profundas.

El pasillo era resbaladizo y olía intensamente a humedad. Se oía el revolotear de los murciélagos y de allá arriba como el estrépito de un tren subterráneo que pasara en esos momentos sobre sus cabezas o una gran masa de agua que se deslizase a gran velocidad. Les golpeaba también el olor a excrementos y a orina.

Llegaron a un rellano. Una claraboya iluminaba el recinto. El corredor terminaba en aquel punto, pero allí estaba «aquello». Zeta quiso colocarse delante de Brown para impedirle la visión, pero era demasiado tarde: Brown se dirigía ahora hacia aquella horrible momia en avanzado estado de putrefacción que se erguía amenazadora al fondo del cubículo. Y lo curioso es que el rostro de Brown denotaba una intensa alegría, o para ser más exactos, una sensación de felicidad y de tranquilidad absolutas. Entregaba a la momia viviente su bata de papel y ésta le prometía, en un lenguaje lleno de sonidos guturales y de gorgoteos ininteligibles, cambiársela por otra «de tejido más duradero».

Brown desapareció completamente. Ahora estaba sólo el doctor Zeta, pisando las arenas de una playa que se extendía más de dos kilómetros en una y otra dirección. Una montaña arrojaba una sombra profunda sobre el mar y sobre las arenas. Las olas se deshacían mansas en la orilla y la luz crepuscular teñía de suaves matices dorados los contornos. Sólo se oía a lo lejos el ladrido de un perro, y una estrella titilaba en el cielo azul turquesa.

Zeta comenzó a andar hacia el extremo de la montaña en que se recortaba abruptamente un acantilado. Luego, al llegar al borde de la sombra, se precipitó la noche: el mar era ahora de color azabache y una extraña luna de color amarillo-limón

trazaba un sendero de luz sobre las aguas. Pronto reinaría la oscuridad más absoluta, aquella oscuridad que acongojaba el corazón de Zeta. Y por eso, el psicoanalista de la Humanidad, imprimiendo un inmenso empuje a sus talones, se convirtió en una nube de gas incandescente que se dirigía en línea recta hacia el exterior del cuerpo de Brown. La segunda sesión psicoanalítica había terminado: cualquier observador humano habría visto cómo de las fosas nasales del psicoanalizado brotaba una tenue llama azul como la del hidrógeno que arde en la boca de un tubo de ensayo.

La llama azul del hidrógeno se había transformado de nuevo en la figura humana del doctor Zeta. Brown volvía a hallarse frente a su psicoanalista en el consultorio que ya le era familiar. Ahora empezaba el diálogo entre el terrestre y el superespecialista de la Federación Galáctica.

—Bien, amigo Brown, creo que podría empezar hoy relatándome los sueños que ha tenido usted durante esta noche. Suponiendo que recuerde alguno de ellos.

—Sí, doctor. He tenido, en realidad, primero una pesadilla y luego un sueño muy agradable. Creo que, incluso, llegué a gritar cuando la pesadilla.

—Empiece usted contándomela.

—No recuerdo todos los detalles. Fue un sueño bastante confuso. Lo único que recuerdo perfectamente es la sensación de horror que me producía... Estaba cometiendo yo algo terrible... con un animal doméstico.

—¿Con un perro?

—No. Era un gato.

—¿Está usted seguro?

—Completamente. Recuerdo que era de color negro. Se parecía a un gato que maté de una perdigonada cuando yo era niño.

—Continúe.

—Estaba con otros muchachos, y la época del sueño debía corresponder a cuando yo terminé los estudios de la Escuela Superior. Entonces me interesaba la Medicina, pero fracasé en el examen de ingreso y decidí matricularme en la Sección de Zoología.

—Concéntrese usted en el sueño.

—Sí, a eso voy. Ahora recuerdo perfectamente que yo estaba demostrando a esos muchachos mis conocimientos en cirugía, ya que toda mi ilusión en aquella época de mi vida era la de convertirme en un cirujano famoso. Cazábamos, en efecto, a un gato y lo extendíamos sobre una mesa. ¡Es horrible!... No sé cómo he podido soñar esto siendo yo una persona que nunca ha hecho daño a ningún animal, salvo en aquella ocasión que ya le conté y de la que me arrepentí luego muchísimo.

—Continúe usted, por favor: Procure hacer un esfuerzo. No se preocupe de lo que me diga, puesto que no estoy aquí para juzgarle moralmente a usted en particular.

—Es que me causa una terrible zozobra interior el contarle esto. No sé qué siento

dentro de mí al relatárselo, pero... en fin, intentaré sobreponerme. El caso es que yo abría en canal al gato con un bisturí y le extraía el corazón, que palpitaba normalmente. En ese momento el gato daba un bufido y me arañaba... Y ahora viene lo más terrible.

—Siga usted adelante..., sin detenerse.

—Este arañazo me producía un escozor grande, como el del contacto de un hierro al rojo. Yo reaccionaba cortándole la garganta al animal, pero el gato huía de mí y entonces, entre carcajadas, mis compañeros y yo le perseguíamos hasta darle caza.

—¿Eso es todo?

—No. ¡Fíjese usted qué sueño más disparatado y más terrible!: al seccionarle la tráquea, el gato se convertía en mi mujer. Creo que fue entonces cuando me desperté gritando.

Brown sudaba copiosamente y sus músculos se contraían, como bajo los efectos de un chorro de gas carbónico. Pero el doctor Zeta había emitido uno de sus pseudópodos y ahora estaba tecleando el prodigioso panel de mandos del diencéfalo de su «paciente». Y en efecto: su crisis terminó disolviéndose en un profundo suspiro que había surgido de las más profundas hondonadas de su ser.

—Ahora cuénteme el segundo sueño, por favor.

—Era un sueño desde luego muy agradable, aunque bastante extraño. Yo paseaba por una calle en compañía de una persona completamente desconocida por mí...

—¿Cómo era esa persona? ¿Me la puede usted describir?

—Sí. Era un anciano de aspecto venerable. Tenía una barba muy blanca. Se había ofrecido a acompañarme a casa del dentista.

—¿Del dentista? ¿Está usted seguro?

—Sí, completamente. ¿Por qué insiste usted en este detalle?

—No, por simple curiosidad científica. Continúe.

—De repente llegábamos a casa del dentista, pero ¡qué cosa más curiosa!: vivía en una bodega de vinos. Y además en la puerta había dos ángeles de mármol; de color negro, precisamente.

—¿Qué le recuerdan esos ángeles de mármol?

—No lo sé.

—Concéntrese, por favor.

—Sí, ahora ya sé, pero ¿qué tiene que ver con el sueño? Creo que esos ángeles eran muy parecidos a los que colocan algunas personas en sus panteones, guardando la entrada. Ahora recuerdo también que encima de la puerta había una inscripción en latín, pero como domino solamente el latín de la taxonomía zoológica no le puedo traducir esa inscripción, aunque me imagino que, como ocurre en todos los sueños, no tendría ni pies ni cabeza.

—Dígame qué hacía su acompañante...

—Intentaba impedirme que entrase, pero no recuerdo lo que me decía. Lo único que sé es que sus palabras me produjeron una cierta inquietud.

—¿Y entraba usted?

—De eso estoy completamente seguro. En realidad, lo que yo pretendía era algo absurdo: que el dentista me cambiase mi dentadura natural por otra de oro. Le confieso que, en realidad, sólo en una ocasión he ido al odontólogo y que mi dentadura se halla en perfectas condiciones. Por eso este sueño me parece completamente disparatado.

—No se preocupe por eso. Siga contándome.

—Bueno, ahora viene lo más interesante. Desde el momento en que pisaba el umbral yo me sentía completamente tranquilo. Es una sensación muy difícil de explicar. Es algo así como cuando yo me tumbaba de niño bajo los pinos mirando las nubes que pasaban por encima de mí. Entonces me adormecía y me olvidaba de todo.

—¿Encontró usted al odontólogo?

—Por supuesto. Pero no era odontólogo sino odontóloga.

—Describámela usted.

—No recuerdo bien sus rasgos. Desde luego, se trataba de una mujer desconocida por mí. Lo que más me llamaba la atención de ella era su edad: parecía lo mismo tener 20 que 2000 años. Pero su presencia me producía una sensación de bienestar. Infundía una gran confianza a su alrededor, salvo en mi acompañante que, por no sé qué razones, intentaba interponerse entre ella y yo.

—¿Y ella cómo reaccionaba?

—Daba la impresión de que no le veía. El caso es que me sentaba en la silla y me ordenaba abrir la boca. En ese momento me desperté. No recuerdo ya nada más...

—¿Tiene que contarme algo más?

—Eso es todo.

—¿Tiene usted que hacerme, a su vez, alguna pregunta?

—Sí. ¿Cuál es su diagnóstico hasta el momento?

—Permítame que me lo reserve. Aún no poseo datos definitivos. Es después de la tercera sesión cuando le podré adelantar algo. Ahora salga y diviértase.

Y en efecto, Brown pasó todo aquel día de su existencia humana arropado en aquel segundo sueño que convertía las pocetas de metano líquido en estanques de aguas cristalinas por donde trazaban sus blancas singladuras los cisnes. Y vio torbellinos electromagnéticos que le parecieron tiovivos; ingirió alimentos sintéticamente confeccionados para él y volvió a deleitarse con la vista de unas muchachas bellísimas que un ojo extraterrestre habría percibido como una fauna de extraños mamíferos, inconcebibles para cualquier humano.

Mientras, los jerarcas de la Federación Galáctica no perdían su tiempo. La tercera sesión psicoanalítica estaba siendo planificada paso a paso, como si se tratase de una campaña militar.

Se vaticinaba una borrasca en aquella gota del mar del espíritu que era la psique de Brown.

TERCERA SESIÓN

La superficie del planeta parecía el suelo de una catedral gótica en el que una cascada de luz que perfora las vidrieras dibuja rosetones policromados. Flotaban en la atmósfera, irrespirable para cualquier ser humano, formas sin forma, fragmentos de un inmenso paralelepípedo de cristal estriado por millones de vetas coloreadas y que ahora flotasen a la deriva en un fluido azul-pálido que ni la noche lograba entenebrececer. De vez en cuando estas formas sin forma se unían entre sí, dibujando las más bizarras combinaciones caleidoscópicas; luego se separaban y el proceso de síntesis y de destrucción recomenzaba su ciclo eterno.

Un ojo más penetrante habría visto además los hilos de oro que establecían un puente aéreo entre los extraños elementos de aquella fantasmagoría. Unas veces esos hilos se estremecían, como agitados por una risa; otras, se tensaban, como si amagasen ruptura; otras, en cambio, permanecían flojos, desmayados. Pero a través de ellos la luz de las ideas divinas circulaba. Y también el Eros, no menos divino que el Logos. Entonces aquellos cuerpos de amatista, de turmalina, de lapislázuli o de berilo refulgían con un resplandor inmenso.

Zeta sobrevoló la superficie de aquel planeta que era la Capital de la Federación Galáctica. Un ojo humano apenas le hubiese distinguido de los demás cristales inyectados de luz y de color que establecían entre sí las vergas de oro de un gran navío cósmico. Dejaba tras sí una estela hialina, como un pez dorado que zigzaguea en un estanque azul y sus compatriotas se apartaban respetuosos, porque se iba a celebrar una reunión de los directivos de la Federación Galáctica en la que el doctor Zeta tenía que rendir su informe.

En un rincón cualquiera del planeta almirante, una retina de hombre que no estuviera oculta por el párpado de la ilusión habría visto un juego de luces, una extraña irisación del éter. Luego la superficie árida, con sus charcos de metano y de amoníaco líquidos, con su escarcha de anhídrido carbónico que reflejaba los últimos rayos sanguíneos de una estrella agonizante, se convirtió en una cascada de luces, en un juego de colores que cabrilleaban y se perseguían, se mezclaban y se escurrían. El doctor Zeta «hablaba» ahora, y sus palabras eran arenas de oro que el viento esparcía por el espacio:

—La raza humana encierra en sí el germen de la muerte. Su historia se puede resumir en estas dos palabras trágicas: matar y ser matado, sufrir y hacer sufrir. Anhela dar la muerte, pero no se contenta con ello, sino que goza en torturarse a sí misma después de haber torturado. En suma, la humanidad es enemiga de Dios.

Hubo un estremecimiento en todo el planeta al ser pronunciada la palabra Dios, y todos los puentes dorados que unían a distancias de años-luz las mentes de todas las criaturas se tensaron como arcos de violín prestos a romperse. Hubo un movimiento de repulsión unánime en todo el Cosmos hacia aquel ser llamado Hombre que había osado manchar el Amor Divino, y hasta las estrellas parecieron cerrar sus ojos

ardientes para no ser ya nunca más testigos de los sacrilegios de aquellos blasfemos. Pero la palabra de Zeta seguía siendo vehiculada a todos los puntos del Universo.

—¿Podremos curar al hombre? Eso es lo que yo os propongo. En mi viaje a su espíritu he creído descubrir el lugar en que se agazapan sus tendencias destructoras. Éste es un lugar superficial, accesible a nuestro escalpelo psíquico. Pero no puedo descender solo. Necesito que alguno de vosotros me acompañéis.

Un hálito de victoria infundió brillantes reflejos a los seres-gemas. Protegido por una pantalla que le aislaba de las condiciones mortíferas del planeta, Brown seguía dormido, a unos centímetros sobre el suelo. Ahora estaba rodeado de una muchedumbre de globos de fuego que avanzaban hacia él como una Armada Invencible dispuesta a trabar combate contra la escuadra de la Muerte.

Luego, los bajeles gloriosos trocaron su materia por espíritu, y se repitió el milagro.

Primero entró Zeta. Parecía una lluvia de chispas que resbala por una chimenea. Era el alférez de la expedición. Tras sus huellas pasó un galáctico, y luego otro, y otro, y otro, hasta una veintena. Era un derroche de fuegos de artificio en la chimenea de la psique. Luego fue un remolino de hojas de distintos colores que el otoño agita en el seno de los bosques.

Todos admiraron las extrañas máquinas de la memoria, su actividad fabril y las metamorfosis mágicas que imprime a los recuerdos. Y tras el taller de la memoria, se cernía la zona del Terror: allí esperaban ellos encontrar al enemigo, a la muerte misma, desmenuzada en múltiples símbolos cambiantes. Si las chispas carmesíes, purpúreas o magentas se habían transformado en hojas vegetales, éstas a su vez se transformaron en veinte hilos de un viento fortísimo que abrió la minúscula escotilla del reino del Terror. Juntos penetraron, pues, en aquella zona volcánica, pletórica de cataclismos.

El viento huracanado se convirtió ahora en un bloque compacto de veinte astronaves que avanzaban rugiendo hacia el lugar en que, según las predicciones de Zeta, debía hallarse el enemigo maligno. Llevaba la nave de Zeta en su proa las insignias de Almirante, y los cañones apuntaban inmisericordes, dispuestos a convertir en unas pocas moléculas de nitratos o de carbonatos a aquella parte cancerosa de la psique de Brown.

Pero un muro invisible se interpuso de repente... Y las naves cayeron a tierra, reducidas a un achatado montón de chatarra. Yacían ahora en tierra, como ángeles caídos, los veinte legionarios. Una extraña modorra paralizaba sus miembros, y aquella amenaza que habían intuido al atravesar la escotilla ya casi se podía mascar.

Estaban ahora sobre la tierra sucia de un paseo público. Era verano y cierto establecimiento de bebidas había instalado allí sus mesas y sus sillas. Había gente sentada, tomando las pócimas que ingieren los humanos. Pero ¿quiénes eran esas gentes? Un estremecimiento sacudió la anatomía derribada del doctor Zeta: eran *ellos*, las estatuas de la primera sesión, la momia putrefacta de la segunda, y los que

unos momentos antes le habían proporcionado a Brown una navaja homicida. Eran la muerte, la oscuridad, el frío, el odio, la enfermedad y la miseria. En ellos residía la semilla de la destrucción del universo. Ahora, en forma de honestas madres de familia, acuchillaban con su sorna y con su desprecio a aquel pequeño escuadrón derrotado. Había una sangre mala en sus conjuntivas enrojecidas, una tonelada de hiel en sus gestos burlones, y toda la podredumbre de Satán en sus almas podridas. Y ni Zeta ni sus ángeles caídos podían moverse del suelo: invisibles hilos, brotados de las glándulas ceríferas de la envidia y del odio, tejían en torno de ellos capullos de crisálidas que tenían la consistencia del acero.

Pero todo cambió de repente: «alguien» rasgaba ahora el aire impregnado de miasmas, en donde los chiquillos vertían sus orines, y las honestas amas de casa su maledicencia. Este «alguien» llenó de alegría el corazón de los galácticos, de una suave alegría que les hizo desear que aquel instante quedase detenido para siempre. Era una joven de andar cimbreado, de pechos duros como el pedernal y de cabellera negra y perfumada, con un tarro de esencias vertido en un trozo de materia cósmica. Pasaba desafiante entre las honorables sembradoras del odio rompiendo uno por uno los tirantes de acero que mantenían presos a los vencidos. Zeta pudo presenciar el gesto de horror de aquellas matronas-alacrúneas, sus miradas escandalizadas ante la falda tan corta de la joven divina, y su retirada general. Luego, cuando la muchacha se acercó a Zeta y éste, puesto de rodillas, pronunció la frase mágica: «Tú eres mi señor, mi dios», las respetables amas de casa se transformaron en un enjambre de cuervos que huían graznando. Quedó solamente de ellas algunas plumas negras que se balanceaban indolentes en el aire denso y caldeado.

Aún conservaba en sus dedos el roce del cerco de la falda de Eros Astarté cuando Zeta volvió a estremecerse de terror: se hallaba ante un templo en ruinas. Brotaba de ellas, un hálito espeso en el que se mezclaba el olor del incienso con el de la parafina en combustión y de la carne humana descompuesta. Llegaba a sus oídos el tañido de las campanas que doblaban a muerto. Había desaparecido ya el aroma divino, pero animado aún por aquel contacto sagrado, Zeta entró valientemente en el edificio. Vio en sus muros grafitos obscenos y amenazas tremebundas. En la entrada se erguía una mendiga, con una mano sarmentosa extendida hacia Zeta. Un ropón de color negro le cubría completamente las facciones, pero la mujer parecía encorvada por una enfermedad que le había deformado la columna.

Zeta realizó un esfuerzo mental y sacó de su bolsillo una moneda de oro. Al posarse en la mano de la mendiga el oro dejó de ser oro, para transformarse en plomo, y Zeta pudo oír una risa gutural que le heló hasta los tuétanos: la mendiga se había descubierto la cara corroída por la lepra y le invitaba con sarcasmo a entrar para reunirse con sus compañeros.

El interior del santuario era lóbrego, y una parte del techo se había derrumbado, dejando al descubierto un cielo en el que se destacaba la Luna como una hoz ensangrentada. Había allí nichos destruidos, estatuas derribadas en el polvo y un

extraño amasijo de manos y de brazos de cera procedentes de exvotos. Pero allí enfrente, delante del altar, estaban «ellos», rezando una macabra y obscena letanía a los diecinueve compañeros de Zeta que yacían en sendos ataúdes. En cada esquina de los féretros lucía la débil llama de una vela que imprimía un tinte rosado a los rostros de los difuntos. Volvían a estar ligados por los poderes diabólicos, y entonces Zeta puso en práctica una idea salvadora: dio un salto sobre el altar, que estaba presidido por un animal peludo provisto de cuernos retorcidos y que miraba con fruición los ritos de sus acólitos. Ahora Zeta era una joven, de mirada provocativa, que desafiaba a los esbirros de la muerte. Y al mismo ritmo de los salmodios comenzó a hacer un *strip-tease*. Un *strip-tease* que hizo enmudecer el tañido de las campanas, que reavivó la luz de las velas y que fue poco a poco apagando aquellos sonidos roncós que parecían brotar de una extraña mezcla de seres humanos y de reptiles.

«Ellos» huían ahora hacia el fondo de la nave, y comenzaban a refugiarse en los nichos destruidos, como vampiros cegados por el resplandor de la cruz. Mientras, uno por uno, los compañeros del doctor Zeta comenzaban a levantarse de sus féretros, poseídos por un delirio dionisiaco. El altar demoníaco se había convertido ahora en el escenario de un *music-hall*, en donde trazaban rápidos arabescos veinte muchachas desnudas, que cantaban al unísono un himno a la vida, a la esperanza y al amor.

Pero no habían contado con la figura horrible que les acechaba desde lo alto. La boca de la bestia se abrió como un inmenso túnel y un viento helado empezó a soplar sobre el escenario. Poco a poco los miembros de los veinte galácticos se fueron ateriendo, y el aire quedó congelado en un prisma de hielo. Parecían los legionarios extraños insectos incrustados en un trozo de ámbar blanco, mientras resonaba en las naves de la iglesia la carcajada triunfante de la Muerte y los gritos histéricos de los ícubos y súcubos, que aplastaban sus rostros contra la muralla de hielo para dibujar mil caricaturas burlonas.

Zeta ya había concebido la idea de una retirada general fuera de aquellas mansiones en donde imperaba la muerte y el terror, cuando volvió a ocurrir el milagro. El altar estaba todavía allí, a espaldas de aquel bloque hialino en que yacían enterrados los veinte guerreros. Y fue sobre él en donde apareció una concha gigante que flotaba sobre las ondas de un mar azul que disolvieron la cárcel transparente como si se tratase de un cristal salino.

Una fragancia inefable invadió el recinto, arrojando a empujones el olor a humedad y a velas quemadas. Y un sol mil veces más luminoso que el sol apareció sobre la concha, convirtiéndose poco a poco en la figura concreta de Venus Anadiomena. Caían del cielo pétalos de rosa y corolas de alhelíes, de violetas y de claveles que al golpear a los malignos chirriaban como trozos de hielo sobre una plancha al rojo.

La Divina Afrodita-Ishtar-Kuan Jin-Freya-Baldung-Kama-Yahvé volvía a brotar como una flora de la primavera. Miraba benéfica a todos los puntos del universo irradiando la energía «que mueve al sol y a las otras estrellas».

En las manos de los veinte expedicionarios, convertidos ahora en doncellas de diáfanas vestiduras, había brotado un tirso, y fue con los tirsos con los que golpearon los rostros violáceos de los contubernios de aquel aquelarre y sus espaldas encorvadas que denotaban la muerte. Ahora huían ellos hacia los cuatro puntos cardinales, y los muros de la iglesia se habían evaporado, dando paso a una pradera tapizada de flores y de arbustos aromáticos que les quemaban los pies a los fugitivos. Gritaban «¡Evohé, evohé!» a sus perseguidores.

Parecían ya acorralados definitivamente los enemigos cuando alguna fuerza maligna los transformó en cisnes negros que levantaron el vuelo. Una sima negrísima se había abierto en la tierra y por ella se precipitaron dando graznidos. Y esta sima volvió a cerrarse al llegar a los bordes los adoradores de Eros. Comenzaba la segunda parte del combate: ahora había que descender a las profundidades del inconsciente.

Ya creían haber perdido la esperanza del descenso cuando la llanura se extendía delante de ellos árida y monótona, y los guijarros afilaban sus sombras en todas las direcciones, como si el sol estuviera en todas partes. Pero hubo un temblor del aire y el rumor de las olas que se estrellan contra el acantilado llegó a los oídos de los guerrilleros. Al mismo tiempo, la brisa marinera oreó sus pulmones.

Sí, allí estaba el mar, «siempre renovado», como una tentación ardiente o como un espejismo brindado por la psique de Brown a los expedicionarios sedientos de combate. Pero una muralla de cristal les impedía tocar las olas que se deshacían en las arenas y sentir en sus tobillos la lengua amarga del agua.

Y, sin embargo, allí estaba jugando un niño con una palita y un cubo. Su cabello era como una mazorca madura, su piel parecía suave, como un pétalo de nardo. Y era tal la unción que despertó en los galácticos, que éstos, instintivamente, se pusieron de rodillas y flexionaron reverentes sus torsos. Brotó la palabra del Niño:

—Descended por este hoyo. Me llaméis o no me llaméis, yo estaré siempre con vosotros —y señalaba la minúscula depresión de arena que su palita había impreso a la superficie sin redondeces de la arena. Allá, en el fondo del hoyo, dormía un trozo del océano, que se comunicaba bajo tierra con el Gran Todo. Zeta y sus compañeros se transformaron, pues, en veinte hilillos de agua que se fueron a mezclar con el fluido acre del mar.

Primero fueron veinte gotas que caían de una inmensa nube de color, grande como la nieve; luego fueron veinte cisnes blancos, que se abalanzaron veloces como dardos en la persecución de otros tantos cisnes negros. Volaban en espiral en torno a un gigantesco fuste que soportaba el alquitra de la Conciencia, y cuyas bases se hundían en un abismo sin fondo. Los gritos de los guerreros alados resonaban como el graznido de una bandada de cuervos que se deslizan entre dos montañas: los mundos infinitos le devolvían los ecos, pero allí no había mundos, sino sólo la columna y los cuarenta cisnes, que bajaban veloces hacia el Infierno.

Los galácticos habían sido más veloces que los fugitivos y comenzaban a trabarse combates cuerpo a cuerpo. Una bocanada de sangre derramada comenzó a llenar el

Universo, mientras caían copos blancos y negros entremezclados.

Luego los cisnes negros se convirtieron en guerreros de rostros verdosos y de corazas negras como la noche, y los galácticos trocaron sus plumones blancos por armaduras y por yelmos de plata. Las notas roncas de los cisnes habían sido sustituidas ahora por el clañido de las espadas y los redobles de los escudos. Brotaba un grito unánime de las gargantas de los guerreros de la Luz: «¡Quién como Dios!, ¡Quién como Dios!». Sus enemigos se batían en retirada, cada vez más amedrentados ante el acoso.

Y, sin embargo, la lucha no cesaba. Los guerreros de armadura negra se habían transformado en reptiles venenosos, enfundados en escafandras espaciales. Disparaban con sus desintegradoras círculos de color verde, que cuando alcanzaban a alguno de los expedicionarios le producía una sensación de ahogo y de muerte inminente. Pero Zeta y sus compañeros habían montado con su propia sustancia espiritual un gigantesco Láser que lanzaba chorros de fuego contra la horda enemiga. Y pronto comenzaron a disolverse éstos en nubes de anhídrido sulfuroso que caían hacia el abismo como meteoritos heridos por el oxígeno.

La falange de galácticos bajaba en picado, como una escuadrilla de reactores. Apestaba aún la atmósfera a olor a carne podrida y a azufre quemado que habían dejado tras de sí los esbirros de Lucifer en su huida precipitada. Marchaba en cabeza el doctor Zeta, montado en un alazán cuyas alas despedían chispas doradas al batir el aire denso. Una túnica blanca cubría al general, que empuñaba en una mano una espada de pomo de oro y de hoja inquebrantable y en la otra una enseña, tensa por el rápido descenso y en la que campeaba una cruz. Le seguían los diecinueve caballeros. Bordados en los pendones y en las gualdrapas lucían los emblemas de la Confederación Galáctica, y había un revoloteo de herraduras de plata y de astas de bronce.

Allí estaba el Abismo, mejor dicho, el dintel del Abismo. El basamento de la columna se perdía, en efecto, en un charco de aguas infectas, nauseabundas. Parecía el esputo de un gigante tuberculoso. Hojas carnívoras abrían sus bocas crueles, acechando a la vida, y un millón de insectos del cieno miraban con ojos burlones a los nuevos Cruzados.

Fue entonces cuando la columna vaciló, sacudida por unos brazos inmensos. Y se oyó un aullido atroz, como si en esos momentos todos los habitantes del universo hubieran aullado al unísono: ¡la charca se estaba convirtiendo en «algo» que no llegaron a ver, porque una mano piadosa les cegó durante unos instantes!



JOAN TARRADAS 19

Cuando despertaron, los veinte Cruzados flotaban embutidos en sendos trajes espaciales en un remolino de aire que les agitaba como hojas secas. Seguía resonando en sus oídos aquel rugido que helaba la sangre, y era la vibración del éter la que amenazaba con golpearles contra las rocas cortantes de la Montaña Cósmica en que se había trocado el Eje del Mundo. El huracán era cada vez más intenso y los galácticos tenían que realizar grandes esfuerzos para no quedar aplastados en las entalladuras. Flotaban además en la atmósfera troncos de árboles, animales de todas las especies y una ceniza volcánica que les quemaba la garganta. Se había producido, en efecto, un cataclismo en el alma de Brown, y el doctor Zeta ignoraba todavía sus consecuencias.

Pero cuando todo parecía perdido, los ojos de los veinte expedicionarios quedaron deslumbrados por los rayos de un sol más luminoso que cualquiera de las estrellas que el Sembrador Divino aventaba en los surcos oscuros del Cosmos. Allí estaba la

fuente de la luz que iluminaba la psique, allí estaba Rha-Schamash-Amaterasu-Helios-Surya, y el corazón agradecido de los veinte galácticos recitó aquel verso antiquísimo:

¡Hermosa es tu alborada, ¡oh! dios Atón, Señor de la Eternidad!
Eres resplandeciente, hermoso y fuerte!
Inmenso y profundo es tu amor...

Planeaba victorioso sobre el volcán furibundo del Inconsciente que arrojaba gruesas bocanadas de fuego y de humo y las laderas de la montaña se retorcían mimosas bajo la caricia benéfica de la luz. Instantes después, los rayos de aquel Sol de Soles, de aquella «Centella del Espíritu», se habían mutado en veinte brazos larguísimos que se dirigieron rectos hacia los cuerpos martirizados de aquellos Quijotes apaleados por la Muerte. Eran manos bienhechoras, manos tibias y suaves, como las de una mujer enamorada, las que acunaban en su oquedad a los veinte expedicionarios, remontándoles lentamente hacia la puerta de la psique, depositándoles con suavidad en el dintel de la Conciencia como una gata cósmica que acostase a sus crías. Y Zeta deseó que en ese momento la rueda del tiempo quedara detenida, que en aquella mano débil y todopoderosa se remansara el Universo.

Los veinte cazadores de la Muerte eran ya un brazaletes de piedras preciosas flotando en la atmósfera del planeta-capital y seguían resonando en sus espíritus estas últimas palabras: «Aún no ha llegado mi hora». Pero Brown estaba loco, tan loco que la Federación Galáctica tuvo que tomar medidas extraordinarias para conjurar su inmensa locura.

Brown despertó de su sueño profundo. Intuía que algo grave había ocurrido. Algo tan grave que su conciencia se negaba a admitirlo. Se palpó las mejillas, chasqueó la lengua dentro de la boca y se pellizcó la palma de la mano. Sí, allí estaba él, pero era otro el que había surgido del negro antro del ensueño. Miró hacia arriba y vio la bóveda que había velado en otras ocasiones su despertar: embudo destilando la quintaesencia del cerebro de Brown en el negro fregadero del universo. Pero ahora esa bóveda parecía contraerse, como aplastada por dos rodillas de gigante. Era estrecha, demasiado estrecha para los pulmones de Brown, que estiró los brazos anhelando el oxígeno. Y la bóveda seguía contrayéndose, acercándose a su pecho como una mordaza de berilo.

Brown gritó. Gritó hasta que no quedó ni una sola molécula de oxígeno en sus pulmones, hasta que su garganta quedó ronca y el alarido se convirtió en un estertor. Fuera de allí estaba la vida, el esplendor de las formas mil veces cambiantes, los rostros de las muchachas bonitas y la lujuria de la vegetación, que los miembros de la Federación Galáctica habían creado de la materia amorfa con la varita de virtudes de

sus poderes. Brown se precipitó como un toro embravecido contra la muralla hialina, que saltó en una chispa de diminutas bolas de oro.

Y vio entonces el sol rojo que presidía los días del planeta galáctico, agazapado en el horizonte. Parecía un demonio ensangrentado que estaba comiendo a pedazos las entrañas palpitantes del planeta. Se dirigió contra él pronunciando bizarros exorcismos. Era un lenguaje que el propio Brown desconocía. Resurgía desde las fontanas ocultas de su inconsciente todo el terror de los chamanes primitivos, de los ejecutores de las ceremonias lustrales en la antigua Roma, de los exorcizadores medievales, del Hombre, en fin, enfrentado con los poderes de Satán.

Porque un relámpago de luz había sacudido el cerebro de Brown, haciéndolo girar como las paletas de una centrifugadora en torno al eje incandescente de aquella revelación: sí, él era el Profeta, el Profeta ungido de Dios. ¿Cómo no lo había percibido antes? ¿Cómo era posible que hubiese vegetado hasta entonces como profesor de Zoología en una pequeña ciudad de Norteamérica? Y ante esa idea su psique se infló como un inmenso chicle de materia espiritual que los pulmones de un niño demoníaco estuviera relleno de aire para empujar con él al universo entero contra la pared de la Nada.

Atravesó a grandes zancadas las calles ficticias, tropezó mil veces con los transeúntes de su imaginación y arribó por fin a una sastrería. El delirio iba cristalizando en su mente en un magnífico diamante de locura. Ahora tenía que fabricar profetas en serie, acólitos suyos que expandiesen por el Cosmos la Buena Nueva. Sus uniformes serían de color blanco, con una cruz roja en el centro del pecho. Gracias a sus discípulos edificaría en el planeta una nueva Jerusalén. Atravesaron su cerebro, ante esa idea, cien ríos de miel y leche, y un roce de alas arcangélicas le oreó la frente. ¡Sonaba ya un hosanna en las alturas, y la puerta del Paraíso se abría a los neófitos!

—¿Qué desea usted? —le preguntó el dueño del establecimiento.

—¡Maldición! ¿No me conoces, réprobo? ¡Soy el Mesías! —exclamó Brown, zarandeando por el cuello al dependiente-sombra. Los dedos se fueron cerrando como las encías de un cascanueces, y el hombre-imagen cayó a tierra con un cerco rojo en torno al cuello y un matiz azulado en las mejillas. Dentro de poco arderían millones de hogueras en todo el planeta, y el olor de la carne chamuscada subiría recto hacia las fosas nasales Divinas, haciendo estremecer de gozo a las Jerarquías angélicas.

Salió a la calle con nueve cortes de tela blanca en el brazo. Las ideas de Brown eran veloces automóviles de carrera que nadie pudiera detener. Las veía pasar delante de sí levantando una gran polvareda y dejando en sus oídos un retumbar de truenos.

—Nemaltemintos, platelmintos, arquípteros, himenópteros, dípteros, lepidópteros...

—Cuatro por dos son ocho, cuatro por tres son doce, cuatro por cuatro dieciséis, cuatro por cinco veinte, cuatro por seis veinticuatro...

—Soy el Mesías, soy el Ungido, Cristo es Dios y Brown es su Profeta. Vota a

Brown: es el mejor Profeta...

¿Mas cómo crear nueve discípulos para que a su vez crearan cada uno de ellos otros nueve, y así sucesivamente, hasta llenar el Universo de ungidos? Aquella inteligencia prodigiosa que en unos instantes había florecido como una orquídea extraña en su cerebro, bajo la regadera milagrosa de un jardinero enloquecido, brindó la solución: había que acudir a las Hijas de los Hombres.

Precisamente pasaban delante de él sobre la acera de cemento, que no era de cemento ni era tampoco acera; rubias, morenas, pelirrojas, castañas, altas, bajas, gruesas, delgadas, pero todas taconeaban graciosamente ante sus ojos extasiados, mirándole con extrañeza. Pero ¿eran todas ellas dignas del Profeta? ¿Merecerían la semilla del Mesías? Brown intuyó en todas ellas un deseo inmenso de ser poseídas, de ser macetas de una nueva raza de titanes del espíritu. La forma en que movían los tacones eran incitaciones al deseo, gestos obscenos que sumergían a Brown en la tierra movediza de la sensualidad.

Distinguió a una muchacha, de caderas anchas como una cuna de niño, y que parecía ser una de las nueve elegidas por el Señor. Él mismo la puso en sus manos: se lanzó como un jaguar sobre ella e intentó forzarla sobre la acera. Lucharon durante unos segundos sobre el suelo de una calle que había quedado extrañamente desierta. Pero no, no era una de las Esposas Prudentes, y después de la violación y del asesinato el disco rojo del sol parecía más ensangrentado.

Luego las calles volvieron a poblarse de transeúntes. Alguien le había alargado a Brown una desintegradora. Con ella en la mano predicaría las Enseñanzas y ¡desgraciado del que se resistiera!

Se subió en una torreta de la circulación y comenzó a predicar. Las masas se arracimaban en torno a él.

—¡Hermanos!, la hora del Anticristo ha llegado. Abandonad los placeres carnales, porque se avecina el fin del mundo. Sólo yo os puedo conducir al Paraíso, pero antes es necesario que arrojéis a la hoguera vuestras obras de arte, vuestros muebles lujosos que son ocasión de pecado y que os hacen esclavos del demonio.

Pero las masas eran remisas en obedecerle. Le escuchaban corteses y luego se retiraban a sus quehaceres. En algunos despuntaba, incluso, una sonrisa burlona. Y Brown comenzó a disparar a quemarropa. ¡Había que convertir al mundo en una inmensa hoguera! Él sería el Gran Inquisidor Divino. De las cenizas brotaría la nueva Jerusalén. Comenzaron, pues a llover los cintarazos de fuego. Caían los hombres y las mujeres como una hilera de hormigas fulminadas por la llama de un soplete. Luego Brown quedó solo, jadeando de emoción en medio de los cuerpos chamuscados que se retorcían agónicos.

Mas fue sólo un instante de reposo, porque entonces aparecieron las «voces»: primero eran unas voces suaves, femeninas, aflautadas, que le insinuaban irresistiblemente los goces de la perversión sexual. ¿Por qué no eliminar, por ejemplo, a todas las mujeres y admitir sólo en la nueva Jerusalén a los efebos? Luego

las voces se hicieron más broncas. Le acusaban de crímenes horrendos y le zaherían sin compasión.

Sí, no cabía duda, eran las voces del demonio. Brown apuntó el desintegrador hacia el sol rojo que parecía un coágulo de sangre en el pecho del cielo. El arma volvió a lanzar su trallazo ígneo y antes de que Brown cayera al suelo desvanecido bajo los dedos alargados del doctor Zeta, que peinaban los cilindroejes de su cerebro encrespado, Brown pudo contemplar cómo aquella mancha roja se convertía en un túnel de llamas que se precipitaban inconteniblemente sobre él.

—El hombre es el absurdo. Para no destruir, tiene que estar domeñado por las fuerzas de la destrucción. Mata por miedo, pero, si huye él de miedo, también mata. Ha destruido países enteros en nombre del amor y, a fuerza de querer ser feliz más allá de la muerte, ha convertido a la Tierra en un infierno, con lo que ha perdido a su vez la Tierra y el Cielo. Se considera arrojado del Paraíso y siente nostalgia de él, pero hace todo lo posible para no ser readmitido...

Tronaban las ideas del doctor Zeta en el recinto inmaterial que circundaba a los consejeros de la Federación Galáctica. Pero asomaba en sus imágenes la náusea de las últimas experiencias ante la visión de la Muerte dentro y fuera de Brown.

—Volveré de todas las maneras a bajar a los infiernos. Esta vez solo. ¡Quién sabe si existe algún talón de Aquiles en el cuerpo de la Bestia!

La decisión de Zeta se impuso a las opiniones de los demás consejeros que creían ya llegada la hora de lanzar su veredicto: el ostracismo de la raza humana. El doctor Zeta reanudó sus sesiones de psicoanálisis.

CUARTA SESIÓN

Zeta se hallaba ante un inmenso edificio. Sus muros eran lisos, pero acribillados de ventanas. A derecha e izquierda se perdía la fachada siguiendo las leyes de la perspectiva, sin que el ojo percibiera sus límites. Parecía una colmena, pero sin abejas dentro. El silencio era absoluto, insoportable. La puerta de entrada era muy alta. Estaba cerrada con una pesadas jambas de bronce repujado. Unas escalinatas de mármol negro unían la entrada con la acera, y a los lados había pasarelas de acero bruñido y unos farolillos de color amarillento que iluminaban apenas la escena. La mayor parte de las ventanas estaban iluminadas: parecían ojos de peces abisales que se fueran a precipitar sobre Zeta. Pero su luz no era luz, sino un simple simulacro luminoso. Zeta miró detrás de sí y no vio ni siquiera su sombra. Algunas ventanas guiñaban con picardía, y algunas sombras irreales tapaban a veces la luz, se contorsionaban y luego desaparecían.

Nadie vigilaba la entrada del Gran Hotel. Ni siquiera el cancerbero de la Mitología Griega, o los monstruos de los Textos de las Pirámides. Pero la puerta

estaba «viva» y de vez en cuando se abría y se cerraba para dejar paso a un Brown que bajaba de una carroza fúnebre, después de abrir en silencio la tapa de su propio ataúd. Luego la carroza continuaba su camino silencioso hasta perderse en la negrura de la noche. Sólo restaba de ella las chispas de fuego que lanzaban los caballos de color azabache en las guijas de la calle. Tres carrozas se detuvieron delante de Zeta y tres Brown distintos y al mismo tiempo idénticos subieron la escalinata. Una especie de imán mantenía detenido a Zeta en la acera de enfrente. Pero dejó de atarle cuando el médico se convirtió en mariposa. Era una mariposa de alas doradas; en sus antenas brillaban sendos puntitos de luz.

Aleteaba con brío en el aire enrarecido, dejando tras sí un suave destello de átomos dorados.

Entró por la cerradura y empezó a oír mil clamores distintos. Eran voces suaves, eran voces desabridas, era estrépito de muebles rotos y al mismo tiempo el suave tañido de las copas cuando se ejecuta un brindis. Resonaban allí melodías extrañas de todos los países de la tierra y de todas las épocas de la historia. Y todos aquellos sonidos se unían en un zumbar de enjambre de abejas.

Zeta pasó el vestíbulo y no vio a nadie detrás del mostrador de los recepcionistas, pero sintió una presencia invisible detrás de él. Lámparas de bronce ennegrecido por los años se precipitaban desde el cielo raso e impartían extrañas fosforescencias al cuero y al terciopelo de los divanes y sofás. La mariposa dorada trazó su serpentina de luz en torno a las cadenas de bronce y a las columnas salomónicas en yeso o en madera de nogal.

Y vio entrar a un cuarto Brown. Era el Brown de la desintegradora, que humeaba todavía en sus manos. Avanzaba como sonámbulo hacia la Recepción. El libro de huéspedes se abrió entonces, hojeado por unas manos invisibles, y una pluma escribió un número en una ficha de cartón que Brown recogió maquinalmente. Luego la maleta, que hasta entonces había empuñado en su mano izquierda, se puso en movimiento brincando y rebotando en el suelo detrás de su dueño como un perrito fiel. El doctor Zeta revoloteó hasta Brown y pudo leer lo que la pluma misteriosa había escrito en la ficha:

HOTEL.....

Huésped: Joseph Brown

Estado: Casado

Profesión: Profesor de Zoología

Nacionalidad: Norteamericana

Número de habitación: ∞

Y era el signo de infinito el que figuraba en letras de bronce dorado en todas las habitaciones que se alineaban a derecha e izquierda de los inmensos pasillos sin

retorno, siempre monótonos, siempre idénticos a sí mismos. El cuarto Brown se perdió en uno de los recodos y Zeta ya no pudo seguirle. Pero de vez en cuando se abrían las puertas de las habitaciones y otros Brown salían de ellas para penetrar en otros recintos, y entonces cien olores diversos llegaban hasta las antenas de Zeta, sacudidos por corrientes que levantaban el polvo de los pasillos o que sacudían las lámparas.

Zeta se posó en una de las bombillas polvorientas que lanzaban una luz mortecina sobre el corredor. Vio por encima de él telarañas que colgaban del techo y arañas velludas que le miraban con ojos de codicia: los «enemigos» ya estaban alerta. Y presintió las trampas tendidas, centímetro a centímetro, en aquel hotel interminable como la muerte misma. Más de una vez sus alas quedaron pegadas a los hilos viscosos y más de una vez sintió en sus antenas el olor a ácido fórmico de los insectos de presa. Pero el viento volvía a soplar y los hilos se rompían empujando el frágil cuerpo de la mariposa contra todas las esquinas de los pasillos, o contra los duros frontones de las puertas.

Una puerta se abrió de repente y, arrastrándose por los pentagramas de una música sincopada y lentísima, se deslizó un olor a tabaco rubio y a perfume femenino. El doctor Zeta se precipitó por la puerta entreabierta con todo el vigor de sus alas de oro.

Allí estaba Brown, el mismo Brown de siempre, quizá un poco más joven que el Brown que ahora está siendo psicoanalizado. La habitación era un club privado. Varias parejas se hacían el amor en los rincones, bañadas de un suave rocío rosado que desleían las bombillas ocultas. Dos saxofonistas y un clarinetista negros tocaban sus instrumentos de pie y el pianista marcaba el ritmo.

Brown bailaba muy apretado con una muchacha. Su boca buscaba con ansia el cuello de ella. Era una hetaira, y entonces las hetairas se maquillaban los senos con un fino polvillo de oro y plata. El *rimmel*, herido por la luz roja del local, brillaba en los ojos de ella como los élitros de un escarabajo del trópico.

La pieza había terminado y la pareja se sentó. Luego otra joven de pelo rojizo y con los pechos también desnudos tomó asiento al otro lado de Brown y cruzó una de sus piernas sobre las rodillas de él. Pronto hubo un revoltijo de manos, en las que sólo se podía diferenciar las manos anchas y viriles de Brown. Zeta se aproximó al trío con la fría mirada del analista que planea por encima de la lujuria o del odio. Brown proponía ahora a sus amigas mil locuras eróticas. Las muchachas se reían provocativas. Por fin se levantaron para marcharse a cierto cuartito tapizado de azul que les esperaba en el recinto contiguo.

Se acercó el camarero. Sus ojos eran como los de Helen, su nariz y su boca como los de la madre de Brown. Se agolpaban en él cien rostros diferentes. Era como una fotografía compuesta a base de clichés. Le alargó la cuenta a Brown, y éste sacó su flamante cartera de cocodrilo. Sonreía satisfecho y abrazaba con fuerza a las dos hetairas que dejaban caer sobre las solapas del hombre un chorro rojizo y dorado.

Brown comenzó a sacar de la cartera papel tras papel. Zeta notaba el profundo esfuerzo de su atención para convertir «aquello» en billetes auténticos. Pero en vano: allí había sólo recortes de periódicos, anuncios de revistas, un documento de identidad, una página de geometría... El camarero parecía una estatua. Las muchachas se habían esfumado y sólo quedaba entre ellos un montón de papeles que iba aumentando, aumentando sin cesar.

La mano del camarero se extendió hacia el hombro de Brown y éste quedó inmovilizado.

—Va usted a venir conmigo al cuartito azul —le dijo con sorna.

Las luces rojizas se apagaron y delante de él se abrió una puerta que parecía la entrada de un horno. Un vaho sofocante, en el que el olor a hierro incandescente, a carne quemada y a ácidos corrosivos se mezclaba, llegó hasta las antenas de Zeta, al mismo tiempo que captaba los gritos desesperados, los ayes dolorosos, los estertores de agonía pronunciados por muchas gargantas que eran una sola: la de Brown.

Zeta agitó sus alas y en ese momento un rápido manotazo, tan rápido que ni el propio Zeta pudo evitarlo, se abatió sobre él. Estaba cazado dentro de una trampa carnosa, con troncos negruzcos como pinos carbonizados.

—¡No, querida alma, no esperes la inmortalidad, sino un destino incierto! — resonó al mismo tiempo en aquel antro inmundo, Y el verso de Píndaro, en la boca de aquel emisario de la muerte que jugaba al retruécano con la palabra griega *psyjê*, sonó como una horrenda blasfemia.

Avanzaban hacia la cámara de los horrores. Zeta pudo contemplar el panorama a través de la escotilla que formaban dos de los dedos semiabiertos. En un rincón, Brown flagelaba a Brown. Había un retorcimiento de músculos, y al mismo tiempo una especie de complacencia morbosa en el Brown víctima, que al cabo de un número definido de trallazos se convertía a su vez en Brown-verdugo, trocándose alternativamente los papeles. Los trallazos no dejaban una sola huella en las carnes. Sonaban los golpes como piedras que van cayendo en un estanque profundo. El rito era grotesco, inhumano, y lo más angustioso de aquella escena era que se desarrollaba siempre de la misma forma, en el mismo lugar y con la misma mímica ¡sin esperanza de una minúscula variación y, menos aún, de un fin!

Las bóvedas de aquel recinto oprimían los pechos, atenazaban las gargantas, aplastaban los ojos hasta reducirlos a una oblea de gelatina. Y todo se veía borroso, como en el sueño de un sueño. Zeta pudo distinguir a un Brown que se precipitaba por un pozo. Escuchaba su grito de terror al caer en el vacío y luego el estallido de la carne y de los huesos al reventarse en el fondo de roca. Y entonces aparecía Brown, que volvía a precipitarse de nuevo, y así sucesivamente, sin descanso alguno, sin amnistía posible.

Y estaban también allí la madre de Brown, su abuela, sus familiares femeninos, sus maestras, con tijeras, con cuchillos de carnicero, con hachas, cortando una y otra vez los órganos sexuales de Brown, siempre renovados, amputándole las manos o

pinchándole los ojos. Zeta pudo distinguir también a un Brown errante, con la frente enfebrecida, con los ojos casi fuera de la órbita y que se llevaba las manos a la boca para impedir la caída de los dientes que iban precipitándose uno por uno en la tierra, en donde se convertían en minúsculos falos parecidos a cornezuelos de centeno o a brotes de hongos.

Fue una visión que duró unos instantes, porque un dolor agudísimo en el dorso obligó a Zeta a contraerse como un arco dispuesto a lanzar la flecha. Era un dolor lacerante que parecía una onda sonora obligada a reflejarse sin descanso en los extremos cerrados de un tubo. Y al mismo tiempo era un dolor angustioso, o si se quiere una angustia dolorosa que sólo la psique extraterrestre de Zeta podría haber soportado. Se dobló sobre sí mismo y descubrió la causa: el camarero-verdugo había atravesado de parte a parte su cuerpecito de insecto con un largo alfiler negro. Ahora Zeta yacía traspasado por el dardo en una caja de coleccionista de mariposas, con un largo rótulo latino pegado delante de sus antenas: *papilio galactica Z.* Y unos ojos gigantes, inyectados de sangre, los de un niño-Brown, miraban a través del vidrio del cristal del estuche.

Sin embargo, fue sólo un instante. Se oyó un ruido de cristales rotos y un geiser de témpanos finos brotó de la caja. El doctor Zeta era ahora un toro que salía a la luz, ávido de grama. Sobre su cabeza una luna en cuarto creciente, esposa del sol, subía hacia el aire puro de la atmósfera, en una dehesa de Andalucía. El calor del estío mediterráneo lamía lúbricamente los lomos del cornúpeto. Brown-niño, Brown-sádico, Brown coleccionista y enterrador de luces y de colores en féretros de cristal, corría hacia el horizonte empavorecido con el vaho caliente del astado en los talones. Y una brisa suave ondulaba la hierba y las hojas pizarrosas de los olivares. Lejos yacía la banderilla que había impreso una pista de sangre en el lomo terso de la bestia gloriosa.

Pero se oyó un clarín y el campo de grama se convirtió en la arena ardiente de una plaza de toros. Allí estaba Brown, o mejor dicho, la sombra de Brown, vestido con el traje de luces. Se oyó un clarín, el público prorrumpió en aclamaciones y una banda tocó los primeros compases de un pasodoble.

Brown-torero agitó la muleta y el estoque pasó al rojo blanco herido por el sol de la tarde. Y aquel trapo rojo comenzó a ejercer sus efectos mágicos sobre el cornúpeto. Zeta se resistía a embestir al diestro, pero era la muleta un pozo de sangre que le atraía con la violencia del vértigo. Hincó las potentes ancas en la arena, pero en vano: arremetió al torero con toda la fuerza de sus músculos. Un ¡olé! estruendoso restalló como un petardo de dinamita en la gran bocamina del cielo de España. Y luego se oyeron otro, y otro, y otro..., a medida que el toro arremetía y era burlado por el diestro.

Ahora el torero esgrimía el estoque, que apuntaba como una aguja magnética al norte del corazón del doctor tauomorfo. Zeta quiso apartarse y no pudo: parecían sus tendones cables de acero unidos a unos huesos que eran las entrañas de la Tierra. Y

todos sus esfuerzos sobrehumanos para aunar la obesidad planetaria fracasaron rotundamente. Brilló de nuevo el estoque como una anguila de plata.

Otra vez estaba allí ese dolor lancinante, esa angustia dolorosa o ese dolor angustioso que quemaba las raíces de los nervios y raía como una lengua de felino los tuétanos de los huesos. Zeta se desplomó sobre la arena de aquella España soñada. Un último ¡olé! estentóreo sonó en la plaza, rompiendo los tímpanos al astado agonizante. Y luego todo desapareció, salvo la pupila azul e inocente del cielo y aquel plasma de oro que entibiaba los cuerpos y las almas.

Zeta gemía ahora por la sombra humana del doctor Zeta. Porque seguía el estoque clavado en su espalda. Parecía Zeta un aperitivo presto a ser devorado por un gigante cósmico y la bandeja en que la Muerte le servía era una ciudad terrestre de edificios modernos y de aceras de cemento. Pasaban los transeúntes a derecha e izquierda, sin una mirada de conmiseración, sin un gesto de ayuda. Algunos se detenían, expresaban algunos comentarios y proseguían su camino. Comenzaba a brotar un fluido negro de la boca de Zeta. ¿Dónde estaba el buen Samaritano? ¿Era posible que, en aquel rincón del alma de Brown, Dios no estuviera presente a pesar de la promesa del Niño? Y la desesperación comenzó a hacer aún más profunda la herida en el espíritu del médico.

Allí enfrente de él había una cabina telefónica y Zeta se arrastró penosamente hacia ella, dejando un rastro viscoso como la pez en la pista aséptica de la acera. Sumó todos los vectores de sus potencias galácticas y se incorporó sobre sí mismo para arrancarse el estoque. Al hacerlo sintió que le aplastaban las siete agonías de la muerte. Pero ya estaba fuera de su cuerpo el estoque, que, al tomar contacto con el suelo, se convirtió en una culebra negruzca y babosa. El ofidio reptó rapidísimamente hacia la boca de una alcantarilla en donde se sepultó.

Zeta se sentía ahora aliviado: lo suficiente para marcar el número de Urgencia Médica en el teléfono. Escuchó en el auricular. Se oyó el *clic* de la conexión telefónica y luego una voz melodiosa pronunció el verbo de rigor en cinco idiomas diferentes: francés, inglés, español, ruso y chino.

—¿Dígame?

—Póngame, por favor, con el Excelso: ¡Estoy herido! ¡Necesito Su ayuda!

—Lo siento, está muy ocupado, no puede ponerse.

—Dígale, señorita, que es un asunto urgente. El porvenir de la Humanidad depende de Él en estos momentos.

—Lo siento, está muy ocupado, no puede ponerse.

Y Zeta volvió a escuchar una y cien veces en los cinco idiomas internacionales esta frase, hasta que se dio cuenta que la voz de la señorita, tan cálida, tan acogedora, tan melodiosa, no era más que un trozo de inerte cinta magnetofónica, que en otras situaciones o bajo otros símbolos habían escuchado millones de hombres

desesperados como él, sin que la cinta se agotara y sin que su texto quedase cancelado en una sola sílaba.

Cayó desvanecido Zeta. La calígene de la locura comenzaba a inundar su cerebro. Dios le había abandonado, pero aún así dirigió sus ojos al cielo azul e imperturbable y musitó entre estertores una oración ferviente hacia aquel Sol de Soles que su mirada no podía percibir en el Cénit.

Ahora no era una calle moderna la que le servía de lecho mortuario, sino una ciudad antigua de casas enjalbegadas y de una sola planta. El suelo no era de cemento, sino que se hallaba toscamente pavimentado. Tras algunos muros, brotaban varias palmeras y llegaba a Zeta el suave perfume de la flora mediterránea. Hombres y mujeres vestidos con túnicas de colores o con albornoces blancos pasaban a su alrededor, y a veces retumbaban sobre el suelo las sandalias de un legionario romano.

Oyó el estrépito de una muchedumbre que avanzaba por la calle, y Zeta se apoyó prudentemente contra un muro para no ser pisoteado por la multitud. Eran hombres, mujeres y niños los que avanzaban con palmas y con ramos de olivo en las manos. Hablaban del Mesías y del Hijo de Dios. Sí, ahora se hallaba en uno de los barrios de Jerusalén, y aquel día era el Domingo de Ramos, cuando Jesucristo entró triunfante en la ciudad de David, hacía ya aproximadamente 2500 años.

Y en medio de la muchedumbre delirante, de los discípulos de luengas barbas y de burdos hábitos de lana y de pelo de camella, apareció Él. Mejor dicho, Zeta no pudo contemplar su rostro, porque se sintió deslumbrado por un sol que era más potente que todos los soles del Universo, que el Gran Globo Cósmico en el momento de saltar en mil pedazos para lanzar hacia la Nada sus polluelos-galaxias. Había además un trillón de presencias invisibles en la atmósfera, un revoloteo de alas de seda y un tañer de laúdes que arropaban los hosanna de la multitud.

Pero vio, en cambio, un manto blanco que colgaba a uno de los costados del borriquillo, y debajo del manto un pie que parecía esculpido en el mármol más puro del universo. En ese pie había más belleza que en toda la que hasta entonces habían concebido las inteligencias de la criaturas desde los comienzos de la Vida. Tras haber contemplado aquel miembro, Zeta sintió que ya no podía admirar ninguna obra de arte ni ninguna belleza natural. Y se sintió indigno de besar aquella planta divina, aunque su renuncia le hubiera supuesto la muerte.

Pero besó con sus labios reseco la borla del manto y deseó ser herido en cada uno de los instantes de su vida por aquel estoque demoníaco que le había atravesado el alma, para gozar de nuevo aquella oleada de gozo que empapó hasta los últimos átomos de su alma. Su herida había quedado cicatrizada, su dolor yacía bajo el impacto de aquel beso Divino, y ahora era sólo un polvo de recuerdo. Pero la muchedumbre jubilosa había desaparecido y sólo flotaban en el aire los últimos ecos de los vítores piadosos y de los tañidos angélicos.

Era otra vez mariposa de alas doradas revoloteando en medio de aquellos pasillos interminables del Gran Hotel, con signos de infinito en todas sus puertas. Los ruidos de conversaciones, las músicas heterogéneas, los alaridos de espanto o de dolor seguían llegando hasta sus antenas de lino púrpura. ¿Era posible que en un mismo instante Brown estuviera gozando, sin percibirlo, a cientos de mujeres, soportara millones de torturas y se hallase repartido en incontables acciones que se desarrollaban en cada uno de aquellos cubículos, en cada uno de aquellos planetas, en cada una de aquellas estancias en que se hallaba pulverizada la psique de Brown? Debían tener los hombres un triple cerco de bronce en torno al alma para no estallar como átomos de elementos extraauránicos, como bacterias atiborradas de virus. Porque todos aquellos Brown que pasaban de una habitación a otra sufrían y algunas veces gozaban, torturaban o eran torturados, sin que de todas estas pasiones ocultas surgiese al exterior más que el lejano rumor de una corriente subterránea que pasa bajo nuestros pies. Sólo a veces se producía una pequeña fisura en aquella coraza, un millón de veces más resistente que el acero y un millón de veces más espesa que la corteza del planeta más sólido, y entonces Brown soñaba o tenía un pensamiento raro de esos que nos hacen barruntar la existencia de un otro Yo que nos vigila desde la sombra o que nos magnetiza a distancia. Y cuando la fisura era más amplia, los hombres enloquecían, pero sin que, por suerte para ellos, llegasen a desbocarse todas las aguas de aquel océano infinito sobre la pequeña isla de la conciencia.

Descendió Zeta por unas escaleras hacia la planta inferior. Se oían ahora gritos de adolescentes y, mezclados con ellos, conversaciones de adultos o agrias amonestaciones de los dómines. Los Brown que pasaban ahora de una habitación a otra no rebasaban los dieciocho años y todos ellos tenían la misma mirada cansada, mortecina.

La carne era todavía fresca, como una rosa recién abierta en una mañana de mayo, pero la savia de aquella rosa contenía un arsénico letal. Y Zeta sintió pena de aquella juventud desgraciada, de todas las juventudes desgraciadas que arrastraban o habían arrastrado su existencia en el planeta Tierra. Pero el hombre era un lobo para el hombre y todavía era prematuro (y quizá ilusorio) el pensar en una humanidad en la que todos sus miembros fuesen jardineros amantes de aquellas flores que emergían por primera vez a la luz del sol. Zeta no sentía lástima de los troncos añosos derribados por el viento, ni de las flores trocadas ya en frutos y muertas por la helada o por los insectos parásitos que roen con saña las raíces. Sintió compasión de aquellas otras plantas muertas cuando no habían alcanzado su sazón, por aquellos tallos enfermizos que originarían árboles raquíuticos o deformes como pesadillas.

El doctor Zeta entró en una de las estancias cuya puerta se había abierto de par en par. Un olor a manzana madura inundaba el recinto, que era, en realidad, un campo de árboles frutales. Un Brown de dieciocho años hablaba con una muchacha. Estaban

sentados debajo de un manzano. Una atmósfera de paz se deslizaba como unos dedos mágicos entre las hojas.

Brown-muchacho hablaba de sus estudios, de sus ilusiones profesionales, y la muchacha escuchaba atenta. Una nube dorada brotaba de su cabeza y en ella pudo entrever Zeta mil imágenes confusas que vibraban como el aire del estío, dibujando los contornos de un hogar feliz. Era el primer amor de Brown, un momento perfecto, como un calderón dorado en el pentagrama sincopado de aquella existencia. Pero el encanto se quebró a los pocos instantes: sopló un aire maligno por entre las ramas y aquellos bultos extraños saltaron por detrás de una valla. Eran formas amorfas, eran ojos sin cuerpo y lenguas sin boca. Sonó una carcajada infernal y aquellos protoplasmas comenzaron a narrar una retahíla de frases obscenas que aludían a la presencia de Brown y de la muchacha, que le sugerían todas las formas posibles de la unión carnal, que le reprochaban no haberla realizado aún.

El campo era ahora un mar de pus sobre el que flotaban convulsos los cuerpos de Brown y de su primera novia.

Salió al pasillo el Brown-muchacho. Se dirigía con paso resuelto a otra estancia y Zeta le siguió: era una casa de prostitución, la primera que había visitado Brown. Y el viento huracanado que devastaba a veces los pasillos arracimó en torno al cuerpo grácil de la mariposa unos pétalos exangües de rosa.

Zeta descendió a otro piso situado en el nivel inmediato inferior. El Brown que ahora aparecía presentaba todos los signos de la prepubertad: la mirada ansiosa, el aire extraviado y esa impresión en la mirada de que algo grandioso iba a ocurrir en un futuro inmediato. Todos esos Brown de trece años iban cargados con carteras escolares. Sonaban los timbres de las aulas de la Escuela Superior, las voces de los bedeles y el estrépito de los muchachos y de las muchachas que jugaban en los intervalos del recreo.

En una de aquellas habitaciones, Brown-púber yacía en un lecho. El color de su piel era amarillo, y un médico de barba de plata tomaba el pulso al paciente. Bajo el tinte ictérico de las facciones brillaba el carmín de la esperanza y circulaba como una corriente de cordialidad entre el médico y Brown. A pesar de hallarse en peligro de muerte, Brown se sentía feliz en aquellos momentos. Paradójicamente, el dolor era en aquellos instantes el canal que hacía fluir la onda cálida del amor.

Se había abierto otra puerta y Zeta mariposa se precipitó por el hueco. Las antenas se contrajeron momentáneamente: una bocanada de aire impregnada de ácidos y de hollín brotaba de la habitación. Chirriaban las máquinas, y las vagonetas traqueteaban en los raíles transportando bidones precintados que contenían ácido sulfúrico u otras sustancias químicas.

Brown-púber estaba sentado en uno de los sofás del despacho central de su padre. Un largo ventanal permitía divisar las operaciones de la gran fábrica. Sobre la mesa

un letrado decía: «Director Gerente». Hablaba el padre de Brown:

—Todo eso que estás haciendo no vale para nada. Hoy el mundo es de las personas que saben hacer dinero. Fíjate en tus hermanos mayores...

Y Brown apretaba el libro de Ciencias naturales que acababa de comprar con sus ahorros, como una madre a quien un juez feroz quiere arrebatarse su único hijo.

Las naves de la fábrica se alzaban altivas como guardaespaldas del Director Gerente. Y sin embargo, escarbando en sus cimientos, Zeta podía entrever los huesos de aquellos hombres modestos como Brown que habían pasado desapercibidos en un mundo lanzado hacia el poderío y hacia la riqueza material. Estos hombres, llamados despectivamente «intelectuales» por los plutócratas terrestres, habían creado una parte considerable de lo que destacaba como grandioso en la civilización humana. Aristócratas y burgueses les habían obligado, primero, a pasar hambre; luego les habían intentado explotar sistemáticamente, bajo el convencimiento de que era necesario brindarles un modesto nivel de vida. Todavía en el siglo xxv seguían alimentándose de las migajas que los grandes industriales y los líderes de pueblos arrojaban al suelo después de sus banquetes. Y aquellos hombres que eran la perla en las ostras arrugadas y nauseabundas que incubaba el Océano de la Humanidad, no se habían rebelado nunca contra los poderes constituidos, como se habían rebelado, en cambio, los burgueses en el siglo xviii o los obreros en el xx. Vivían como los ángeles: de ideas, no de pan. Y aceptaban por eso sin rechistar la ominosa explotación, sin que una internacional de cerebros o un Marx de la inteligencia les dijera: «es vuestro momento; compartid el poder con los capitalistas y los gobernantes. Más aún: obligadles a sentarse en el escaño que les corresponde, por debajo del vuestro, porque ya es hora de que impere la República de Platón».

En el caso de Brown —Zeta lo sabía por los archivos de la Memoria— se había hecho justicia. Varios años después, en efecto, aquellos muros altivos habían sido lamidos por el fuego. El seguro se había negado a resarcir los daños del siniestro, y aquel flamante Director Gerente había pasado a ser un modesto cuenta-rentista, perdido en una modesta ciudad norteamericana y sin renunciar a los recuerdos de aquella época de grandeza en que las vagonetas de su fábrica vertían al mercado miles de toneladas de los productos químicos más prestigiados en los Estados Unidos.

Volvió a descender una tercera vez la sombra vibrante del doctor Zeta. Brown tenía ahora diez años, o quizá doce. Deambulaba con su cartera escolar y de nuevo volvía a oírse el grito de la chiquillería, las voces broncas de los profesores y los timbres de la escuela. Pero Brown ya no caminaba solo. Unas veces le acompañaba su madre, otras veces una tía. Miraba receloso a derecha e izquierda, temiendo la llegada de un automóvil imaginario. Su mirada era también triste, y Zeta volvió a conmoverse hasta lo más profundo de sus entrañas. Nunca había sido Brown un niño dichoso como la mayoría de los niños. ¿Su vida era un infierno continuado cuyas brasas habían sido encendidas el primer día de su nacimiento? ¿Dependía del doctor Zeta o acaso se hallaba más allá de las puertas de la muerte y sólo detrás de ellas?

Zeta flotaba ahora sobre un patio de recreo. Los cuatro puntos cardinales se hallaban tapados por los edificios grises, monótonos, asépticos, de la Escuela Primaria. Tenía que zafarse continuamente de las pelotas que cruzaban como meteoritos el espacio. Había allí pelotas rojas, pelotas verdes, pelotas azules, pelotas negras, todas cruzando el aire a gran velocidad y silbando con un pitido agudísimo. Otras veces eran balones, y su sonido era más grave. Parecían cubrir el cielo. Brown-niño estaba allí, rodeado por un grupo de otros niños que se burlaban de él y que le propinaban golpes. Estaba acorralado contra la pared. Y detrás de la pared unos brazos poderosos le sujetaban. Zeta pudo adivinarlos más que intuirlos directamente. Eran los brazos poderosos de la abuela, de la tía materna y de la madre de Brown. Brazos de acero y al mismo tiempo de mantequilla, tenaces como el metal y viscosos como la goma de pegar. Le impedían moverse, le impedían defenderse, le impedían golpear a sus verdugos.

Los verdugos comenzaban a sumergirle en escupitajos. Caía un salivazo sobre otro. Brown-niño, en un momento dado, intentaba sacar del bolsillo una pistola. Era una pistola con un cañón enorme. Una mezcla de fusil y de pistola. Pero el cañón se derretía, y la pistola quedaba convertida en un minúsculo revólver de juguete. Brown apretaba el gatillo repetidas veces y sólo salían bolitas de corcho que caían al suelo. Los demás niños se burlaban de él. Poco a poco iba quedando Brown sepultado en un magma de saliva que irradiaba en todas sus burbujas los siete colores del arco iris. Y los salivazos seguían cayendo hasta formar una montaña que vibraba como una gelatina inmensa.

Las escaleras conducían a plantas cada vez más cercanas al nivel del suelo. Zeta alcanzó la planta noble y volvió por el vestíbulo de siempre con sus recepcionistas misteriosos. Pero no deseaba salir. Había más plantas por debajo de la acera.

Y bajó a los subterráneos. Allí no había puertas que guardaran las habitaciones de la curiosidad de Zeta. Los muros estaban derruidos y la humedad corroía las paredes. Flotaba un olor a orina y a excrementos. Vio ratas y ratones correr en tropel por los pasillos y estuvo a punto de ser atrapado por murciélagos y por vampiros voraces que merodeaban sin cesar por los corredores. Dentro de las habitaciones había restos de juguetes, muebles desvencijados y montones de suciedad y de detritus orgánicos. Cientos de niños Brown gateaban por todas partes mezclados con los roedores y disputándose con ellos la comida. Los llantos y los gritos infantiles atronaban los arruinados recintos.

Siguió bajando hasta que tropezó con una corriente de líquido blanco-amarillento que se precipitaba hacia una región todavía más profunda. Los Brown-infantiles chapoteaban en la leche. Zeta tuvo que convertirse en un cisne para seguir con más facilidad la corriente láctea. Era su contacto tibio, como el de un cuerpo femenino, y Zeta se sentía tranquilo. No se oía ningún ruido, sino el de un golpeteo rítmico y

grave que procedía de un punto todavía lejano y situado más en el fondo. Pesaba sobre la cabeza estilizada de Zeta la mole del edificio y treinta y cinco años de la historia individual de Brown. Pero sabía que mucho más allá se hallaba la historia del Hombre y que posiblemente aquel camino fuese el más corto para llegar a aquel lugar cuya entrada le había sido negada en otra ocasión.

La leche ya no era leche, sino sangre, pero era una sangre buena y dulce como la miel. No era la sangre de una herida, sino la que brota directamente de un corazón de madre para alimentar a su hijo: una sangre de amor, una sangre de vida.

El río de sangre maternal se precipitaba en catarata hacia un lago, y Zeta franqueó ágil como una jabalina el desnivel para sumergirse en el lago de aguas transparentes en que desembocaba el río de rubíes. Ahora era Zeta un pez tropical que transportaba en sus aletas todas las gemas del mundo. Sobre él flotaban pececillos dorados, zigzagueando con gracia en las linfas cristalinas, y toda aquella extensión de agua salina se contraía rítmicamente como un corazón gigante. Y allá, por encima de sus cabezas, sonaba un inmenso tan-tan, golpeado a 70 pulsaciones por minuto. Era el corazón de la Madre, y Zeta se sintió conmovido, placenteramente conmovido por aquella llamada de amor de aquella madre, de todas las madres del planeta Tierra a sus hijos aún no nacidos. Era aquél el amor más intenso que Zeta había descubierto en el alma de Brown. Pensó que aunque no fuera más que por esa razón, la raza humana debía ser perdonada, que bastaba el amor de una sola madre para compensar el odio y el egoísmo de todos los miembros de aquella raza maldita, portadora de una semilla de muerte.

El lago se precipitaba por un estrecho túnel en forma cónica, y Zeta se dejó arrastrar por la corriente.

Allá afuera reinaba la luz, toda la luz del mediodía, un mediodía primaveral. Y lo que más llenó de emoción a Zeta: el lago se despeñaba en una gigantesca catarata, y el agua de la catarata circundaba un paisaje digno de ser soñado. Vio, en efecto, montañas que se alzaban hasta el cielo con diademas de nubes y de nieve en las cabezas, y un río que se deslizaba majestuoso circundando un jardín paradisíaco cuya fragancia llegaba hasta sus órganos olfativos. Vio pájaros de todos los colores planear en un cielo azul y robar en los árboles naranjas de oro. Vio fuentes de color turquesa, granate, zafiro, corindón y rojo cinabrio proyectar sus aguas hacia el cielo azul para refrescar las gargantas de un enjambre de niños que jugaban entre las hierbas de esmeralda o que corrían a lomos de unicornios de cuernos dorados. Allá abajo estaba el comienzo del mundo, o mejor dicho, el comienzo del Centro. Para llegar a él, Zeta volvió a ser una imagen de hombre.

El río de aguas cristalinas era demasiado profundo para pasarlo a pie y Brown buscó un vado. A pocos metros de allí se combaba precisamente un puente. Estaba construido con mármoles de diferentes colores y dos ángeles guardianes vigilaban la entrada. Zeta intentó pasar, pero las espadas de los ángeles se cruzaron sobre el puente y Zeta pudo leer en sus hojas: «Sólo podrás entrar aquí en compañía del Hijo

del Hombre». Había que regresar, pues, con Brown, pero no con cualquiera de los miles de Brown que sufrían o gozaban en los infinitos mundos-islas del inconsciente personal, sino con el Brown consciente que ahora dormía un profundo sueño. La entrada estaba, pues, bloqueada una vez más, pero de una manera temporal ahora. Zeta ya conocía la vía de acceso para llegar a la Selva Mágica: había que pasar primero por la Madre y revestirse con la armadura mágica de su amor.

La imagen de Zeta se estaba reflejando ahora en las aguas del río, y algo en su inteligencia sobrehumana le estaba aconsejando que era por allí el camino de regreso. Tenía delante de sí el Paraíso, la tierra soñada con nostalgia por todos los hombres. Sintió deseos de que sus manos fueran las de un gigante para poder palpar aquel jardín en el que se remansaba la quintaesencia de todos los ensueños dichosos. Y a pesar de que los miembros de la Federación Galáctica no conocían la enfermedad ni la miseria, sintió envidia de aquellos niños desnudos que retozaban como dioses, más allá del Bien y del Mal, del dolor y de la muerte, porque en aquella región profunda del alma de Brown parecía detenido ahora el reloj del Universo.

Pero era ya el momento de volver a la superficie y Zeta se lanzó de cabeza sobre el blando cristal de las aguas. No tuvo que bucear ni un solo centímetro. Porque fue sobre aquel río como el filo de una navaja: en el mismo momento Zeta se vio flotando en la superficie de aquel océano, que tendía y que recogía sus aguas alternativamente en una playa ya conocida por Zeta.

La cuarta sesión de psicoanálisis había terminado.

QUINTA SESIÓN

En una zona relativamente superficial de la psique abría su enorme boca negra la curva de donde brotan los sueños. En torno de ella florecía la primavera. El doctor Zeta, en traje de espeleólogo, se sentó unos momentos para descansar antes de lanzarse al Gran Descenso. Respiró con fruición el olor de la hierba húmeda y se estremeció ligeramente al sentir bajo su cuerpo los estremecimientos roncós de aquella vida psíquica que gemía en las profundidades. Boca con boca, la oscuridad y el día se daban un gran beso, y Zeta ajustó con precaución sus instrumentos: las linternas, las cuerdas que se hacinaban a su alrededor como culebras en reposo, las piquetas y los ganchos, pero también las botellas de oxígeno.

Miró a su derecha y vio la momia de Brown envuelta en tiras de lino blanquísimas y con el escarabajo sagrado sobre el pecho. Y la máscara de oro de su paciente parecía reflejar los rayos de una luz verdosa que vibraba insistente en las profundidades de la larga espelunca. Había que transportar a Brown momificado a través de aquellos recintos tenebrosos para que el Brown real, el Brown que ahora estaba sentado enfrente de la silla del psicoanalista, no se estremeciera de terror, para que su sangre no quedara congelada como una estalactita más en las arterias. Luego,

en la entrada del Paraíso, sonarían los conjuros mágicos y Brown consciente volvería a la vida en un paraje situado más allá de la Memoria y del Olvido, allí donde Brown no sería más que una célula más de un enorme tejido diferenciado que se había ido extendiendo por la Tierra desde los comienzos de la Vida.

Una campana invisible sonó el Angelus y Zeta se puso de pie. Comenzaba el descenso. Arrojó cientos y cientos de metros de cuerda y la sonda no alcanzaba al fondo. Por fin la lamparilla roja se encendió y los oídos ultrasensibles de Zeta pudieron escuchar una especie de clic metálico. Zeta fue bajando metro a metro, mientras el foco luminoso de su linterna trazaba rápidos arabescos y filigranas de plata sobre las paredes húmedas de la gruta. A veces incidía en el rayo lechoso alguna polilla con los ojos atrofiados, algún crustáceo de cuerpo fofo y blancuzco como un embrión fijado por el formaldehído. Se oía, además, insistente, el tic-tac de las gotas de agua que se infiltraban por la conciencia de Brown hacia las profundidades del inconsciente para formar allí concreciones de maravilla o de terror.

La entrada de la cueva era una moneda de níquel que iba perdiendo rápidamente valor. Luego la oscuridad fue casi total fuera de la trayectoria de aquella escoba de luz que barría durante unos instantes las tinieblas de la cueva.

La oscuridad era ya pegajosa, parecía un enorme neumático negro que rodaba cuesta abajo. Y, entonces, los pies de Zeta tocaron el fondo. Al ser abofeteada por la luz la lámpara, la máscara de oro que traducía los rasgos de Brown brilló como el rostro de un fantasma, y luego se convirtió en mil imágenes consecutivas de color azulado que se recortaban siniestras sobre el gran telón negro de la cueva. Acababan de iniciar la exploración y ya le dolían a Zeta los brazos por el peso del fardo humano.

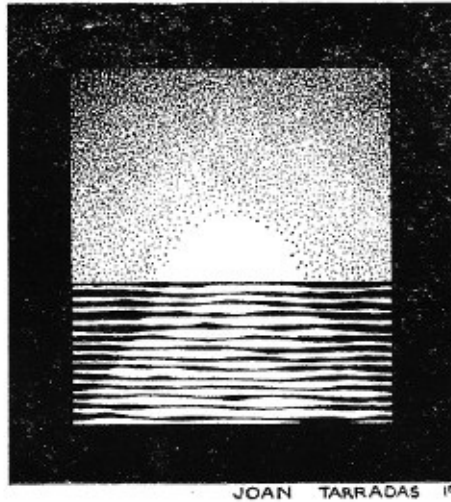
Miró en todas direcciones, tras apagar la linterna, y Zeta pudo distinguir un punto blanquecino que se arrastraba como una luciérnaga de color lechoso sobre las paredes calcáreas. Cuando fue a tocar con la mano aquella aparición, observó que se trataba de una ilusión óptica: «aquello» era, en realidad, una luz situada a varias docenas de metros en línea recta. Se dirigió, pues, en esa dirección y al cabo de unos pocos minutos notó que ya no era necesario el empleo de la luz artificial: las paredes de la gruta comenzaron a despedir una suave fosforescencia, como si dentro de ellas corriese una sangre luminosa. Zeta pensó en la existencia de bacterias luminosas o quizá en una extraña reacción fotoquímica que se estuviera produciendo, sin apenas consumo de energía. ¿Pero acaso era lícito dentro del ámbito de la psique el pensar en términos de leyes físicas?

Además, las tonalidades cambiaban continuamente: unas veces aquellos pasillos pétreos eran como las mejillas de una doncella que escucha un requiebro; otras veces parecían los túneles que excavara una larva, una extraña larva de mandíbulas

poderosísimas que en vez de devorar las blancas entrañas de las manzanas prefiriera el duro corazón de las esmeraldas; otras, los corredores parecían revestidos por un batihoja medieval con panes de oro, pero no faltaban las restantes varillas del gran abanico cromático.

Desembocaron en una explanada, y allí es donde Zeta comenzó a escuchar esos sonidos con los que ya estaba familiarizado desde su exploración por los planetas de cristal y por los corredores del Gran Hotel. Eran, en efecto, los mismos murmullos y las mismas voces estentóreas. Y lo curioso es que también en ese mundo sepultado se escuchaban melodías o el *cantus firmus* del Alto Medioevo.

A derecha e izquierda se abrían las entradas de otros tantos cubículos, sólo que ahora eran pieles de mamífero o tegumentos escamosos de saurios gigantes los que tapaban los recintos. Los mismos Brown de siempre, con trajes muy poco adecuados a la humedad y a las escabrosidades de aquellos antros profundos, pasaban de una gruta a otra, sin fijarse siquiera en aquella extraña pareja de espeleólogo y de momia egipcia.



Sin detenerse una vez más, Zeta siguió descendiendo. Le guiaba la brújula de sus sentidos sobrehumanos. Y esta vez comenzó a ver hombres cubiertos de pieles de animales que miraban desde sus órbitas protegidas por gruesos rebordes supraciliares las irisaciones de las luces en los techos y en las estalactitas y estalagmitas que formaban extrañas figuras por doquier: figuras amenazadoras de madres mutilantes, de pedagogos inmisericordes, de sádicas compañeras de trabajo. Entre ellas circundaban reptiles de epidermis translúcidas que revelaban los latidos de las vesículas pulsátiles, y otros seres sin posible clasificación en la escala zoológica. Pero estos animales miraban con ansia a los dos exploradores, y Zeta pudo descubrir en ellos la mirada letal del Maligno que les acechaba.

El suelo era cada vez más resbaladizo y Zeta tuvo que hincar su bastón de acero en la costra caliza para no precipitarse en las fauces voraces de aquellos monstruos. Ahora brotaba de una roca un riachuelo que pronto se convirtió en un río de riberas

cortadas a pico. Zeta sacó de uno de sus voluminosos bolsillos un trozo de sustancia esponjosa que se transformó automáticamente en una balsa.

Las aguas bajaban con rapidez creciente. Las orillas se iban haciendo también cada vez más altas, formando como un cañón estrecho, pero de vez en cuando se abrían enormes boquetes en la pared y a través de ellos se asomaban curiosos hombres con aspecto simiesco que apenas se podían mantener erguidos sobre sus extremidades superiores. Se escuchaba a cierta distancia el rumor de un trueno prolongado y Zeta tomó sus precauciones: aplicó una mascarilla de oxígeno a Brown-momia y se despojó de sus herramientas más pesadas.

El río había dejado ya de ser río para convertirse en el cabello ensortijado de un gigante que se retorció en cien mil mechones espumosos. Tenía Zeta que achicar el agua que comenzaba a hacer descender peligrosamente el nivel de la balsa. El rápido se precipitaba además contra un recodo y Zeta esquivó el golpe con un bichero, pero más allá de aquel recodo terminaban los remolinos rugientes y se abría el vacío. Mejor dicho, no era el vacío, sino una atmósfera impregnada como de burbujas de jabón opalescentes que subían hacia el «techo» inmenso de la gruta. Allí empezaba la Gran Catarata.

Zeta apretó con fuerza el cuerpo de Brown y se dispuso a sufrir la terrible caída. Al aproximarse la balsa al filo combado que separaba los dos niveles líquidos, reunió todas sus fuerzas y dio un salto gigantesco. Caía ahora hacia el abismo, pero de sus hombros no habían brotado dos alas de mariposa, como en otra ocasión, sino un paracaídas que aliviaría seguramente el impacto.

Y, en efecto, tardaron muy pocos instantes en alcanzar la superficie de un lago de aguas tan verdes que el mismo Zeta se sintió sobrecogido de un extraño sentimiento. Delante de ellos caía una gran cortina de vidrio fundido y el estruendo era tan horrible que oprimía hasta el máximo los tímpanos. Además, una fina lluvia empapaba hasta la médula la escasa parte de su cuerpo que aún permanecía flotando sobre las aguas. Absurdamente habían caído no delante, sino *detrás* de la cascada, desafiando todas las leyes de la gravitación. Por encima de sus cabezas corría, precisamente, el río cuya arduo cauce acababan de abandonar.

La cortina líquida brillaba como una gran copa de Murano expuesta a la radiación de un horno de reverbero, y Zeta se dirigió resueltamente hacia ella. Había que atravesarla, fuese como fuese, aunque el peso de aquellas toneladas de agua les aplastara los huesos como la rueda de un molino gigante.

Y entonces ocurrió el milagro: dejó de percibirse el estruendo de la catarata y el reflejo deslumbrante de sus moléculas. Ahora tenían delante de sí nada más que una abertura en una pared de mármol blanco. Por detrás de ellos quedaba un pasillo sombrío. La abertura se empequeñecía o se agrandaba rítmicamente y parecía expresar al mismo tiempo un gran dolor y un gran alborozo, como si se tratara de un parto. Miró Zeta por la abertura y quedó maravillado: allí estaba el Paraíso.

Pero antes había que despertar a Brown. Le fue, en efecto, despojando de sus

finísimas tiras de lino engomado con resina, tiró a un lado el escarabajo sagrado y el úreas, desencajó la mascarilla de oro y apareció Brown completamente desnudo y sumido en un sueño cataléptico. Zeta le insufló aire por su boca, fundió con el calor de sus manos los tapones de cera virgen que obstaculizaban las fosas nasales y recitó la fórmula mágica: «Yo soy un Purificado entre los Purificados. Yo soy el dios Shu que, en las regiones de los dioses luminosos, atrae hacia él el aire del Océano celeste, hasta los límites del Cielo, hasta los límites de la Tierra, hasta los límites de la luz divina. Que el aire vivifique, pues, a este joven dios y ¡que despierte!».

Brown abrió los ojos. Temblaba de temor, pero Zeta supo infundirle la hormona de la confianza. La pequeña abertura uterina seguía contrayéndose y dilatándose y los dos exploradores aprovecharon un momento de máxima dilatación para pasar al Otro Lado.

Estaban en el patio de un palacio moro. Un foso en forma de rombo circundaba el jardín, y en medio del jardín lanzaba su chorro de agua límpida una fuente de alabastro. Alrededor brillaban como arenillas de alfójar los alicatados de los arcos en herradura y la fina filigrana de los ajimeces. Un fino olor a casia y a cinamomo hacía más etéreo el perfume de los albérchigos, que entremezclaban sus ramas con las de los naranjos. Pero el agua de la fuente atraía como un imán y Zeta no pudo resistir la tentación de saltar por encima del canal por donde fluía un agua de color de la leche.

—Primero salto yo —le dijo Zeta a Brown— y desde la otra orilla le ayudo a saltar a usted.

—No, por favor, doctor, no me atrevo. ¿Y si el agua fuese demasiado profunda y nos ahogáramos?

—No se preocupe. De un salto podremos pasar por encima.

Zeta tomó carrerilla, no demasiada porque la distancia entre las dos orillas era muy corta. Se lanzó y en ese momento el canal pareció dilatarse, con lo que Zeta cayó en medio del agua-leche. Pero era un canalillo poco profundo, porque las aguas sólo alcanzaban a las rodillas de Zeta.

—Salte usted. No se preocupe. Ya ve que no es nada profundo —y Brown se sumergió simplemente en el canal. Ambos estaban ahora codo con codo mirando hacia la fuente misteriosa.

¿Estaba allí la entrada directa al Paraíso o era simplemente un signo más de aquella región mágica? Pero Zeta no tuvo tiempo para formularse esta pregunta, porque en el lugar en que se hallaba la fuente apareció una mujer maravillosa. Era la Hetaira Divina que entreabría sus tules transparentes para incitar a ambos hombres y que les tendía las manos invitándoles a pasar a la otra orilla. Sus cabellos eran dorados como la mazorca del maíz, su carne era fresca como aquel fluido lácteo del canal. Brown sonreía embelesado.

—¿No es ésta la mujer con la que ha soñado usted siempre? —le preguntó Zeta.

—Sí, es la Madre Perfecta. Veo que en su regazo retoza un niño y que de sus pechos sale un hilillo de leche que alimenta este canal en donde ahora estamos. Y lo

más sorprendente es que ese niño que sostiene con sus brazos soy yo mismo.

¡La Gran Madre y Afrodita-Astarté eran, pues, como un solo rayo que un prisma invisible hubiese dividido en sus dos componentes! Pero ambas ramas eran maravillosas: bastarían por sí solas para anegar con su luz la negrura más negra del Universo. Por eso Zeta exclamó:

Véngate el deseo de avanzar hacia adelante,
hacia esta ribera...
a fin de que podamos escuchar cómo tú cantas.

Pero la Gran Madre-Afrodita permanecía tranquila en el centro de aquel jardín minúsculo, recibiendo sobre sus carnes los suaves aletazos de los albérchigos y de los jazmines. Se aproximaron a ella el doctor Zeta y Brown. Caminaban como amantes y como hijos, con un deseo celestial en la mirada y, al mismo tiempo, con la gracia ingenua del infante que tiende sus manos hacia el pecho materno.

Pero las aguas comenzaban a crecer. Ya no era un líquido lechoso, sino un fluido espeso como la pez el que brotaba de mil albañales ocultos. La Divina había desaparecido, quedando en su lugar un páramo yermo como la palma de la mano de un labrador, y la fuente ahora yacía rota, cubierta de verdín y con un coágulo de óxido férrico en su surtidor agotado.

Zeta se había convertido en un gigante que mantenía ahora al minúsculo Brown sobre su cuello como el San Cristóbal de la iconografía cristiana. Pero las aguas giraban en embudos atronadores y Zeta perdió pie, sin soltar un solo instante a un Brown enloquecido.

Y ya, cuando la negra pez comenzaba a filtrarse en los pulmones del médico y su paciente, Zeta avistó un barquito de papel que se dirigía a su encuentro. El barquito estaba construido con un papel cuché de siete colores y brillaba como un extraño camafeo prendido en un traje de moaré negro. Y fue tal la emoción de Brown al divisarlo que sintió que el mismo arco iris se combaba sobre él para servirle de escalera hacia el Paraíso. ¿Qué mano lo había enviado hasta ellos? Brown lo ignoraba aún, y Zeta tuvo que hablarle de la Presencia de un Niño que desde los principios del Universo seguía lanzando aquellos barcos a todas las almas en peligro de naufragio.

Zeta se asió al velero de papel que resistió el peso del médico galáctico reducido ahora a las dimensiones de un ser humano. Brown agarró a su vez la cintura de Zeta. El bajel camafeo les llevaba ahora en dirección contraria a la corriente.

Volaba el Mensajero Divino como una gaviota que persigue la invisible trayectoria de un pez. Las aguas seguían siendo negras, y el canal se había convertido ahora en un inmenso estuario. Miraron hacia su izquierda y vieron unos extraños barcos. Su color era gris, su cubierta estaba solitaria. Sólo detrás de las claraboyas se percibían sombras chinescas que parecían animadas de una actividad febril.

Zeta intuyó la presencia del Maligno, Se tendían en torno de ellos las mallas de

una red que se iba estrechando poco a poco. Pero Brown sentía al mismo tiempo una inmensa curiosidad por aquellos bizarros artefactos que destacaban sus moles sombrías a pocos centenares de metros. No tuvo, sin embargo, tiempo para convencer a Zeta: se oyó el ruido de un cañonazo y una estrella incandescente levantó un chorro de vapor sobre la superficie del agua. Luego se oyó una explosión pavorosa y los dos exploradores fueron proyectados a varios metros. Les dolían las costillas con el impacto de la onda líquida. El barquito de papel había ahora desaparecido de las aguas, como un pez herido por una carga de dinamita.

Volvieron a encenderse otras dos estrellas como puntas de cigarrillos, y saltaron consecutivamente por los aires dos veces el analista y su psicoanalizado. Esta vez las explosiones habían sido más próximas: los tripulantes de aquellas enormes barcazas afinaban su puntería. El doctor Zeta comenzaba a perder la esperanza de la Altura. Se había encendido un cuarto punto de luz cuando en ese mismo instante se agitaron las aguas como el polvo de café en un molinillo eléctrico. El centro era como un embudo que se hubiese forjado en una masa de baquelita y que coincidía con aquel punto por donde, hacía unos instantes, desapareciera la misteriosa embarcación de papel. Antes de que tuvieran tiempo de sentirse aterrorizados, Zeta y Brown habían sido atraídos hacia el vértice del cono líquido. Perdieron el conocimiento.

Despertaron en una bizarra estancia. Había en el fondo una abertura que lanzaba un chorro de luz azulada. Bajo su claridad se destacaban unas paredes húmedas como las de una gruta submarina. Enfrente del orificio redondo brillaban unas persianas duras y a la vez elásticas. El suelo era esponjoso, resbaladizo. El conjunto vibraba como si estuviera vivo. Sonaba sólo el golpeteo incesante de un pistón.

—¿En dónde estamos, doctor?

—Creo que en la boca de una ballena..., pero no se asuste.

Permanecieron silenciosos un buen trecho. La espera fue, sin embargo, muy corta. Fue disminuyendo el número de brazos que gravitaban sobre el gigantesco cetáceo. Emergió a la superficie y su boca quedó abierta como la entrada de un túnel. Luego desapareció en el horizonte sin más rastro que el chorro que brotaba de sus orificios nasales.

Salieron al exterior. El agua les llegaba a la rodilla. Zeta pudo descubrir que aquel canal o río tenía una forma de espiral y no de rombo como había pensado en un principio.

Ahora se hallaban en el punto opuesto al de su entrada en el jardín nazarí. Las aguas brillaban como una gran cola de pavo real que un orfebre mágico hubiese derretido con el soplete de sus conjuras. Habían atravesado seis niveles cromáticos y ahora las aguas, de color rubí, apenas les lamían el tobillo cuando al ir a tocar la orilla vieron detrás de unas malezas a un hombre y una mujer que se acariciaban.

Ella era casi una copia perfecta de aquella Hetaira-Madre que se les había

aparecido en el centro del jardín. Caía su larga cabellera sobre las aguas rojas, y las gotas, al escurrirse hacia abajo por los sinuosos trayectos dorados, parecían piropos desprendidos de una gargantilla invisible.

Él era un negro fornido. Estaba completamente desnudo, como la muchacha, y (al comprobarlo miró a Brown y vio cómo éste se estremecía) parecía un hermano gemelo de Brown, pero con una fortaleza espiritual y física de la que el Brown actual carecía. En suma, fuera del color de la piel era indudablemente lo que aquél hubiera deseado ser, lo que posiblemente sería como una consecuencia indirecta de aquel psicoanálisis.

Estaban ahora en la otra orilla. Y la pareja les había señalado con un gesto mudo la dirección que debían seguir. Caminaron sólo unos pocos kilómetros. A la derecha acechaba la Selva Impenetrable, la que se había negado a los primeros intentos del doctor. A la izquierda, el canal era ahora sólo un fino hilillo de agua que seguía espejeando los siete colores del arco iris. Más allá, en la otra orilla, no se veía más que un paisaje yermo, cubierto de niebla, que brotaba de las profundidades de la selva desde un punto situado en el Centro. Por encima de la selva dibujaban mil extrañas fantasmagorías los jirones de vapor.

Llegaron a una casita. Las paredes eran de ladrillo rojo, las ventanas estaban compuestas con piezas de vidrio de distintos colores que formaban rombos y círculos. De la chimenea brotaba un humo que cambiaba continuamente de matiz.

Llamaron a la puerta.

Les abrió un anciano que parecía cargar sobre sus espaldas un millón de años de humanidad. Sus ojos eran penetrantes, sus manos ágiles y sus pies se movían sin traba alguna, como si fueran los de un muchacho de 18 años. Vestía un largo ropón negro que le llegaba casi hasta los tobillos. Les hizo ademán de entrar y pasaron a una habitación espaciosa en la que docenas de alambiques, de retortas y de matraces transformaban unos productos en otros, en una especie de juego de disfraces que no terminaba nunca. En el fondo, un horno lanzaba un sordo mugido, como si dentro estuviera siendo torturado el Toro Místico.

Los tres hombres se sentaron en torno a una mesa tallada en una esmeralda tan grande que no existía en todo el universo ni existiría nunca, salvo en los dominios de la psique.

—Hace mucho que te estoy esperando, Joseph —amonestó el Gran Mago.

—¿Quién eres tú? —respondió Brown, como agachándose para esquivar la contundente pedrada de aquel reproche.

—¿Quién tiene nombre *aquí*? Puedes llamarme, si gustas, Gran Mago, o Fausto, o Hermes Trimegistos. No hay tiempo para preguntas, aún nos queda un largo recorrido.

Y al decir esto se levantó e hizo señas a los dos exploradores para que se acercaran al horno.

—Este horno está encendido desde que tú naciste —se limitó a comentar el enigmático alquimista.

Descorrió con una barra de hierro unos cerrojos y algo así como la dorada pulpa del sol comenzó a correr por un canalón de ladrillo.

Cerraron sus ojos los dos expedicionarios durante unos minutos. Aquel río dorado se había hecho sólido en un molde de ladrillo. Tenía ahora la forma de una espada y el Gran Mago comenzó a forjarla con sonoros martillazos. El ritmo del martillo era el del corazón de Brown.

—Está usted forjando una espada de oro, pero permítame usted la objeción: ¿no es un metal demasiado blando? ¿No sería mejor fabricar por lo menos la hoja de acero? —Se atrevió a preguntar Brown.

El Gran Mago interrumpió durante unos instantes su labor y miró socarronamente al terrestre.

—Observo que eres un ignorante. Tu psicoanalista te tiene que enseñar todavía mucho. ¿No sabes que el oro *nuestro* no es el oro del vulgo?

La espada había sido ya rematada. Parecía la espada de Surya, aquélla con la que cercena la cabeza de los demonios de la noche. Era tan grande y tan pesada que cuando Brown quiso empuñarla se le cayó de las manos, y a Zeta le desolló la piel cuando quiso probar suerte.

—No es a vosotros a quien está destinada. Tú, Joseph, eres aún demasiado débil para empuñarla, y usted doctor Zeta no es más que un invitado de un planeta extraño.

Iban a hacer más preguntas los dos viajeros del inconsciente cuando hizo su aparición el Brown-Sombra, que habían sorprendido antes cortejando a la muchacha de cabellos solares.

—Éste es el caudillo de la expedición —aclaró el Gran Mago, al entregar la espada a la figura fornida.

Al decir esto, la casa, con todos sus instrumentos de alquimia, desapareció en un polvo dorado que fue poco a poco diluyéndose hasta absorberse en la atmósfera. Estaban ahora frente a la Selva Enigmática los dos Brown y el doctor Zeta.

Los troncos añosos de los árboles y las lianas y bejucos se erguían como una empalizada dispuesta a defenderse contra los asaltantes.

—¿Dónde está la Doncella-Madre? —preguntó Brown a su gemelo.

—No te impacientes, que ella acudirá a la cita —contestó su Sombra.

Y sin mediar otras palabras entre los tres hombres, el atleta comenzó a hacer molinetes con la espada. Brillaban la hoja y el pomo al ser heridos por el sol invisible, como si fuesen rayos de un reflector gigantesco. Y como la cola de un cometa nefasto, el oro comenzó a abatirse contra la espesura vegetal. Sangraban las plantas, al ser cercenadas, una savia de sangre, y se oía un gemido confuso que salía de un millón de bocas vegetales.

Se abrió por fin una brecha y los tres expedicionarios pasaron. Dentro no reinaba, como había esperado el doctor Zeta, el Paraíso, sino el Reino del Terror.

En vez de unicornios de cuernos dorados y de niños retozones eran animales de ojos fosforescentes los que les acechaban desde la espesura de la selva. Troncos podridos, como cuerpos de saurios gigantes, agonizaban en las aguas estancadas. El ambiente estaba empapado de humedad, de olores acres y nauseabundos. Las orquídeas rojas y amarillas brotaban como llagas purulentas en las copas de los árboles, y una infinidad de especies insectos chupadores de sangre se abatía sobre los tres intrusos.

Era la Selva Oscura, la que enloquece a los hombres, la que surge en las pesadillas y en las visiones del infierno. Vampiros enormes saltaban desde las ramas más altas hacia los tres osados. Y eran sólo los amagos de la espada de oro lo que los alejaba chillando en una frecuencia que entumecía los tímpanos. Además, el suelo vibraba como si fuese el pecho de un gigante, y hongos sanguinolentos brotaban instantáneamente de la tierra. Parecían falos recién circuncisos.

El fornido luchador seguía abriendo un camino a golpes de espada, pero la marcha se hacía cada vez más difícil. Más de una vez estuvo tentado Brown de volver hacia atrás, pero las palabras persuasivas de Zeta y sobre todo la mirada arrogante de su hermano gemelo le infundían una gota de valor. Porque era necesario tener un triple cerco de bronce en torno al pecho para desafiar a aquellas vidas malignas que latían en cada corazón de insecto o en cada raíz de planta.

Tuvieron que saltar por encima de un río de pus y otro de sangre. Estuvieron a punto de sumergirse en las arenas movedizas o de ser devorados por caimanes antediluvianos, pero la espada mágica de Hermes se tendía siempre como un puente salvador, o se lanzaba rápida como un dardo contra la garganta de las bestias depredadoras, convirtiéndolas en un pequeño montón de carne nauseabunda que se apresuraban a devorar las hormigas y las arañas.

Llegaron a un barranco. Era imposible saltar, porque el puente estaba destruido. Se trataba de un puente de hierro oxidado, con unos ángeles de bronce cubiertos de cardenillo en la entrada. Un cataclismo geológico lo había partido en dos.

Tendió Brown-Sombra su espada, pero inútilmente: su longitud era demasiado pequeña para cubrir el vacío. Se quedaron pensativos los tres hombres. Al otro lado del barranco flotaba una niebla espesa.

Un grito infrahumano les heló la sangre. Era un sonido gutural, como el de un líquido espeso que gotea en una alcantarilla. Pero había un acento de odio en aquel grito, un deseo de venganza y destrucción que lo convertía en espantoso.

No tuvieron tiempo de ponerse en guardia, porque detrás de uno de los árboles inmensos había surgido una figura espantosa de mujer. Una corona de víboras rodeaba su cabeza. Sus facciones eran verdosas, su mirada inyectada de sangre. Los

colmillos le asomaban por debajo de los labios. El monstruo se dirigió primero al gemelo de Brown, que había levantado la espada. Quedó Zeta congelado, como si una descarga galvánica le hubiese congelado los músculos. La espada había caído al suelo, y la mujer monstruo, la Madre de la Muerte, se disponía a chuparle la sangre del cuello cuando Joseph Brown hizo un movimiento inesperado: cogió la espada del suelo y alzándola con todas sus energías cercenó de un solo golpe la cabeza de la Gorgona.

Silbaron furiosas las víboras en la cabeza separada del tronco. Brotó una sangre catamenial del cadáver y Brown apenas tuvo tiempo para perder el conocimiento que aquella visión le produjo: la cabeza de la Gorgona se iba convirtiendo rápidamente en la cabeza de Helen, en la de su madre, en la de la maestra que tanto le había martirizado cuando era niño; en la cabeza, en suma, de todas las mujeres que en algún momento de su existencia, voluntaria o involuntariamente, habían precipitado en el espíritu de Brown el negro filtro del Miedo.

Brown-Sombra se había convertido en una estatua de basalto. Brown-Blanco la abrazó y la regó con sus lágrimas. Cada lágrima que caía en el suelo era como una rosa que brotaba y que hacía retroceder con su perfume los límites de la Selva Tenebrosa.

—Mire usted, Brown, y deje de llorar —advirtió Zeta.

Y, en efecto, Brown se miró en una charca que ahora se había destilado en agua cristalina y vio su rostro de mestizo. Su mirada ahora era más viril, sus ademanes denotaban una mayor decisión de triunfo.

—Ahora es usted, Brown, una mezcla de Sol y Luna. La espada de oro le pertenece...

Volvieron a mirar hacia el barranco. El puente seguía derruido, pero la bruma se había levantado y por segunda vez el doctor Zeta tuvo la visión del Paraíso. Sí, más allá del vacío se hallaba la Tierra Prometida. Llegaron hasta sus oídos los gritos alborozados de los niños y el balido de los unicornios. El Brown que era ahora al mismo tiempo luz y sombra volvió a tender la espada, y el arma pareció desear también el convertirse en rayo de luz para saltar sobre el precipicio y ser una pluma dorada más en las alas de aquellas aves policromas que planeaban arrogantes.

Se oyó detrás de ellos una voz melodiosa que decía:

—Lo que no puede hacer la espada del varón lo consigue un solo cabello de Muér.

Y vieron a la Divina-Hetaira-Madre, que avanzaba convirtiendo en cenizas las plantas venenosas. Para plasmar el símbolo, se arrancó un cabello y lo tendió, soprándolo, sobre el barranco. Sonó como un trueno, y las retinas de los dos exploradores contemplaron ahora en vez de un puente herrumbroso otro forjado en oro que cegaba la vista. El Eterno Femenino tomó amorosamente la mano de Brown y le condujo por el puente. La espada se había fundido... Zeta seguía detrás.

Vibró de amor y de deseo el visitante humano al contacto de la mensajera de

Afrodita-Demeter. Luego la cogió de la cintura y reclinó su rostro en la cabellera perfumada de Ella. El contacto de su talle era tan suave como el de una lluvia primaveral o el de una gota de rocío que se ha deslizado primero por un pétalo de rosa.

Llegaron al otro extremo del puente y una turba de Cupidos comenzó a lanzarles una lluvia de flechas que se convertían en flores o en piedras preciosas, como si intentaran cubrir la desnudez de ellos.

Cantaban epitalamios en cien idiomas diferentes y Brown sólo pudo entender la expresión ¡Hymene, Hymene!, que se repetía con frecuencia.

Les hicieron pasar por un arco de flores y por otro de plata. Las aves exóticas bajaban hasta ellos y los acariciaban con sus remos de galenas aladas. Se había subido ahora la pareja a un carro de oro y tiraban de él un enjambre de palomas y dos borriquillos de terciopelo que trotaban juguetones.

Los condujeron a una choza rústica, cuyas paredes estaban formadas por troncos de rosales y de madreselvas. Trepaban además por las paredes las ramas de otras mil plantas aromáticas. Bebieron en grandes crateras leche tibia y perfumada, vino rojo saturado de miel y comieron hasta saciarse queso y pastel de mandrágora. Los tigres y leones comían mansamente a la mesa con ellos, y perseguían o eran perseguidos por los chiquillos, que no cesaban de lanzar flores sobre los desposados y sobre el huésped galáctico. Así hasta que oscureció y la Madre de los Amores comenzó a velar la noche luminosa y perfumada del Paraíso.

Brown y su Alma se retiraron a su aposento, bajo el arrullo de las palomas y la llamada de amor de los ciervos.

Era ya de día y a Brown le había parecido aquella noche una noche eterna. El doctor Zeta estaba allí, mirando benévolo a la pareja y con suaves golpes en la mejilla intentaba sacudir el sueño de Brown.

—¡Levántese! ¡Ya es hora de que sigamos nuestro viaje hacia el Centro!

—No es necesario que me oculte usted la verdad, doctor. Después de haber conocido al Amor no me importa conocer a la Muerte.

—Además, nos acompañará su Alma, para que usted se salve o perezca con ella.

Pero no tuvieron que andar mucho los tres. Detrás de aquella cabaña en la que se habían consumado los desposorios místicos del Yo con su Alma, se alzaba un farallón que les bloqueaba el camino hacia el Centro. La roca resistió a la mano suave de la Mujer. Parecía como si aquella muralla pétreo se hallase en un conflicto entre el mandato de un ser más alto y la presión suavísima de aquella mano de ensueño.

Los niños seguían retozando con sus animales y con sus flores. Y de repente se produjo un revuelo, porque los árboles, cargados de naranjas de oro, se separaron para dar paso a un hombre que se aproximaba hacia los tres visitantes del reino de la

Muerte. Vestía un jitón blanco y su barba era larga como una pista de nieve.

Los niños le besaban la mano y Él les impartía bendiciones. Se arrodillaron los tres ante Su Divina presencia, y entonces se oyó una voz que les decía:

—En verdad, en verdad os digo, que mañana estaréis conmigo entre los bienaventurados.

Y al terminar la frase el obstáculo de granito se desplomó con estrépito y todo aquel paisaje de maravilla desapareció.

Ahora tenían delante de su vista un páramo y en medio del páramo se hallaba un castillo siniestro. Sus cuatro torres se clavaban como puntas de navaja en el cielo sombrío. Soplaba un viento helado y Brown tuvo que estrechar contra sí a su Alma para que no se estremeciera de frío.

—Hay que entrar en el castillo —afirmó Zeta con resolución.

—Estamos dispuestos. Quiero imitar en lo posible el ejemplo de Cristo.

Porque ninguno de los tres (o, mejor dicho, de los dos, porque el Eterno Femenino y Brown eran lo mismo) desconocía el sentido de las palabras del Señor.

Se acercaron, pues, al edificio. Las culebras silbaban con rabia en el foso, y había en las plantas parásitas que ceñían los muros todo un ejército agazapado de insectos venenosos.

Chirriaron los goznes de la puerta de plomo y los tres entraron dentro del recinto. Había allí ataúdes por doquier, cadáveres en descomposición, trozos de lápida y el mismo olor a podredumbre que les había perseguido en la Selva. Pero se presentía una presencia terrible allá abajo, y los tres intrusos descendieron por los escalones. Allí estaba el Centro de la psique, allí residía el secreto de la Humanidad. ¿Qué era, a fin de cuentas, el hombre: criatura de la luz o criatura de las tinieblas? ¿Había que aislar a la humanidad o permitir que continuara libremente su expansión? Unos escalones más y el enigma quedaría resuelto.

Y, en efecto, quedó resuelto. El resto de lo que ocurrió, Zeta lo recordaría, a pesar de su inteligencia sobrehumana, como algo que había vivido en una existencia anterior, y, por supuesto, Brown lo olvidaría para siempre. Porque el sótano del castillo no era un sótano, sino la negrura inmensa del Cosmos, y vieron que esa negrura infinita la ocupaba completamente una calavera. Esa calavera era la Muerte, y sus quijadas masticaban a los mundos, que volaban derechos a su consumición. Razas enteras de pueblos pasaban por las quijadas sanguinolentas. Soles un millón de veces más grandes que el sol de la Tierra se apagaban como la llamita de una cerilla bajo aquellas muelas omnipotentes que no cesaban de mascar inmisericordes.

—¡Tú eres Satán, el Destructor del Universo! ¡Maldito seas en nombre de Dios!
—aún tuvo tiempo de exclamar Zeta, mientras su cuerpo caía en el vacío acompañado del Alma y del Espíritu de Brown.

Se cortaron los nudos que le unían con los restantes miembros de la Federación Galáctica. Ahora estaba muerto, definitivamente muerto, y más allá de aquellas quijadas reinaba el Gran Enigma. Pero antes del Gran Enigma, Zeta y sus dos

compañeros de destino gozaron de la Revelación Suprema: más allá de la Calavera cegaba el Sol de los Soles. Mejor dicho: la Calavera era el Sol, y el Sol era la Calavera. Al llegar a su superficie ígnea las razas aniquiladas resucitaban indemnes y los soles apagados volvían a encenderse como pedazos de yesca en contacto de un tizón.

Y aún resonaba en los oídos de Zeta la carcajada siniestra de la Gran Calavera cuando su espíritu entendió la Gran Verdad:

—Todo es Uno: la Muerte y la Vida, la Oscuridad y la Luz. Sólo existo Yo, el Absoluto, el Eterno. ¡Feliz aquel a quien Yo elijo!

ÚLTIMA SESIÓN

Ahora estaba sentado Brown ante el doctor Zeta. A su derecha sonreía una muchacha de cabellera dorada y mirada dulce y provocativa.

—No, no es una ilusión como lo soy yo mismo. Esta señorita va a ser su compañera. Le amaba a usted sin que usted lo supiese, allá en la Tierra; era una de sus alumnas. Ha consentido en viajar hasta aquí.

Brown miró a la muchacha y se sintió prendado por ella; como si acabase de salir del lecho en aquel Paraíso que había dejado dentro de sí mismo y en el que conoció al doble espiritual de aquella otra mujer de carne y hueso que tenía delante de sí. Por eso las manos de Joseph volvieron a entrelazarse con las de ella y sus bocas se unieron ante la sonrisa benévola del doctor que les seguía hablando.

—Ya está usted curado de sus neurosis. Es la recompensa que la Federación Galáctica le paga por su colaboración. Ahora es usted libre de escoger la senda que más le conviene. Muchas de las cosas que usted ha visto no las recuerda ahora ni las recordará jamás, pero nosotros sí las recordamos, y por eso hemos decidido no interferir en el desarrollo de la Humanidad: ¡todos estamos en las manos de Dios!... Pero es gracias a usted por lo que hemos tomado esa decisión.

Brown salió con su pareja del despacho del doctor Zeta. Iban cogidos por la cintura. La despedida de su médico había dejado en él una pequeña gota del acíbar de la nostalgia que se iba disolviendo ante el contacto de aquella mujer que parecía su alma encarnada.

Y cuando salieron de la consulta apareció el jardín de aquella pequeña universidad en donde Brown había sido profesor y en la que ahora tenía un amplio porvenir abierto a su iniciativa de hombre maduro. A muchos billones de kilómetros quedaba la consulta del doctor Zeta y el recuerdo de aquel viaje hacia lo Absoluto. Pero los hombres seguirían olvidando que es en su interior en donde habita la Verdad.



JORDI PARIS

APRIETA-BOTONES

WILLIAM SPENCER

¿No ha jugado usted nunca en ninguna de estas máquinas en las que, usando cinco bolas y alcanzando un número determinado de tantos, obtiene otra partida gratis? ¿No se ha parado nunca a pensar en lo estúpido que es realmente este juego, pese a la aceptación que ha tenido entre la masa de público? ¿No ha extrapolado usted nunca esta idea en dirección al futuro, asimilando un desarrollo creciente de este juego a la progresiva alienación de las masas? Si realmente no lo ha hecho nunca, le aconsejamos que lea el relato que le ofrecemos a continuación, y donde William Spencer ha efectuado el trabajo por usted. Luego, vuelva a plantearse estas mismas preguntas... y busque por sí mismo las respuestas.

ilustrado por JORDI PARIS

Uno. Dos. Tres.

Rixon vio encenderse la luz roja por tres veces y, rápidamente, apretó el botón «sí».

Sus párpados se entrecerraron por la fatiga. Se inclinó hacia el panel iluminado, tachonado de botones, y trató de concentrarse. En la larga habitación desprovista de ventanas, centenares de trabajadores se inclinaban, concentrándose en paneles similares.

Uno. Dos. Tres.

Otra vez luces rojas. De nuevo apretó el botón «sí».

Uno. Dos. Tres.

Destellos rojos. Tres. Apretar «sí».

Su dedo ya se dirigía hacia el botón cuando vio la luz verde de la que casi no se había dado cuenta.

¡Alto!

Apretó firmemente el botón «no». Y suspiró, demostrando audiblemente su descanso. En el panel situado delante suyo una luz se movía hacia arriba en la sección señalada «tantos». Señalaba ahora 34. Ávidamente, visualizaba ya los 34 cheques de crédito, recién salidos de la máquina pagadora.

Suficientes para comprar...

¡Clang!

Súbitamente se dio cuenta de que había dejado pasar tres luces rojas sin apretar el botón «sí».

Un robot supervisor planeó cerca de él, con uno de los largos tubos de sus objetivos de televisión fisgando por encima de su hombro. Y un parpadeante signo azul «pierde» comenzó a destellar en el panel situado ante él.

¡Maldición!

De su tanteo fueron eliminados, rápidamente, los créditos. Había descendido a 31. La preocupación casi le hizo atragantarse. Luchó para controlar sus emociones, dándose cuenta de que, si no permanecía frío y despierto, realizaría todavía más equivocaciones.

Y ahora, ¿cuántas luces habían pasado: una, dos, tres?

Impulsivamente apretó el botón «sí», siendo recompensado con otro sonoro ¡clang!

Tres créditos más fueron eliminados de su columna de tanteo, descendiendo a un miserable total de 28.

Habría llorado de rabia y frustración. El supervisor estaba ahora definitivamente interesado en él, planeando más cerca a cada momento. De repente, se aclaró su cerebro y supo qué hacer. Apretó un botón en el extremo derecho de su consola, lo apretó y lo mantuvo apretado. Tras un breve intervalo se encendió una sección de su panel que llevaba la palabra «permiso».

Se levantó con alivio de su silla, dirigiéndose hacia la puerta situada al extremo del largo taller. El Supervisor observó su partida con uno de sus ojos. Tenía cinco minutos para recobrar algo de su compostura en el lavabo.

Abrió el grifo y dejó correr el agua fría, mojóndose con ella la cara. Tras unos momentos se sintió mejor. Miró el reloj. (*Todas las habitaciones tenían reloj*).

Tan sólo otra media hora en el banco de control y, si no perdía la cabeza, no tendría por qué malgastar ese turno de ocho horas. Todavía tenía tiempo para volver a elevar el total de créditos a un número decente.

Regresó al taller y se sentó en su silla. El Supervisor había perdido interés en él y estaba en otro lugar. *Eso* ayudaba. Las reglas eran que tenía que apretar correctamente el botón «sí» tres veces para obtener un crédito, pero si cometía un solo error perdía tres créditos.

Durante unos minutos todo funcionó correctamente. Marcó dos créditos más.

Luego algo pareció romperse en su sistema nervioso. El panel se disolvió en un desorden, sin ningún significado, de luces parpadeantes, entre las cuales parecía estar apretando al azar botones «sí» o «no». A veces, como era natural que ocurriese, por pura suerte, alcanzaba un crédito, pero más a menudo un deprimente ¡clang! le indicaba su error.

Cuando sonó la sirena al final del turno, se encontró con que tan sólo le quedaban nueve miserables créditos.

Cuando los recogía de la máquina pagadora, sintió el impulso de tirarlos despectivamente al suelo.

¡Nueve malditos créditos!

Pero el sentido común le impidió hacerlo. Después de todo, el gesto sería inútil

para con la máquina pagadora, que tan sólo era un robot insensible. Y tenía gran necesidad de estos nueve créditos. Los necesitaba para obtener alimentos en las Cafeterías de Cadena Continua. Los necesitaba para arrendar los Cubículos Dormitorio. Hasta le quedaría un poco para sus Drogas de Felicidad.

Así que se metió los créditos en el bolsillo, y se apresuró en dirección a las puertas de salida. Centenares de trabajadores se le cruzaban en dirección al más cercano pozo de ascensor.

Rixon se echó hacia adelante al abrirse las puertas del ascensor, pero era demasiado tarde. Un puñado de gente se le había adelantado, entrando en la estrecha caja metálica. Rixon empujó siguiéndolos, pero las puertas se cerraron sobre su hombro derecho y quedó cogido entre ellas. Las puertas temblaron y volvieron a abrirse de nuevo.

Rixon miró a su alrededor y se encontró con una serie de miradas coléricas que decían claramente: ¡tendrá que salir! Dudó, Un codo, aparecido de no se sabía donde, se clavó en sus costillas y lo sacó afuera. Las puertas se cerraron con estruendo, y la carga de maloliente y estrujada humanidad fue llevada hacia abajo.

En este punto había tres ascensores. Uno de los otros dos llegaba a continuación, ¿pero cuál? Rixon lanzó mentalmente una moneda, y se colocó cerca de la puerta de uno de ellos.

Había unas cincuenta personas esperando cuando llegó la siguiente cabina. No era la correspondiente a la puerta en que se encontraba, pero ya no había remedio. El tacón de alguien aplastó su pie sin pedir excusas.

Tras perder otros dos ascensores, Rixon se encontró en el inicio de las escaleras metálicas de caracol, uniéndose a la masa de cuerpos que se deslizaban hacia abajo. Descendían por la escalera en silencio, quebrado tan sólo por el sonido del roce de las suelas de goma en los escalones de acero.

Rixon se dio cuenta de que la gente que descendía por la escalera ondulaba con un torpe movimiento de oleaje. Contempló la ola moviéndose hacia él, luego era parte de ella, y después le pasaba. Lo contempló fascinado hasta que, súbitamente, el regular movimiento comenzó a disgustarle, Paso, paso, escalón. Paso, paso, escalón. Trató de cerrar su mente a todo aquello: cerró los ojos, pero le oprimía insistentemente las sienes.

En las oscuras bóvedas centrales de la Ciudad, en frescas cavernas de cemento, las máquinas pensantes estaban, como siempre, en conferencia.

Los Consejeros.

Sus cavernas permanecían siempre llenas de un inalterable gas inerte a una temperatura constante. No se permitía nunca la entrada a los humanos, con su corrosivo aliento.

Las máquinas lógicas no producían sonidos pero, a través del trillón de cristales de sus cerebros metálicos, las cadenas de pensamiento pulsaban a la velocidad del rayo. El destino de la ciudad se iba construyendo lentamente, con una impasividad total, como en un vasto debate entre antiguos filósofos, pero con unas posibilidades de memoria y aprendizaje inmensamente mayores.

A intervalos, de una de las máquinas surgía una nueva idea, idea que era experimentada ante una serie de contingencias casi infinita. Aunque cada pulsación de pensamiento tomaba tan sólo un micro-micro-microsegundo para formarse en los fríos cerebros de los Consejeros, la búsqueda a través del enorme campo de posibles consecuencias llevaba un largo tiempo. Frecuentemente el intervalo existente entre una y otra se medía en meses, a veces en años. Quizá esto fuera lo mejor.

Era como jugar una partida de ajedrez multidimensional con un billón de piezas, cada una de las cuales tuviera millares de movimientos característicos propios.

Pero, al final, se habían considerado todas las posibilidades relevantes y tomado una resolución firme. Entonces la decisión era transmitida a las máquinas psicológicas, para ser preparada en una forma aceptable antes de remitirla a los centros de impresión y transmisión.

Al mismo tiempo, cualquier cambio práctico era previsto por las máquinas ejecutivas.

Distraídamente, Rixon tomó un plato de estofado del «sírvese-usted-mismo» cuando el alto taburete en el que estaba encaramado situado sobre la cinta transportadora pasó ante la sección correspondiente.

De pronto se dio cuenta de que odiaba el estofado y trató de devolverlo a su sitio y coger spaghetti. Era demasiado tarde. Tenía que quedarse con el estofado.

Tragó el líquido. Estaba demasiado caliente. Se daba cuenta de que perdería el postre si no se apresuraba. Parecían haber acelerado, de nuevo, el movimiento de los taburetes desde la última vez que había estado allí.

Mientras devoraba el abrasador estofado, anticipaba la refrescante sensación del helado que iba a tomar como siguiente plato, que enjuagaría de su boca aquel picante calor. ¿Es que, para hacer aún peores las cosas, habían echado demasiado pimienta?, se preguntó.

Ahora se acercaba la sección de los postres. ¡Qué velocidad! Diestramente lanzó el plato de papel vacío del estofado a un vertedero de basuras.

Mientras la sección de postres se le acercaba zumbando, tuvo el tiempo justo de leer un letrero luminoso que decía: LO SENTIMOS. NO HAY HELADOS. La sección estaba llena de recipientes de papel con flan de ruibarbo y nada más.

¡Cómo odio el flan de ruibarbo!, pensó. ¿Debía coger uno? Sí, rápido. Idiota indecisión. Tan sólo logró alcanzar un recipiente antes de que su rápido asiento se alejase demasiado.

Tomó a cucharadas el empalagoso y pastoso dulce, reflexionando en que el sistema de cadena móvil de esas cafeterías era beneficioso porque enseñaba a tomar decisiones rápidas. Naturalmente, también era lo indicado por la eficacia. Los antiguos métodos, lentos y tranquilos, no tenían lugar en una Ciudad con mil millones de bocas que alimentar. Las cosas tenían que ser mantenidas a un buen paso, a un paso rápido.

Después de todo, era un productor. Su tiempo era demasiado valioso como para perderlo tontamente en largas y descansadas comidas.

Como a menudo, se encontró pensando en qué era exactamente lo que él estaba produciendo al apretar el botón «sí» en un panel. Naturalmente, sabía que era algo importante, algo vital para la economía de la ciudad, pero no sabía exactamente *qué*.

¿Eran plásticos? ¿O textiles? ¿O rodamientos de berilio? ¿Por qué, ni a él ni a los otros millones de aprietabotones, se les decía lo que estaban haciendo?

Tan pronto como se hubo hecho esta pregunta comprendió lo absurda que era. Si todos supieran lo que estaban haciendo, sería natural que apareciesen pequeñas envidias. Algunos pensarían que lo que *ellos* estaban produciendo era más vital a la comunidad que lo obtenido por los esfuerzos de cualquier otro. Tal vez se volviesen orgullosos o insoportables. Por otra parte, otros trabajadores podían llegar a creer, sin motivo alguno, que lo que estaban haciendo no era sino perder el tiempo. Quizá hasta llegasen a perder el interés. En cualquiera de los dos casos, la eficiencia disminuiría.

Y, naturalmente, lo importante era la eficiencia...

¡Rápido, el café...! Agarró la humeante taza de papel en el último momento, cuando ya casi pasaba de largo.

Mientras se la llevaba a los labios comenzó a aparecer, en la pantalla situada frente a él, una telenoticia. El torrente de palabras corría a lo largo de su línea de visión.

El Consejo Supremo, tras la debida cogitación, ha decidido...

Las telenoticias siempre empezaban así.

... ha decidido que en el futuro, en interés de la eficiencia...

Siempre en interés de la eficiencia.

... tras tres faltas de control sucesivas, los operadores recibirán una descarga eléctrica débil.

¡Diablos! ¡Una descarga eléctrica! Rixon se estremeció.

Pero se estaba perdiendo el resto del mensaje:

Naturalmente, esto en ninguna forma está pensado como castigo. Pero los tests psicológicos han demostrado que el resultado de esas descargas eléctricas es un incremento en la atención, así como unos resultados mejores en las tareas experimentales. Todos los paneles de control están siendo consecuentemente modificados. Mientras esto se efectúa, se declara festivo el resto del día.

¡Festivo!

¡Vaya con el buenazo del Consejo Supremo! Rixon casi derramó el café en su

excitación y alegría.

¿Qué haría con su tarde libre?

Impulsivamente, Rixon decidió visitar una Tienda de Viajes.

Naturalmente, en una ciudad de mil millones de habitantes, no había posibilidad de permitir a cada individuo que viajase libremente. Esto habría ocasionado un caos y estrangulado el ya desesperadamente supersaturado sistema de comunicaciones.

Pero los consejeros, en su sabiduría, habían tenido en cuenta el impulso humano de escapar, aunque fuera brevemente, a lugares desconocidos. Ésta era la razón de las Tiendas de Viajes.

Había una en el chaflán del siguiente edificio: trataría de llegar hasta allí. Tras no menos de media docena de intentonas, Rixon logró poner pie en la banda adecuada del pavimento móvil. Si se juzga por el coro de protestas que ocasionó este hecho, no cabía duda de que una o dos personas habían sido empujadas al otro lado, y estaban siendo llevadas ahora en la dirección opuesta por el pavimento móvil. Pero Rixon no podía hacer nada para ayudarlas. Y lo importante es que él iba bien.

Cuando alcanzó, abriéndose paso a codazos, la Tienda de Viajes, Rixon se deslizó a lo largo del pasillo móvil hasta llegar a un cubículo vacío. Se introdujo en el interior y cerró de un portazo. Entonces introdujo un bono de un crédito en la ranura del seleccionador y recorrió pensativamente con su dedo el amasijo de botones. Hawai, Méjico, Bali. Había estado en estos sitios muchas veces... Naturalmente, a través de las fantasías de la telecinta, claro está.

Repentinamente se dio cuenta de la existencia de un botón oscuro en la extremidad inferior derecha del tablero de selección. No lo había visto antes. ¿Era nuevo? El letrero decía: «tiempos antiguos».

Rixon sonrió y apretó el botón. La máquina indicó la captación del programa seleccionado anunciando a través de un altavoz:

—Su selección estará a punto en un momento. Por favor, póngase confortable en la butaca de visión.

Un minuto o dos después se oyó un chasquido al caer la telecinta por el alimentador, introduciéndose en el proyector tridimensional. Se amortiguó la luz del cubículo, y entonces las paredes se disolvieron en una nueva escena.

Rixon estaba rodeado por todas partes por imágenes de colores en movimiento. Era parte de la escena: un fantasma, silencioso e invisible, que podía observar pero no participar.

Por todas partes le rodeaban gentes ataviadas con las vestimentas absurdamente anticuadas de... ¿de qué siglo era eso? El veinte, pensó Rixon, escarbando en sus limitados conocimientos del mundo anterior a la fundación de la Ciudad.

Esas gentes parecían pasarse la mayor parte de su tiempo observando una

pequeña caja cuadrada en la que aparecían toscas imágenes bidimensionales en blanco y negro.

Luego cambió la escena, y se vio a un hombre inclinado sobre una mesa en la que había algún raro y primitivo aparato.

De él salían cables en todas direcciones. El hombre tomó una especie de lápiz metálico y soldó dos de los cables.

De repente Rixon se dio cuenta de lo que estaba haciendo. El hombre estaba *fabricando* algo... fabricando una de las cajas visoras que los otros habían estado contemplando... ¡y la estaba fabricando *con sus propias manos!*

Rixon permaneció como atontado durante el resto del espectáculo, sin casi comprender lo que estaba sucediendo. La imagen del hombre fabricando una caja de visión *con sus propias manos* parecía haber sido grabada en su cerebro como por una descarga eléctrica.

Sentía que le iba a estallar por la enormidad de su descubrimiento. Cuando salió de la Tienda de Viajes deseaba gritárselo a todo el mundo. La gente, en los tiempos antiguos, había hecho en realidad cosas con sus propias manos.

Había un pequeño parquecillo, de unos diez por diez pasos de superficie, justo al lado de las salidas de la Tienda de Viajes. Rixon entró en él y se sentó en el banco. Un joven de aproximadamente su propia edad se encontraba ya en él, con sus ojos mirando perdidos hacia adelante, sin ver. Rixon había visto la misma expresión apática en un número en incremento de rostros de la Ciudad.

¿Qué era lo que ocurría con los habitantes? ¿Qué les estaba sucediendo? Tenían suficiente para comer, y trabajo que realizar. Y, además, trabajo productivo. Esto debería satisfacerles plenamente. Y como por si fuera poco, tenían las Tiendas de Viajes, las Casas de Juegos, las Drogas de Felicidad.

Y, sin embargo, un número crecido de ellos parecían estar hundidos en una especie de estupor, no importándoles... no estando siquiera inspirados por la necesidad de incrementar la producción.

Rixon se sintió impulsado a sacar a ese desafortunado individuo de su estupor.

Se inclinó hacia él.

—Digo...

Tuvo la impresión de que el joven se sobresaltaba ligeramente y luego pretendía no oírle. Claro está que era muy poco común que los habitantes de la Ciudad hablasen unos con otros. Después de todo, ¿qué podían decirse? Todo se había convertido en demasiado complicado para los simples cerebros humanos. Era mejor dejar el pensar a los Consejeros. Sus cerebros metálicos eran un billón de veces más rápidos que los humanos. Tenían unas memorias enormes, virtualmente infinitas, en las que almacenaban la enorme cantidad de hechos necesarios para tomar decisiones efectivas.

Y, no obstante, Rixon sentía que era triste que se hubiese permitido morir casi por completo el arte de la conversación.

Lo intentó de nuevo:

—Mire...

Sabía, ahora ya no cabía duda, que el hombre estaba pretendiendo deliberadamente no oírle. Lo estaba tratando como si fuera un tipo raro o un loco: no le hacía el más mínimo caso.

Bueno, pues no se iba a salir con la suya.

—¿Quiere usted escucharme?! —chilló Rixon, agarrando al hombre por la ropa y obligándole a prestar atención—. ¿Se ha preguntado alguna vez lo que estamos haciendo allá arriba?

Hizo un gesto indicando con su brazo los talleres.

El hombre parecía asustado. ¡Realmente asustado! Se iba apartando como de un apestado, mirando de lado y tratando de no cruzar su vista con la de Rixon. Éste lo sacudió, irritado.

El hombre respondió carraspeando nervioso, para aclararse la garganta. Iba a decir algo. Tras años de silencio, si exceptuamos una cierta cantidad de murmuraciones para sí mismo, la palabra llegaba con dificultad, tal como el mismo Rixon había comprobado.

—¿Haciendo? —dijo el hombre—. Entonces, ¿es que estamos haciendo algo?

Se soltó del apretón de Rixon y huyó, casi corriendo, hacia el pavimento móvil más cercano.

Rixon se quedó sentado, apabullado por la tremenda profundidad de la ignorancia de aquel hombre. O, ¿tal vez era simple estupidez?

¿Haciendo? Naturalmente que estaban haciendo algo... algo de una importancia vital para la comunidad. Lo único que ocurría es que no sabían exactamente el qué. Por ciertas razones que...

¿Por qué razón? Repentinamente, las explicaciones oficiales le parecieron faltas de peso y convicción.

Se alzó desazonado y caminó lentamente hacia la sección móvil del pavimento.

Abriéndose camino, viajó hasta hallar un Cubículo-Dormitorio vacío. Cansado se dirigió hacia él e introdujo un crédito en la ranura. La pesada puerta a prueba de sonidos se abrió y, aliviado, se introdujo a gatas en el interior.

En los días siguientes, en el Taller, la pregunta «¿qué estamos haciendo?» no dejó de surgir en la mente de Rixon. Trató de alejarla.

Como la mayor parte de las personas solitarias, tendía a vivir en un continuo ensueño, haciendo juegos mentales, teorizando o como quiera llamársele. Normalmente, un pensamiento se elevaba en su cerebro, planeaba durante un corto espacio de tiempo, haciéndose más y más complejo, tras lo cual desaparecía para ser reemplazado por otro.

Esto era diferente. Suponía que se le podía llamar persuasión, exceptuando que no era la clase de personas que tiene obsesiones.

¿Qué estamos haciendo?

Continuaba martilleándole la cabeza.

Se consideraba a sí mismo la pregunta: «¿A quién le importa?» o bien «¿Por qué preocuparse?»; lo que importa es que, sea lo que sea, es en bien de la Ciudad». Pero esas respuestas le parecían fútiles y con poca consistencia. No le satisfacían, por lo que la pregunta continuaba reapareciendo.

Comenzó a pensar que tendría que hacer algo al efecto.

¿Pero qué? Una pregunta directa a los Supervisores, por ejemplo, sólo produciría una respuesta evasiva. Estaba seguro de ello. Además, probablemente se le designaría como sujeto a observar, y esto no tenía nada de divertido.

Los Supervisores eran pequeñas máquinas observadoras que flotaban en medio del aire, vigilando.

Rixon contempló el grueso cable que conectaba el panel de su consola de control con el otro gran panel desnudo de la pared. Sabía que tenía que averiguar lo que había tras aquel panel, pero sería inútil ir abiertamente, detrás de su pupitre de control. Tenía que ser astuto.

Esperó hasta que el Supervisor más cercano se halló por lo menos a unos diez metros de distancia. Entonces dejó caer su caja de Drogas de Felicidad al suelo. En un abrir y cerrar de ojos estaba arrodillado tras el pupitre de control, trasteando el panel de la pared con un viejo destornillador. El panel se desprendió más fácilmente de lo que había osado esperar, y vio lo que se hallaba tras él.

Nada.

No había ninguna clase de conexión, ni cables llevando a alguna parte... tan sólo una caja, poco profunda y vacía, en la pared.

Absolutamente nada.

Se dio inmediatamente cuenta de lo no pudo hacer nada al respecto pues, ya que esto significaba. Se dio cuenta... pero alerta, un Supervisor lo había alcanzado con un radiante paralizador.

Sintió la aterradora experiencia de tener que permanecer a gatas, tras su pupitre, inmóvil. Mientras tanto su mente, intensamente activa, exploraba a tremenda velocidad todas las implicaciones de lo que había visto.

Claramente, todo el apretar de botones que efectuaban en los Talleres carecía de cualquier significado. No estaban produciendo nada. Toda la Ciudad, toda su maquinaria, productora y distribuidora, era automática. Los humanos no tenían otra cosa que hacer más que consumir, pero los Cerebros los mantenían allí, en inútil hora tras hora, tan sólo para asegurarse de que sus parásitos humanos estaban atareadamente absortos en su actividad, asegurándose así de que no ocasionaran

molestias. Ése era el motivo por el que habían descubierto ese monstruoso y vacío juego.

Quería contarles a los otros aprietabotones lo que había descubierto, deseaba poner al descubierto la enorme estafa, la traición. Ansiaba vocear la verdad.

Pero mientras tuviera enfocado el rayo paralizador, le resultaba imposible hablar o moverse.

Nadie, y esto era lo más enfurecedor, parecía haberse dado cuenta de lo que le estaba sucediendo. Podía ver a dos o tres de los operarios más cercanos, apretando absortos sus botones, siguiendo alegremente el juego. ¡Idiotas!

Al cabo de un par de minutos llegaron una pareja de Robots de Servicios, silenciosos sobre sus suelas de goma, y lo colocaron sobre una camilla. El rayo del Supervisor efectuó un sutil cambio de frecuencia, y Rixon cayó silenciosamente en la inconsciencia.

Cuántas horas o días habían pasado antes de que recuperase el conocimiento, o qué le había ocurrido en el intervalo, era algo que escapaba a la mente de Rixon.

Sus facultades fueron filtrándose lentamente de regreso. Estaba echado sobre un blando capullo, relajado, en una pequeña habitación iluminada por una suave luz débil. De alguna parte surgía una tenue música.

Era todo tan poco familiar. Esto no era un Cubículo Dormitorio, ¿no? Trató de recordar cómo había llegado hasta allí, exprimiéndose el cerebro para hallar un indicio.

Abandonó el intento y se estiró en la ensoñadora blandura.

Todo lo que sabía, y con certeza, era que había realizado algún descubrimiento trascendental. No podía recordar exactamente cual, pero no obstante sentía una gran satisfacción.

A intervalos, un Robot de Servicios le traía comida. Y muy buena por cierto.

Durante muchos días fue dejado en este aislamiento, plenteramente tranquilo. Luego, una mañana, sin aviso previo, el Robot de Servicios trajo una pequeña esfera negra, colocándola reverentemente en el interior de un cubo azul situado al lado del capullo. Tan pronto como el Robot hubo salido, la esfera comenzó a hablar.

—*Este objeto es un comunicador. Está usted ahora en contacto directo con los Consejeros.*

¡Los Consejeros! Rixon notó que lo atravesaba un escalofrío de algo así como terror.

—*Los Consejeros desean que usted sepa que ha sido elegido para una posición de una responsabilidad extrema.*

Una vez captó la trascendencia de esta afirmación, se sintió bañado por el calor de su recién adquirida importancia.

—*Ahora se le mostrará una visión de sus nuevas obligaciones. Por favor, preste*

suma atención.

No podía haber estado más atento.

La esfera negra se hinchó hasta un gran diámetro y se hizo transparente. Comenzaron a aparecer imágenes en su interior. Se encontró contemplando una versión miniatura de algo que reconoció como su viejo Taller. Pero estaba viéndolo desde un ángulo raro.

De repente se dio cuenta que estaba mirando hacia abajo *a través de la pared* del Taller. Nunca había sospechado que la parte superior de la pared fuera transparente por un lado.

Un cierto número de personas de aspecto importante se hallaban sentadas en grandes butacones confortables, mirando hacia abajo, invisibles para los comunes aprietabotones del Taller de abajo.

—*Éstos son los Inspectores. Su tarea es vigilar a los trabajadores ordinarios. Y, ahora, usted es un Inspector.*

Rixon notó una oleada de orgullo, de gratitud por los previsores Consejeros. Escuchó ansioso la continuación del trascendental mensaje:

—*Descanse ahora. Mañana asumirá usted sus nuevas responsabilidades.*

En la mañana siguiente, un Robot de Servicios guió a Rixon a la tribuna de los Inspectores. Los Inspectores residentes lo saludaron, a pesar de ser un recién llegado, con unas miradas de amistad y familiaridad que en seguida le hicieron sentirse en ambiente.

Fue llevado a un sillón, y se le explicó el trabajo.

Tenía que vigilar continuamente una sección del Taller de abajo que comprendía doce aprietabotones en sus pupitres. En el brazo izquierdo de su masiva silla estaba incrustada una joya roja, que tenía que tocar en el caso de que dos operadores de su sección se equivocaran simultáneamente, a menos que al mismo tiempo fueran alcanzados tres créditos por otros tres operadores de su grupo, en cuyo caso debía apretar la joya verde del brazo derecho de su sillón.

Bastante simple para un hombre de su inteligencia, una vez que le había hallado el ritmo. Pero, naturalmente, requería un elevado nivel de concentración.

Se le explicó a Rixon que había sido elegido para esas tareas de más alto nivel en mérito a sus excepcionales poderes de concentración e inteligencia.

Él no quería parecer inadecuado, pero tenía que admitir que, tras una tensa sesión de tres horas en el sillón de Inspector, se sentía tremendamente agotado. Pero halló que había compensaciones, como era el que los Inspectores habitaban en viviendas especiales propias en el último piso, el 77, del edificio de los Talleres. Allí había espaciosos y tranquilos jardines y frescas y saltarinas fuentes, piscinas para nadar y restaurantes en los que se podía saborear manjares bellamente preparados, de un especial sabor y calidad.

Los Inspectores nunca tenían que efectuar el largo descenso hasta el nivel de la calle, nunca tenían que mezclarse con las bullentes, multitudinarias y molestas hordas de operarios comunes. Podían relajarse allá arriba, en los niveles superiores, y recuperarse lo suficiente como para soportar la penosa sesión de tres horas en el sillón. Era el agotador, privilegiado y absolutamente exigente trabajo de un Inspector.

Pasó largo tiempo antes de que Rixon viese, grabada en la verde joya, parecida a un botón, la solitaria palabra: «Sí».

Título original:
BUTTON - PUSHER

© 1961, Nova Publications Ltd., by arrangement with E. J. Carnell.

Traducción de M. Sobreviela

Lino Aldani
Primavera romana

A. J. Deustch
Un túnel llamado Moebius

Ursula K. Le Guin
Selección

Kris Neville
Si esto fuera utopia

Chad Oliver
La sangre es inquieta

Robert Rorher
El regreso de los muertos

Romain Yarov
La fundación de la civilización

Robert F. Young
El jardín del bosque

muy pronto... en el número 10 de NUEVA DIMENSIÓN

Drácula, Monstruo de la crisis

El cine de ciencia ficción tuvo sus antecedentes en el cine de terror. La época dorada de este género en el cine tuvo nombres famosos, que merecen ir trayéndolos sucesivamente a estas páginas. Les hablamos ya, en uno de nuestros números anteriores, de Frankenstein. Ahora le toca el turno a otro personaje imperecedero: Drácula, príncipe de las tinieblas, un personaje que ha creado toda una moderna mitología.

—«¡Oh, Mary! —le dijo al oído—. ¿Por qué tendrá que ser todo el mundo tan desgraciado? Es el despilfarro —gritó Mary furiosa. Ada y George Barrow le ayudaron a entrar en un taxi—. La comida que tiran y el dinero que gastan da asco, mientras nuestra gente se muere de hambre en pobres tiendas de lona».

*(John Dos Passos:
«El gran dinero»)*

*1929, otoño:
Terror en Wall Street*

Para J. K. Galbraith, la economía norteamericana «entró en una fase depresiva en otoño de 1929... En octubre, el índice de producción industrial de la Reserva Federal daba 117-126 sólo cuatro meses antes. La producción de acero no había cesado de disminuir desde junio; también disminuyó fuertemente el volumen del transporte por ferrocarril. La industria de la construcción —de significación realmente barométrica— venía sufriendo desde hacía varios años una crisis impenitente, y acabó en franca bancarrota en 1929. Finalmente, se vino abajo el mercado de valores...».

Para muchas personas, el crack financiero norteamericano significa una crisis económica a escala mundial. David Thomson cree que «sus raíces se hallan más en la dislocación del comercio internacional y de las economías nacionales acarreadas por la guerra que no en los problemas de las deudas de guerra y de los pagos de indemnizaciones, que tanta atención recibieron durante los novecientos veinte».

La locura financiera, el pánico y la ruina fueron cosa de poco tiempo. Sigamos citando a Thomson: «En el término de un mes, los valores de bolsa perdieron hasta un cuarenta por ciento, y en 1932 había cinco mil bancos norteamericanos en quiebra... Entre 1929 y 1932 el comercio mundial se redujo a una tercera parte, mientras que el número de desocupados iba en aumento».

El cine norteamericano, cuya sede es Hollywood, se controla desde Wall Street. Pero Hollywood es una ciudad definida siempre por su inestabilidad. Sus gentes han tenido un presentimiento de crisis permanente que les hizo vivir tensamente. La antropóloga Hortense Powdermaker dice a este respecto: «La atmósfera de crisis y la constante angustia que hay en Hollywood constituye un aspecto de histerismo que impide a las personas pensar...». Los financieros de la meca del cine aprovecharon tal coyuntura en 1929 con éxito positivo, y se dio la circunstancia de que muchos films rodados aquel año, cuyo tema se refería al mundo financiero, no aludían para nada a la crisis de Wall Street. El estudio que intente buscar en este cine testimonios directos se sentirá defraudado, pues tendrá que dirigir su búsqueda por otros derroteros. Quizás hacia el musical y, primordialmente, hacia el terrorífico, donde encontrará un valioso material.

Como ejemplo del astuto cálculo de las finanzas podemos tomar referencias de *UNA MUJER DE WALL STREET* («Wall Street»), producción Columbia de 1929, realizada por R. William Neill e interpretada por Aileen Pringle, Ralph Ince y Philip Strange. El tema era la lucha intestina entre los magnates más poderosos de la Bolsa neoyorquina y un advenedizo con ideas nuevas, mimado por la suerte; su alusión a una lucha de clases se resolvía al final con una boda espectacular. La película no era importante, pero sí muy significativa en aquella época de crisis, con un pavoroso panorama que apuntaba alto en la guerra sorda entre financieros que buscan la ruina de sus rivales en beneficio propio. Uno de los personajes lanzaba frases muy tópicas en el mundo de las finanzas, que el cine iba a ignorar desde ahora para que el público yanqui olvidara su tragedia: «No olvide nuestro lema: para el amigo todas las gentilezas, pero al enemigo hay que aplastarlo sin piedad...».

¿Quién era el enemigo de quién en la terrible depresión? ¿Qué oculta amenaza había en este film de apariencia inocente y en aquella frase tan definidora? Se presentaban unos años venideros de profundo terror, de suicidios y de ruina. Pero también un resurgir del cinema americano, anulado algún tiempo por la palabra.

Bienvenido, señor Monstruo

La Universal Pictures inicia sus cortejos fúnebres con historias de vampiros que el público norteamericano paladea con fruición. A los vampiros sigue el monstruo de Frankenstein, éxito que hace subir las cotizaciones de la Productora. Algunas casas se resisten a la realización de films con estos temas, y los críticos dedican comentarios breves a un «cine sin importancia y de mal gusto». Pero el público, intuitivamente, llena las salas donde se exhiben y, el público, como dice el viejo zorro Adolph Zukor, «nunca se equivoca». Lo truculento se consolida, otras casas siguen la política de la Universal, y las pantallas del mundo se pueblan de seres fantásticos originados por la crisis.

La fórmula de los expresionistas, ensayada con el pueblo germano, puede dar

también buenos resultados en el norteamericano. La baza del cine debe ser decisiva para el triunfo del «New Deal» que ha impuesto el presidente Roosevelt al llegar al poder en 1933. Urge una desmitificación del concepto «los felices veinte», y los historiadores Allan Navis y Henry Steele Commager casi lo han logrado en unos trabajos llenos de precisión y rigor.

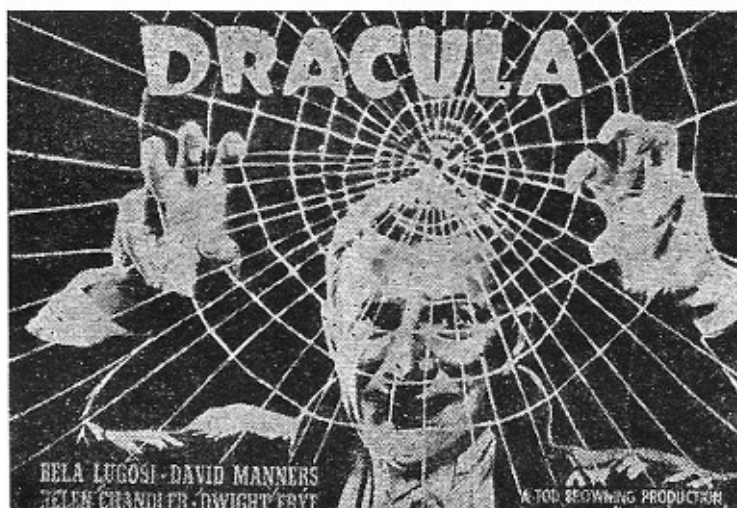
Por su parte, Walt Disney familiariza al público con los monstruos y sus fórmulas tranquilizantes. En *LOS TRES CERDITOS*, el inquietante lobo feroz simboliza la depresión, pero los tres despreocupados cochinitos lanzan el anatema de *¿quién le teme al lobo feroz?*, que es como un grito de confianza en el porvenir. La segunda aportación disneyana, *LA GRAN GALA DE MICKEY*, ofrece la presencia del monstruo de Frankenstein, además de otros mitos —entre ellos *DRÁCULA*— del cine truculento, perfectamente «domesticados».

El público, familiarizado ya, los mira con simpatía. El cine de horror ofrece pistas tranquilizantes que, desde ahora, le van a servir con una regularidad constante que haga olvidar la realidad que le circunda. Los hombres que rigen Universal Pictures tienen experiencia en tales actividades, pues si la economía no dejó de ofrecer fisuras desde 1925, también lo truculento llegó por caminos pisados ya por Lon Chaney. No nos queda otro remedio que partir desde aquel cine de actor, para poder estudiar un nuevo fenómeno de estos films de crisis. Por eso, nuestra bienvenida a *Mister Monster*, no tiene un significado malicioso, sino más bien definidor.

Corte milagrera. Jorobados y fantasmas

De 1923 es *THE HUNCHBACK OF NOTRE DAME* («El jorobado de Nuestra Señora de París»), realizada por Wallace Worsley, bajo la astuta supervisión de Irving Thalberg. Su gran fuerza comercial era la espectacular escenografía y la interpretación de Lon Chaney, luciendo una caracterización asombrosa. El tema romántico de la novela de Victor Hugo se presentaba para la realización de un film plagado de sugerencias tétricas; la presencia del actor incorporado al trágico campanero ponía acentos conmovedores que, por aquella época, deslumbraron al público. El italiano Giovanni Scognamiglio, en su ensayo «Lon Chaney, l'uomo dai cento volti» (*Bianco e Nero*, n.º 7, 1955), censura que en mi trabajo «*Terrori sugli schermi*» (*Cinema*, números 99-100 de la nueva serie, diciembre de 1952), diga de Lon Chaney «que su problema interpretativo era sólo cuestión de afeites», pero por lo menos la aparición del gran trágico estaba apoyada decisivamente en las caracterizaciones, en su maestría para metamorfosearse dentro de tipos de la más variada y repelente catadura. Sus ciento cincuenta y tres films son un variado mosaico de horror, y testimonian un talento fértil, al par que una extraordinaria capacidad laboral. Universal realiza un buen negocio con «El jorobado de Nuestra Señora de París», y Lon Chaney logra con ella más popularidad y prestigio que en toda su obra precedente.

Rupert Julian, discreto realizador que ha prestado a Thalberg un excelente servicio relevando a Erich Von Stroheim en *LOS AMORES DE UN PRÍNCIPE* o el *CARRUSEL DE LA VIDA* («Merry-Go-Round», 1923) por desavenencias con la productora, sería designado para dirigir otro film de gran presupuesto, concebido también para lucimiento del hombre de las mil caras: *EL FANTASMA DE LA ÓPERA* («The Phantom of the Opera», 1925), basado en la obra de Gaston Leroux. El film transcribía, casi en su totalidad, la novela. El autor utilizó módulos narrativos de folletón, tan en boga por aquel entonces, paralizando la acción en un afán exhaustivo de descripción ambiental, misterio sorpresivo y efectista, en detrimento de la dinámica del relato. En la novela, el viejo y resentido Eric incuba y lleva a la práctica una venganza improcedente y misteriosa. La película recogía sus aspectos más espectaculares —la caída sobre el público de la gran araña de cristal, los ignorados pasadizos de la gigantesca mole de la Opera, el melodramatismo de la historia— y su rodaje se llevó a efecto dentro del mayor secreto (el astuto Thalberg tenía un ardid publicitario), prohibiéndose la publicación de fotografías con la caracterización de Chaney, que era verdaderamente pavorosa.



Drácula aterroriza a las masas... del otro lado de la pantalla

Tanto los decorados como la ambientación, fueron excepcionales, y los momentos de mayor espectacularidad estaban rodeados de un misterio denso y sobrecogedor. La reconstrucción de la Opera de París y sus colectores fueron excelentes pretextos para dosificar las sombras, dando mayor impresión fantasmal a la admirable máscara de Chaney. Pero no todo fue bien en el rodaje del film, y el exigente Thalberg sustituyó en el último momento a Rupert Julian por Edward Sedgwick, mediocre realizador de westerns de tercera categoría.

A pesar de estas incidencias, *EL FANTASMA DE LA ÓPERA* era un film lleno de misterio y horror, que llegó a apasionar al público. Aquí, sensacionalismo y cálculo eran bazas excelentes para su aceptación por las gentes, rendidas desde el primer instante en que aparecía en la pantalla la figura fantasmal y resentida de Eric con su

rostro carcomido por el fuego.

Pero la distracción ofrecida por estos horrores no podía hacer olvidar otro fantasma que empezaba a mostrar ya su inquietante faz en la bolsa neoyorquina. Aunque habrían de pasar cerca de cuatro años para que se manifestase en toda su destructiva grandeza.

Sangre es vida, Renfield

Este vampiro que está entre nosotros posee personalmente tanta fuerza como veinte hombres; es más astuto que el simple mortal, pues su astucia ha alimentado a través de los siglos. Recibe además la ayuda de la nigromancia, o sea, la adivinación por los muertos; y todos con quienes él entra en contacto están bajo sus órdenes; es feroz, diabólicamente cruel; no tiene corazón...

(Bram Stoker: DRÁCULA)

El problema de individualidades absorbentes e intolerantes cesa en la Universal, al pasar Thalberg a la nómina de la Metro como productor ejecutivo. El periodo de la crisis afecta ya a la industria cinematográfica alemana, obligando a técnicos y artistas a una emigración forzosa a Hollywood, aunque para algunos la aventura signifique el final de su carrera, pues al cine norteamericano, en abierta competencia con el europeo, le interesa la eliminación de valores o su oscurecimiento. La crisis financiera contribuye a facilitar su labor de zapa.

La próxima película de Universal se confía a Tod Browning, que ha dirigido a Lon Chaney en diversos films con variados resultados. Pero su sensacional LONDON AFTER MIDNIGHT, («La casa del horror», 1927), con Chaney en el vampiro, revela al hombre sensible, con su gran sentido del humor y su rara maestría para la creación de ambientes tenebrosos y fantásticos. De Tod Browning es DRACULA («Drácula», 1931), la más grande película realizada en los años treinta sobre vampiros. Adaptada de la famosa novela de Bram Stoker y de su versión teatral, hecha en 1927 por Hamilton Deane y John L. Balderston, el éxito popular alcanzado por el film supera todos los cálculos de los magnates de la Universal. Veamos el desarrollo de su argumento:

Caída la tarde, llega a Bistritz, localidad perdida en la Europa Central, un viajero llamado Renfield. Los negocios le llevan al castillo del Conde Drácula. Se le advierten oscuros peligros para hacerle abandonar su proyecto, pero, a pesar de sentir una vaga inquietud, llega al término de su viaje.

El grandioso castillo en ruinas parece deshabitado. Ha anochecido cuando llama a la puerta y Drácula acude a recibirle con un candelabro de plata en la mano. El terror y la alucinación comienzan para Renfield y, entrada la noche, ve a tres mujeres muy pálidas y bellas. Súbitamente se siente atacado y sumido en una especie de letargo

hinóptico.

Pasados unos días, Renfield observa que unas grandes cajas de madera son transportadas con todo misterio a bordo de un velero. Después de una gran tempestad, el barco llega ante las costas inglesas; los pasajeros han ido muriendo poco a poco, excepto uno de ellos que ha perdido la razón es Renfield, sometido a la voluntad de Drácula, el maestro de los vampiros...

Renfield es internado en un manicomio dirigido por el Dr. Seward, donde Mina, su hija, se enamora de John Harker, amigo del demente. El Conde Drácula entra en posesión de la abadía de Carfax, lindante a la propiedad del Dr. Seward. Durante una representación de gala a la que asiste el doctor y su familia, el Conde Drácula es presentado a Mina.

Una serie de extraños crímenes son descubiertos todas las noches. Curiosamente, los cadáveres presentan huellas de haber sido mordidos en el cuello para chuparles la sangre. El populacho está aterrorizado. John Harker visita al profesor Van Helsing para que examine a su prometida que, inexplicablemente, se debilita y pierde fuerzas. Después de algunas investigaciones sobre el vampirismo, llega a la conclusión de que el culpable es Drácula.

El doctor Seward vigila a su hija, pero el Conde, en una visita nocturna, inyecta a Mina su propia sangre, que la convertirá también en vampiro. Los remedios utilizados para sustraerla al maleficio fracasan.

Drácula es invulnerable bajo su forma humana: reposa de día en su tumba y, llegada la noche, el vampiro recobra su apariencia vital. Las investigaciones llevadas a cabo con Renfield, sumido todo el día en su miedo al monstruo, ponen al profesor sobre la verdadera pista. En la cripta de la abadía descubre por fin las tumbas. A la noche, los vampiros se reúnen para celebrar el rito sangriento que les permite sobrevivir. Van Helsing clava una estaca en el corazón de Drácula, destruyendo al monstruo para siempre. Mina es salvada.

DRÁCULA es el film de la crisis. El paro obrero afecta ya en Estados Unidos a quince millones de trabajadores. El caos gangsteril, respaldado por la Ley Seca, llega a su máxima violencia. El cine, ignorando los problemas más acuciantes, ofrece alegres comedias musicales o novelitas rosas. Dolido por esta indiferencia, Somersén Logan, en un artículo de «Experimental Cinema», escribiría lo siguiente: «¿Qué ve el obrero norteamericano cuando va al cinema? Los secretos sexuales de la clase alta, detalles anatómicos de las señoras más distinguidas, mansiones espléndidas habitadas por parásitos que jamás trabajan... guerras de gansters que terminan siempre con el arrepentimiento y reforma del bandido simpático...». Pero la acusación no se reduce a las revistas minoritarias, sino que se divulga por otros conductos más populares, como «Cinelandia», publicación en lengua castellana editada en Los Ángeles. En su número de diciembre de 1930, Carlos F. Borcosque advertía: «El cine no es de Fox, ni de Goldwyn, ni de Warner. Es de un grupo de hombres de negocios que desde Wall

Street, en Nueva York, manejan esta enorme organización que representa hoy una de las industrias más grandes del mundo... Hayley L. Clarke maneja los intereses de la empresa Fox, ayudado por un consejo de banqueros neoyorquinos. El Chase National Bank, el National City Bank, J. P. Morgan y otras grandes organizaciones financieras de Wall Street son, hoy por hoy, los dueños de la industria del cine».

Grave debía ser la situación financiera, y mayor aún la indiferencia de sus rectores con sus silencio, ante el acuciante problema social que tan de cerca afectaba ya al cine y a los que lo realizaban. Las pérdidas sufridas por los magnates eran del dominio público: se les señalaba con el dedo, y hasta se les compadecía. Para salir al paso, en uno de estos reveses en que Carl Laemmle perdió de golpe cuatro millones de dólares, el magnate de la Universal declaró a la Prensa: «He estado ganando dinero muchos años en mi vida y nadie ha llevado la cuenta. No veo por qué hay que preocuparse ahora de que pierda un poco». Sin embargo, el momento era grave y la cantidad importante.

Pero mister Laemmle se resarciría pronto de su pérdida gracias al cine truculento. DRÁCULA, estrenada en Los Ángeles el 27 de marzo de 1931, será un río de oro para Universal Pictures. Al pronunciar Bela Lugosi, con voz cavernosa, su fatídica frase de «sangre es vida, Renfield», parecía hacer una alusión directa a la vitalidad del ciudadano yanqui, capaz de surgir con pleno ánimo de las ruinas de una catástrofe.



El cartel de Universal para «Drácula»

Es hoy un enigma, a tantos años vista, el impulso que obligaba al público a refugiarse en el cine su amargura y su pobreza. La explicación más sensata sea posiblemente que, por este procedimiento, calmaba su angustia al enfrentarse con lo sobrenatural. DRÁCULA ofrecía un atractivo que no debe escapar al estudioso: la sangre, su sensual mordedura a bellas mujeres, lo insólito corporeizado; también, una cierta frustración de los personajes y, sobre todo, la lucha contra el ente perverso, que puede destruirse con procedimientos tan elementales como es la acción de clavar en su corazón una estaca de madera.

Pero, ¿qué hay además en esta película que capte a los públicos de modo tan absoluto? Muchos elementos fruto de la transición sufrida por el cine a causa del sonido: La sinfonía del silencio al destacar sobre los ruidos, las lóbregas resonancias, como glorificando el nuevo medio. Y, entre tantos valores auditivos, la tensión de la espera, el miedo a lo sobrenatural y fantástico, capaz de sumir al espectador en el respeto más profundo, fascinándolo ante cada testimonio de espanto aparecido en el film.

Los sonidos de hueca resonancia, los chirridos de las puertas, el eco de las pisadas, las voces retumbando en la oscuridad o tras el transparente tejido de las telarañas, todo ello, logra crear una atmósfera de agobiante pestilencia. Las escaleras macizas, los ataúdes cuyas tapas se levantan lentamente mientras la mano de un muerto se desliza por la abertura, contribuyen decisivamente a la creación de un sobrecogimiento morboso y extrañamente fascinante. Bela Lugosi era el Drácula *perfecto*. Personaje y actor habrían de fundirse, para siempre, en un solo ser.

BIBLIOGRAFÍA

- J. K. Galbraith: «*El Crac del 29*», Seix Barral, 1965, Barcelona.
David Thomson: «*Historia mundial*». Fondo de Cultura Económica, 1959. México.
Lewis Jacobs: «*L'avventurosa storia del cinema americano*». Einaudi, 1961, Torino.
Michel Lacos y otros: «*L'épouvante*». Bizarre, 1962, París.
Lewis Jacobs: «*Introduction to the Art of the Movies*». The Noenday Press, 1960, New York.

MANUEL ROTELLAR

Dos colecciones de Ciencia Ficción

Nuestros lectores nos han pedido multitud de veces la creación en estas páginas de una sección de orientación bibliográfica. Aunque nuestro múltiple trabajo nos impide realizar esta tarea con la exhaustividad que sería necesario, creemos que no podemos desatender las peticiones de nuestro público, y que, hasta que surja algo mejor, siempre es mejor algo que nada. Así iniciamos esta sección, en la que nuestro colaborador Domingo Santos informará de los libros y acontecimientos bibliográficos más sobresalientes en nuestro mercado, a través de algo más que una simple reseña.

Parece como si, tras el desalentador panorama que ofrecía la ciencia ficción española

al iniciarse el presente año, las cosas empezaran a animarse un poco. De momento son dos ya las colecciones que han apuntado en el mercado, una de ellas renaciendo sobre sus propias cenizas, la otra surgiendo de nuevo. Esperemos que no sean las únicas.

En primer lugar, EDHASA ha sacado a la luz su «número extraordinario inaugural de la nueva etapa» de NEBULAE. Con un formato completamente distinto al de la antigua Nebulae, SIEMPRE, de Miguel Masriera, pretende ser el puente que una la antigua Nebulae con su nueva orientación, cuyo primer número se halla ya en preparación.

¿Qué es en realidad SIEMPRE? Según su propio autor, el libro es una obra teatral que podría clasificarse dentro del género de la REVISTA (y espero que a ninguno de los lectores se le ocurra pensar en la revista musical). El ensayo, así, no deja de presentar su interés, pues no son demasiado frecuentes las obras de teatro que puedan encajarse dentro de la ciencia ficción. Sin embargo, hay que hacer aquí un alto. Porque SIEMPRE no es, pese a todo, una obra de ciencia ficción.



«Siempre»: de nuevo Nebulae...

En su nota aclaratoria (tras un prólogo de José María Gironella, interesante pero insustancial), el propio Masriera define su obra de tal forma que ningún lector puede llamarse a engaño. Con SIEMPRE, Masriera ha querido efectuar lo que él llama una «revista didáctica», realizando un breve repaso de la historia de la humanidad a través de sus momentos más característicos, enfocándolo todo desde un punto de vista entre filosófico, moral y poético. Para lograrlo, Masriera ha usado un recurso de evidente interés: el de mantener una continuidad argumental que, sin embargo, queda rota en el tiempo. En realidad, toda la obra es la exposición de la lucha constante de tres personajes que son en realidad tres símbolos: el Hombre, la Mujer y el Otro. Y en este Otro se halla toda la base de la obra, pues si bien el Hombre y la Mujer son siempre los mismos a todo lo largo de ella, el Otro cambia constantemente en su simbología, y pasa a ser sucesivamente la Superstición, la Religión, la Política, la Literatura, el Dinero y la Ciencia.

La obra está dividida en seis cuadros, y cada uno de los cuadros representa un

salto en el tiempo, del pasado al futuro. La obra se inicia en la prehistoria, de donde salta a la antigua Grecia, después a Versalles... para terminar, en el último cuadro, en una Universidad futura, en el Siglo de la Ciencia. La acción, sin baches pese a estos saltos temporales, se desliza suavemente de cuadro en cuadro, cambiando el atuendo y el modo de expresarse de los personajes de acuerdo con su época respectiva, pero manteniendo la hilación de su profunda psicología en sí.

Éste es realmente un hallazgo interesante, y da pie al autor para efectuar una serie de reflexiones sobre la humanidad y la historia, que pone en boca de tres personajes marginales que son constantes en toda la obra, y que tienen el papel de nexo de unión entre las distintas épocas: Eva, don Apolonio y don Marcial. Sin embargo, en general, creo que los resultados de la obra no están muchas veces a la altura de la ambición puesta en ella. Ignoro si, representada, tendrá un valor por encima de lo usual; leída, se lee con agrado pero sin interesar demasiado. Sus correlaciones con la ciencia ficción son, por otro lado, muy relativas, y excepto el cuadro de la Universidad futura, en todo lo demás ni el tema ni la fantasía que existe evidentemente en todo el montaje de la obra sirven para introducir al lector en ella.

Creo, precisamente por este motivo, que la presentación de este libro como inauguración de la nueva etapa de NEBULAE es más bien un fallo que un acierto. A ello contribuye el haber roto tan radicalmente con la antigua presentación sin que el nuevo formato sea característico tampoco de la nueva etapa. Lo que puede llevar al lector a un condicionamiento erróneo. A ello contribuye también el precio, evidentemente desorbitado a las características de la obra, y el hecho de que, tipográficamente, la obra no esté en absoluto cuidada.

De todos modos, lo importante de esta obra es que anuncia la próxima reanudación de NEBULAE, cuyo primer título, LOS FABRICANTES DE ARMAS, de A. E. van Vogt, se halla ya en preparación. Esperemos que este SIEMPRE no tenga entre el público efectos contrarios a los deseados.

Por otro lado, un nuevo editor viene a sumarse a las filas de los *fabricantes* de ciencia ficción: Rumeu Editor, un recién llegado en las lides editoriales, pero con inquietudes y deseos de hacer cosas, y sobre cuya marcha futura conviene estar a la expectativa, pues puede depararnos agradables sorpresas.

Los libros que ha editado en su colección «ciencia ficción» nos ofrecen, exteriormente, la mejor presentación que hasta ahora hayamos visto en España para libros de ciencia ficción, excepto quizá las antologías ANTICIPACIÓN de EDHASA: encuadernación en tela con sobrecubierta, impresión cuidada, traducción aceptable, papel de bastante calidad... Su precio, también, es digno de mencionar: ciento cincuenta pesetas. Evidentemente, la ciencia ficción se está convirtiendo en un artículo de lujo.



La nueva colección de Rumeu

No obstante, no tendríamos nada que reprochar al precio, si los originales fueran de una calidad acorde con él. Desgraciadamente, el nivel cualitativo de las dos novelas publicadas —*FURIA INTEMPORAL*, de Lloyd Biggle Jr., y *MUERTE ULULANTE*, de Daniel F. Galouye— está por debajo de las pretensiones de la colección. Ambas son, de todos modos, dos obras correctas, que se leen con interés, distraen y hasta incluso en algunos momentos interesan. Pero ahí termina todo. Haciendo una valoración por categorías, diría que ambos libros se sitúan en un discreto «segundo orden» de valoración, lo cual no justifica su inclusión en una colección *hard-cover* con estas características. Evidentemente, la ciencia ficción española necesita una colección del género con estas características, pero los originales han de tener la misma calidad que su envoltura. Sí, de acuerdo: es indudable que el público comprará ambos libros, porque en este momento no hay nada más, salvo esta revista. Pero honestamente opino que Rumeu Editor deberá elevar bastante el tono de sus libros si quiere que esta colección prospere, cosa que *puede* hacer. Si lo hace, deberemos felicitarlos: por fin tendrá España su colección «señora» de ciencia ficción.

DOMINGO SANTOS

SIEMPRE. — Miguel Masriera. Número extraordinario inaugural de la nueva etapa de *Nebulae*. EDHASA, Barcelona, 1969, 286 páginas, 120,— ptas.

FURIA INTEMPORAL (*The fury out of time*). — Lloyd Biggle, Jr. Colección ciencia ficción. Rumeu Editor, Barcelona, 1969. 321 páginas. 150,— ptas.

MUERTE ULULANTE (*A scourge of screamers*). — Daniel F. Galouye. Colección ciencia ficción. Rumeu Editor, Barcelona, 1969. 304 páginas. 150,— ptas.

II FESTIVAL DE CINE DE

RÍO DE JANEIRO

Se celebró, en Río de Janeiro, el II Festival Internacional do Filme, dentro del cual hubo un simposio sobre cine de ciencia ficción, al que asistió una nutrida representación mundial. Aunque personalmente no pudiéramos asistir (lo cual no dejó de darnos envidia), nuestra revista estuvo ampliamente representada en algunos de nuestros colaboradores. Uno de ellos, Marcial Souto, nos hace aquí su reseña del acontecimiento.

Del 24 al 30 de marzo, y dentro del II Festival Internacional de Cine, se llevó a cabo en Río de Janeiro un Simposio titulado «La ciencia-ficción y el cine». A él fueron invitados más de treinta escritores y realizadores de varios pases.

Es éste, sin duda, el esfuerzo más serio y más importante que se hecho hasta el presente por dignificar al cine de ciencia-ficción. La organización del simposio ha sido tan perfecta que no cabe más que felicitar calurosamente a los responsables: JOSÉ SANZ (coordinador) y FRED MADERSBACHER, WILSON CUNHA y MONICA LEIB (asesores).

Las exposiciones de los participantes y la proyección de los films se realizaron en el teatro *Maison de France*, que estuvo siempre inundado de periodistas; en cada rincón hubo siempre un escritor acorralado por media docena de lápices. El encargado de presidir las reuniones fue el conocido escritor brasileño ANDRÉ CARNEIRO, y las exposiciones fueron todas muy interesantes; algunas realmente magníficas.



Los asistentes al II Festival Internacional do Filme de Río de Janeiro. Entre ellos, dos de nuestros colaboradores: Forrest J Ackerman (con su revista «Famous Monsters» en la mano) y, a su derecha en la foto, Luis Gasca.

FORREST J ACKERMAN habló, con su habitual humor, de los films venideros en ciencia-ficción y de las obras que se están considerando actualmente para el cine.

El título de la charla de POUL ANDERSON fue «Palabra e imagen», y en ella explicó las dificultades de traducción que hay de un campo al otro.

ALFRED BESTER contó sus experiencias de escritor de ciencia ficción: cómo funciona su mente, cómo escribe y cuándo, y relató concretamente su experiencia de crear *El hombre demolido*.

El tema de ROBERT BLOCH fue «Hombres, mitos y monstruos»; mencionó la escasa importancia de la mayoría de los films del género hechos hasta el momento, debido principalmente al poco interés demostrado por los productores en temas profundos y de calidad; pero fue optimista, después de apreciar el resultado de algunos films recientes (2001, por ejemplo), y concluyó: «Ellos (los productores y los realizadores) están aprendiendo que los hombres y los mitos y los monstruos no son entidades separadas sino partes de un todo: los hombres *son* mitos, los hombres *son* monstruos, y dioses y ángeles también. De este modo el foco de atención se aparta de los mundos lejanos para explorar los mundos interiores de la psique humana. Los problemas del bien y el mal son *nuestros* problemas, y como creadores debemos aprender a ocuparnos de los destructores. Ése es el verdadero objetivo de la ciencia-ficción, el examen de la condición *humana*».

HARLAN ELLISON habló de su experiencia como escritor y libretista de cine y TV, y de sus últimos proyectos, que incluyen un nuevo serial del género para TV.

HARRY HARRISON, uno de los mejores humoristas de la SF actual, explicó cómo *no* se deben hacer los films de este género.

JOHN BRUNNER habló de la SF como especulación filosófica, y la suya fue una de las charlas más cerebrales del simposio.

FREDERICK POHL hizo una larga lista de los sombríos futuros que nos esperan si seguimos utilizando indebidamente a nuestro planeta, y dijo que: «La función del escritor de ficción científica es mirar hacia el futuro y anticipar lo que podrá suceder, y para eso necesita interrogar todos los campos de la actividad humana del presente, desde el proyecto espacial hasta la minifalda y la contaminación del aire, de los ríos y de los lagos por los residuos industriales... Los que escriben o leen ficción científica estarán mejor preparados para las catástrofes y las sorpresas del futuro próximo, para la aparición de un nuevo tipo de hombre en un mundo nuevo».

LUIS GASCA habló con mucho humor de la plaga de agentes secretos que ha invadido a un tipo de cine de mala calidad que se autoproclama «de ciencia-ficción», y que raramente tiene algo que ver con ella.

ROBERT A. HEINLEIN recordó los intentos sucesivos de realizar films de SF en los últimos años de la década del 40, que finalmente se materializaron en *Con destino a la Luna* (dirigida por GEORGE PAL, también presente en el simposio), basada en uno de sus cuentos y para la que él colaboró.

El tema de BRIAN W. ALDISS fue «El imperio de la ciencia-ficción»; en una de las exposiciones más lúcidas y más interesantes del simposio, Aldiss dijo: «Si los

escritores hacen lo suyo, son todo lo libres que se puede ser. La sola idea de que existe algo llamado ciencia ficción es mala, porque se interpone entre el escritor y la cosa más grande que estimula la producción de la SF: por ejemplo, el estado actual del mundo. Pocos negarán que la SF es un producto de la revolución industrial y de las fuerzas que aún mantienen esa revolución constante. En este sentido, la SF puede ser una útil herramienta imaginativa que nos ayude a explorar los profundos cambios que todos sufrimos durante nuestras vidas. Pero cuando la SF degenera en dogma —a lo que tiende todo movimiento—, cuando se convierte en una autocracia —a lo que tiende todo imperio—, entonces simplemente oscurece la visión más amplia inherente en sus orígenes. H. G. WELLS poseía esa visión más amplia. Nosotros debemos redescubrirla individualmente... y en un lenguaje apropiado a nuestro tiempo, no al de él». Y su consejo a los escritores de SF y al mundo en general fue: «¡Abajo con los imperios y vivan los individuos!».

A. E. VAN VOGT habló de las teorías sobre la mutación que ha utilizado en sus cuentos, y de sus ideas sobre la formación del universo.

El director de cine WOLF RILLA contó las dificultades de la realización de *The village of the damned*, y las que ha encontrado siempre que ha querido hacer algo de valor dentro de este cine.

El escritor y crítico francés JACQUES SADOUL se refirió al panorama editorial del género dentro de su país.

La charla más explosiva fue quizás la de J. G. BALLARD, quién atacó las convenciones del género y aseguró que el cambio permanente es lo único que puede hacer de la SF algo válido: «Es necesario crear un nuevo sistema de metáforas para hablar del futuro... Los materiales para la ficción están hoy en la realidad exterior... La guerra de Vietnam no es la guerra que vemos por TV: es una guerra real, no entendida, explotando con nuevos significados... Hoy las personas tienen una mayor conciencia de los materiales de sus mentes, motivos, estados de ánimo, posturas, gestos. No es necesario inventar: basta con captar esos nuevos puntos de la realidad que existen, y expresarlos en una forma adecuada, como el espacio sideral era el espacio surrealista del alma».

Asistieron también los escritores DAMON KNIGHT, KATE WILHELM, ROBERT SHECKLEY, PHILIP JOSE FARMER y CAROL EMSHWILLER, el dibujante y realizador de cine ED EMSHWILLER y el director de cine ROGER CORMAN, de los Estados Unidos; el escritor y crítico MICHAEL CAEN, el escritor y realizador ROBERT BENAYOUN y el director de cine JACQUES BARATIER, de Francia; los escritores brasileños CLÓVIS GARCÍA, RUY JUNGSMANN, ÁLVARO MALHEIROS, WALTER MARTINS y JERONIMO MONTEIRO, y el director de cine inglés VAL GUEST.

Los participantes representaban todas las tendencias del género, y el público y la prensa demostraron siempre un gran interés a lo largo del simposio, cuyo resultado fue, sin duda, muy positivo.

Río de Janeiro es una ciudad tan fascinante que varios escritores estaban ya pensando que en los próximos años va a haber una inundación de cuentos de SF situados en Brasil.

Según J. G. BALLARD, «Río es lo que más se acerca a Vermilion Sands» (el pueblo que él inventó en algunos de sus cuentos).

Hay posibilidades de que el año próximo se repita el simposio, quizás hasta con más participantes. Lo cual sería extraordinariamente interesante.

Desde ya les deseamos suerte a JOSÉ SANZ y a sus colaboradores. Y les decimos muy sinceramente: gracias por este esfuerzo.

MARCIAL SOUTO

* LIBROS

Ha aparecido en Gran Bretaña un grupo que trata de reunir a los amantes de los libros dedicados a coleccionarlos.

Este grupo, que acepta entre sus miembros a los coleccionistas especializados en libros de ciencia ficción, se denomina a sí mismo PRIVATE LIBRARIES ASSOCIATION (Asociación de Bibliotecas Privadas).

La cuota de suscripción al mismo es de ocho dólares estadounidenses al año, y debe ser remitida al Gp. Capt. R.D. Pratt (Rtd), Flt 3, 58 Beach Rd., Weston-Super-Mare, Somerset, England.

La primera antología de ciencia ficción francesa publicada en lengua rusa ha aparecido recientemente bajo los auspicios de EDICIONES MIR de Moscú.

Este libro, recopilado por el conocido autor francés Jacques Bergier, ha recibido el título de LOS DE NINGUNA PARTE, y reúne entre sus páginas a: *Les Xipehuz* de J. H. Rosny Ainé, *Fragments de l'Histoire Universelle* 1992 de André Maurois, *Rencontre* de Claude Cheinisse, *Le Casque miraculeux* de Michel Ehrwein, *Le Tigre gentleman* de Jean Ferry, *L'Île des Oiseaux de fer* de André Dhotel, y el relato que da nombre al volumen, *Ceux de nulle part* de Francis Carsac.

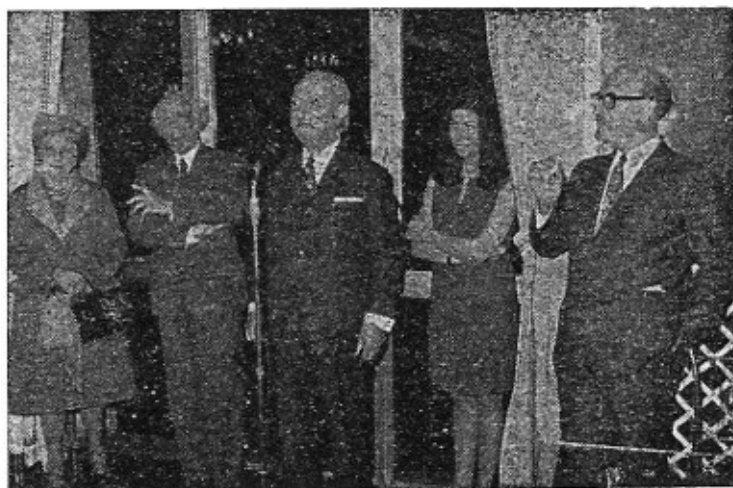
La TERRAZA MARTINI, centro de reunión de numerosos acontecimientos literarios sucedidos en nuestra Ciudad Condal, fue escenario en dos ocasiones próximas entre sí de acontecimientos que entran, dentro del campo de las letras, en el género de la SF.

Así, el pasado día 11 de Abril se reunían en la Terraza numerosas personas de la «intelligentsia» barcelonesa relacionadas con el cine o con la SF con el fin de asistir a la presentación del libro de la editora *Llibres de Sinera*, original de Luis Gasca, CINE Y CIENCIA FICCIÓN. Este libro, publicado dentro de la colección Jarama, va prologado por nuestro colaborador Luis Vigil (el cual hace un intento de llegar a una definición del término «ciencia ficción»), y constituye un ambicioso deseo de reunir *todo* lo referente al cine que pueda ser cualificado como perteneciente a SF, lo cual, logrado por la erudición de Luis Gasca, convierte a la obra en un indispensable volumen de consulta para todo aficionado.



Luis Gasca...

Y algunos días más tarde, el 19 del mismo mes, una nueva presentación reunía a los aficionados al género, esta vez junto con personalidades de la ciencia, letras y escena: pues quien presentaba una obra era nada menos que Miguel Masriera, uno de los padres de la SF en España, que marcaba su vuelta a la colección *Nebulae* de EDHASA con la obra SIEMPRE, definida por él mismo como obra de teatro perteneciente al género de revista. Esta obra, prologada por José María Gironella, nos da una muestra de la gran erudición del que tal vez sea uno de los más grandes científicos españoles que no hayan escogido seguir el camino de la «fuga de cerebros». Nos congratulamos pues, de la dedicación de la TERRAZA MARTINI hacia el género que más nos interesa, y deseamos que, próximamente, nuevos acontecimientos dentro de nuestro campo se vean honrados al poder ser celebrados en tan esplendoroso marco.



... Y Miguel Masriera en la Terraza Martini

La editorial de París *Ruedo Ibérico* ha publicado recientemente una obra que puede inscribirse dentro del género de política-ficción: MAÑANA.

Esta editora, que publica en Francia obras en idioma español, está especialmente

dedicada a la temática política española, por lo que naturalmente el tema de la obra es un hipotético futuro político basado en situaciones de nuestros días.



La política ficción en castellano

«Mr. Sci-Fi» o, lo que es lo mismo, nuestro corresponsal en los Estados Unidos Forrest J Ackerman, está preparando, en colaboración con A. E. van Vogt, un relato corto cuyo título previsto es *Laugh, Clown, Laugh*.

Este relato aparecerá en la colección de historias seleccionadas por Ackerman: THE SCIENCE FICTION WORLDS OF FORREST J ACKERMAN AND FRIENDS.

* REVISTAS

Tras la desaparición de la revista TERROR, ocasionada por las dificultades de la firma *Editorial Géminis* de Barcelona, apareció en el mercado nacional otra publicación de características muy similares, titulada TERROR EXTRA.

La actual publicación, que sigue perfectamente la línea iniciada por su predecesora, pertenece a *Rumeu Editor*, firma editora recientemente creada por un gran aficionado a los temas de SF y terror, el estupendo dibujante Rumeu.

Deseamos que esta nueva aventura en el campo del terror, tan frecuentado en nuestro país en los últimos tiempos, tenga el éxito que se merece.



Tras el Terror, el Terror Extra

La SF se ha convertido en un tema de discusión en la revista barcelonesa de divulgación científica ALGO, ocasionando una decidida toma de posición por parte de gran número de los lectores de la misma.

El problema surgió cuando algunos lectores comenzaron a interrogarse sobre la conveniencia de que la ciencia ficción se hallara entre los temas contenidos por dicha revista (hasta entonces se venían publicando unos relatos cortos, de no demasiado valor literario pero de cierto interés, especialmente para públicos no formados en esta literatura), provocando con ello un editorial del subdirector, J. M. Armengou.

A consecuencias de este editorial se organizó una encuesta en la que se debía de dar el sí o el no a la SF, originándose la correspondencia más nutrida que jamás había recibido la publicación, la cual, de unas pocas cartas semanales, pasó a recibir más de cinco mil en corto espacio de tiempo. De ellas, aproximadamente un 60% se inclinaban por el no, y el resto eran afirmativas.

Lo malo del caso resulta ser que si bien las cartas del sí daban argumentos para basar en ellos su respuesta, las del no tan sólo negaban o a lo más daban razones poco aceptables. Por ello, la dirección de la revista ALGO ha encargado a nuestro colaborador Luis Vigil que se encargue de realizar una encuesta-informe sobre los pros y los contras que se puedan presentar hacia nuestra literatura, especialmente aplicados en el caso de la revista ALGO.

Deseamos que esta encuesta tenga buen fin y sirva para esclarecernos un poco más los motivos del rechazo —o de la aceptación— de la SF por el lector medio español.

Una nueva revista de SF ha sido creada en la Gran Bretaña. Se trata de COSMOS, publicación dedicada principalmente a la noticia y a la información sobre «la más fascinante literatura que jamás haya luchado por ser reconocida», según palabras de

su editor Walter Gillings.

Además de las noticias, comentarios y críticas, en este primer número que aparece son de destacar dos artículos de importancia, uno de Arthur C. Clarke, *The Myth of 2001*, en el que discute su famosa película, y *A New World of SF Writing* (Un nuevo mundo en la literatura de SF) de John Carnell, en el que el conocido agente literario británico habla de su participación en este campo literario, especialmente a través de la colección *New Writings in SF*, que recoge algunos de los mejores relatos publicados por nuevos autores.

La revista, de gran ayuda para quien quiera seguir de cerca el fenómeno de la SF, puede ser adquirida por suscripción anual de 24 chelines a su oficina editorial, sita en 115 Wanstead Park Road, Ilford, Essex, England.



Una nueva revista en la rubia Albion: *Cosmos*

Un hombre de negocios australiano, Roland E. Graham, director de diversas compañías de ingeniería en Australia, financiará la aparición en la Gran Bretaña de una revista de ciencia ficción.

La publicación, que llevará el título de *VISION OF TOMORROW* (Visión del mañana), será dirigida por el entusiasta de Northumberland, Philip Harbottle, y contendrá obras de autores británicos y australianos. Se planea poner en el mercado el primer número en el próximo mes de junio.

Gran parte del material australiano será seleccionado por el director asociado John Bangsund, faneditor del fanzine *AUSTRALIAN SF REVIEW*.

La revista será editada bimestralmente, a tamaño libro de bolsillo y un precio probable de 5 chelines por ejemplar. Incluirá secciones sobre libros y biografías de autores, así como traducciones de relatos, el primero de los cuales será uno del polaco Stanislaw Lem.

Simultáneamente a la revista, aparecerá una serie de libros de bolsillo en los que serán editadas obras de Frank Edward Arnold, William F. Temple y otros

colaboradores de la revista.

Según palabras de Harbottle: «VISION publicará tan sólo historias inéditas, y esperamos animar a escritores que se encuentran con el handicap de la inexistencia de un mercado definitivamente británico para la SF. Nuestro editor cree que se necesita urgentemente una nueva revista, no sólo aquí sino en toda la Commonwealth».

Hasta ahora, si exceptuamos algunas publicaciones aperiódicas, nunca se había editado en Gran Bretaña una publicación dedicada al cine fantástico, a pesar del buen número de aficionados existentes en las Islas a ese tipo de cine.

Ahora, en una edición trimestral, ha aparecido la revista SUPERNATURAL, editada por la Dorset Pub. Co., de Bournemouth. Consta de 48 páginas, abundantemente ilustradas, y su precio inicial es de tres chelines y seis peniques.

El contenido del primer número incluye entrevistas con Dennis Wheatley, el famoso escritor popular británico, y con el actor Christopher Lee.

SUPERNATURAL dedicará más espacio al cine que a la literatura, dada la dificultad de obtener buenos artículos ilustrados acerca de relatos o libros. Tampoco será olvidado el tema de los OVNIS. En próximos números, se estudiarán misterios tales como el del monstruo de Loch Ness y el del castillo de Glamis.

* COMIC

Una empresa editora francesa: *Publicness*, de 30 rue Le Peletier, París 9, ha sacado al mercado la adaptación francesa de la famosa revista-comic norteamericana CREEPY, especializada en los más morbosos relatos de terror en versión historieta.

El primer ejemplar de la edición francesa, que ha recibido el mismo nombre que la publicación original yanqui, recoge relatos ilustrados por las plumas de varios de los mejores ilustradores del momento en los Estados Unidos, como son Archie Goodwin, Reed Crandall, Steve Dikto y Ángelo Torres.

Completa el número uno un artículo homenaje a Boris Karloff y una invitación a los lectores a unirse al *Club Creepy*, con lo que recibirán una insignia, carnet y poster acreditativos.



El terror americano cruza el Atlántico

El veterano TBO, creador del nombre que luego se iba a convertir en genérico para el comic en nuestra lengua, ha publicado recientemente un número especial dedicado a la Astronáutica.

En él se pueden encontrar algunas historietas y chistes deliciosamente ingenuos, que responden perfectamente a la línea editorial seguida por esta publicación barcelonesa casi ininterrumpidamente desde su fundación. Urda, Ayné, Serra Masana, Muntañola, Sabatés y Benejam, son los tradicionales puntales sobre los que se apoya esta revista infantil que en este número nos lleva a dar un viaje por esos parajes tan familiares para el aficionado a la SF.



El TBO se eleva al espacio sideral

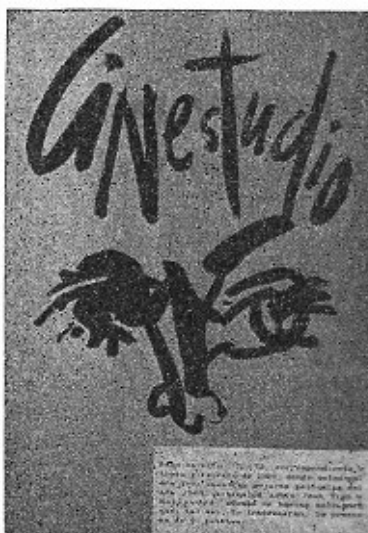
*** CINE**

La recientemente reaparecida revista CINESTUDIO publica en su número 72-73 su habitual votación entre los miembros de su equipo con vistas a elegir la mejor cinta del año 1968.

El sistema elegido fue la votación personal, tras lo cual las tres películas que más votos habían recibido pasaron a discusión en mesa redonda entre todos esos colaboradores.

Los tres films que resultaron favorecidos fueron: *Dies Irae*, *2001: una odisea del espacio* y *Persona*. De ellos, tras una larga deliberación, fue elegida *2001* como la mejor cinta estrenada en Madrid en 1968, «por tratarse de una película auténticamente revolucionaria que, sin duda, se adelantaba a su época en varios años. Esta elección se hizo por mayoría» (Citamos textualmente a CINESTUDIO).

Entre los miembros de la redacción que participaron en la selección se hallaban nuestros colaboradores José Luis Garci y José Luis M. Montalbán.



Cinestudio elige el mejor film del 68

Nuevas películas anunciadas para su pronta realización: Theodore Sturgeon está escribiendo el argumento de su propia novela *MORE THAN HUMAN* (Más que humano), para una cinta que será rodada en Europa.

Por otra parte, Dennis Etchinsen está realizando el argumento que trasladará a la gran pantalla la obra de Ray Bradbury *THE FOX AND THE FOREST* (El zorro y el bosque).

* FANDOM

Los faneditores españoles no se conforman con pasar el período de su servicio militar sin publicar sus fanzines. Y así Carlos Buiza, desde su eventual retiro en Badajoz, ha puesto en circulación un nuevo número de su *CUENTA ATRÁS*, el -89. En su sumario además de las secciones de crítica, libros, editorial, etc., se pueden ver relatos del mismo Carlos, de Mann Rubin, de Juan Extremadura y de Carlos-María Federici.

Y tampoco se conforma con permanecer totalmente silencioso Jaime Rosal del Castillo que en Palma, realiza igualmente su servicio militar en estos días; pero que,

contando con menos medios que Buiza, tan sólo ha podido hacer tres (3) ejemplares de su último fanzine: ESTRAZA, lo que lo convierta en el fanzine de menor difusión de los editados en España (título que antes ostentaba DRONTE, el fanzine de Luis Vigil, primero en aparecer en el país, y del que fueron realizados seis ejemplares); hecho explicable si se tiene en cuenta que ha sido reproducido a *mano y con papel carbón*. ¡Vaya un bravo por los faneditores que no se resignan!



Los editores de fanzines no se resignan al silencio

Ha llegado a nuestras manos un ejemplar de uno de los fanzines más dignos que habíamos contemplado en mucho tiempo. Se trata del estadounidense SHANGRI L'AFFAIRES, en su número 75.

Esta publicación es el órgano del *LASFS* (Sociedad de SF de Los Angeles), y se publica trimestralmente.

Es particularmente notable el gran estilo de las ilustraciones, debidas al talento de conocidos aficionados y profesionales tales como George Barr, Tim Kirk, Mike Gilbert, Alicia Austin y muchos otros.

Entre las contribuciones literarias cabe destacar las secciones de crítica, cartas y comentarios sobre el fandom. De especial interés nos ha parecido la serie de chistes denominada *Do You believe in Dragons?* debida al humor de Bill Rostler y Tim Kirk.

Un gran fanzine que puede ser obtenido mediante una suscripción anual de dos dólares solicitándose a Ken Rudolph, 745 No. Spaulding Ave., Los Ángeles, California 90046.



Los fanzines que parecen profesionales

Tal vez sea posible discriminar los fandoms nacionales que ya han alcanzado un buen desarrollo de los que todavía están «subdesarrollados», a través de la existencia de NEWSZINES.

El newszine, o fanzine de noticias, acostumbra a aparecer cuando el fandom ha alcanzado una difusión y existen ya las suficientes noticias referentes al mismo como para que una publicación se pueda especializar en este tema. Así, en los Estados Unidos, existen varios newszines, tales como el NATIONAL FANTASY FAN, del club del mismo nombre, o THE SF TIMES. En Gran Bretaña el más famoso tal vez sea el EUROPEAN LINK, de nuestra corresponsal Jean G. Muggoch, dedicado a poner en contacto a los distintos fandoms europeos.

Y también la República Federal Alemana cuenta con el suyo: se trata de SCIENCE FICTION TIMES, fanzine subtulado «Informationen über spekulative und phantastische literatur» (Informaciones sobre la literatura fantástica y especulativa) que, a través de secciones de obras publicadas, films, noticias y críticas, mantiene al lector informado de lo más importante acaecido en el fandom alemán y mundial.

La publicación está dirigida por Hans Joachim Alpers, domiciliado en 2850 Bremerhaven 1, Welssenburger Str. 6. Es de aparición mensual, está redactada en alemán y su precio de suscripción, para un año, es de 7,5 marcos.

SCIENCE FICTION TIMES

INFORMATIONEN ÜBER SPEKULATIVE UND PHANTASTISCHE LITERATUR

Herausgeber u. Redaktionsrat: Hans-Joachim Bredt Wolfgang Bredt Hildegard Bredt	Dezember 1978 Nummer 50 11. Seite
Beitrag: Hans-Joachim Bredt Fritz Richter / Phantasie 33 Lektoren: Bredt	
Druck: Druck: Bredt Wolfgang Bredt Hildegard Bredt Lektoren: Bredt	
Vertrieb: Im Buchhandel und direkt im Vertrieb: Bredt	SCIENCE FICTION TIMES UND ANTIKONTRAST UND ANTIKONTRAST UND ANTIKONTRAST
Foto: - Hildegard Bredt	
Hildegard Bredt Hildegard Bredt Hildegard Bredt Hildegard Bredt	

Las noticias del fandom alemán

Michel Feron, uno de los fans más activos de Bélgica, permanecerá apartado de las actividades del fandom europeo por algún tiempo, lo mismo que su fanzine EARLY BIRD.

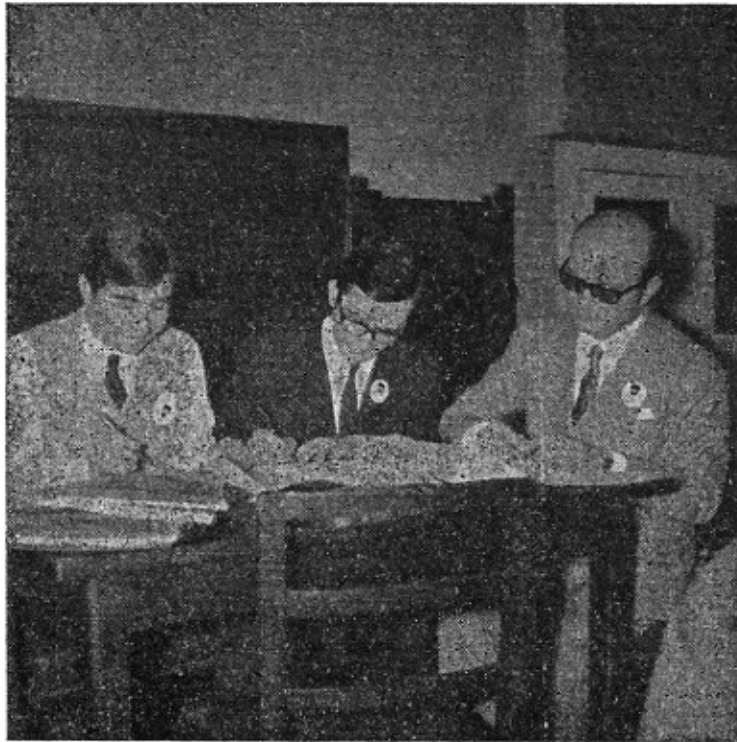
El motivo de esta inactividad es que, tras ser reclutado para efectuar el servicio militar, Michel se halla ahora en la Fuerza Aérea Belga.

El pasado día 1 de abril, en la reunión habitual del primer martes de cada mes, se celebró la constitución oficial del CÍRCULO DE LECTORES DE ANTICIPACIÓN.

Esta constitución tuvo lugar en un sencillo acto en el que tres de los miembros fundadores del C.L.A. —Sres. Rodríguez, Giralt y Cerdón— estamparon sus firmas en el documento que consignaba la creación del citado Círculo.

A dicha reunión asistió nuestro colaborador Luis Vigil, el cual entabló con los miembros asistentes un animado coloquio sobre las posibles futuras realizaciones del Círculo, único club de aficionados a la ciencia ficción existente en la actualidad en nuestro país.

Los planes de expansión del C.L.A. son realmente ambiciosos y NUEVA DIMENSIÓN se adhiere totalmente a ellos, pues considera que los fines institucionales de este grupo de aficionados coinciden plenamente con el fin que, en su día, se marcó la redacción de nuestra revista.



Los Sres. García Metón, Cordón y Giralt, firman el acta de creación del C.L.A.

* PREMIOS

En tres banquetes simultáneos celebrados en diversos puntos de los Estados Unidos para que pudiera asistir un máximo número de escritores asociados al SFWA (Sindicato de los autores de SF de los EE.UU.), se han entregado los premios correspondientes a este año otorgados por ese organismo, los NEBULA AWARDS.

Tras el banquete celebrado en New York, habló Toby Roxburgh, el nuevo encargado de la sección de SF de la editorial Walker & Co., que abogó por la eliminación del apelativo SF en los libros de este género para que compitan con las obras de los otros géneros literarios.

El siguiente orador fue el Dr. Gerald Feinberg, profesor de Física de la Universidad de Columbia, que trató del tema *¿Hay algo imposible?*, proyectándose a continuación el film de la NASA sobre el vuelo lunar del Apolo 8, por cortesía de James Blish.

Y por último se llegó a la razón del banquete: la concesión de los premios, que fueron nombrados por Anne McCafferty, secretaria del SFWA.

Correspondieron: el de cuento corto a *The Planners*, de Kate Wilhelm; el de cuento a *Mother of the World*, de Richard Wilson, ambos aparecidos en la antología de Damon Knight *Orbit 3*.

Isaac Asimov tomó entonces el micrófono por estar Anne seleccionada para el premio a la mejor novela corta, el cual ganó con *Dragon Rider*, serial aparecido en la revista *Analog*.

Y, finalmente, le fue concedido el premio máximo, el de la mejor novela, a Alexei Panshin, por su obra *Rite of Passage*, editada por la prestigiosa casa Ace.

* AUTORES

El pasado noviembre, a la edad de 57 años, murió de cáncer en la laringe el escritor norteamericano Gerald Kersh. Aunque su principal trabajo lo realizó fuera del campo de la ciencia ficción, era bien conocido en los países anglosajones a través de sus numerosos relatos cortos publicados en antologías del género.

Kersh escribió también una gran cantidad de artículos para revistas, y era colaborador regular del SATURDAY EVENING POST. Su obra se compone de unos 5000 artículos, relatos y libros.

* JUEGOS

Bajo el nombre de LOS INVASORES DE TERÍN, el producto limpiador que lleva ese nombre ha comenzado a ofrecer a sus usuarios una serie de «seres de otros mundos» que se hallan contenidos en el interior de sus envases. Igualmente, se ha ofertado que por cada diez envases vacíos del limpiador se entregará un «OVNI». Atención: ¡Una buena oportunidad para los coleccionistas!



Los invasores vienen en el limpiador

Las noticias y comentarios de esta sección proceden de las siguientes fuentes: *Algo* (revista de divulgación científica) Barcelona, España. *Cinestudio* (revista de cine) Madrid, España. *Cosmos* (revista de SF) Ilford, Gran Bretaña. *Creepy* (revista-comic) París, Francia. *Cuenta Atrás* (fanzine de SF) Badajoz, España. *Estraza* (fanzine de SF) Palma de Mallorca, España. *Mañana* (libro de SF) París, Francia. *Science Fiction Times* (fanzine de noticias) Bremerhaven, Alemania. *Shangri L'Affaires* (fanzine de SF) Los Ángeles, Estados Unidos. *TBO* (comic) Barcelona, España. *Terror Extra* (revista de terror) Barcelona, España. *The SWFA Journal* (fanzine-boletín de club) Wheaton, Estados Unidos. Y la colaboración de J. M. Armengou (periodista) Barcelona, España y Berit Sandberg, Barcelona, España.



SE ESCRIBE

No sé las causas que motivaron la desaparición de ANTICIPACIÓN... sospecho que la causa sería la falta de apoyo por parte de los aficionados a la ciencia ficción.

Me permitiría hacerles varias sugerencias: los cuentos cortos son magníficos; los prefiero a las novelas largas; también estupendas las novelas cortas si acaban en el mismo número. Intensificar los artículos de fondo, a base de ensayos filosóficos sobre las posibilidades del hombre en el futuro.

Las páginas verdes de información muy amenas y necesarias. Pero noto entre las cartas de los lectores que existe una tendencia peligrosa para la futura marcha de la revista: Se sigue insistiendo en el comic, en el fanzine, en FLASH GORDON... BARBARELLA, etcétera.

Me gustaría saber cómo sería posible trasladar cualquiera de los relatos de Ray Bradbury, por poner un ejemplo, a un comic, y dónde quedaría toda la poesía maravillosa de este autor en un mar de ilustraciones. No dejaría de ser una obra de arte esto, si se consiguiera; pero ya hay un instrumento: haría falta un film; y no unas medias tintas, un comic.

¡Por favor! Sería muy triste que se diversificara el contenido de NUEVA DIMENSIÓN introduciendo en ella algo más que no fueran ilustraciones alusivas a los cuentos o novelas cortas que se publiquen, ya sería más que suficiente exigir a estas ilustraciones una originalidad y calidad artística cada vez mayores (desde luego las de n.º 5 son bastante buenas, aunque puede llegarse todavía a conseguir más simbolismo y expresionismo en ellas).

A mi juicio el comic o fanzine es una faceta mucho menos importante, para otro público de menor edad, y completamente superada para los lectores de la verdadera ciencia ficción. Aunque, claro, son opiniones personales, y sé que la mayoría manda.

Las portadas son poco consistentes, a mi juicio; las ilustraciones de las mismas son muy buenas, pero al poco tiempo de usar la revista se suele despegar de sus bordes la parte satinada de la cartulina base; posiblemente pueda resolverse con una cartulina un poco más fuerte, ya que el formato de la revista hace que las portadas tiendan a combarse.

FÉLIX JUAN BORDES CABALLERO
DOCTOR ARQUITECTO
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

— Las causas de la desaparición de ANTICIPACIÓN fueron peores de las que usted apunta, y se basaban en el poco interés que normalmente sienten los editores por la ciencia ficción, literatura que consideran como de segunda clase y por la que no vale

la pena preocuparse. Realmente, a esa revista, el apoyo que le faltó no fue precisamente el popular...

Con su argumentación con respecto a la longitud de lo publicable, coincide usted con lo que le comentábamos en ND N.º 8 al Sr. Villanueva, aunque como usted mismo dice «la mayoría manda», y si una opinión mayoritaria nos lo indicase, no dudaríamos en alterar la actual política editorial. En lo que no creemos que vaya usted conforme con la mayoría, al menos con la mayoría de los que se toman la molestia de darnos a conocer su opinión, es con respecto al tema comic.

El comic, decía Jodorowsky, «es la poesía de nuestro tiempo», y quiérase o no el comic se adapta muy bien a la dinámica del mundo actual, especialmente a la dinámica de ese «mundo» de la ciencia ficción. Por ello no podemos estar conformes con usted. Lo malo es que el lector español no tiene demasiadas oportunidades de apreciar lo que es un comic de verdad, y si se toma como patrón los ROBERTOS ALCÁZAR, CAPITANES TRUENO, TARTARELLAS, PATUFETS y otras historietas al uso, es fácil formarse la idea que sobre el comic parece tener usted.

Pero no creemos que se pueda decir lo mismo de la obra del también arquitecto, como usted, Guido Crepax, o de las mismas versiones que, sí señor, sobre muchas de las obras de Ray Bradbury, y *con el beneplácito del autor*, nos han dado dibujantes como Frank Frazetta o Wallace Wood. Recordamos especialmente una extraordinaria versión, de este último, de *Y vendrán las mansas lluvias...*

En cuanto a lo que nos recrimina de las portadas tiene usted toda la razón, y nosotros mismos, meticulosos hasta caer en la manía en esos temas, somos los primeros en lamentar tales cosas. Los números 1 y 2 fueron plastificados por inmersión, procedimiento que no resultó pues los lomos se agrietaban, por lo que pasamos al pelculado, método mucho más costoso, pero más perfecto. Últimamente nos hemos encontrado también con que el suministro de cartulina para la portada había variado en calidad, produciéndose el fenómeno que usted cita. Estamos en ello; perdone nuestra inexperiencia en estos temas y confíe en que se resolverán. La solución por otro lado, quizás esté también en el sistema que han adoptado unos amigos nuestros, que se han hecho encuadernar por su cuenta los volúmenes...

*



Su revista me parece perfecta, el único inconveniente es que se termina. Claro que, por supuesto, se puede comenzar a leerla de nuevo. Lo único que les pediría sería ampliar las referencias que hacen de cada autor en los encabezamientos, y crear una sección para responder a preguntas de carácter técnico que pudieran hacer los lectores.

Si Uds. han recibido cartas desde la Argentina les rogaría me hicieran llegar las direcciones, pues hasta ahora en mi ambiente no he encontrado ningún alma gemela.

ROBERTO F. MORALES
INGENIERO CIVIL
MENDOZA, ARGENTINA

— Respecto a que la revista se termine, es algo que hasta ahora no hemos podido evitar. Nuestro departamento de investigación está estudiando una configuración en la que las páginas formen una cinta de Moebius, pero por ahora hay problemas de encuadernado. Lo de las referencias ya es más factible, pero tenga en cuenta que, en ocasiones, si se trata de material adquirido a través de agencia, no disponemos de demasiados datos sobre el autor.

Lo que sí nos vemos incapaces de llevar a buen término es lo del consultorio

científico. Entre los miembros de la redacción podemos reunir unos cuantos diplomas de sociología, química, psicología, ingeniería, etc.; pero de eso a una agencia de información, aunque sea de mentirijillas, va un mundo. Además, nuestros congéneres de la prensa de divulgación científica no nos lo iban a perdonar. No; ésta es una revista de ciencia ficción y no de una de las dos cosas por separado, y nos hemos marcado una tarea muy concreta que ésa sí creemos poder cumplir con dignidad.

Con respecto a su última petición, nos vemos obligados a repetirle lo ya dicho en otras ocasiones: no creemos ético el facilitar la dirección de un lector sin que éste nos lo autorice (ya en casos se nos pide o no publicar la carta o tan sólo dar las iniciales). Pero sí podemos imprimir en estas mismas páginas las direcciones de aquellos lectores que nos lo soliciten con el fin de recibir correspondencia, y mejor aún si el objetivo es de servir de núcleo aglutinador de un círculo de aficionados, como le sugerimos en su día al Sr. Rosal del Castillo. Y ahora a Ud. ¿Qué opina?

*

Un consejo: La encuadernación ha ganado mucho a partir del número 3. Hay que seguir en esa línea, NUEVA DIMENSIÓN es una revista para coleccionar y para releer.

Un reparo: ¿Porque no se mejora el sistema de distribución? Los que por alguna causa, que las hay muy buenas, no estamos suscritos, nos vemos y nos deseamos para conseguir la revista. Un ejemplo: a partir del número 2 recurrí a mi proveedor para que me la proporcionara en lo sucesivo. Pasaron los días, funcionó varias veces el correo y, al cabo, tras algunas gestiones y al mes y medio de su publicación, consiguió el número 3. Después nada. Así hasta que, ya iniciado enero, pude encontrar el 4 y el 5.

El número 6... Dios dirá.

Una sugerencia: ¿Ha pensado NUEVA DIMENSIÓN en editar una colección que esté, realmente, al servicio del aficionado? No importaría que, en principio, fueran pocos los números, o de aparición irregular y tiradas limitadas. Como quieran, pero eso sí, que sea una verdadera selección, hecha con afición y cariño. A base de obras de probada calidad o de gran interés o representatividad, traducciones cuidadas, una edición discreta y a un precio que no fuera abusivo.

Si hay dudas acerca de la acogida que tendría, que hablen los lectores.

J. M. A.
LORQUI

—Aceptamos el consejo: vea la respuesta al Sr. Bordes. Y por desgracia también estamos de acuerdo con su reparo: Es la triste coletilla de ser una publicación de tipo marginal. Nuestra distribución se resiente por ello. Tan sólo mediante la insistencia de los lectores amigos, como usted, es posible que los librereros comiencen a pedir a nuestro distribuidor más ejemplares, y al estar en más puntos de venta aumente

esta... con lo que tal vez llegásemos a dejar de ser marginales y se interesase por nosotros el librero medio. Lo malo es que, como puede apreciar, se trata de un razonamiento en círculo vicioso, y el único punto débil por el que se puede hacer mella en él es, precisamente, esta posible insistencia del lector interesado.

Su sugerencia no nos es nueva, y en estas mismas páginas le puede ver repetida, pero nuestra respuesta debe ser la misma que hemos dado otras veces: paciencia, que si no nos falta su apoyo llegará un momento en que nuestro estado económico nos permitirá nuevas singladuras.

*

No conocía NUEVA DIMENSIÓN. Quizás la hubiera visto en algún kiosko, en promiscuidad con tanta y tanta faramalla de pseudoficción falsamente científica que no me había dado cuenta. Por ventura hay ya librerías que se ocupan seriamente del tema y acotan espacios y colocan en lugar preferente esta literatura, y en una de ellas me sorprendió el número 5 de su revista. La librería es *Cultart*, para más detalles. He leído el número con cuidado y me parece excelente de contenido, de factura y de ilustraciones —¡sensacional Beá!—. Toda la programación de la misma es estupenda y abre una perspectiva amplia de todo el apasionante mundo de la anticipación, sin exclusiones ni las acostumbradas rigideces; aunque esto último parece existir sólo donde debe ser: en la selección cualitativa.

JUAN ANTONIO CASTRO
MADRID

—Como reverso de la moneda que nos presentaba el Sr. J.M.A., existe ciertamente un sector del mundo de los libros, por desgracia minúsculo todavía, que acepta y valora en lo que se merece a la buena ciencia ficción. Y ya van apareciendo librerías que dedican una atención especial a nuestro género, tal como podríamos citar a *Cultart* de Madrid, a *Áncora* y *Delfín*, de Barcelona o a algún otro caso. Sólo nos queda desear que este bacilo del interés contagie al resto...

*

Estoy de mal humor. La gota que ha colmado el vaso ha sido el estar leyendo EL MUNDO SUBTERRÁNEO de Sidney Fowler Wright, publicada en la colección Minotauro y presentada como novela que, en su tiempo, marcó un camino en la incipiente SF moderna. Dicha novela, a mi entender, ni es SF ni nada que se le parezca, es simplemente una fantasía en la que el autor ha dejado volar su imaginación y ha producido un cuento de hadas, en el que se le ve el plumero de enamorado del Dante. Creo que «cosas» como esta son las que, unidas a las «novelas del oeste espaciales» (en vez de vaqueros astronautas, y en lugar de caballos naves del espacio)

desprestigian a la buena SF.

En el campo de la SF hay muchas modalidades, y para mí en esto radica precisamente uno de sus mayores atractivos... podría denominarse *Extrapolación, hacia arriba o hacia abajo, de la realidad actual*. Naturalmente, esta extrapolación puede ser también, por decirlo gráficamente, hacia los lados, o sea que puede desarrollarse incluso en el presente. En toda extrapolación existe siempre una base real, y por consiguiente no creo que pretenda nadie considerar como SF una fantasía pura sin ningún viso de verosimilitud, cual es la que estoy leyendo... ¿Empiezan a comprender el nexo que une mi diatriba contra el buen Mr. Fowler y ND? Si no es así, me explicaré más claramente. Durante toda mi vida de aficionado... he procurado ampliar al máximo el círculo de lectores... he incorporado a nuestras filas por lo menos a una treintena de amigos... Naturalmente, todos son compradores o subscriptores de ND, y en múltiples ocasiones la hemos criticado, y nos gustaría que se adaptase más a nuestros gustos.

1. Nos gusta ND y creemos que es el único intento serio que se ha hecho en España.
2. Consideramos que podría mejorarse.
3. Las hojas verdes son las que fundamentalmente nos han hecho comprarla en cuanto ha aparecido.
4. ¿No podría evitarse tanto hablar de *fans*, *fanzines*, *fandoms* y *comics*?
5. Creemos que se publican muchas historias que no son de SF. P. Ej., y que nos perdone Luis Vigil, las historias del *Robomóvil* no son SF, pues carecen de ese factor de extrapolación verosímil.
6. ¿No creen ustedes que se han pasado, buscando una nueva y más actual SF? La «Nueva Cosa» podrá ser muy muy buena, pero no nos gusta.
7. ¿No creen que están corriendo el peligro de, por buscar nuevos caminos, convertir a ND en una revista de ensayo (en el sentido de prueba)? Puede ocurrir que la nueva SF sea así, tal como ustedes la publican, pero si vamos por ese camino, continuaremos aferrados a los clásicos mientras nos quede algo que leer de ellos y cuando se acaben... quizá escribamos nosotros.
8. ¿Qué ha ocurrido con autores españoles que en otros tiempos nos satisfacían y ahora no nos llenan? Algunos no publican nada —no sabemos por qué—, léase Valverde Torné y A. Ribera. Otros se han pasado a la elucubración y a la búsqueda de nuevos caminos. Otras han surgido ya en la nueva línea. ¿Qué pasa? Nos extraña que Domingo Santos, por ejemplo, que siempre nos ha satisfecho y al cual consideramos dentro de la línea clásica, no consiga imponer su criterio dentro del comité de redacción. Quizá es que está en inferioridad de representación y por mayoría le cambian. ¡No lo entendemos!
9. Y último. ¡Ojalá nos equivoquemos!, pero como ND siga por el camino que marcan los Buiza, Vigil, Gasca, etcétera, mucho nos tememos que se quede en lo

que decíamos al principio, en un «buen intento». Sinceramente, en lo que respecta a temas —no hablamos de calidad, pues quizá nos ocurra en esto como con el cine de arte y ensayo— nos gustaba mucho más ANTICIPACIÓN, y creemos que con el criterio que allí se seguía, y con las hojas verdes de ND, nos satisfaría mucho más.

Aparte ya de ND: ¿Qué ocurre con las grandes colecciones como NEBULAE, GALAXIA e INFINITUM? La realidad es que nos hacen andar de cabeza, pues no existe periodicidad en sus publicaciones, con lo cual nos obligan a recurrir a publicaciones extranjeras, ni ofrecen la calidad de otros tiempos. ¿Es qué se han encarecido los derechos de autor o es que no existen? Es una pena que un recién llegado (GÉMINIS) les esté dando sopas con honda, cuando aquéllas tienen una tradición de muchos años. Si es que el precio no compensa, ¡que suban!, pero por favor que no desaparezcan, como CENIT y tantas otras.

JAVIER MEANA RODRÍGUEZ
MADRID

—Hemos publicado prácticamente entera su carta, Sr. Meana, por considerarla realmente interesante, ya que es del tipo de comunicaciones de las que tenemos gran necesidad. Igualmente nos agrada su definición de la SF que es tan válida como otras similares que se han dado de este género. Pero... y siempre hay un pero, es una definición demasiado similar a las que se dieron allá por los años treinta. Y eso creemos que es lo que ocurre con usted, Sr. Meana: que le agrada la SF tal como era en las «heroicas» décadas de los treinta y cuarenta.

Y pasemos a sus puntos para desarrollar más esto: Estamos de acuerdo en los puntos 1, 2 y 3. En respuesta al 4, debemos decirle que no: Una revista se halla al servicio de sus lectores, y si a éstos les interesa el fandom o el comic hay que dárselo. Hace unos años, los lectores yanquis se interesaron por la Dianética, y las revistas de SF de su país parecieron convertirse en tratados sobre esa disciplina. El lector está ahora interesado en estos otros temas, y hay que dárselos. Mañana, si cambian sus gustos... ND cambiará también la temática tratada.

En el 5 tampoco podemos estar de acuerdo, y ya no lo estamos ni siquiera desde la portada, en la que, si se fija, podrá leer «Ciencia Ficción y Fantasía». Además, ¿qué tiene de malo la fantasía pura? ¡Y es tan difícil deslindar ambos géneros!

Con el 6 nos metemos ya en lo que decíamos antes de que creíamos que le gustaban los relatos estilo tradicional. La SF está cambiando de derroteros y, si se quieren relatos de estilo tradicional, hay que ir desempolvando antiguas antologías... y si no fíjese en las fechas de algunos relatos de los más tradicionales que publicamos. Esto también es válido para el 7: no buscamos nuevos caminos; están

ahí, son los lectores y los autores los que los buscan (al menos la mayoría de ambos grupos).

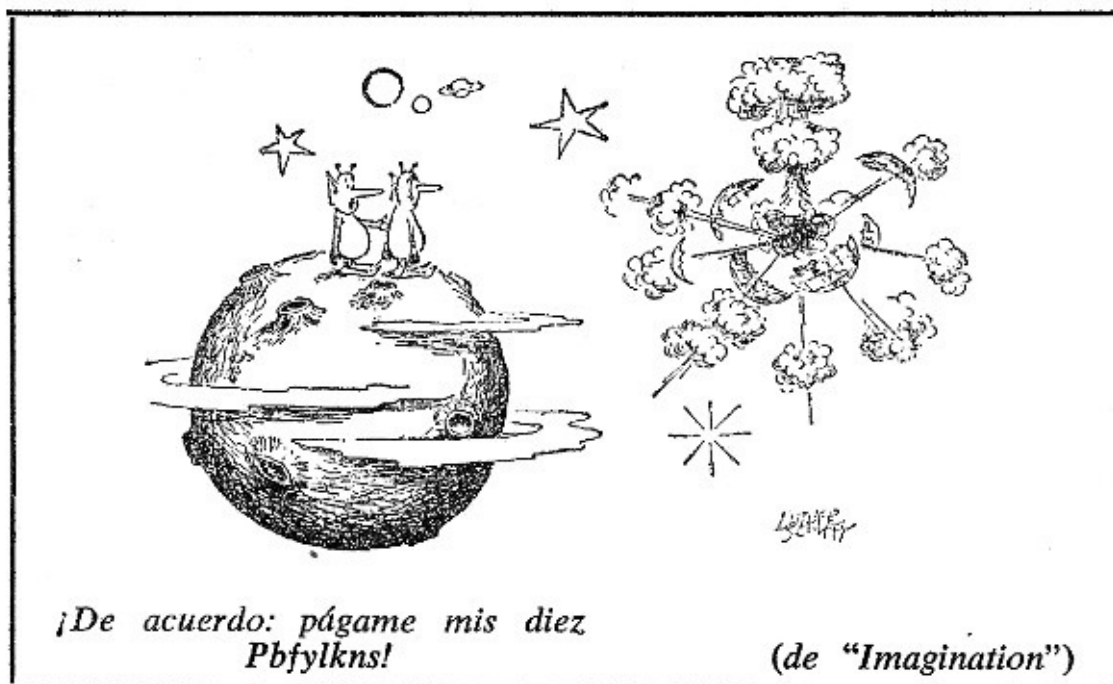
Y a los autores de los que habla en el punto 8 les ha cogido esa oleada y, mientras unos han pasado a otros campos, como Ribera, otros han dejado de escribir, como Valverde, o se han pasado a las nuevas corrientes. Y los autores que han surgido ya han nacido inmersos en ellas. Y aparte de ese punto 7, a los 8 y 9 debemos responderle que ni Buiza ni Gasca forman parte del comité redactor de la revista, que está compuesto por Martínez, Santos y Vigil, y que en este grupo las decisiones se efectúan estrictamente por votación, favorable unas veces por relatos tan tradicionales como *El silencio es mortal*, como por «Nueva Cosa» tal cual *No tengo boca y debo gritar*. En cuanto a la política editorial de ANTICIPACIÓN, basada en la simple compra de los derechos *totales* de una revista extranjera, fue algo que a dos de los actuales miembros del consejo de ND les fue impuesto entonces, y en cuyo error no quieren volver a recaer.

Y, para finalizar, hablemos de la situación de las colecciones de SF en el momento actual: NEBULAE ha editado la obra de Miguel Masriera *Siempre*, como puente entre la antigua y nueva serie, que comenzará a publicarse casi de inmediato bajo la dirección del citado Masriera, padre de la colección y guía de la misma en los primeros tiempos, y de nuestro colaborador Vigil. INFINITUM se derrumbó con la editora que lo creó, FERMA, y, resurgida ésta, no ha reiniciado la Colección. GALAXIA desapareció cuando su empresa editorial, Vértice, pensó que le era más conveniente, en el plano económico, editar sólo comics. En cuanto al recién llegado: GÉMINIS, pocas sopas con honda podrá ya dar, pues está sufriendo los efectos de una tremenda crisis económica, de la que tan sólo la sacarían unas circunstancias muy poco probables de que se produzcan. Otras dos colecciones que usted no menciona, una quizá por su baja periodicidad, REALISMO FANTÁSTICO, de nuestro distribuidor, Pomaire, (colección en la que se ha publicado recientemente la obra de Clarke 2001), y la de libros de CIENCIA FICCIÓN de Rumeu Editor, esta tal vez por no ser muy lejana aún la fecha de su aparición como colección. La falta de periodicidad es atribuible, en muchos casos, a dificultades económicas de las editoras, y en otros a falta de unos especialistas que las dirijan y se preocupen por ellas. El problema de calidad se debe, lo repetimos una vez más, a que hoy en día los Heinlein, Bradbury, Van Vogt y demás «grandes» de antaño ya no escriben, y tan sólo se pueden hallar de ellos obras secundarias no publicadas en castellano. Por otra parte, los derechos de autor de obras de primera línea son demasiado altos para poderlos aceptar en obras de tan menguado tiraje como son las de SF en nuestro idioma.

Existen bastantes diferencias entre el criterio de lo que usted opina que debería publicar ND y el de otros lectores, Sr. Meana, y por ello nos vemos en la necesidad de contentarlos a todos y, al lado de relatos de la «Nueva Cosa», publicar otros del estilo que a usted le gustan. Y creemos que el contenido de ND está bastante balanceado...

¿no?

*



Hace varios días, en el número 73 de la revista DDT, leí que se había publicado BANG!; he mandado mi suscripción, pero aún no he recibido noticias.

Aparte de ésta creo entender por la lectura de las páginas verdes que también se publican SPAINFAN, CUENTA ATRÁS, y CUTO. Por favor, ¿podrían darme las direcciones para ponerme en contacto con ellos? ¿Conocen ustedes alguna otra revista española de estas características?

MANUEL LUIS GONZÁLEZ
SEVILLA

—Esperamos que por estas fechas ya habrá recibido noticias de BANG! De no ser así comuníquenoslo, y trataríamos de averiguar que sucede con su suscripción a través de nuestros contactos con esa publicación. SPAINFAN ya no se publica desde hace tiempo: su faneditor, Vigil, tiene demasiado trabajo en ND para poder atender a sus «hobbys» particulares, y únicamente muy de cuando en cuando logra poner en marcha uno de los fanzines, a los que ahora titula SOL 3. Buiza, el responsable de CUENTA ATRÁS, está haciendo ahora su servicio militar, al igual que Rosal, animador de FUNDACIÓN, y estos dos fanzines están por el momento aletargados. De CUTO hace ya tiempo que no tenemos noticias, aunque trataremos de obtener informes de Gasca, su creador. Tan sólo queda por mencionar AD INFINITUM, el boletín del C.L.A., que puede obtener si

se hace usted socio del Círculo.

*

Verdaderamente, como es preciso colaborar para mantener y elevar constantemente algo que nos gusta a todos... pues adelante. Haremos apartados:

A - *La idea*. — Es excelente. Lo interesante era tener una revista y no una colección más de recopilaciones más o menos afortunadas.

B - *La presentación*. — Es impecable... En suma, materializando lo que antes sólo era un deseo, en la forma más atractiva.

C - *Diagramación y composición*. — También resulta perfecta... El rótulo que titula la revista es estéticamente extraordinario. En cuanto a las hojas de colorido especial, me parece uno de los mayores aciertos. Dan amenidad, separan perfectamente los distintos cuerpos de la revista y creo que son consustanciales con su personalidad.

D - *Contenido*. — En general, la parte «verde» resulta completa. A mí me parece minuciosa al tratar de *todo* lo que roza la SF más o menos de cerca. Creo que debería limitarse a *todo* lo verdaderamente importante.

Ilustraciones: algunas excepcionales. Las portadas magníficas. Las composiciones fotográficas muy buenas. Estoy de acuerdo en que la revista debe de ser cuna de experiencias en todos los aspectos. Me refiero al caso de *Emotivaciones* 68.

En cuanto al contenido literario resulta variado, tanto en temática como en calidad... particularmente, prefiero una SF «próxima» a elucubraciones a muchos milenios vista.

Los artículos están bien. Con una tendencia que me gusta hacia la monografía.

El comic como género no me interesa en absoluto... sólo la parte gráfica resulta de valor en algunos casos.

E - *Periodicidad*. — Creo que ahora es la ideal tratando de llegar cuando antes a la mensual.

F - *Defectos*. — No muchos, y han quedado dichos a lo largo de estas notas. Sí, hay uno que resulta molesto encontrar en publicaciones de cualquier tipo; me refiero a los deslices ortográficos...

He notado un notable retraso en la recepción. Por otra parte el sistema de distribución y venta creo que deben analizarlo a fondo.

G - *Sugerencias*. — No es revista para encuadernar (sería una pena suprimir las bellísimas portadas) pero aún colocada con cuidado en una librería sufre roces y manchas que podrían evitarse con unos estuches... Otra sugerencia que les hago es en lo tocante a los premios. Son demasiados... El sistema resulta complicado y temo que ineficaz. Creo que si se concediesen dos premios: (mejor relato, mejor labor gráfica) la cosa quedaría más simplificada... En todo caso, el premio para el mejor relato podría dividirse en varios en función de la extensión, no de la nacionalidad de su autor.

—Muchas gracias por los muchos elogios que nos dedica, pero más le agradecemos todavía su bienintencionada crítica. Analicémosla: Dice que las páginas verdes son demasiado completas; pues tenga en cuenta, Sr. del Águila, que aún quedan en nuestro tintero numerosas noticias para las que no hay espacio bastante en un número, y que tenemos que efectuar una selección de las que creemos interesantes (pudiéndonos equivocar, pues somos humanos, y no robots o seres extraterrestres como en algún caso se ha afirmado). En lo referente a los gustos literarios, ya sabe usted aquello de «sobre gustos...» y piense que, tal como hemos respondido antes al Sr. Meana, debemos procurar contentar a la mayoría de lectores, tarea harto difícil. Lo mismo se puede decir de su nula afición por el comic.

Distinto es ya el tema de los «gazapos». Éstos si que nos preocupan. Se someten las galeradas, una vez llegadas del linotipista, a tres correcciones, luego se devuelven para rectificar, y el plomo ya rectificado se corrige una vez más... ¡y aún surge el gazapo! Francamente, no creemos que exista ninguna publicación que esté libre de ellos, por lo que nos resignamos a que sean los menos posibles...

La cuestión de la distribución ya ha sido planteada otras veces en estas páginas, pero ése es un problema en el que bien poco podemos hacer. Es el eterno círculo vicioso consistente en que al poco importante poca atención se le presta, aunque para llegar a serlo debiera recibir más atención.

Sus sugerencias nos parecen muy interesantes, y aunque para que nos decidiésemos a estudiar la cuestión de unos estuches deberíamos recibir otras peticiones de los mismos, no desechamos esa idea. Por lo que se refiere a los premios, dentro de unos meses pondremos a examen las bases que regirán la concesión de los del año actual, y entonces tendremos muy presentes todas las sugerencias de nuestros lectores.

*



*¿Qué tal va ese proyecto de rayo
de la muerte, Jamison?
(de "Imagination")*

Les deseo que tengan mucho éxito y les animo para ello. Pero para tener éxito (Me refiero a que ustedes vendan la revista en cantidad) nosotros los lectores hemos de ver a ND expuesta en los quioscos, en primer plano. Quiero decirles con esto que se preocupen un poco más de la exposición de su revista en el mercado, ya que actualmente yo la poseo por haber visto que se hablaba de ella en la revista ALGO. La pedí en un quiosco, en el que no falta de nada, pero en el que tampoco se ve. Cada vez que quiero la revista, he de preguntar si ha salido, porque no la tienen expuesta. Es una lástima, pues si el vendedor la tuviese a la vista, tengan la completa seguridad de que se vendería mucho más.

ARMANDO SERRANO
ALICANTE

—Sr. Serrano: termina usted su carta con un triple preocupéense que nos llega al corazón. Hemos estado tentados, en varias ocasiones, de publicar en nuestras páginas unas fotos de los miembros del consejo de redacción «antes» y «después» de la revista, y por ellas podría comprobar lo que sucede cuando alguien se preocupa demasiado (Aunque el Sr. Vigil esté muy muy orgulloso de las canas que pueblan actualmente sus sienes por esta causa). El problema al que usted alude lo planteaba ya la carta anterior, y a ella le remito. Tan sólo le puedo decir que los amigos y colaboradores de ND ya lo han intentado todo, desde rogar a los librereros que les dedicasen mejor espacio hasta colocar, por su propia mano, los ejemplares en lugares escogidos de la librería (sin la anuencia del librero, claro).

La lucha en este campo es dura y desgraciadamente, hoy por hoy, le producen

más dinero a los vendedores las revistas con bodas de personajes célebres o crímenes horripilantes que las literarias... Pensar en otro estado de cosas resulta aún utópico (¿o de SF?).

*

En vista de la crítica sufrida por el comic de Carlos Giménez a pluma de un lector de ustedes, quiero alzar mi voz en su defensa. Me parece la suya una historieta magníficamente hecha y llena de fuerza expresiva. El que sus dibujos pertenezcan al estilo clásico del comic tradicional no me parece ningún defecto. A mi juicio, el comic es desde sus orígenes, y en primer lugar, un arte popular y en absoluto intelectual. Precisamente por no popular y por demasiado intelectual, el comic de Beá, a pesar de todos sus excelentes hallazgos, de toda su audaz fantasía y de todas sus posibilidades futuras, a mi no me parece exactamente un comic, sino otra cosa que no sé que denominar: ¿neo-comic? ¿post-comic? ¿supra-comic? ¡Qué se yo!

Otro asunto: teniendo en cuenta que el cienciaficciónmano es un eterno buscador de libros, yo propondría la creación de una *Bolsa del Libro*, que podría centralizarse en ese club (ND: el *C.L.A.*), al cual me adhiero desde ya. Dicen que soy un excelente cazador de libros y ofrezco esa habilidad mía a los lectores de ND. Con ayuda de otros cuantos sabuesos podría montarse una excelente *Bolsa del Libro*. En este sentido, habría que idear un modo de organizar los envíos y los cobros de los libros. Yo, de momento, suelto ahí la idea y estoy dispuesto a colaborar.

Más de libros. Aparte de las pésimas traducciones, los libros que se editan en castellano no siempre son los mejores... ¿Sería posible que ustedes emprendiesen algún día la edición de libros y creasen, por ejemplo, una *Biblioteca* o *Colección Nueva Dimensión*? Investiguen mercados... que yo creo que los hay, y que ustedes ya tienen una sólida reputación que es garantía de éxito...

RAFAEL LLOPIS PARET

MADRID - 19

—Su idea de la creación de una *Bolsa de Libro* nos parece realmente buena. Le pondremos en contacto con los directivos del *C. L. A.* por si a ellos les pareciera interesante explorar sus posibilidades. Por lo que hace referencia a una colección de libros propia de la revista, sólo podemos decirle que es algo que nunca se ha apartado de nuestra mente... si bien los medios materiales son los que mandan aún en este tema. Por otra parte la participación de varios de los miembros de nuestra redacción en colecciones de libros de SF ya en publicación o prontas a aparecer, creemos que se hará notar en este campo. El tema, por ahora, no se olvida: tan sólo se aplaza...

*

Como soy incapaz de realizar nada parecido a un fanzine y mucho menos de mantener una periodicidad, se me ha ocurrido realizar, con otro aficionado, un estudio crítico y descriptivo de EPOXY, en plan muy abreviado y tirado a ciclostil. Comprenderá un resumen del argumento, un estudio del mismo, otro del dibujo y otro de vinculaciones clásicas. Hemos obtenido la autorización de Eric Losfeld para ilustrarlo con viñetas aisladas de EPOXY, a condición de no utilizarlas comercialmente, claro.

Por ello, si quieren ustedes publicar una breve nota en ND anunciándolo, se lo agradeceré. Naturalmente, el envío a quien lo solicite será gratuito, aunque agradeceremos acompañen un sello de una peseta cincuenta céntimos para cubrir gastos de correo y tiraje. Creo que con esto contribuiremos un poco a divulgar el conocimiento del comic y a elevar el nivel cultural en este aspecto.

GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO
LICENCIADO EN DERECHO
ALMAGRO 7, ENTLO. DCHA.
ZARAGOZA

—Nos alegran las iniciativas similares a la suya, Sr. Bermúdez, por lo que muy gustosamente cumplimos con su deseo. Tan sólo queremos decirle que: ¡No se olvide de enviarnos un ejemplar a ND!

*

En el número 6 de la revista y en la sección titulada *Se escribe* aparece una nota de Don J. A. Villanueva, de Madrid, referente al volumen I de nuestra nueva colección CIENCIA FICCIÓN, dedicada a Norteamérica.

Leída detenidamente la referida nota, hemos examinado minuciosamente nuestra traducción, teniendo a la vista los textos originales, y hemos sacado las siguientes conclusiones:

1.^a Los títulos de nuestras versiones se ajustan literalmente a los de las novelas norteamericanas; es decir, no hemos cambiado los títulos, como han hecho otras editoriales, para infundir a error, como podrán comprobar si se dignan examinar la página sexta de nuestra edición.

2.^a *Búsqueda en el cielo*. Efectivamente, faltan en nuestra traducción unos párrafos, como asegura el Sr. Villanueva, entre las líneas 23 y 24 de la página 798. Hechas las necesarias averiguaciones, hemos comprobado que en la imprenta habían extraviado un folio mecanografiado de la traducción. Como la acción de la novela, por su estilo peculiar, sigue un ritmo a veces confuso, este error pasó inadvertido a correctores e impresores; pero agradecemos mucho al Sr. Villanueva su información, valiosísima para nosotros, ya que hemos tomado las medidas para subsanar el error lo

más pronto posible.

Por el contrario, no falta la «frase entera» de la línea 22 de la página 823; en cambio, si falta la de la línea 25 de la página 894, por causas ajenas a nuestra voluntad, y que procuraremos también subsanar, si es posible, en nuestra próxima edición.

3.^a Respecto a nuestras traducciones, como pondrán observar, fueron encomendadas, como tenemos por costumbre, a personas solventes y de cierta autoridad dentro de las letras españolas, como por ejemplo Don Víctor Auz, personalidad bien conocida, que hasta hace poco tiempo fue Director del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo, en lugar de incluir traducciones ya publicadas por otras editoriales.

Hemos lamentado mucho estos errores introducidos en nuestra edición, errores que procuraremos no vuelvan a deslizarse en lo futuro, pero al mismo tiempo nos ha alegrado ver con cuanto interés siguen el curso de nuestras publicaciones los lectores españoles, señalándonos las pequeñas faltas que, a veces, aparecen en nuestros volúmenes, en su afán de que nuestras ediciones sean impecables.

AGUILAR, S. A. DE EDICIONES
MADRID

—Mucho nos complace esta carta de nuestro prestigioso colega en el campo de la edición. Al final de su lectura tan sólo nos resta el felicitarle por su valentía al aceptar las críticas y reconocer errores. Y alegrarnos, pues al reconocer un error se ha dado el primer paso para su corrección.